
UNIVERSITY OF TORONTO
3 1761 01626584 5

OBRAS COMPLETAS

DE

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

PERSILES Y SIGISMUNDA

TOMO II

OBRAS COMPLETAS

DE

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

Los Trabájos de

PERSILES

Y

SIGISMUNDA

TOMO II

EDICIÓN PUBLICADA POR

RODOLFO SCHEVILL Y ADOLFO BONILLA

Profesor en la Universidad de California (Berkeley). — Profesor en la Universidad de Madrid.



MADRID

IMPRENTA DE BERNARDO RODRÍGUEZ

Calle del Barquillo, núm. 8.

M. CM. XIV.

LIBRO TERCERO DE LOS TRABAJOS DE PERSILES Y SIGISMUNDA

HISTORIA SETENTRIONAL

CAPITVLO PRIMERO

DEL LIBRO TERCERO

Como estan nuestras almas siempre en continuo mouimiento, y no pueden parar ni sossegar sino en su centro, que es Dios, para quien fueron criadas, no es marauilla que nuestros pensamientos se muden: que este se tome, aquel se dexe, vno se prosiga, y otro se oluide; y el que

mas cerca anduuiere de su sossiego, esse será el mejor, quando no se mezcle con error de entendimiento. Esto se ha dicho en disculpa de la ligereza que mostro Arnaldo en dexar en vn punto el desseo que tanto tiempo auia mostrado de seruir a Auristela; pero no se puede dezir que le dexò, sino que le entretuuo, en tanto que el de la honra, que sobrepuja al de todas las acciones humanas, se apoderò de su alma; el qual desseo se le declarò Arnaldo a Periandro vna noche antes de la partida, hablandole a parte en la isla de las Ermitas.

Alli le suplicò—que, quien pide lo que ha menester, no ruega, sino suplica—que mirasse por su hermana Auristela, y que la guardasse para reyna de Dinamarca; y que, aunque la ventura no se le mostrasse a el buena en cobrar su reyno, y en tan justa demanda perdiesse la vida, se estimasse Auristela por viuda de vn principe, y, como tal, supiesse escojer esposo, puesto que ya el sabía, y muchas vezes lo auia dicho, que por si sola, sin tener dependencia de otra grandeza alguna, merecia ser señora del mayor reyno del mundo, no que del de Dinamarca. Periandro le respondio que le agradecia su buen desseo, y que el tendria cuydado de mirar por ella, como por cosa que tanto le tocaua y que tambien le venía. Ninguna destas razones dixo Periandro a Auristela, porque las alabanças que se dan a la persona amada, halas de dezir el amante como propias, y no como se dizen de persona agena. No ha de enamorar el amante

con las gracias de otro: suyas han de ser las que mostrare a su dama; si no canta bien, no le trayga quien la cante; si no es demasiado gentil hombre, no se acompañe con Ganimedes; y, finalmente, soy de parecer que, las faltas que tuuiere, no las enmiende con agenas sobras. Estos consejos no se dan a Periandro, que de los bienes de la naturaleza se lleuaua la gala, y en los de la fortuna era inferior a pocos.

En esto, yuan las naues, con vn mismo viento, por diferentes caminos, que este es vno de los que parecen misterios en el arte de la naueгacion; yuan rompiendo, como digo, no claros cristales, sino azules; mostrauase el mar colchado, porque el viento, tratandole con respeto, no se atreuia a tocarle a mas de la superficie, y la naue suauemente le bessaua los labios, y se dexaua resbalar por el con tanta ligereza, que apenas parecia que le tocaua. Desta suerte, y con la misma tranquilidad y sossiego, nauegaron diez y siete dias, sin ser necessario subir, ni baxar, ni llegar a templar las velas, cuya felicidad en los que nauegan, si no tuuiesse por descuentos el temor de borrascas venideras, no auia gusto con que igualalle. Al cabo destos o pocos mas dias, al amanecer de vno, dixo vn grumete, que desde la gauia mayor yua descubriendo la tierra:

—¡Albricias, señores, albricias pido, y albricias merezco! ¡Tierra, tierra! Aunque mejor diria: ¡cielo, cielo!, porque, sin duda, estamos en el parage de la famosa Lisboa.

Cuyas nueuas sacaron de los ojos de todos tiernas y alegres lagrimas, especialmente de Ricla, de los dos Antonios, y de su hija Constança, porque les parecio que ya auian llegado a la tierra de promission, que tanto desseauan. Echòle los braços Antonio al cuello, diziendole:

—Agora sabras, barbara mia, del modo que has de seruir a Dios, con otra relacion mas copiosa, aunque no diferente, de la que yo te he hecho; agora veràs los ricos templos en que es adorado; veràs juntamente las catolicas ceremonias con que se sirue, y notarás cómo la caridad christiana está en su punto. Aqui, en esta ciudad, veràs cómo son verdugos de la enfermedad muchos hospitales que la destruyen, y el que en ellos pierde la vida, enuuelto en la eficacia de infinitas indulgencias, gana la del cielo; aqui el amor y la honestidad se dan las manos y se passean juntos, la cortesia no dexa que se le llegue la arrogancia, y la braueça no consiente que se le acerque la cobardia. Todos sus moradores son agradables, son cortesses, son liberales, y son enamorados, porque son discretos. La ciudad es la mayor de Europa, y la de mayores tratos; en ella se descargan las riquezas del Oriente, y desde ella se reparten por el vniuerso; su puerto es capaz, no sólo de naues que se puedan reduzir a numero, sino de seluas mouibles de arboles que los de las naues forman; la hermosura de las mugeres admira y enamora; la vizarria de los hombres pasma, como ellos dizen; finalmente, esta es la

tierra que da al cielo santo y copiosissimo tributo.

—No digas mas—dixo a esta sazon Periandro—; dexa, Antonio, algo para nuestros ojos, que las alabanças no lo han de dezir todo: algo ha de quedar para la vista, para que con ella nos admiremos de nueuo, y assi, creciendo el gusto por puntos, vendra a ser mayor en sus estremos.

Contentissima estaua Auristela de ver que se le acercaua la hora de poner pie en tierra firme, sin andar de puerto en puerto y de isla en isla, sujeta a la inconstancia del mar y a la mouible voluntad de los vientos; y mas quando supo que desde alli a Roma podia yr a pie enjuto, sin enuarcarse otra vez, si no quisiesse. Medio dia sería quando llegaron a Sangian (*), donde se registrò el nauio, y donde el castellano del castillo, y los que con el entraron en la naue, se admiraron de la hermosura de Auristela, de la gallardia de Periandro, del trage barbaro de los dos Antonios, del buen aspecto de Ricla, y de la agradable belleza de Constança. Supieron ser estrangeros, y que yuan peregrinando a Roma. Satisfizo Periandro a los marineros que los auian traydo magnificamente, con el oro que sacò Ricla de la isla barbara, ya vuelto en moneda corriente en la isla de Policarpo; los marineros quisieron llegar a Lisboa a grangearlo con alguna mercancia. El castellano de Sangian embió al gouernador de Lisboa, que entonces era el arçobispo de Braga, por ausencia del rey,

que no estaua en la ciudad, de la nueua venida de los estrangeros y de la sin par belleza de Auristela, añadiendo la de Constança, que, con el trage de barbara, no solamente no la encubria, pero la realçaua; exageróle assimismo la gallarda disposicion de Periandro, y juntamente la discrecion de todos, que no barbaros, sino cortesanos parecian.

Llegò el nauio a la ribera de la ciudad, y en la de Belen se desembarcaron, porque quiso Auristela, enamorada y deuota de la fama de aquel santo monasterio, visitarle primero, y adorar en el al verdadero Dios libre y desembaraçadamente, sin las torcidas ceremonias de su tierra. Auia salido a la marina infinita gente, a ver los estrangeros desembarcados en Belen; corrieron alla todos por ver la nouedad, que siempre se lleua tras si los desseos y los ojos. Ya salia de Belen el nueuo esquadron de la nueua hermosura: Ricla, medianamente hermosa, pero estremadamente a lo barbaro vestida; Constança, hermosissima y rodeada de pieles; Antonio el padre, braços y piernas desnudas, pero con pieles de lobos cubierto lo demas del cuerpo; Antonio el hijo yua del mismo modo, pero con el arco en la mano y la aljaua de las saetas a las espaldas; Periandro, con casaca de terciopelo verde y calçones de lo mismo, a lo marinero, vn bonete estrecho y puntiagudo en la cabeça, que no le podia cubrir las sortijas de oro que sus cabellos formauan; Auristela traia toda la gala del setentrion en el vestido, la mas

vizarra gallardia en el cuerpo, y la mayor hermosura del mundo en el rostro. En efeto: todos juntos, y cada vno de por si, causauan espanto y marauilla a quien los miraua; pero sobre todos campeaua la sin par Auristela y el gallardo Periandro.

Llegaron por tierra a Lisboa, rodeados de plebeya y de cortesana gente; lleuaronlos al gouernador, que, despues de admirado de verlos, no se cansaua de preguntarles quienes eran, de donde venian, y adonde yuan, a lo que respondio Periandro, que ya traia estudiada la respuesta que auia de dar a semejantes preguntas, viendo que se la auian de hazer muchas vezes: quando queria, o le parecia que conuenia, relataua su historia a lo largo, encubriendo siempre sus padres, de modo que, satisfaciendo a los que le preguntauan, en breues razones cifraua, si no toda, a lo menos, gran parte de su historia. Mandólos el visorrey aloxar en vno de los mejores aloxamientos de la ciudad, que acerto a ser la casa de vn magnifico cauallero portugues, donde era tanta la gente que concurria para ver a Auristela, de quien sola auia salido la fama de lo que auia que ver en todos, que fue parecer de Periandro mudassen los trages de barbaros en los de peregrinos, porque la nouedad de los que traian era la causa principal de ser tan seguidos, que ya parecian perseguidos del vulgo; ademas, que para el viage que ellos lleuauan de Roma, ninguno le venía mas a cuento. Hizose assi, y, de alli a dos dias, se vie-

ron peregrinamente peregrinos. Acaecio, pues, que, al salir vn dia de casa, vn hombre portugues se arrojò a los pies de Periandro, llamandole por su nombre, y, abraçandole por las piernas, le dixo:

—¿Que ventura es esta, señor Periandro, que la des a esta tierra con tu presencia? No te admires en ver que te nombro por tu nombre, que vno soy de aquellos veynte que cobraron libertad en la abrasada isla barbara, donde tu la tenias perdida; halléme a la muerte de Manuel de Sosa Cuytiño, el cauallero portugues; apartéme de ti y de los tuyos en el hospedaje donde llegò Mauricio y Ladislao en busca de Transila, esposa del vno y hija del otro; truxome la buena suerte a mi patria; conte aqui a sus parientes la enamorada muerte; creyeronla, y, aunque yo no se la afirmara de vista, la creyeran, por tener casi en costumbre el morir de amores los portuguesses; vn hermano suyo, que heredò su hazienda, ha hecho sus obsequias, y, en vna capilla de su linage, le puso en vna piedra de marmol blanco, como si debaxo della estuuiera enterrado, vn epitafio que quiero que vengays a ver todos, assi como estays, porque creo que os ha de agradar, por discreto y por gracioso.

Por las palabras, bien conocio Periandro que aquel hombre dezia verdad; pero, por el rostro, no se acordaua auerle visto en su vida. Con todo esso, se fueron al templo que dezia, y vieron la capilla y la losa, sobre la qual estaua escrito en lengua portuguessa este epitafio, que

leyo casi en castellano Antonio el padre, que dezia assi:

Aqui yaze viua la memoria del ya muerto Manuel de Sosa Coytiño, cauallero portugues, que, a no ser portugues, aun fuera viuo; no murio a las manos de ningun castellano, sino a las de amor, que todo lo puede; procura saber su vida, y embidiaràs su muerte, passajero (*).

Vio Periandro que auia tenido razon el portugues de alabarle el epitafio, en el escriuir de los quales tiene gran primor la nacion portuguessa. Preguntò Auristela al portugues que sentimiento auia hecho la monja, dama del muerto, de la muerte de su amante, el qual la respondio que, dentro de pocos dias que la supo, passò desta a mejor vida, o ya por la estrecheza de la que hazía siempre, o ya por el sentimiento del no pensado sucesso.

Desde alli se fueron en casa de vn famoso pintor, donde ordenò Periandro que, en vn lienço grande, le pintasse todos los mas principales casos de su historia (*). A vn lado pintò la isla barbara ardiendo en llamas, y alli junto la isla de la prision, y vn poco mas desuiado, la balsa o enmaderamiento donde le hallò Arnaldo quando le lleuò a su nauio; en otra parte estaua la isla neuada, donde el enamorado portugues perdio la vida; luego la naue que los soldados de Arnaldo taladraron; alli junto pintò la diuision del esquife y de la barca; alli se mostraua

el dessafio de los amantes de Taurisa y su muerte; aca estauan serrando por la quilla la naue que auia seruido de sepultura a Auristela y a los que con ella venian; aculla estaua la agradable isla donde vio en sueños Periandro los dos esquadrones de virtudes y vicios; y alli junto la naue donde los pezes naufragos pescaron a los dos marineros y les dieron en su vientre sepultura (*); no se oluidò de que pintasse verse empedrados en el mar elado, el assalto y combate del nauio, ni el entregarse a Cratilo; pintò assimismo la temeraria carrera del poderoso cauallo, cuyo espanto, de leon, le hizo cordero: que, los tales, con vn assombro se amansan; pintò como en resguño y en estrecho espacio las fiestas de Policarpo, coronandose a si mismo por vencedor en ellas; resolutamente, no quedò paso principal en que no hiziesse lauor en su historia, que alli no pintasse, hasta poner la ciudad de Lisboa y su desembarcacion en el mismo trage en que auian venido; tambien se vio en el mismo lienço arder la isla de Policarpo, a Clodio traspassado con la saeta de Antonio, y a Zenotia colgada de vna entena; pintòse tambien la isla de las Ermitas, y a Rutilio con apariencias de santo. Este lienço se hazía de vna recopilacion que les escusaua de contar su historia por menudo, porque Antonio el moço declaraua las pinturas y los sucessos quando le apretauan a que los dixesse; pero en lo que mas se auentajò el pintor famoso, fue en el retrato de Auristela, en quien dezian se

auia mostrado a saber pintar vna hermosa figura, puesto que la dexaua agrauiada, pues a la belleza de Auristela, si no era lleuado de pensamiento diuino, no auia pinzel humano que alcançasse.

Diez dias estuuieron en Lisboa, todos los quales gastaron en visitar los templos y en encaminar sus almas por la derecha senda de su saluacion, al cabo de los quales, con licencia del visorrey, y con patentes verdaderas y firmes de quienes eran y adonde yuan, se despidieron del cauallero portugues, su huesped, y del hermano del enamorado, Alberto, de quien recibieron grandes caricias y beneficios, y se pusieron en camino de Castilla; y esta partida fue menester hazerla de noche, temerosos que, si de dia la hizieran, la gente que les seguiria la estoruara, puesto que la mudança del trage auia hecho ya que amaynase la admiracion.

CAPITVLO SEGVNDO

DEL TERCER LIBRO

Peregrinos; su viage por España; sucedenles nueuos y estraños casos.

Pedian los tiernos años de Auristela, y los mas tiernos de Constança, con los entreuerados de Ricla, coches, estruendo y aparato para el largo viage en que se ponian; pero la deuocion de Auristela, que auia prometido de yr a pie hasta Roma desde la parte do llegasse en tierra firme, lleuò tras si las demas deuociones; y todos de vn parecer, assi varones como hembras, votaron el viage a pie, añadiendo, si fuesse necessario, mendigar de puerta en puerta. Con esto cerro la del dar Ricla, y Periandro se escusò de no disponer de la cruz de diamantes que Auristela traia, guardandola, con las inestimables perlas, para mejor ocasion. Solamente compraron vn vagaje que sobrelleuasse las cargas que no pudieran sufrir las espaldas; acomodaronse de bordones, que seruian de arrimo y defensa y de vaynas de vnos agudos estoques. Con este christiano y humilde aparato, salieron de Lisboa, dexandola sola sin su belleza, y pobre sin la riqueza de su discrecion, como lo mostraron los infinitos corrillos de gente que en ella

se hizieron, donde la fama no trataua de otra cosa sino del estremo de discrecion y belleza de los peregrinos estrangeros. Desta manera, acomodandose a sufrir el trabajo de hasta dos o tres leguas de camino cada dia, llegaron a Badajoz, donde ya tenia el corregidor castellano nueuas de Lisboa cómo por alli auian de passar los nueuos peregrinos, los quales, entrando en la ciudad, acertaron a alojarse en vn meson, do se alojaua vna compañia de famosos recitantes, los quales aquella misma noche auian de dar la muestra para alcançar la licencia de representar en público, en casa del corregidor. Pero, apenas vieron el rostro de Auristela y el de Constança, quando les sobresaltò lo que solia sobresaltar a todos aquellos que primeramente las veian, que era admiracion y espanto; pero ninguno puso tan en punto el marauillarse, como fue el ingenio de vn poeta, que de proposito con los recitantes venia, assi para enmendar y remendar comedias viejas, como para hazerlas de nueuo; exercicio mas ingenioso que honrado, y mas de trabajo que de prouecho. Pero la excelencia de la poesia es tan limpia como el agua clara, que a todo lo no limpio aprouecha; es como el sol, que passa por todas las cosas inmundas, sin que se le pegue nada; es auilidad, que tanto vale quanto se estima; es vn rayo que suele salir de donde està encerrado, no abrasando, sino alumbrando; es instrumento acordado que dulcemente alegra los sentidos, y, al paso del deleyte, lleua consigo la honestidad y

el prouecho. Digo, en fin, que este poeta, a quien la necessidad auia hecho trocar los Parnasos con los mesones, y las Castalias y las Aganipes con los charcos y arroyos de los caminos y ventas, fue el que mas se admirò de la belleza de Auristela, y al momento la marcò en su imaginacion y la tuuo por mas que buena para ser comedianta, sin reparar si sabía o no la lengua castellana. Contentóle el talle, diole gusto el brio, y, en vn instante, la vistio en su imaginacion en hábito corto de varon; desnudóla luego, y vistiola de ninfa, y casi al mismo punto la enuistio de la magestad de reyna, sin dexar trage de risa o de grauedad de que no la vistiesse, y en todas se le representò graue, alegre, discreta, aguda, y sobremanera honesta; estremos que se acomodan mal en vna farsanta hermosa. ¡Valame Dios, y con quanta facilidad discurre el ingenio de vn poeta y se arroja a romper por mil impossibles! ¡Sobre quan flacos cimientos leuanta grandes quimeras! Todo se lo halla hecho, todo facil, todo llano, y esto de manera que las esperanças le sobran quando la ventura le falta, como lo mostro este nuestro moderno poeta quando vio descoger acaso el lienço donde venian pintados los trabajos de Periandro. Alli se vio el en el mayor que en su vida se auia visto, por venirle a la imaginacion vn grandissimo desseo de componer de todos ellos vna comedia; pero no acertaua en que nombre le pondria: si le llamaria comedia, o tragedia, o tragicomedia; porque, si sabía el principio, igno-

raua el medio y el fin, pues aun todavia yuan corriendo las vidas de Periandro y de Auristela, cuyos fines auian de poner nombre a lo que dellos se representasse. Pero, lo que mas le fatigaua, era pensar cómo podria encajar vn lacayo consejero y gracioso en el mar, y entre tantas islas, fuego y nieues; y, con todo esto, no se desesperò de hazer la comedia y de encajar el tal lacayo, a pesar de todas las reglas de la poesia y a despecho del arte comico. Y, en tanto que en esto yua y venía, tuuo lugar de hablar a Auristela y de proponerle su desseo, y de aconsejarla quan bien la estaria si se hiziesse recitanta. Dixole que, a dos salidas al teatro, le llouerian minas de oro a cuestas, porque los principes de aquella edad eran como echos de alquimia, que, llegada al oro, es oro, y llegada al cobre, es cobre; pero que, por la mayor parte, rendian su voluntad a las ninfas de los teatros, a las diosas enteras y a las semideas, a las reynas de estudio y a las fregonas de apariencia (*); dixole que si alguna fiesta real acertasse a hazerse en su tiempo, que se diesse por cubierta de faldellines de oro, porque todas o las mas libreas de los caualleros auian de venir a su casa, rendidas, a bessarle los pies; representóle el gusto de los viages y el lleuarse tras si dos o tres disfraçados caualleros, que la seruirian tan de criados como de amantes; y sobre todo encarecia y puso sobre las nubes la excelencia y la honra que le darian en encargarle las primeras figuras; en fin, le dixo que, si en alguna

cosa se verificaua la verdad de vn antiguo refran castellano, era en las hermosas farsantas, donde la honra y prouecho cabian en vn saco. Auristela le respondio que no auia entendido palabra de quantas le auia dicho, porque bien se veia que ignoraua la lengua castellana, y que, puesto que la supiera, sus pensamientos eran otros, que tenian puesta la mira en otros exercicios, si no tan agradables, a lo menos, mas conuenientes. Desesperóse el poeta con la resoluta respuesta de Auristela; miróse a los pies de su ignorancia, y deshizo la rueda de su vanidad y locura.

Aquella noche fueron a dar la muestra en casa del corregidor, el qual, como huuiesse sabido que la hermosa junta peregrina estaua en la ciudad, los embió a buscar, y a combidar viniessen a su casa a ver la comedia, y a recebir en ella muestras del desseo que tenia de seruirles, por las que de su valor le auian escrito de Lisboa. Acetólo Periandro, con parecer de Auristela y de Antonio el padre, a quien obedecian como a su mayor. Iuntas estauan muchas damas de la ciudad con la corregidora quando entraron Auristela, Ricla y Constança, con Periandro y los dos Antonios, admirando, suspendiendo, alborotando la vista de los presentes, que a sentir tales efetos les forçaua la sin par vizarria de los nueuos peregrinos, los quales, acrecentando con su humildad y buen parecer la beneuolencia de los que los recibieron, dieron lugar a que les diessen casi el mas

honrado en la fiesta, que fue la representacion de la fabula de Cefalo y de Pocris, quando ella, zelosa mas de lo que deuia, y el, con menos discurso que fuera necessario, disparò el dardo que a ella le quitó la vida, y a el, el gusto para siempre. El verso tocò los estremos de bondad possibles, como compuesto, segun se dixo, por Iuan de Herrera de Gamboa, a quien por mal nombre llamaron el Maganto, cuyo ingenio tocò assimismo las mas altas rayas de la poetica esfera (*). Acabada la comedia, desmenuçaron las damas la hermosura de Auristela parte por parte, y hallaron todas vn todo a quien dieron por nombre Perfeccion sin tacha, y los varones dixeron lo mismo de la gallardia de Periandro, y de recudida se alabò tambien la belleza de Constança y la vizarria de su hermano Antonio.

Tres dias estuuieron en la ciudad, donde en ellos mostro el corregidor ser cauallero liberal, y tener la corregidora condicion de reyna, segun fueron las dadiuas y presentes que hizo a Auristela y a los demas peregrinos, los quales, mostrandose agradecidos y obligados, prometieron de tener cuenta de darla de sus sucessos, de dondequiera que estuuiessen. Partidos, pues, de Badajoz, se encaminaron a Nuestra Señora de Guadalupe, y, auiendo andado tres dias, y en ellos cinco leguas, les tomò la noche en vn monte, poblado de infinitas enzinas y de otros rusticos arboles. Tenia suspenso el cielo el curso y sazon del tiempo en la balança igual de los dos equinocios: ni el calor fatigaua, ni el

frio ofendia, y, a necessidad, tambien se podia passar la noche en el campo como en el aldea; y a esta causa, y por estar lexos vn pueblo, quiso Auristela que se quedassen en vnas (*) majadas de pastores boyeros que a los ojos se les ofrecieron. Hizose lo que Auristela quiso, y, apenas auian entrado por el bosque docientos pasos, quando se cerrò la noche con tanta escuridad, que los detuuo, y les hizo mirar atentamente la lumbre de los boyeros, porque su resplandor les siruiesse de norte para no errar el camino. Las tinieblas de la noche, y vn ruydo que sintieron, les detuuo el paso, y hizo que Antonio el moço se apercibiesse de su arco, perpetuo compañero suyo. Llegò en esto vn hombre a cauallo, cuyo rostro no vieron, el qual les dixo:

—¿Soys desta tierra, buena gente?

—No, por cierto—respondio Periandro—, sino de bien lexos della; peregrinos estrangeros somos, que vamos a Roma, y primero a Guadalupe.

—¿Si que tambien—dixo el de a cauallo—ay en las estrangeras tierras caridad y cortesia, tambien ay almas compasiuas dondequiera?

—¿Pues no?—respondio Antonio—. Mirad, señor, quienquiera que seays, si aueys menester algo de nosotros, y vereys cómo sale verdadera vuestra imaginacion.

—Tomad—dixo, pues, el cauallero—, tomad, señores, esta cadena de oro, que deue de valer docientos escudos, y tomad assimismo esta prenda, que no deue de tener precio, a lo me-

nos yo no se le hallo, y darle heys en la ciudad de Trugillo a vno de dos caualleros que en ella y en todo el mundo son bien conocidos: llamase el vno don Francisco Piçarro, y el otro don Iuan de Orellana; ambos moços, ambos libres, ambos ricos, y ambos en todo estremo.

Y, en esto, puso en las manos de Ricla, que, como muger compassiua, se adelantò a tomarlo, vna criatura que ya començaua a llorar, enuuelta ni se supo por entonces si en ricos o en pobres paños.

—Y direys a qualquiera dellos que la guarden, que presto sabran quien es, y las desdichas que a ser dichoso le auran lleuado, si llega a su presencia. Y perdonadme, que mis enemigos me siguen, los quales, si aqui llegaren y preguntaren si me aueys visto, direys que no, pues os importa poco el dezir esto; o, si ya os pareciere mejor, dezid que por aqui passaron tres o quatro hombres de a cauallo que yuan diziendo: "¡A Portugal, a Portugal!„ Y a Dios quedad, que no puedo detenerme, que, puesto que el miedo pone espuelas, mas agudas las pone la honra.

Y, arrimando las que traia al cauallo, se apartò como vn rayo dellos; pero, casi al mismo punto, voluio el cauallero y dixo:

—No està bautizado.

Y tornò a seguir su camino.

Veys aqui a nuestros peregrinos, a Ricla con la criatura en los braços, a Periandro con la cadena al cuello, a Antonio el moço sin dexar de

tener flechado el arco, y al padre en postura de desembaynar el estoque, que de bordon le seruia, y a Auristela confusa y atonita del estraño sucesso, y a todos juntos admirados del estraño acontecimiento, cuya salida fue por entonces que aconsejò Auristela que, como mejor pudiessen, llegassen a la majada de los boyeros, donde podria ser hallassen remedios para sustentar aquella recien nacida criatura, que, por su pequeñez y la deuilidad de su llanto, mostraua ser de pocas horas nacida. Hizose assi, y apenas llegaron a la majada de los pastores, a costa de muchos tropieços y caydas, quando, antes que los peregrinos les preguntassen si eran seruidos de darles alojamiento aquella noche, llegò a la majada vna muger llorando, triste, pero no reciamente, porque mostraua en sus gemidos que se esforçaua a no dexar salir la voz del pecho. Venia medio desnuda, pero las ropas que la cubrian eran de rica y principal persona; la lumbre y luz de las hogueras, a pesar de la diligencia que ella hazía para encubrirse el rostro, la descubrieron, y vieron ser tan hermosa como niña, y tan niña como hermosa, puesto que Ricla, que sabía mas de edades, la juzgò por de diez y seys a diez y siete años. Preguntaronle los pastores si la seguia alguien, o si tenia otra necessidad, que pidiesse presto remedio, a lo que respondio la dolorosa muchacha:

—Lo primero, señores, que aueys de hazer, es ponerme debaxo de la tierra; quiero dezir, que me encubrays de modo que no me halle quien

me buscare. Lo segundo, que me deys algun sustento, porque desmayos me van acauando la vida.

—Nuestra diligencia—dixo vn pastor viejo—mostrarà que tenemos caridad.

Y, aguijando con presteza a vn hueco de vn arbol que en vna valiente enzina se hazía, puso en el algunas pieles blandas de ouejas y cabras que entre el ganado muerto se criauan; hizo vn modo de lecho, vastante por entonces a suplir aquella necessidad precisa; tomò luego a la muger en los braços, y encerrola en el hueco, adonde le dio lo que pudo, que fueron sopas en leche, y le dieran vino, si ella quisiera beuerlo; colgo luego delante del hueco otras pieles, como para enjugarse. Ricla, viendo hecho esto, auiendo conjeturado que aquella, sin duda, deuia de ser la madre de la criatura que ella tenia, se llegò al pastor caritatiuo, diziendole:

—No pongays, buen señor, término a vuestra caridad, y vsalda con esta criatura que tengo en los braços, antes que perezca de hambre.

Y, en breues razones, le conto cómo se le auian dado. Respondiola el pastor a la intencion, y no a sus razones, llamando a vno de los demas pastores, a quien mandò que, tomando aquella criatura, la lleuasse al aprisco de las cabras, y hiziesse de modo como de alguna dellas tomasse el pecho. Apenas huuo hecho esto, y tan apenas que casi se oian los vltimos acentos del llanto de la criatura, quando llegaron a la majada vn tropel de hombres a cauallo,

preguntando por la muger desmayada y por el cauallero de la criatura; pero como no les dieron nueuas, ni noticia de lo que pedian, passaron con estraña priessa adelante, de que no poco se alegraron sus remediadores, y aquella noche passaron con mas comodidad que los peregrinos pensaron, y con mas alegria de los ganaderos, por verse tambien acompañados.

CAPITVLO TERCERO

DEL TERCER LIBRO

La donzella encerrada en el arbol, [*da razon*] *de quien era.*

Preñada estaua la enzina—digamoslo assi—; preñadas estauan las nubes, cuya escuridad la puso en los ojos de los que por la prisionera del arbol preguntaron; pero al compassiuo pastor, que era mayoral del ato, ninguna cosa le pudo turbar para que dexasse de acudir a proueer lo que fuesse necessario al recebimiento de sus huespedes: la criatura tomò los pechos de la cabra; la encerrada, el rustico sustento; y los peregrinos, el nueuo y agradable hospedage. Quisieron todos saber luego que causas auian traido alli a la lastimada y, al parecer, fugitiua, y a la desamparada criatura; pero fue parecer de Auristela que no le preguntassen nada hasta el venidero dia, porque los sobresaltos no suelen dar licencia a la lengua aun a que cuente venturas alegres, quanto mas desdichas tristes; y, puesto que el anciano pastor visitaua a menudo el arbol, no preguntaua nada al deposito que tenia, sino solamente por su salud; y fuele respondido que, aunque tenia mucha ocasion para no tenerla, le sobraria como ella se viesse

libre de los que la buscauan, que era su padre y hermanos. Cubriola y encubriola el pastor, y dexóla, y voluiose a los peregrinos, que aquella noche la passaron con mas claridad de las hogueras y fuegos de los pastores que con aquella que ella les concedia, y, antes que el cansancio les obligasse a entregar los sentidos al sueño, quedò concertado que el pastor que auia lleuado la criatura a procurar que las cabras fuessen sus amas, la lleuasse y entregasse a vna hermana del anciano ganadero, que, casi dos leguas de alli, en vna pequeña aldea, viuia. Dieronle que lleuasse la cadena, con orden de darla a criar en la misma aldea, diziendo ser de otra algo apartada. Todo esto se hizo assi, con que se asseguraron y apercibieron a desmentir las espias, si acaso voluiessen, o viniessen otras de nueuo, a buscar los perdidos; a lo menos, los que perdidos parecian. En tratar desto, y en satisfazer la hambre, y en vn breue rato que se apoderò de sus ojos el sueño y de sus lenguas el silencio, se passò el de la noche, y se vino a mas andar el dia, alegre para todos, sino para la temerosa que, encerrada en el arbol, apenas ossaua ver del sol la claridad hermosa. Con todo esso, auiendo puesto primero, cerca y lexos del rebaño, de trecho en trecho, centinelas que auisassen si alguna gente venia, la sacaron del arbol para que le diesse el ayre, y para saber della lo que desseauan; y, con la luz del dia, vieron que la de su rostro era admirable, de modo que puso en duda a qual darian, della y

de Constança, despues de Auristela, el segundo lugar de hermosa; porque dondequiera se lleuò el primero Auristela, a quien no quiso dar ygual la naturaleza. Muchas preguntas le hizieron, y muchos ruegos precedieron antes, todos encaminados a que su sucesso les contasse, y ella, de puro cortés y agradecida, pidiendo licencia a su flaqueza, con aliento debilitado, assi començo a dezir:

—Puesto, señores, que, en lo que deziros quiero, tengo de descubrir faltas que me han de hazer perder el credito de honrada, todauia quiero mas parecer cortés por obedeceros, que desagradecida por no contentaros. Mi nombre es Feliciana de la Voz; mi patria, vna villa no lexos de este lugar; mis padres son nobles mucho mas que ricos; y mi hermosura, en tanto que no ha estado tan marchita como agora, ha sido de algunos estimada y celebrada. Iunto a la villa que me dio el cielo por patria, viuia vn hidalgo riquissimo, cuyo trato y cuyas muchas virtudes le hazian ser cauallero en la opinion de las gentes. Este tiene vn hijo que desde agora muestra ser tan heredero de las virtudes de su padre, que son muchas, como de su hazienda, que es infinita. Viuia ansimismo en la misma aldea vn cauallero con otro hijo suyo, mas nobles que ricos, en vna tan honrada mediania, que ni los humillaua ni los ensoberuecia. Con este segundo mancebo noble ordenaron mi padre y dos hermanos que tengo de casarme, echando a las espaldas los ruegos con que me

pedia por esposa el rico hidalgo; pero yo, a quien los cielos guardauan para esta desuentura en que me veo, y para otras en que pienso verme, me dio por esposo al rico, y yo me le entreguè por suya a hurto de mi padre y de mis hermanos, que madre no la tengo, por mayor desgracia mia. Vimonos muchas vezes solos y juntos, que, para semejantes casos, nunca la ocasion vuelue las espaldas; antes, en la mitad de las impossibilidades, ofrece su guedeja. Destas juntas y destos hurtos amorosos, se acortò mi vestido (*) y crecio mi infamia, si es que se puede llamar infamia la conuersacion de los desposados amantes. En este tiempo, sin hazerme sabidora, concertaron mis padres y hermanos de casarme con el moço noble, con tanto desseo de efetuarlo, que anoche le traxeron a casa, acompañado de dos cercanos parientes suyos, con proposito de que luego, luego nos diessemos las manos. Sobresaltéme quando vi entrar a Luys Antonio—que este es el nombre del mancebo noble—, y mas me admirè quando mi padre me dixo que me entrasse en mi aposento y me adereçasse algo mas de lo ordinario, porque en aquel punto auia de dar la mano de esposa a Luys Antonio. Dos dias auia que auia entrado en los terminos que la naturaleza pide en los partos, y, con el sobresalto y no esperada nueua, quedè como muerta, y diziendo entraua a adereçarme a mi aposento, me arrojé en los braços de vna mi donzella, depositaria de mis secretos, a quien dixe, hechos fuentes mis ojos: “¡Ay,

Leonora mia, y cómo creo que es llegado el fin de mis dias! Luys Antonio está en essa antesala, esperando que yo salga a darle la mano de esposa. Mira si es este trance riguroso, y la mas apretada ocasion en que pueda verse vna muger desdichada. Passame, hermana mia, si tienes con que, este pecho; salga primero mi alma destas carnes, que no la desuerguença de mi atreuimiento. ¡Ay, amiga mia, que me muero, que se me acaba la vida!„ Y, diziendo esto, y dando vn gran suspiro, arrojé vna criatura en el suelo, cuyo nunca visto caso suspendio a mi donzella, y a mi me cego el discurso de manera que, sin saber que hazer, estuue esperando a que mi padre o mis hermanos entrassen, y, en lugar de sacarme a desposar, me sacassen a la sepultura.

Aqui llegaua Feliciana de su cuento, quando vieron que las centinelas que auian puesto para assegurarse, hazian señal de que venia gente, y, con diligencia no vista, el pastor anciano queria voluer a depositar a Feliciana en el arbol, seguro asylo de su desgracia; pero, auiendo vuelto las centinelas a dezir que se assegurassen, porque vn tropel de gente que auian visto, cruzaua por otro camino, todos se asseguraron, y Feliciana de la Voz voluio a su cuento, diziendo:

—Considerad, señores, el apretado peligro en que me vi anoche: el desposado, en la sala, esperandome, y el adúltero, si assi se puede dezir, en vn jardin de mi casa, atendiendome para

hablarme, ignorante del estrecho en que yo estaua, y de la venida de Luys Antonio; yo, sin sentido, por el no esperado sucesso; mi donzella, turbada, con la criatura en los braços; mi padre y hermanos, dandome priessa que saliesse a los desdichados desposorios. Aprieto fue este que pudiera derribar a mas gallardos entendimientos que el mio, y oponerse a toda buena razon y buen discurso. No se que os diga mas, sino que senti, estando sin sentido, que entrò mi padre diziendo: "Acaba, muchacha; sal como quiera que estuuieres, que tu hermosura suplira tu desnudez y te seruira de riquissimas galas.„ Diole, a lo que creo, en esto a los oidos el llanto de la criatura, que mi donzella, a lo que imagino, deuia de yr a poner en cobro, o a darsela a Rosanio, que este es el nombre del que yo quise escoger por esposo; alborotòse mi padre, y, con vna vela en la mano, me mirò el rostro, y coligio por mi semblante mi sobresalto y mi desmayo; voluiole a herir en los oidos el eco del llanto de la criatura, y, echando mano a la espada, fue siguiendo adonde la voz le lleuaua. El resplandor del cuchillo me dio en la turbada vista, y el miedo en la mitad del alma; y, como sea natural cosa el dessear conseruar la vida cada vno, del temor de perderla salio en mi el ánimo de remediarla, y, apenas huuo mi padre vuelto las espaldas, quando yo, assi como estaua, baxé por vn caracol a vnos aposentos baxos de mi casa, y de ellos con facilidad me puse en la calle, y de la calle en el campo, y del campo en no se que

camino; y, finalmente, aguijada del miedo y solicitada del temor, como si tuuiera alas en los pies, caminè mas de lo que prometia mi flaqueza. Mil vezes estuue para arrojarme en el camino de algun ribazo, que me acabara con acabarme la vida, y otras tantas estuue por sentarme o tenderme en el suelo, y dexarme hallar de quien me buscasse; pero, alentandome la luz de vuestras cauañas, procuré llegar a ellas a buscar descanso a mi cansancio, y, si no remedio, algun aliuio a mi desdicha. Y assi lleguè como me vistes, y assi me hallo como me veo, merced a vuestra caridad y cortesia. Esto es, señores mios, lo que os puedo contar de mi historia, cuyo fin dexo al cielo, y le remito en la tierra a vuestros buenos consejos.

Aqui dio fin a su plática la lastimada Feliciana de la Voz, con que puso en los oyentes admiracion y lástima en vn mismo grado. Periandro conto luego el hallazgo de la criatura, la dadiua de la cadena, con todo aquello que le auia sucedido con el cauallero que se la dio.

—¡Ay!—dixo Feliciana—. ¿Si es por ventura essa prenda mia? ¿Y si es Rosanio el que la traxo? Y si yo la viesse, si no por el rostro, pues nunca le he visto, quiça por los paños en que viene embuelta sacaria a luz la verdad de las tinieblas de mi confusion; porque mi donzella, no apercebida, ¿en que la podia enuolver, sino en paños que estuuiessen en el aposento, que fuessen de mi conocidos? Y quando esto no sea, quiça la sangre hara su oficio, y, por ocul-

tos sentimientos le dara a entender lo que me toca.

A lo que respondio el pastor:

—La criatura està ya en mi aldea, en poder de vna hermana y de vna sobrina mia; yo hare que ellas mismas nos la traygan oy aqui, donde podras, hermosa Feliciana, hazer las esperiencias que desseas. En tanto, sossiega, señora, el espiritu, que mis pastores y este arbol seruiran de nubes que se opongan a los ojos que te buscaren.

CAPITVLO QVARTO

DEL TERCERO LIBRO

—Pareceme, hermano mio—dixo Auristela a Periandro—, que los trabajos y los peligros no solamente tienen jurisdicion en el mar, sino en toda la tierra; que las desgracias e infortunios, assi se encuentran sobre los leuantados sobre los montes, como con los escondidos en sus rincones. Esta que llaman fortuna, de quien yo he oydo hablar algunas vezes, de la qual se dize que quita y da los bienes quando, como y a quien quiere, sin duda alguna, deue de ser ciega y antojadiça, pues, a nuestro parecer, leuanta los que auian de estar por el suelo, y derriba los que estan sobre los montes de la luna. No se, hermano, lo que me voy diziendo; pero se que quiero dezir que no es mucho que nos admire ver a esta señora, que dize que se llama Feliciana de la Voz, que a penas la tiene para contar sus desgracias. Contemplola yo pocas horas ha, en su casa, acompañada de su padre, hermanos y criados, esperando poner con sagazidad remedio a sus arrojados desseos; y agora puedo dezir que la veo escondida en lo hueco de vn arbol, temiendo los mosquitos del ayre, y aun las lombrizes de la tierra. Bien es verdad que la suya no es caida de principes (*); pero es

vn caso que puede seruir de exemplo a las recogidas donzellas que le quisieren dar bueno de sus vidas. Todo esto me mueue a suplicarte, ¡o hermano!, mires por mi honra, que, desde el punto que sali del poder de mi padre y del de tu madre, la depositè en tus manos; y aunque la esperiencia, con certidumbre grandissima, tiene acreditada tu bondad, ansi en la soledad de los desiertos como en la compañia de las ciudades, todauia temo que la mudança de las horas no mude los que de suyo son faciles pensamientos. A ti te va; mi honra es la tuya; vn solo desseo nos gouierna y vna misma esperança nos sustenta; el camino en que nos hemos puesto es largo; pero no ay ninguno que no se acabe, como no se le oponga la pereza y la ociosidad; ya los cielos, a quien doy mil gracias por ello, nos ha traido a España sin la compañia peligrosa de Arnaldo; ya podemos tender los pasos, seguros de naufragios, de tormentas y de salteadores, porque, segun la fama que, sobre todas las regiones del mundo, de pacifica y de santa tiene ganada España, bien nos podemos prometer seguro viage.

—¡O hermana—respondio Periandro—, y cómo por puntos vas mostrando los estremados de tu discrecion! Bien veo que temes como muger, y que te animas como discreta. Yo quisiera, por aquietar tus bien nacidos rezelos, buscar nueuas esperanças que me acreditassen contigo: que, puesto que las hechas pueden [conuertir] (*) el temor en esperança, y la esperança en

firme seguridad, y desde luego en possession alegre, quisiera que nueuas ocasiones me acreditaran. En el rancho destos pastores no nos queda que hazer, ni en el caso de Feliciana podemos seruir mas que de compadecernos de ella; procuremos lleuar esta criatura a Truxillo, como nos lo encargò el que con ella nos dio la cadena, al parecer, por paga.

En esto estauan los dos, quando llegò el pastor anciano con su hermana y con la criatura, que auia embiado por ella al (*) aldea, por ver si Feliciana la reconocia, como ella lo auia pedido. Lleuaronsela, miròla y remiròla, quitòle las fajas; pero en ninguna cosa pudo conocer ser la que auia parido, ni aun, lo que mas es de considerar, el natural cariño no le mouia los pensamientos a reconocer el niño, que era varon el rezien nacido.

—No—dezia Feliciana—, no son estas las mantillas que mi donzella tenia diputadas para enuoluer lo que de mi naciesse, ni esta cadena —que se la enseñaron—la vi yo jamas en poder de Rosanio. De otra deue ser esta prenda, que no mia; que, a serlo, no fuera yo tan venturosa, teniendola vna vez perdida, tornar a cobrarla (*). Aunque yo oi dezir muchas vezes a Rosanio que tenia amigos en Truxillo; pero de ningun[o] me acuerdo el nombre.

—Con todo esso—dixo el pastor—, (que) pues el que dio la criatura mandò que la lleuassen a Truxillo, sospecho que el que la dio a estos peregrinos fue Rosanio; y assi, soy de parecer, si

es que en ello os hago algun seruicio, que mi hermana, con la criatura y con otros dos destos mis pastores, se ponga en camino de Truxillo, a ver si la reciben alguno de essos dos caualleros a quien va dirigida.

A lo que Feliciana respondio con sollozos y con arrojarse a los pies del pastor, abraçandolos estrechamente; señales que la dieron de que aprouaua su parecer. Todos los peregrinos le aprouaron assimismo, y, con darle la cadena, lo facilitaron todo. Sobre vna de las bestias del ato se acomodò la hermana del pastor, que estaua rezien parida, como se ha dicho, con orden que se passasse por su aldea y dexasse en cobro su criatura, y con la otra se partiesse a Truxillo, que los peregrinos, que yuan a Guadalupe, con mas espacio la seguirian. Todo se hizo como lo pensaron, y luego, porque la necessidad del caso no admitia tardança alguna. Feliciana callaua, y con silencio se mostraua agradecida a los que tan de veras sus cosas tomauan a su cargo. Añadiose a todo esto que Feliciana, auiendo sabido cómo los peregrinos yuan a Roma, aficionada a la hermosura y discrecion de Auristela, a la cortesia de Periandro, a la amorosa conuersacion de Constança y de Ricla, su madre, y al agradable trato de los dos Antonios, padre y hijo, que todo lo mirò, notò y ponderò en aquel poco espacio que los auia comunicado, y lo principal por voluer las espaldas a la tierra donde quedaua enterrada su honra, pidio que consigo la lleuassen como peregrina a

Roma: que, pues auia sido peregrina en culpas, queria procurar serlo en gracias, si el cielo se las concedia en que con ellos la lleuassen. A penas descubrio su pensamiento, quando Auristela acudio a satisfazer su desseo, compasiua y desseosa de sacar a Feliciana de entre los sobresaltos y miedos que la perseguian. Sólo dificultò el ponerla en camino estando tan rezien parida, y assi se lo dixo; pero el anciano pastor dixo que no auia mas diferencia del parto de vna muger que del de vna res, y que, assi como la res, sin otro regalo alguno, despues de su parto, se quedaua a las inclemencias del cielo, ansi la muger podia, sin otro regalo alguno, acudir a sus exercicios; sino que el vso auia introduzido entre las mugeres los regalos y todas aquellas preuenciones que suelen hazer con las rezien paridas.

—Yo seguro—dixo mas—que, quando Eua pario el primer hijo, que no se echò en el lecho, ni se guardò del ayre, ni vsò de los melindres que agora se vsan en los partos. Esforçaos, señora Feliciana, y seguid vuestro intento, que desde aqui le aprueuo casi por santo, pues es tan christiano.

A lo que añadio Auristela:

—No quedarà por falta de hábito de peregrina, que mi cuydado me hizo hazer dos quando hize este, el qual dare yo a la señora Feliciana de la Voz, con condicion que me diga que misterio tiene el llamarse de la Voz, si ya no es el de su apellido.

—No me le ha dado—respondio Feliciana—mi linage, sino el ser comun opinion de todos quantos me han oido cantar, que tengo la mejor voz del mundo; tanto, que por excelencia me llaman comunmente Feliciana de la Voz; y a no estar en tiempo mas de gemir que de cantar, con facilidad os mostrara esta verdad; pero si los tiempos se mejoran, y dan lugar a que mis lagrimas se enjuguen, yo cantarè, si no canciones alegres, a lo menos, endechas tristes, que cantandolas encanten, y llorandolas alegren.

Por esto que Feliciana dixo, nacio en todos vn desseo de oirla cantar luego luego; pero no osaron rogarselo, porque, como ella auia dicho, los tiempos no lo permitian. Otro dia se despojò Feliciana de los vestidos no necessarios que traia, y se cubrio con los que le dio Auristela de peregrina; quitòse vn collar de perlas y dos sortijas: que, si los adornos son parte para acreditar calidades, estas pieças pudieran acreditarla de rica y noble; tomòlas Ricla, como tesorera general de la hazienda de todos, y quedò Feliciana segunda peregrina, como primera Auristela, y tercera Constança, aunque este parecer se diuidio en pareceres, y algunos le dieron el segundo lugar a Constança, que el primero no huuo hermosura en aquella edad que a la de Auristela se le quitasse. A penas se vio Feliciana el nueuo hábito, quando le nacieron alientos nueuos y desseos de ponerse en camino. Conocio esto Auristela, y, con consentimiento de todos, despidiendose del pastor caritatiuo y de los

demas de la majada, se encaminaron a Caceres, hurtando el cuerpo con su acostumbrado paso al cansancio; y si alguna vez alguna de las mugeres le tenia, le suplia el bagage donde yua el repuesto, o ya el margen de algun arroyuelo o fuente do se sentauan, o la verdura de algun prado que a dulce reposo las combidaua; y assi andauan a vna con ellos el reposo y el cansancio, junto con la pereza y la diligencia: la pereza, en caminar poco; la diligencia, en caminar siempre. Pero como por la mayor parte nunca los buenos desseos llegan a fin dichoso sin estoruos que los impidan, quiso el cielo que el de este hermoso esquadron, que, aunque diuidido en todos, era sólo vno en la intencion, fuesse impedido con el estoruo que agora oireis. Dauales assiento la verde yerua de vn deleytoso pradezillo; refrescauales los rostros el agua clara y dulce de vn pequeño arroyuelo que por entre las yeruas corria; seruianles de muralla y de reparo muchas çarças y cambroneras que casi por todas partes los rodeaua, sitio agradable y necessario para su descanso, quando, de improuiso, rompiendo por las intricadas matas, vieron salir al verde sitio vn mancebo vestido de camino, con vna espada hincada por las espaldas, cuya punta le salia al pecho. Cayó de ojos, y, al caer, dixo:

—¡Dios sea conmigo!

Y, el fin desta palabra, y el arrancarsele el alma, fue todo a vn tiempo; y, aunque todos, con el estraño espectaculo, se leuantaron alborota-

dos, el que primero llegò a socorrerle fue Periandro, y, por hallarle ya muerto, se atreuio a sacar la espada. Los dos Antonios saltaron las çarças, por ver si verian quien huuiesse sido el cruel y aleuoso homicida, que, por ser la herida por las espaldas, se mostraua que traydoras manos la auian hecho. No vieron a nadie; voluieronse a los demas, y, la poca edad del muerto, y su gallardo talle y parecer, les acrecento la lástima. Miraronle todo, y hallaronle, debaxo de vna ropilla de terciopelo pardo, sobre el jubon puesta vna cadena de quatro bueltas de menudos eslabones de oro, de la qual pendia vn deuoto crucifixo, assimismo de oro; alla entre el jubon y la camisa le hallaron, dentro de vna caxa de euano ricamente labrada, vn hermosissimo retrato de muger pintado en la lisa tabla, alrededor del qual, de menudissima y clara letra, vieron que traia escritos estos versos:

Yela, enciende, mira y habla:
¡milagros de hermosura,
que tenga vuestra figura
tanta fuerça en vna tabla!

Por estos versos, conjeturò Periandro, que los leyo primero, que de causa amorosa deuia de auer nacido su muerte. Miraronle las faldriqueras, y escudriñaronle todos; pero no hallaron cosa que les diesse indicio de quien era; y, estando haziendo este escrutinio, parecieron, como si fueran llouidos, quatro hombres, con ballestas armadas, por cuyas insignias conocio luego

Antonio el padre que eran quadrilleros de la Santa Hermandad, vno de los quales dixo a vozes:

—¡Teneos, ladrones, homicidas y salteadores! No le acabeis de despojar, que a tiempo soys venidos en que os lleuaremos adonde pagueys vuestro pecado.

—¡Esso no, vellacos!—respondio Antonio el moço—. Aqui no ay ladron ninguno, porque todos somos enemigos de los que lo son.

—Bien se os parece, por cierto—replicò el quadrillero—. El hombre muerto, sus despojos en vuestro poder, y su sangre en vuestras manos, que sirue de testigos vuestra maldad. Ladrones soys, salteadores soys, homicidas soys; y como tales ladrones, salteadores y homicidas, presto pagareis vuestros delitos, sin que os valga la capa de virtud christiana con que procurays encubrir vuestras maldades, vistiendoos de peregrinos.

A esto le dio respuesta Antonio el moço con poner vna flecha en su arco, y passarle con ella vn braço, puesto que quisiera passarle de parte a parte el pecho. Los demas quadrilleros, o escarmentados del golpe, o por hazer la prision mas al seguro, voluieron las espaldas, y, entre huyendo y esperando, a grandes vozes apellidaron:

—¡Aqui de la Santa Hermandad! ¡Fauor a la Santa Hermandad!

Y mostrose ser santa la Hermandad que apellidauan, porque en vn instante, como por mila-

gro, se juntaron mas de veinte quadrilleros, los quales, encarando sus ballestas y sus saetas a los que no se defendian, los prendieron y aprisionaron, sin respetar la belleza de Auristela ni las demas peregrinas, y con el cuerpo del muerto las lleuaron a Caceres, cuyo corregidor era vn cauallero del hábito de Santiago, el qual, viendo el muerto y el quadrillero herido, y la informacion de los demas quadrilleros, con el indicio de ver ensangrentado a Periandro, con el parecer de su teniente, quisiera luego ponerlos a question de tormento, puesto que Periandro se defendia con la verdad, mostrandole en su fauor los papeles que para seguridad de su viage y licencia de su camino auia tomado en Lisboa; mostrole assimismo el lienço de la pintura de su sucesso, que la relatò y declarò muy bien Antonio el moço, cuyas prueuas hizieron poner en opinion la ninguna culpa que los peregrinos tenian. Ricla, la tesorera, que sabia muy poco o nada de la condicion de escriuanos y procuradores, ofrecio a vno, de secreto, que andaua alli en público, dando muestras de ayudarles, no se que cantidad de dineros porque tomasse a cargo su negocio. Lo echò a perder del todo, porque, en oliendo los satrapas de la pluma que tenian lana los peregrinos, quisieron trasquilarlos, como es vso y costumbre, hasta los huessos, y, sin duda alguna, fuera assi, si las fuerças de la inocencia no permitiera el cielo que sobrepujaran a las de la malicia. Fue el caso, pues, que vn huesped o mesonero del lu-

gar, auiendo visto el cuerpo muerto que auian traido, y reconocidole muy bien, se fue al corregidor y le dixo:

—Señor, este hombre que han traido muerto los quadrilleros, ayer de mañana partio de mi casa, en compañia de otro, al parecer, cauallero. Poco antes que se partiesse, se encerro conmigo en mi aposento, y, con recato, me dixo: "Señor huesped, por lo que deueis a ser christiano, os ruego que, si yo no vueluo por aqui dentro de seys dias, abrays este papel que os doy, delante de la justicia.„ Y diziendo esto, me dio este que entrego a vuessa merced, donde imagino que deue de venir alguna cosa que toque a este tan estraño sucesso.

Tomò el papel el corregidor, y, abriendole, vio que en el estauan escritas estas mismas razones:

"Yo, don Diego de Parraces, sali de la corte de su Magestad tal dia—y venía puesto el dia— en compañia de don Sebastian de Soranço, mi pariente, que me pidio que le acompañasse en cierto viage donde le yua la honra y la vida. Yo, por no querer hazer verdaderas ciertas sospechas falsas que de mi tenía, fiandome en mi inocencia, di lugar a su malicia, y acompañèle. Creo que me lleua a matar; si esto sucediere, y mi cuerpo se hallare, sepase que me mataron a traicion, y que mori sin culpa.„

Y firmaua: "Don Diego de Parraces.„

Este papel, a toda diligencia, despachò el corregidor a Madrid, donde con la justicia se hi-

zieron las diligencias possibles buscando al matador, el qual llegò a su casa la misma noche que le buscauan, y, entreoyendo el caso, sin apearse de la caualgadura, voluio las riendas y nunca mas parecio. Quedòse el delito sin castigo, el muerto se quedò por muerto, quedaron libres los prisioneros, y la cadena que tenia Ricla se deseslabonò para gastos de justicia; el retrato se quedò para gustos de los ojos del corregidor, satisfizose la herida del quadrillero, voluio Antonio el moço a relatar el lienço, y, dexando admirado al pueblo, y auiendo estado en el, todo este tiempo de las aueriguaciones, Feliciana de la Voz en el lecho, fingiendo estar enferma, por no ser vista, se partieron la buelta de Guadalupe, cuyo camino entretuuieron tratando del caso estraño, y desseando que sucediesse ocasion donde se cumpliesse el desseo que tenian de oir cantar a Feliciana, la qual si cantara, pues no ay dolor que no se mitigue con el tiempo, o se acabe con acabar la vida; pero, por guardar ella a su desgracia el decoro que a si misma deuia, sus cantos eran lloros, y su voz, gemidos. Estos se aplacaron vn tanto con auer topado en el camino la hermana del compasiuo pastor, que voluia de Trugillo, donde dixo que dexaua el niño en poder de don Francisco Piçarro y de don Iuan de Orellana, los quales auian conjeturado no poder ser de otro aquella criatura sino de su amigo Rosanio, segun el lugar donde le hallaron, pues por todos aquellos contornos no tenian ellos algun conocido que auenturasse a fiarse de ellos.

—"Sea, en fin, lo que fuere—dixo la labradora, dixeron ellos—, que no ha de quedar defraudado de sus buenos pensamientos el que se ha fiado de nosotros." Ansi que, señores, el niño queda en Trugillo en poder de los que he dicho; si algo me queda que hazer por seruiros, aqui estoy con la cadena, que aun no me he desecho de ella, pues la que me pone a la voluntad el ser yo christiana, me enlaza y me obliga a mas que la de oro.

A lo que respondio Feliciana que la gozasse muchos años, sin que se le ofreciesse necessidad de deshazella, pues las ricas prendas de los pobres no permanecen largo tiempo en sus casas, porque, o se empeñan, para no quitarse, o se venden, para nunca voluerlas a comprar. La labradora se despidio aqui, [l]e dieron mil encomiendas para su hermano y los demas pastores, y nuestros peregrinos llegaron poco a poco a las santissimas tierras de Guadalupe.

CAPITVLO QVINTO

DEL TERCERO LIBRO

A penas huuieron puesto los pies los deuotos peregrinos en vna de las dos entradas que guian al valle, que forman y cierran las altissimas sierras de Guadalupe, quando, con cada paso que dauan, nacian en sus coraçones nueuas ocasiones de admirarse; pero alli llegò la admiracion a su punto quando vieron el grande y suntuoso monasterio, cuyas murallas encierran la santissima imagen de la emperadora de los cielos; la santissima imagen, otra vez, que es libertad de los cautiuos, lima de sus hierros y aliuio de sus passiones; la santissima imagen que es salud de las enfermedades, consuelo de los afligidos, madre de los huerfanos y reparo de las desgracias. Entraron en su templo, y, donde pensaron hallar por sus paredes, pendientes por adorno, las purpuras de Tiro, los damascos de Siria, los brocados de Milan, hallaron en lugar suyo muletas que dexaron los coxos, ojos de cera que dexaron los ciegos, braços que colgaron los mancos, mortajas de que se desnudaron los muertos, todos despues de auer caydo en el suelo de las miserias, ya viuos, ya sanos, ya libres y ya contentos, merced a la larga misericordia de la madre de las miseri-

cordias, que en aquel pequeño lugar haze campear a su benditissimo hijo con el esquadron de sus infinitas misericordias.

De tal manera hizo aprehension estos milagrosos adornos en los coraçones de los deuotos peregrinos, que voluieron los ojos a todas las partes del templo, y les parecia ver venir por el ayre volando los cautiuos, embueltos en sus cadenas, a colgarlas de las santas murallas, y a los enfermos arrastrar las muletas, y a los muertos mortajas, buscando lugar donde ponerlas, porque ya en el sacro templo no cabian: tan grande es la suma que las paredes ocupan (*).

Esta nouedad, no vista hasta entonces de Periandro ni de Auristela, ni menos de Ricla, de Constança ni de Antonio, los tenia como assombrados, y no se hartauan de mirar lo que veian, ni de admirar lo que imaginauan; y assi, con deuotas y christianas muestras, hincados de rodillas, se pusieron a adorar a Dios sacramentado, y a suplicar a su santissima madre que, en credito y honra de aquella imagen, fuesse seruida de mirar por ellos. Pero lo que mas es de ponderar, fue que, puesta de hinojos, y las manos puestas (y) junto al pecho, la hermosa Feliciana de la Voz, llouiendo tiernas lagrimas, con sossegado semblante, sin mouer los labios ni hazer otra demostracion ni mouimiento que diesse señal de ser viua criatura, solto la voz a los vientos, y leuantò el coraçon al cielo, y cantò vnos versos que ella sabía de memoria, los quales dio despues por escrito, con que sus-

pendio los sentidos de quantos la escuchauan, y acreditò las alabanças que ella misma de su voz auia dicho, y satisfizo de todo en todo los desseos que sus peregrinos tenian de escucharla. Quatro estancias auia cantado, quando entraron por la puerta del templo vnos forasteros, a quien la deuocion y la costumbre puso luego de rodillas, y la voz de Feliciana, que todauia cantaua, puso tambien en admiracion; y, vno de ellos, que de anciana edad parecia, voluiendose a otro que estaua a su lado, (y) dixole:

—O aquella voz es de algun angel de los confirmados en gracia, o es de mi hija Feliciana de la Voz.

—¿Quien lo duda?—respondio el otro—. Ella es, y la que no será, si no yerra el golpe este mi braço.

Y, diziendo esto, echò mano a vna daga, y, con descompassados pasos, perdido el color y turbado el sentido, se fue hazia donde Feliciana estaua. El (*) venerable anciano se arrojò tras el y le abraçò por las espaldas, diziendole:

—No es este, ¡o hijo!, teatro de miserias ni lugar de castigos. Da tiempo al tiempo, que, pues no se nos puede huyr esta traidora, no te precipites, y, pensando castigar el ageno delito, te eches sobre ti la pena de la culpa propia.

Estas razones y alboroto sellò la boca de Feliciana y alborotò a los peregrinos y a todos quantos en el templo estauan, los quales no fueron parte para que su padre y hermano (*) de Feliciana no la sacassen del templo a la calle,

donde, en vn instante, se juntò casi toda la gente del pueblo con la justicia, que se la quitò a los que parecian mas verdugos que hermano y padre. Estando en esta confusion, el padre dando vozes por su hija, y su hermano por su hermana, y la justicia defendiendola hasta saber el caso, por vna parte de la plaça entraron hasta seys de a cauallo, que los dos de ellos fueron luego conocidos de todos, por ser el vno don Francisco Piçarro, y el otro don Iuan de Orellana, los quales, llegandose al tumulto de la gente, y con ellos otro cauallero que con vn velo de tafetan negro traia cubierto el rostro, preguntaron la causa de aquellas vozes. Fueles respondido que no se sabía otra cosa sino que la justicia queria defender aquella peregrina, a quien querian matar dos hombres, que dezian ser su hermano y su padre. Esto estauan oyendo don Francisco Piçarro y don Iuan de Orellana, quando el cauallero emboçado, arrojandose del cauallo abaxo, sobre quien venia, poniendo mano a su espada, y descubriendose el rostro, se puso al lado de Feliciana, y, a grandes vozes, dixo:

—En mi, en mi deueys, señores, tomar la enmienda del pecado de Feliciana, vuestra hija, si es tan grande que merezca muerte el casarse vna donzella contra la voluntad de sus padres. Feliciana es mi esposa, y yo soy Rosanio, como veys, no de tan poca calidad que no merezca que me deys por concierto lo que yo supe escoger por industria. Noble soy, de cuya nobleza

os podre presentar por testigos; riqueza[s] tengo que la sustentan, y no será bien que, lo que he ganado por ventura, me lo quite Luys Antonio por vuestro gusto; y si os parece que os he hecho ofensa de auer llegado a este punto, de teneros por señores sin sabiduria vuestra, perdonadme, que las fuerças poderosas de amor suelen turbar los ingenios mas entendidos, y el veros yo tan inclinados a Luys Antonio, me hizo no guardar el decoro que se os deuia, de lo qual otra vez os pido perdon.

Mientras Rosanio esto dezia, Feliciana estaua pegada con el, teniendole assido por la pretina con la mano, toda temblando, toda temerosa, y toda triste y toda hermosa juntamente; pero antes que su padre y hermano respondiessen palabra, don Francisco Piçarro se abraçò con su padre, y don Iuan de Orellana con su hermano, que eran sus grandes amigos. Don Francisco dixo al padre:

—¿Donde està vuestra discrecion, señor don Pedro Tenorio? ¿Cómo, y es possible que vos mismo querais fabricar vuestra ofensa? ¿No veis que estos agrauios, antes que la pena, traen las disculpas consigo? ¿Que tiene Rosanio que no merezca a Feliciana? O ¿que le quedarà a Feliciana de aqui adelante, si pierde a Rosanio?

Casi estas mismas o semejantes razones dezia don Iuan de Orellana a su hermano, añadiendo mas, porque le dixo:

—Señor don Sancho, nunca la colera prome-

tio buen fin de sus impetus: ella es passion del ánimo, y el ánimo apassionado pocas vezes acierta en lo que emprende. Vuestra hermana supo escoger buen marido; tomar vengança de que no se guardaron las deuidas ceremonias y respetos, no será bien hecho, porque os pondreis a peligro de derribar y echar por tierra todo el edificio de vuestro sossiego. Mirad, señor don Sancho, que tengo vna prenda vuestra en mi casa: vn sobrino os tengo, que no le podreis negar si no os negais a vos mismo: tanto es lo que os parece.

La respuesta que dio el padre a don Francisco, fue llegarse a su hijo don Sancho y quitalle la daga de las manos, y luego fue a abraçar a Rosanio, el qual, dexandose derribar a los pies del que ya conocio ser su suegro, se los besò mil vezes. Arrodillóse tambien ante su padre Feliciana, derramò lagrimas, embiò suspiros, vinieron desmayos; la alegria discurrio por todos los circunstantes; ganò fama de prudente el padre, de prudente el hijo, y los amigos, de discretos y bien hablados; lleuòlos el corregidor a su casa, regalòlos el prior del santo monasterio abundantissimamente; visitaron las reliquias los peregrinos, que son muchas, santissimas y ricas; confessaron sus culpas, recibieron los sacramentos, y, en este tiempo, que fue el de tres dias, embiò don Francisco por el niño que le auia lleuado la labradora, que era el mismo que Rosanio dio a Periandro la noche que le dio la cadena, el qual era tan lindo, que

el abuelo, puesta en oluido toda injuria, dixo viendole:

—¡Que mil bienes aya la madre que te pario y el padre que te engendrò!

Y, tomandole en sus braços, tiernamente le bañò el rostro con lagrimas, y se las enjugò con besos, y las limpiò con sus canas. Pidio Auristela a Feliciana le diesse el traslado de los versos que auia cantado delante de la santissima imagen, la qual respondio que solamente auia cantado quatro estancias, y que todas eran doze, dignas de ponerse en la memoria; y assi las escriuio, que eran estas:

Antes que de la mente eterna fuera
saliessen espiritus alados,
y antes que la veloz o tarda esfera
tuuiesse (*) mouimientos señalados,
y antes que aquella escuridad primera
los cabellos del sol viesse dorados,
fabricò para si Dios vna casa
de santissima, y limpia, y pura massa.

Los altos y fortissimos cimientos,
sobre humildad profunda se fundaron;
y, mientras mas a la humildad atentos,
mas la fábrica regia leuantaron.
Passò la tierra, passò el mar; los vientos,
atras, como mas baxos, se quedaron;
el fuego passa, y, con ygual fortuna,
debaxo de sus pies tiene la luna.

De fee son los pilares, de esperança,
los muros desta fábrica bendita
ciñe la caridad, por quien se alcança
duracion, como Dios, siempre infinita;

su recreo se aumenta en su templança;
su prudencia, los grados facilita
del bien que ha de gozar, por la grandeza
de su mucha justicia y fortaleza.

Adornan este alcaçar soberano
profundos poços, perenales fuentes,
huertos cerrados, cuyo fruto sano
es bendicion y gloria de las gentes;
estan a la siniestra y diestra mano
cipresses altos, palmas eminentes,
altos cedros, clarissimos espejos
que dan lumbre de gracia cerca y lejos.

El cinamomo, el platano y la rosa
de Hierico se halla en sus jardines,
con aquella color, y aun mas hermosa,
de los mas abrassados cherubines.
Del pecado la sombra tenebrosa,
ni llega, ni se acerca a sus confines.
Todo es luz, todo es gloria, todo es cielo
este edificio que oy se muestra al suelo.

De Salomon el templo se nos muestra
oy con la perfecion a Dios possible,
donde no se oyo golpe que la diestra
mano diesse a la obra conuenible;
oy, haziendo de si gloriosa muestra,
salio la luz del sol inacessible;
oy nueuo resplandor ha dado al dia
la clarissima estrella de Maria.

Antes que el sol, la estrella oy da su lumbre;
prodigiosa señal, pero tan buena,
que, sin guardar de agueros la costumbre,
dexa el alma de gozo y bienes llena.
Oy la humildad se vio puesta en la cumbre;
oy començo a romperse la cadena
del hierro antiguo, y sale al mundo aquella
prudentissima Ester, que el sol mas bella.

Niña de Dios, por nuestro bien nacida:
tierna, pero tan fuerte, que la frente,
en soberuia maldad endurezida,
quebrantasteis de la infernal serpiente:
brinco de Dios, de nuestra muerte vida,
pues vos fuistes el medio conueniente
que reduxo a pacífica concordia
de Dios y el hombre la mortal discordia.

La justicia y la paz oy se han juntado
en vos, virgen santissima, y con gusto
el dulce beso de la paz se han dado,
harra y señal del venidero agosto.
Del claro amanecer del sol sagrado
soys la primera aurora; soys del iusto
gloria; del pecador, firme esperança;
de la borrasca antigua, la bonança.

Soys la paloma que, ab eterno, fuistes
llamada desde el cielo; soys la esposa
que al sacro Verbo limpia carne distes,
por quien de Adan la culpa fue dichosa;
soys el braço de Dios que detuuistes
de Abrahan la cuchilla rigurosa,
y para el sacrificio verdadero
nos distes el mansissimo cordero.

Creced, hermosa planta, y dad el fruto
presto en sazon, por quien el alma espera
cambiar en ropa roçagante el luto
que la gran culpa le vistio primera.
De aquel inmenso y general tributo
la paga conueniente y verdadera
en vos se ha de fraguar; creed, señora,
que soys vniuersal remediadora.

Ya en las empireas sacrosantas salas
el paraninfo aligero se apresta,
o casi mueue las doradas alas,
para venir con la embaxada honesta:

que el olor de virtud que de ti exalas,
virgen bendita, sirue de requesta
y apremio a que se vea en ti muy presto
del gran poder de Dios echado el resto.

Estos fueron los versos que començo a cantar Feliciana, y los que dio por escrito despues, que fueron de Auristela mas estimados que entendidos. En resolucion, las pazes de los desauenidos se hizieron; Feliciana, esposo, padre y hermano, se voluieron a su lugar, dexando orden a don Francisco Piçarro y don Iuan de Orellana les embiassen el niño; pero no quiso Feliciana passar el disgusto que da el esperar, y assi, se le lleuò consigo, con cuyo sucesso quedaron todos alegres.

CAPITVLO SEXTO

DEL TERCERO LIBRO

Qvatro dias se estuuieron los peregrinos en Guadalupe, en los quales començaron a ver las grandezas de aquel santo monasterio; digo començaron, porque de acabarlas de ver es impossible. Desde alli se fueron a Trugillo, adonde assimismo fueron agasajados de los dos nobles caualleros don Francisco Piçarro y don Iuan de Orellana, y alli de nueuo refirieron el sucesso de Feliciana, y ponderaron, al par de su voz, su discrecion y el buen proceder de su hermano y de su padre, exagerando Auristela los cortesses ofrecimientos que Feliciana le auia hecho al tiempo de su partida. La yda de Trugillo fue de alli a dos dias la vuelta de Talauera, donde hallaron que se preparaua para celebrar la gran fiesta de la Monda, que trae su origen de muchos años antes que Christo naciesse (*), reduzida por los christianos a tan buen punto y término, que, si entonces se celebraua en honra de la diosa Venus por la gentilidad, aora se celebra en honra y alabança de la Virgen de las virgines. Quisieran esperar a verla; pero, por no dar mas espacio a su espacio, passaron adelante, y se quedaron sin satisfazer su desseo.

Seys leguas se aurian alongado de Talauera,

quando delante de si vieron que caminaua vna peregrina, tan peregrina, que yua sola, y escusòles el darla vozes a que se detuuiesse, el auerse ella sentado sobre la verde yerua de vn pradezillo, o ya combidada del ameno sitio, o ya obligada del cansancio. Llegaron a ella, y hallaron ser de tal talle, que nos obliga a descriuirle: la edad, al parecer, salia de los terminos de la mocedad y tocaua en las margenes de la vejez; el rostro daua en rostro, porque la vista de vn lince no alcançara a verle las narizes, porque no las tenia sino tan chatas y llanas, que con vnas pinças no le pudieran assir vna brizna de ellas; los ojos les hazian sombra, porque mas salian fuera de la cara que ella; el vestido era vna esclauina rota que le besaua los calcañares, sobre la qual traia vna muceta, la mitad guarnecida de cuero, que, por roto y despedaçado, no se podia distinguir si de cordouan o si de badana fuesse; ceñiase con vn cordon de esparto, tan abultado y poderoso, que mas parecia gumena de galera, que cordon de peregrina; las tocas eran bastas, pero limpias y blancas; cubriale la cabeça vn sombrero viejo, sin cordon ni toquilla, y los pies vnos alpargates rotos; y ocupauale la mano vn bordon hecho a manera de cayado, con vna punta de azero al fin; pendiale del lado yzquierdo vna calabaça de mas que mediana estatura, y apesgauale el cuello vn rosario, cuyos padrenuestros eran mayores que algunas bolas de las con que juegan los muchachos al argolla (*). En efeto:

toda ella era rota, y toda penitente, y, como despues se echò de ver, toda de mala condicion. Saludaronla en llegando, y ella les voluio las saludes con la voz que podia prometer la chatedad de sus narizes, que fue mas gangosa que suaue. Preguntaronla adónde yua y que peregrinacion era la suya, y, diziendo y haziendo, combidados, como ella, del ameno sitio, se le sentaron a la redonda; dexaron pacer el bagage, que les seruia de recamara, de despensa y botilleria, y, satisfaziendo a la hambre, alegremente la combidaron, y ella, respondiendo a la pregunta que la auian hecho, dixo:

—Mi peregrinacion es la que vsan algunos peregrinos, quiero dezir, que siempre es la que mas cerca les viene a cuento para disculpar su ociosidad; y assi, me parece que será bien deziros que por aora voy a la gran ciudad de Toledo, a visitar a la deuota imagen del Sagrario, y desde alli me yre al Niño de la Guardia, y, dando vna punta, como alcon noruego, me entretendre con la santa Veronica de Iaen, hasta hazer tiempo de que llegue el vltimo domingo de abril, en cuyo dia se celebra en las entrañas de Sierra Morena, tres leguas de la ciudad de Andujar, la fiesta de Nuestra Señora de la Cabeça, que es vna de las fiestas que en todo lo descubierto de la tierra se celebra (*). Tal es, segun he oido dezir, que, ni las passadas fiestas de la gentilidad, a quien imita la de la Monda de Talauera, no le han hecho ni le pueden hazer ventaja. Bien quisiera yo, si fuera possible,

sacarla de la imaginacion, donde la tengo fixa, y pintarosla con palabras, y ponerosla delante de la vista, para que, comprehendiendola, vierades la mucha razon que tengo de alabarosla; pero esta es carga para otro ingenio no tan estrecho como el mio. En el rico palacio de Madrid, morada de los reyes, en vna galeria, està retratada esta fiesta con la puntualidad possible: alli está el monte, o, por mejor dezir, peñasco en cuya cima està el monasterio que deposita en si vna santa imagen, llamada de la Cabeça, que tomò el nombre de la peña donde habita, que antiguamente se llamó el Cabezo, por estar en la mitad de vn llano libre y desembaraçado, solo y señero de otros montes ni peñas que le rodeen, cuya altura será de hasta vn quarto de legua, y cuyo circuyto deue de ser de poco mas de media. En este espacioso y ameno sitio tiene su assiento, siempre verde y apazible, por el humor que le comunican las aguas del rio Xandula, que de paso, como en reuerencia, le besa las faldas. El lugar, la peña, la imagen, los milagros, la infinita gente que acude de cerca y lexos el solenne dia que he dicho, le hazen famoso en el mundo, y célebre en España sobre quantos lugares las mas estendidas memorias se acuerdan.

Suspensos quedaron los peregrinos de la relacion de la nueua, aunque vieja, peregrina, y casi les començo a bullir en el alma la gana de yrse con ella a ver tantas marauillas; pero, la que lleuauan de acabar su camino, no dio lugar a que nueuos desseos lo impidiessen.

—Desde alli—prosiguio la peregrina—no se que viage será el mio, aunque se que no me ha de faltar donde ocupe la ociosidad y entretenga el tiempo, como lo hazen, como ya he dicho, algunos peregrinos que se vsan.

A lo que dixo Antonio el padre:

—Pareceme, señora peregrina, que os da en el rostro la peregrinacion.

—Esso no—respondio ella—: que bien se que es justa, santa y loable, y que siempre la ha auido y la ha de auer en el mundo; pero estoy mal con los malos peregrinos, como son los que hazen grangeria de la santidad, y ganancia infame de la virtud loable; con aquellos, digo, que saltean la limosna de los verdaderos pobres. Y no digo mas, aunque pudiera.

En esto, por el camino real, que junto a ellos estaua, vieron venir vn hombre a cauallo, que, llegando a ygualar con ellos, al quitarles el sombrero para saludarles y hazerles cortesia, auiendo puesto la caualgadura, como despues parecio, la mano en vn hoyo, dio consigo y con su dueño al traues vna gran caida. Acudieron todos luego a socorrer al caminante, que pensaron hallar muy mal parado. Arrendo Antonio el moço la caualgadura, que era vn poderoso macho, y al dueño le abrigaron lo mejor que pudieron, y le socorrieron con el remedio mas ordinario que en tales casos se vsa, que fue darle a beuer vn golpe de agua; y, hallando que su mal no era tanto como pensauan, le dixeron que bien podia vol-

uer a subir, y a seguir su camino; el qual hombre les dixo:

—Quiça, señores peregrinos, ha permitido la suerte que yo aya caido en este llano, para poder leuantarme de los riscos donde la imaginacion me tiene puesta el alma. Yo, señores, aunque no querais saberlo, quiero que sepais que soy estrangero, y de nacion polaco; muchacho sali de mi tierra, y vine a España, como a centro de los estrangeros y a madre comun de las naciones; serui a españoles, aprendi la lengua castellana de la manera que veis que la hablo, y, lleuado del general desseo que todos tienen de ver tierras, vine a Portugal a ver la gran ciudad de Lisboa, y, la misma noche que entrè en ella, me sucedio vn caso que, si le creyeredes, hareis mucho, y si no, no importa nada, puesto que la verdad ha de tener siempre su assiento, aunque sea en si misma.

Admirados quedaron Periandro y Auristela, y los demas compañeros, de la improuisa y concertada narracion del caido caminante; y, con gusto de escucharle, le dixo Periandro que prosiguiesse en lo que dezir queria, que todos le darian credito, porque todos eran cortesses y en las cosas del mundo esperimentados. Alentado con esto, el caminante prosiguio diziendo:

—Digo que, la primera noche que entrè en Lisboa, yendo por vna de sus principales calles o ruas, como ellos las llaman, por mejorar de posada, que no me auia parecido bien vna donde me auia apeado, al passar de vn lugar

estrecho y no muy limpio, vn emboçado portugues con quien encontre, me desuio de si con tanta fuerça, que tuue necessidad de arrimarme al suelo. Desperto el agrauio la colera, remiti mi vengança a mi espada, puse mano, pusola el portugues con gallardo brio y desenuoltura, y la ciega noche, y la fortuna, mas ciega a la luz de mi mejor suerte, sin saber yo adonde, encaminó la punta de mi espada a la vista de mi contrario, el qual, dando de espaldas, dio el cuerpo al suelo, y el alma adonde Dios se sabe. Luego me representò el temor lo que auia hecho; pasmème; puse en el huyr mi remedio; quise huyr, pero no sabía adonde; mas el rumor de la gente, que me parecio que acudia, me puso alas en los pies, y, con pasos desconcertados, volui la calle abaxo, buscando donde esconderme o adonde tener lugar de limpiar mi espada, porque, si la justicia me cogiesse, no me hallasse con manifiestos indicios de mi delito.

„Yendo, pues, assi, ya del temor desmayado, vi vna luz en vna casa principal, y arrojéme a ella, sin saber con que dissinio. Hallé vna sala baxa abierta y muy bien adereçada; alarguè el paso, y entrè en otra quadra, tambien bien adereçada; y, lleuado de la luz que en otra quadra parecia, hallè en vn rico lecho echada vna señora que, alborotada, sentandose en el, me preguntò quien era, que buscaua, y adonde yua, y quien me auia dado licencia de entrar hasta alli con tan poco respeto. Yo le respondi: “Se-

ñora, a tantas preguntas no os puedo responder sino sólo con deziros que soy vn hombre estrangero, que, a lo que creo, dexò muerto a otro en essa calle, mas por su desgracia y su soberuia, que por mi culpa. Suplicoos, por Dios y por quien soys, que me escapeys del rigor de la justicia, que pienso que me viene siguiendo.„ "¿Soys castellano?„, me preguntò en su lengua portuguessa. "No, señora—le respondi yo—, sino forastero, y bien lexos de esta tierra.„ "Pues aunque fuerades mil vezes castellano—replicò ella—, os librara yo, si pudiera, y os libraré, si puedo. Subid por cima deste lecho, y entraos debaxo deste tapiz, y entraos en vn hueco que aqui hallareys; y no os mouays, que, si la justicia viniere, me tendra respeto, y creera lo que yo quisiere dezirles.„

„Hize luego lo que me mandò: alcé el tapiz, hallè el hueco, estrechème en el, recogi el aliento, y comence a encomendarme a Dios lo mejor que pude; y estando en esta confusa afliccion, entrò vn criado de casa, diziendo casi a gritos: "Señora, a mi señor don Duarte han muerto; aqui le traen passado de vna estocada de parte a parte por el ojo derecho, y no se sabe el matador ni la ocasion de la pendencia, en la qual apenas se oyeron los golpes de las espadas; solamente ay vn muchacho que dize que vio entrar vn hombre huyendo en esta casa.„ "Esse deue de ser el matador, sin duda—respondio la señora—, y no podra escaparse. ¡Quántas vezes temia yo, ¡ay, desdichada!, ver que traian

a mi hijo sin vida, porque de su arrogante proceder no se podian esperar sino desgracias!„

„En esto, en ombros de otros quatro entraron al muerto, y le tendieron en el suelo, delante de los ojos de la afligida madre, la qual, con voz lamentable, començo a dezir: "¡Ay, vengança, y cómo estàs llamando a las puertas del alma! Pero no consiente que responda a tu gusto el que yo tengo de guardar mi palabra. ¡Ay, con todo esto, dolor, que me aprietas mucho!„

„Considerad, señores, qual estaria mi coraçon, oyendo las apretadas razones de la madre, a quien la presencia del muerto hijo me parecia a mi que le ponian en las manos mil generos de muertes con que de mi se vengasse, que bien estaua claro que auia de imaginar que yo era el matador de su hijo. Pero ¿que podia yo hazer entonces sino callar y esperar en la misma desesperacion? Y mas quando entrò en el aposento la justicia, que, con comedimiento, dixo a la señora: "Guiados por la voz de vn muchacho, que dize que se entrò en esta casa el homicida deste cauallero, nos hemos atreuido a entrar en ella.„ Entonces yo abri los oidos, y estuue atento a las respuestas que daria la afligida madre, la qual respondio, llena el alma de generoso ánimo y de piedad christiana: "Si esse tal hombre ha entrado en esta casa, no, a lo menos, en esta estancia; por alla le pueden buscar, aunque plegue a Dios que no le hallen, porque mal se remedia vna muerte con otra, y mas quando las injurias no proceden

de malicia.„ Voluiose la justicia a buscar la casa, y voluieron en mi los espiritus que me auian desamparado. Mandò la señora quitar delante de si el cuerpo muerto del hijo, y que le amortajassen y desde luego diessen orden en su sepultura; mandò assimismo que la dexassen sola, porque no estaua para recebir consuelos y pesames de infinitos que venian a darselos, ansi de parientes, como de amigos y conocidos. Hecho esto, llamò a vna donzella suya, que, a lo que parecio, deuio de ser de la que mas se fiaua, y, auiendola hablado al oido, la despidio, mandandole cerrasse tras si la puerta; ella lo hizo assi, y la señora, sentandose en el lecho, tento el tapiz, y, a lo que pienso, me puso las manos sobre el coraçon, el qual, palpitando a priessa, daua indicios del temor que le cercaua; ella viendo lo qual, me dixo, con baxa y lastimada voz: “Hombre, quienquiera que seas, ya ves que me has quitado el aliento de mi pecho, la luz de mis ojos y, finalmente, la vida que me sustentaua; pero, porque entiendo que ha sido sin culpa tuya, quiero que se oponga mi palabra a mi vengança; y assi, en cumplimiento de la promessa que te hize de librarte quando aqui entraste, has de hazer lo que aora te dire: ponte las manos en el rostro, porque, si yo me descuydo en abrir los ojos, no me obligues a que te conozca, y sal de esse encerramiento, y sigue a vna mi donzella que aora vendra aqui, la qual te pondra en la calle y te dara cien escudos de oro, con que facilites tu remedio. No

eres conocido, no tienes ningun indicio que te manifieste; sossiega el pecho, que el alboroto demasiado suele descubrir el delinquente.„

„En esto voluio la donzella; yo sali detras del paño, cubierto el rostro con la mano, y, en señal de agradecimiento, hincado de rodillas, besè el pie de la cama muchas vezes, y luego segui los de la donzella, que assimismo, callando, me assio del braço, y, por la puerta falsa de vn jardin, a escuras, me puso en la calle. En viendome en ella, lo primero que hize fue limpiar la espada, y con sossegado paso sali a caso a vna calle principal, de donde reconoci mi posada, y me entrè en ella, como si por mi no huuiera passado ni próspero sucesso ni aduerso. Contome el huesped la desgracia del rezien muerto cauallero, y assi exagerò la grandeza de su linage, como la arrogancia de su condicion, de la qual se creia la auria grangeado algun enemigo secreto que a semejante término le huuiesse conduzido.

„Passè aquella noche dando gracias a Dios de las recebidas mercedes, y ponderando el valeroso y nunca visto ánimo christiano y admirable proceder de doña Guiomar de Sosa, que assi supe se llamaua mi bienhechora; sali por la mañana al rio, y hallè en el vn varco lleno de gente que se yua a enuarcar en vna gran naue que en Sangian estaua de partida para las islas orientales; voluime a mi posada, vendi a mi huesped la caualgadura, y, cerrando todos mis discursos en el puño, volui al rio y al varco,

y otro dia me hallè en el gran nauio fuera del puerto, dadas las velas al viento, siguiendo el camino que se desseaua (*).

„Quinze años he estado en las Indias, en los quales, siruiendo de soldado con valentissimos portuguesses, me han sucedido cosas de que quiça pudieran hazer vna gustosa y verdadera historia, especialmente de las hazañas de la en aquellas partes inuencible nacion portuguessa, dignas de perpetua alabança en los presentes y venideros siglos. Alli grangeè algun oro y algunas perlas, y cosas mas de valor que de bulto, con las quales, y con la ocasion de voluerse mi general a Lisboa, volui a ella, y de alli me puse en camino para voluerme a mi patria, determinando ver primero todas las mejores y mas principales ciudades de España. Reduzi a dineros mis riquezas, y a polizas los que me parecio ser necessario para mi camino, que fue el que primero intenté venir a Madrid, donde estaua rezien venida la corte del gran Felipe tercero (*); pero ya mi suerte, cansada de lleuar la naue de mi ventura con próspero viento por el mar de la vida humana, quiso que diesse en vn baxio que la destroçasse toda, y ansi, hizo que, en llegando vna noche a Talauera, vn lugar que no está lexos de aqui, me apeé en vn meson que no me siruio de meson, sino de sepultura, pues en el hallé la de mi honra. ¡O fuerças poderosas de amor, de amor, digo, inconsiderado, pressuroso, y lasciuo y mal intencionado, y con quanta facilidad atropellas dis-

sinios buenos, intentos castos, proposiciones discretas! Digo, pues, que, estando en este meson, entro en el a caso vn[a] donzella de hasta diez y seys años, a lo menos a mi no me parecio de mas, puesto que despues supe que tenia veynte y dos; venía en cuerpo, y en trançado, vestida de paño, pero limpissima, y, al passar junto a mi, me parecio que olia a vn prado lleno de flores por el mes de mayo, cuyo olor en mis sentidos dexò atras las aromas de Arabia; llegòse la qual a vn moço del meson, y, hablandole al oido, alçò vna gran risa, y, voluiendo las espaldas, salio del meson y se entrò en vna casa frontera. El moço mesonero corrio tras ella, y no la pudo alcançar, si no fue con vna coz que le dio en las espaldas, que la hizo entrar cayendo de ojos en su casa. Esto vio otra moça del mismo meson, y, llena de colera, dixo al moço: "¡Por Dios, Alonso, que lo hazes mal; que no merece Luysa que la santigues a coces!„ "Como essas le dare yo, si viuo—respondio el Alonso—. Calla, Martina amiga, que, a estas mocitas sobresalientes, no solamente es menester ponerles la mano, sino los pies y todo.„ Y con esto nos dexó solos a mi y a Martina, a la qual le pregunté que que Luysa era aquella, y si era casada, o no. "No es casada—respondio Martina—; pero serálo presto con este moço Alonso que aueis visto; y, en fe de los tratos que andan entre los padres della y los del, de esposa, se atreue Alonso a molella a cozes todas las (*) vezes que se le antoja, aunque muy pocas

son sin que ella las merezca; porque, si va a dezir la verdad, señor huesped, la tal Luysa es algo atreuidilla, y algun tanto libre y descompuesta. Harto se lo he dicho yo; mas no aprouecha: no dexarà de seguir su gusto si la sacan los ojos; pues, en verdad, en verdad, que vna de las mejores dotes que puede lleuar vna donzella es la honestidad (*), que buen siglo aya la madre que me pario, que fue persona que no me dexò ver la calle ni aun por vn agujero, quanto mas, salir al vmbral de la puerta: sabía bien, como ella dezia, que la muger y la gallina, etc. (*)." "Digame, señora Martina—le repliqué yo—: ¿cómo de la estrecheza de esse nouiciado vino a hazer profession en la anchura de vn meson?" "Ay mucho que dezir en esso", dixo Martina; y aun yo tuuiera mas que dezir de estas menudencias, si el tiempo lo pidiera, o el dolor que traygo en el alma lo permitiera.

CAPITVLO SETIMO

DEL TERCERO LIBRO

Con atencion escuchauan los peregrinos el peregrino, quando del polaco ya desseauan saber que dolor traia en el alma, como sabian el que deuia de tener en el cuerpo, a quien dixo Periandro:

—Contad, señor, lo que quisieredes, y con las menudencias que quisieredes, que muchas vezes el contarlas suele acrecentar grauedad al cuento: que no parece mal estar en la mesa de vn banquete, junto a vn faysan bien adereçado, vn plato de vna fresca, verde y sabrosa ensalada. La salsa de los cuentos es la propiedad del lenguaje en qualquiera cosa que se diga. Assi que, señor, seguid vuestra historia; contad de Alonso y de Mar[t]ina; acocead a vuestro gusto a Luysa; casalda, o no la caseys; sease ella libre y desembuelta como vn cernicalo, que el toque no está en sus desembolturas, sino en sus sucessos, segun lo hallo yo en mi astrologia.

—Digo, pues, señores—respondio el polaco—, que, vsando de essa buena licencia, no me quedará cosa en el tintero que no la ponga en la plana de vuestro juyzio. Con todo el que entonces tenia, que no deuia de ser mucho, fuy y vine vna y muchas vezes aquella noche a

pensar en el donayre, en la gracia y en la desemboltura de la sin par, a mi parecer, ni se si la llame vezina moça, o conocida de mi huespeda; hize mil dissignios, fabriquè mil torres de viento, casème, tuue hijos, y di dos higas al que diran, y, finalmente, me resolui de dexar el primer intento de mi jornada, y quedarme en Talauera, casado con la diosa Venus, que no menos hermosa me parecio la muchacha, aunque acoceada por el moço del mesonero. Passóse aquella noche, tomè el pulso a mi gusto, y halléle tal, que, a no casarme con ella, en poco espacio de tiempo auia de perder, perdiendo el gusto, la vida, que ya auia depositado en los ojos de mi labradora. Y, atropellando por todo genero de inconuenientes, determinè de hablar a su padre, pidiendosela por muger. Enseñéle mis perlas, manifestéle mis dineros, dixele alabanças de mi ingenio y de mi industria, no sólo para conseruarlos, sino para aumentarlos; y con estas razones, y con el alarde que le auia hecho de mis bienes, vino mas blando que vn guante a condecender con mi desseo, y mas quando vio que yo no reparaua en dote, pues con sola la hermosura de su hija me tenia por pagado, contento y satisfecho deste concierto. Quedò Alonso despechado; Luysa, mi esposa, rostrituerta, como lo dieron a entender los sucessos que de alli a quinze dias acontecieron, con dolor mio y verguença suya, que fueron acomodarse mi esposa con algunas joyas y dineros mios, con los quales, y con ayuda de Alonso, que le puso alas

en la voluntad y en los pies, desaparecio de Talauera, dexandome burlado y arrepentido, y dando ocasion al pueblo a que de su inconstancia y bellaqueria en corrillos hablassen. Hizome el agrauio acudir a la vengança; pero no hallè en quien tomarla sino en mi propio, que con vn lazo estuue mil vezes por ahorcarme; pero la suerte, que quiça para satisfazerme de los agrauios que me tiene hechos me guarda, ha ordenado que mis enemigos ayan parecido presos en la carcel de Madrid, de donde he sido auisado que vaya a ponerles la demanda y a seguir mi justicia; y assi, voy con voluntad determinada de sacar con su sangre las manchas de mi honra, y, con quitarles las vidas, quitar de sobre mis ombros la pesada carga de su delito, que me trae aterrado y consumido. ¡Viue Dios, que han de morir! ¡Viue Dios, que me he de vengar! ¡Viue Dios, que ha de saber el mundo que no se dissimular agrauios, y mas los que son tan dañosos que se entran hasta las medulas del alma! A Madrid voy; ya estoy mejor de mi cayda; no ay sino ponerme a cauallo, y guardense de mi hasta los mosquitos del ayre, y no me lleguen a los oydos, ni ruegos de frayles, ni llantos de personas deuotas, ni promessas de bien intencionados coraçones, ni dadiuas de ricos, ni imperios ni mandamientos de grandes, ni toda la caterua que suele proceder a semejantes acciones: que mi honra ha de andar sobre su delito como el azeyte sobre el agua.

Y, diziendo esto, se yua a leuantar muy ligero

para voluer a subir y a seguir su viage; viendo lo qual, Periandro, assiendole del braço, le detuuo y le dixo:

—Vos, señor, ciego de vuestra colera, no echays de ver que vays a dilatar y a estender vuestra deshonra. Hasta agora no estays mas deshonrado de entre los que os conocen en Talauera, que deuen de ser bien pocos, y agora vays a serlo de los que os conoceran en Madrid; quereys ser como el labrador que criò la viuora serpiente en el seno todo el inuierno, y, por merced del cielo, quando llegò el verano, donde ella pudiera aprouecharse de su ponçoña, no la hallò, porque se auia ydo (*); el qual, sin agradecer esta merced al cielo, quiso yrla a buscar, y voluerla a anidar en su casa y en su seno, no mirando ser suma prudencia no buscar el hombre lo que no le està bien hallar, y a lo que comunmente se dize, que, al enemigo que huye, la puente de plata; y el mayor que el hombre tiene, suele dezirse que es la muger propia. Pero esto deue de ser en otras religiones que en la christiana, entre las quales los matrimonios son vna manera de concierto y conueniencia, como lo es el de alquilar vna casa o otra alguna heredad; pero, en la religion catolica, el casamiento es sacramento que sólo se desata con la muerte o con otras cosas que son mas duras que la misma muerte, las quales pueden escusar la cohabitacion de los dos casados, pero no deshazer el nudo con que ligados fueron. ¿Que pensays que os sucedera quando la justicia os

entregue a vuestros enemigos, atados y rendidos, encima de vn teatro público, a la vista de infinitas gentes, y a vos blandiendo el cuchillo encima del cadahalso, amenazando el segarles las gargantas, como si pudiera su sangre limpiar, como vos dezis, vuestra honra? (*) ¿Que os puede suceder, como digo, sino hazer mas público vuestro agrauio? Porque las venganças castigan, pero no quitan las culpas; y las que en estos casos se cometen, como la enmienda no proceda de la voluntad, siempre se estan en pie, y siempre estan viuas en las memorias de las gentes, a lo menos, en tanto que viue el agrauiado. Assi que, señor, volued en vos, y, dando lugar a la misericordia, no corrays tras la justicia. Y no os aconsejo por esto a que perdoneys a vuestra muger, para voluella a vuestra casa, que a esto no ay ley que os obligue; lo que os aconsejo es que la dexeys, que es el mayor castigo que podreys darle. Viuid lexos della, y viuireys; lo que no hareys estando juntos, porque morireys continuo. La ley del repudio fue muy vsada entre los romanos; y puesto que sería mayor caridad perdonarla, recogerla, sufrirla y aconsejarla, es menester tomar el pulso a la paciencia y poner en vn punto estremado a la discrecion, de la qual pocos se pueden fiar en esta vida, y mas quando la contrastan inconuenientes tantos y tan pesados. Y, finalmente, quiero que considereys que vays a hazer vn pecado mortal en quitarles las vidas, que no se ha de co-

meter por todas las ganancias que la honra del mundo ofrezca.

Atento estuuo a estas razones de Periandro el colerico polaco, y, mirandole de hito en hito, respondio:

—Tu, señor, has hablado sobre tus años: tu discrecion se adelanta a tus dias, y la madurez de tu ingenio, a tu verde edad; vn angel te ha mouido la lengua, con la qual has ablandado mi voluntad, pues ya no es otra la que tengo si no es la de voluerme a mi tierra a dar gracias al cielo por la merced que me has hecho. Ayudame a leuantar, que, si la colera me voluio las fuerças, no es bien que me las quite mi bien considerada paciencia.

—Esso haremos todos de muy buena gana— dixo Antonio el padre.

Y, ayudandole a subir en el macho, abraçandoles a todos primero, dixo que queria voluer a Talauera, a cosas que a su hazienda tocauan, y que desde Lisboa volueria por la mar a su patria; dixoles su nombre, que se llamaua Ortel Banedre, que respondia en castellano Martin Banedre; y, ofreciendoseles de nueuo a su seruicio, voluio las riendas hazia Talauera, dexando a todos admirados de sus sucessos y del buen donayre con que los auia contado. Aquella noche la passaron los peregrinos en aquel mismo lugar, y, de alli a dos dias, en compañia de la antigua peregrina, llegaron a la Sagra de Toledo, y a vista del celebrado Tajo, famoso por sus arenas, y claro por sus liquidos cristales.

CAPITVLO OCTAVO

DEL TERCERO LIBRO

No es la fama del rio Tajo (*) tal, que la cierren limites, ni la ignoren las mas remotas gentes del mundo: que a todos se estiende, y a todos se manifiesta, y en todos haze nacer vn desseo de conocerle; y como es vso de los setentrionales ser toda la gente principal versada en la lengua latina y en los antiguos poetas, eralo assimismo Periandro, como vno de los mas principales de aquella nacion; y assi por esto, como por auer mostradole a la luz del mundo aquellos dias las famosas obras del jamas alabado como se deue poeta Garcilaso de la Vega, y auerlas el visto, leydo, mirado y admirado, assi como vio al claro rio, dixo:

—No diremos: "Aqui dio fin a su cantar Salicio„(*), sino: "Aqui dio principio a su cantar Salicio; aqui sobrepujò en sus eglogas a si mismo; aqui resono su çampoña, a cuyo son se detuuieron las aguas deste rio, no se mouieron las hojas de los arboles, y, parandose los vientos, dieron lugar a que la admiracion de su canto fuesse de lengua en lengua y de gente en gentes por todas las de la tierra.„ ¡O venturosas, pues, cristalinas aguas, doradas arenas, ¡que digo yo doradas!, antes de puro oro nacidas! Re-

coged a este pobre peregrino, que, como desde lexos os adora, os piensa reuerenciar desde cerca.

Y, poniendo la vista en la gran ciudad de Toledo, fue esto lo que dixo:

—¡O peñascosa pesadumbre, gloria de España y luz de sus ciudades, en cuyo seno han estado guardadas por infinitos siglos las reliquias de los valientes godos, para voluer a resucitar su muerta gloria y a ser claro espejo y depósito de catolicas ceremonias! ¡Salue, pues, o ciudad santa, y da lugar que en ti le tengan estos que venimos a verte!

Esto dixo Periandro, que lo dixera mejor Antonio el padre, si tambien como el lo supiera; porque las lecciones de los libros muchas vezes hazen mas cierta esperiencia de las cosas, que no la tienen los mismos que las han visto, a causa que, el que vee con atencion, repara vna y muchas vezes en lo que va leyendo, y el que mira sin ella, no repara en nada, y con esto excede a la leccion la vista. Casi en este mismo instante resono en sus oydos el son de infinitos y alegres instrumentos que por los valles que la ciudad rodean se estendian, y vieron venir hazia donde ellos estauan esquadrones no armados de infanteria, sino montones de donzellas, sobre el mismo sol hermosas, vestidas a lo villano, llenas de sartas y patenas los pechos, en quien los corales y la plata tenian su lugar y assiento, con mas gala que las perlas y el oro, que aquella vez se hurtò de los pechos y se aco-

gio a los cabellos, que todos eran luengos y rubios como el mismo oro; venian, aunque sueltos por las espaldas, recogidos en la cabeça con verdes guirnaldas de olorosas flores. Campeò aquel dia, y en ellas, antes la palmilla de Cuenca que el damasco de Milan y el raso de Florencia. Finalmente, la rusticidad de sus galas se auentajaua a las mas ricas de la corte, porque, si en ellas se mostraua la honesta mediania, se descubria assimismo la estremada limpieça: todas eran flores, todas rosas, todas donayre, y todas juntas componian vn honesto mouimiento, aunque de diferentes vayles formado, el qual mouimiento era incitado del son de los diferentes instrumentos ya referidos. Alrededor de cada esquadron andauan por de fuera, de blanquissimo lienço vestidos, y con paños labrados rodeadas las cabeças, muchos çagales, o ya sus parientes, o ya sus conocidos, o ya vezinos de sus mismos lugares: vno tocaua el tamboril y la flauta; otro, el salterio; este, las sonajas; y aquel, los albogues; y de todos estos sones redundaua vno solo, que alegraua con la concordancia, que es el fin de la musica. Y, al passar vno destos esquadrones o junta de vayladoras donzellas por delante de los peregrinos, vno, que, a lo que despues parecio, era el alcalde del pueblo, assio a vna de aquellas donzellas del braço, y, mirandola muy bien de arriba abaxo, con voz alterada y de mal talante, la dixo:

—¡A, Toçuelo, Toçuelo, y que de poca verguença os acompaña! ¿Vayles son estos para ser

profanados? ¿Fiestas son estas para no lleuarlas sobre las niñas de los ojos? No se yo cómo consienten los cielos semejantes maldades. Si esto ha sido con sabiduria de mi hija Clementa Coueña, ¡por Dios que nos han de oyr los sordos!

Apenas acabò de dezir esta palabra el alcalde, quando llegò otro alcalde y le dixo:

—Pedro Coueño, si os oyessen los sordos, sería hazer milagros. Contentaos con que nosotros nos oygamos a nosotros, y sepamos en que os ha ofendido mi hijo Toçuelo; que, si el ha dilinquido contra vos, justicia soy yo que le podre y sabre castigar.

A lo que respondio Coueño:

—El delinquimiento ya se vee, pues, siendo varon, va vestido de hembra; y no de hembra como quiera, sino de donzella de Su Magestad, en sus fiestas; porque veays, alcalde Toçuelo, si es mocosa la culpa. Temome que mi hija Coueña anda por aqui, porque estos vestidos de vuestro hijo me parecen suyos, y no querria que el diablo hiziesse de las suyas, y, sin nuestra sabiduria, los juntasse sin las bendiciones de la yglesia: que ya sabeys que estos casorios echos a hurtadillas, por la mayor parte pararon en mal, y dan de comer a los de la audiencia clerical, que es muy carera.

A esto respondio por Toçuelo vna donzella labradora, de muchas que se pararon a oyr la plática:

—Si va a dezir la verdad, señores alcaldes,

tan marida es Mari Coueña de Toçuelo, y el marido della, como lo es mi madre de mi padre, y mi padre de mi madre. Ella está en cinta, y no està para dançar ni vaylar. Casenlos, y vayase el diablo para malo, y, a quien Dios se la dio, San Pedro se la bendiga.

—¡Par Dios, hija!—respondio Toçuelo—. Vos dezis muy bien: entrambos son iguales; no es mas christiano viejo el vno que el otro; las riquezas se pueden medir con vna misma vara.

—Agora bien—replicò Coueño—: llamen aqui a mi hija, que ella lo deslindarà todo, que no es nada muda.

Vino Coueña, que no estaua lexos, y, lo primero que dixo, fue:

—Ni yo he sido la primera, ni sere la postrera que aya tropeçado y caydo en estos barrancos. Toçuelo es mi esposo, y yo su esposa, y perdonenos Dios a entrambos, quando nuestros padres no quisieren.

—Esso si, hija—dixo su padre—. ¡La vergueça por los cerros de Vbeda, antes que en la cara! Pero, pues esto està ya hecho, bien serà que el alcalde Toçuelo se sirua de que este caso passe adelante, pues vosotros no le aueys querido dexar atras.

—¡Par diez—dixo la donzella primera—, que el señor alcalde Coueño ha hablado como vn viejo! Dense estos niños las manos, si es que no se las han dado hasta agora, y queden para en vno, como lo manda la santa yglesia nuestra madre, y vamos con nuestro vayle al olmo,

que no se ha de estoruar nuestra fiesta por niñerias.

Vino Toçuelo con el parecer de la moça, dieronse las manos los donzeles, acabóse el pleyto, y passò el vayle adelante: que si con esta verdad se acabaran todos los pleytos, secas y peladas estuuieran las solicitas plumas de los escriuanos. Quedaron Periandro, Auristela y los demas peregrinos contentissimos de auer visto la pendencia de los dos amantes, y admirados de ver la hermosura de las labradoras donzellas, que parecia, todas a vna mano, que eran principio, medio y fin de la humana belleza. No quiso Periandro que entrassen en Toledo, porque assi se lo pidio Antonio el padre, a quien aguijaua el desseo que tenia de ver a su patria y a sus padres, que no estauan lexos, diziendo que, para ver las grandezas de aquella ciudad, conuenia mas tiempo que el que su priessa les ofrecia. Por esta misma razon tampoco quisieron passar por Madrid, donde a la sazon estaua la corte, temiendo algun estoruo que su camino les impidiesse. Confirmóles en este parecer la antigua peregrina, diziendoles que andauan en la corte ciertos pequeños, que tenian fama de ser hijos de grandes, que, aunque paxaros noueles, se abatian al señuelo de qualquiera muger hermosa, de qualquiera calidad que fuesse: que el amor antojadizo no busca calidades, sino hermosura.

A lo que añadio Antonio el padre:

—Dessa manera, será menester que vsemos

de la industria que vsan las grullas quando, mudando regiones, passan por el monte Limauo(*), en el qual las estan aguardando vnas aues de rapiña para que les siruan de pasto; pero ellas, preuiniendo este peligro, passan de noche, y lleuan vna piedra cada vna en la boca, para que les impida el canto y escusen de ser sentidas; quanto mas, que la mejor industria que podemos tener, es seguir la ribera deste famoso rio, y, dexando la ciudad a mano derecha, guardando para otro tiempo el verla, nos vamos a Ocaña, y desde alli al Quintanar de la Orden, que es mi patria.

Viendo la peregrina el dissignio del viage que auia hecho Antonio, dixo que ella queria seguir el suyo, que le venia mas a cuento. La hermosa Ricla le dio dos monedas de oro en limosna, y la peregrina se despidio de todos, cortés y agradecida. Nuestros peregrinos passaron por Aranjuez, cuya vista, por ser en tiempo de primauera, en vn mismo punto les puso la admiracion y la alegria; vieron(de) yguales y estendidas calles, a quien seruian de espaldas y arrimos los verdes y infinitos arboles, tan verdes, que las hazian parecer de finissimas esmeraldas; vieron la junta, los bessos y abraços que se dauan los dos famosos rios Henares y Tajo; contemplaron sus sierras de agua; admiraron el concierto de sus jardines y de la diuersidad de sus flores; vieron sus estanques, con mas pezes que arenas, y sus esquisitos frutales, que, por aliuiar el peso a los arboles, tendian las ramas

por el suelo; finalmente, Periandro tuuo por verdadera la fama que deste sitio por todo el mundo se esparcia. Desde alli fueron a la villa de Ocaña, donde supo Antonio que sus padres viuian, y se informò de otras cosas que le alegraron, como luego se dira.

CAPITVLO NONO

DEL TERCER LIBRO

Con los ayres de su patria, se regozijaron los espiritus de Antonio, y con el visitar a Nuestra Señora de Esperança, a todos se les alegrò el alma. Ricla y sus dos hijos se alboroçaron con el pensamiento de que auian de ver presto, ella a sus suegros, y ellos a sus abuelos, de quien ya se auia informado Antonio que viuian, a pesar del sentimiento que la ausencia de su hijo les auia causado; supo assimismo cómo su contrario auia heredado el estado de su padre, y que auia muerto en amistad de su padre de Antonio, a causa que, con infinitas prueuas, nacidas de la intrincada seta del duelo, se auia aueriguado que no fue afrenta la que Antonio le hizo, porque las palabras que en la pendencia passaron, fueron con la espada desnuda, y la luz de las armas quita la fuerça a las palabras, y, las que se dizen con las espadas desnudas, no afrentan, puesto que agrauian; y assi, el que quiere tomar vengança dellas, no se ha de entender que satisfaze su afrenta, sino que castiga su agrauio, como se mostrará en este exemplo: prosupongamos que yo digo vna verdad manifiesta; respondeme vn desalumbrado que miento y mentire todas las vezes que lo dixere, y, poniendo mano

a la espada, sustenta aquella desmentida; yo, que soy el desmentido, no tengo necessidad de voluer por la verdad que dixe, la qual no puede ser desmentida en ninguna manera; pero tengo necessidad de castigar el poco respeto que se me tuuo; de modo que, el desmentido desta suerte, puede entrar en campo con otro, sin que se le ponga por objecion que está afrentado, y que no puede entrar en campo con nadie hasta que se satisfaga, porque, como tengo dicho, es grande la diferencia que ay entre agrauio y afrenta (*). En efeto: digo que supo Antonio la amistad de su padre y de su contrario, y que, pues ellos auian sido amigos, se auria bien mirado su causa. Con estas buenas nueuas, con mas sossiego y mas contento, se puso otro dia en camino con sus camaradas, a quien conto todo aquello que de su negocio sabía, y que vn hermano del que penso ser su enemigo, le auia heredado, y quedado en la misma amistad con su padre que su hermano el muerto. Fue parecer de Antonio que ninguno saliesse de su orden, porque pensaua darse a conocer a su padre, no de improuiso, sino por algun rodeo que le aumentasse el contento de hazerle conocido, aduirtiendo que tal vez mata vna subita alegria, como suele matar vn improuiso pesar. De alli a tres dias llegaron, al crepusculo de la noche, a su lugar, y a la casa de su padre, el qual, con su madre, segun despues parecio, estaua sentado a la puerta de la calle, tomando, como dizen, el fresco, por ser el tiempo de los calurosos del

verano. Llegaron todos juntos, y, el primero que hablò, fue Antonio a su mismo padre:

—¿Ay, por ventura, señor, en este lugar, hospital de peregrinos?

—Segun es christiana la gente que le habita —respondio su padre—, todas las casas del son hospital de peregrinos; y quando otra no huuiera, esta mia, segun su capacidad, siruiera por todas; prendas tengo yo por essos mundos adelante, que no se si andaran agora buscando quien las acoja.

—¿Por ventura, señor—replicò Antonio—, este lugar no se llama el Quintanar de la Orden, y en el no viuen vn apellido de vnos hidalgos que se llaman Villaseñores? Digolo, porque he conocido yo vn tal Villaseñor bien lexos desta tierra, que, si el estuuiera en esta, no nos faltara posada a mi ni a mis camaradas.

—¿Y cómo se llamaua, hijo—dixo su madre—, esse Villaseñor que dezis?

—Llamauase Antonio—replicò Antonio—; y su padre, segun me acuerdo, me dixo se llamaua Diego de Villaseñor.

—¡Ay, señor—dixo la madre, leuantandose de donde estaua—, que esse Antonio es mi hijo, que, por cierta desgracia, ha al pie de diez y seys años que falta desta tierra! Comprado le tengo a lagrimas, pesado a suspiros, y grangeado con oraciones. ¡Plegue a Dios que mis ojos le vean antes que descubra la noche de la eterna sombra! Dezidme—dixo—: ¿ha mucho que le vistes? ¿Ha mucho que le dexastes? ¿Tiene sa-

lud? ¿Piensa voluer a su patria? ¿Acuerdase de sus padres, a quien podra venir a ver, pues no ay enemigos que se lo impidan, que ya no son sino amigos los que le hizieron desterrar de su tierra?

Todas estas razones escuchaua el anciano padre de Antonio, y, llamando a grandes vozes a sus criados, les mandò encender luzes, y que metiessen dentro de casa a aquellos honrados peregrinos; y, llegandose a su no conocido hijo, le abraçò estrechamente, diziendole:

—Por vos solo, señor, sin que otras nueuas os hiziessen el aposento, os le diera yo en mi casa, lleuado de la costumbre que tengo de agasajar en ella a todos quantos peregrinos por aqui passan; pero agora, con las regozijadas nueuas que me aueys dado, ensancharè la voluntad, y sobrepujarán los seruicios que os hiziere a mis mismas fuerças.

En esto, ya los siruientes auian encendido luzes, y, guiando los peregrinos dentro de la casa, y en mitad de vn gran patio que tenia, salieron dos hermosas y honestas donzellas, hermanas de Antonio, que auian nacido despues de su ausencia, las quales, viendo la hermosura de Auristela y la gallardia de Constança, su sobrina, con el buen parecer de Ricla, su cuñada, no se hartauan de bessarlas y de bendezirlas; y quando esperauan que sus padres entrassen dentro de casa con el nueuo huesped, vieron entrar con ellos vn confuso monton de gente que traian en ombros, sobre vna silla sen-

tado, vn hombre como muerto, que luego supieron ser el conde que auia heredado al enemigo que solia ser de su tio (*). El alboroto de la gente, la confusion de sus padres, el cuydado de recebir los nueuos huespedes, las turbò de manera, que no sabian a quien acudir, ni a quien preguntar la causa de aquel alboroto. Los padres de Antonio acudieron al conde, herido de vna bala por las espaldas, (que) en vna rebuelta que (*) dos compañias de soldados, que estauan en el pueblo aloxadas, auian tenido con los del lugar (*), y le auian passado por las espaldas el pecho; el qual, viendose herido, mandò a sus criados que le truxessen en casa de Diego de Villaseñor, su amigo, y el traerle fue a tiempo que començaua a hospedar a su hijo, a su nuera y a sus dos nietos, y a Periandro y a Auristela, la qual, assiendo de las manos a las hermanas de Antonio, les pidio que la quitassen de aquella confusion y la lleuassen a algun aposento donde nadie la viesse. Hizieronlo ellas assi, siempre admirandose de nueuo de la sin par belleza de Auristela. Constança, a quien la sangre del parentesco bullia en el alma, ni queria, ni podia apartarse de sus tias, que todas eran de vna misma edad y casi de vna ygual hermosura. Lo mismo le acontecio al mancebo Antonio, el qual, oluidado de los respetos de la buena criança y de la obligacion del hospedage, se atreuio, honesto y regozijado, a abraçar a vna de sus tias, viendo lo qual vn criado de casa, le dixo:

—¡Por vida del señor peregrino, que tenga

quedas las manos, que el señor desta casa no es hombre de burlas; si no, a fee que se las haga tener quedas, ha despecho de su desuergonçado atreuimiento!

—¡Por Dios, hermano—respondio Antonio—; que es muy poco lo que he hecho para lo que pienso hazer, si el cielo fauorece mis desseos, que no son otros que seruir a estas señoras y a todos los desta casa!

Ya en esto auian acomodado al conde herido en vn rico lecho, y llamado a dos cirujanos que le tomassen la sangre y mirassen la herida, los quales declararon ser mortal, sin que por via humana tuuiesse remedio alguno. Estaua todo el pueblo puesto en arma contra los soldados, que en esquadron formado se auian salido al campo, y esperauan si fuessen acometidos del pueblo, dandoles la batalla. Valia poco para ponerlos en paz la solicitud y la prudencia de los capitanes, ni la diligencia christiana de los sacerdotes y religiosos del pueblo, el qual, por la mayor parte, se alborota de liuianas ocasiones, y crece bien assi como van creciendo las olas del mar de blando viento mouidas, hasta que, tomando el regañon el blando soplo del zefiro, le mezcla con su huracan y las leuanta al cielo; el qual, dandose priessa a entrar el dia, la prudencia de los capitanes hizo marchar a sus soldados a otra parte, y los del pueblo se quedaron en sus limites, a pesar del rigor y mal ánimo que contra los soldados tenian concebido. En fin, por terminos y pausas espaciosas,

con sobresaltos agudos, poco a poco vino Antonio ha descubrirse a sus padres, haziendole presente de sus nietos y de su nuera, cuya presencia sacò lagrimas de los ojos de los viejos, y la belleza de Auristela y gallardia de Periandro les sacò el pasmo al rostro y la admiracion a todos los sentidos.

Este plazer, tan grande como improuiso; esta llegada de sus hijos, tan no esperada, se la aguò, turbò y casi deshizo la desgracia del conde, que por momentos yua empeorando. Con todo esso, le hizo presente de sus hijos, y de nueuo le hizo ofrecimiento de su casa y de quanto en ella auia que para su salud fuesse conueniente; porque, aunque quisiera mouerse y lleuarle a la de su estado, no fuera possible: tales eran las pocas esperanças que se tenian de su salud. No se quitauan de la cabecera del conde, obligadas de su natural condicion, Auristela y Constança, que, con la compassion christiana y solicitud possible, eran sus enfermeras, puesto que yuan contra el parecer de los cirujanos, que ordenauan le dexassen solo, o, a lo menos, no acompañado de mugeres. Pero la disposicion del cielo, que, con causas a nosotros secretas, ordena y dispone las cosas de la tierra, ordenò y quiso que el conde llegasse al vltimo de su vida, y, vn dia antes que della se despidiesse, cierto ya de que no podia viuir, llamò a Diego de Villaseñor, y, quedandose con el solo, le dixo desta manera:

—Yo sali de mi casa con intencion de yr a

Roma este año, en el qual el Sumo Pontifice ha abierto las arcas del tesoro de la Yglesia, y comunicadonos, como en año santo, las infinitas gracias que en el suelen ganarse. Yua a la ligera, mas como peregrino pobre, que como cauallero rico; entré en este pueblo; hallè trauada vna pendencia, como ya, señor, aueys visto, entre los soldados que en el estauan aloxados y entre los vezinos del(la); mezcléme en ella, y, por reparar las agenas vidas, he venido a perder la mia, porque esta herida, que a traycion, si assi se puede dezir, me dieron, me la va quitando por momentos. No se quien me la dio, porque las pendencias del vulgo traen consigo a la misma confusion. No me pesa de mi muerte, si no es por las que ha de costar, si por justicia o por vengança quisiere castigarse. Con todo esto, por hazer lo que en mi es, y todo aquello que de mi parte puedo, como cauallero y christiano, digo que perdono a mi matador y a todos aquellos que con el tuuieron culpa; y es mi voluntad assimismo de mostrar que soy agradecido al bien que en vuestra casa me aueys hecho, y la muestra que he de dar deste agradecimiento, no serà assi como quiera, sino con el mas alto estremo que pueda imaginarse. En essos dos baules que ahi estan, donde lleuaua recogida mi recamara, creo que van hasta veynte mil ducados en oro y en joyas, que no ocupan mucho lugar; y, si como esta cantidad es poca, fuera la grande que encierra las entrañas de Potosi, hiziera della lo mismo que desta hazer

quiero. Tomalda, señor, en vida, o hazed que la tome la señora doña Constança, vuestra nieta, que yo se lo doy en arras y para su dote; y mas, que le pienso dar esposo de mi mano, tal, que aunque presto quede viuda, quede viuda honradissima, juntamente con quedar donzella honrada. Llamadla aqui, y traed quien me despose con ella; que su valor, su christiandad, su hermosura, merecian hazerla señora del vniuerso. No os admire, señor, lo que oys; creed lo que os digo, que no será nouedad disparatada casarse vn titulo con vna donzella hijadalgo, en quien concurren todas las virtuosas partes que pueden hazer a vna muger famosa. Esto quiere el cielo, a esto me inclina mi voluntad; por lo que deueys al ser discreto, que no lo estorue la vuestra. Yd luego, y, sin replicar palabra, traed quien me despose con vuestra nieta, y quien haga las escrituras tan firmes, assi de la entrega destas joyas y dineros, y de la mano que de esposo la he de dar, que no aya calumnia que la deshaga.

Pasmóse a estas razones Villaseñor, y creyo, sin duda alguna, que el conde auia perdido el juyzio, y que la hora de su muerte era llegada, pues en tal punto, por la mayor parte, o se dizen grandes sentencias, o se hazen grandes disparates; y assi, lo que le respondio fue:

—Señor, yo espero en Dios que tendreys salud, y entonces, con ojos mas claros, y sin que algun dolor os turbe los sentidos, podreys ver las riquezas que days y la muger que escogeys;

mi nieta no es vuestra ygual, o, a lo menos, no està en potencia propinqua, sino muy remota, de merecer ser vuestra esposa, y yo no soy tan codicioso que quiera comprar esta honra que quereys hazerme con lo que dira el vulgo, casi siempre mal intencionado, del qual ya me parece que dize que os tuue en mi casa, que os trastornè el sentido, y que, por vias de la solicitud codiciosa, os hize hazer esto.

—Diga lo que quisiere—dixo el conde—; que si el vulgo siempre se engaña, tambien quedará engañado en lo que de vos pensare.

—Alto, pues—dixo Villaseñor—; no quiero ser tan ygnorante que no quiera abrir a la buena suerte, que está llamando a las puertas de mi casa.

Y con esto se salio del aposento, y comunicò lo que el conde le auia dicho con su muger, con sus nietos, y con Periandro y Auristela, los quales fueron de parecer que, sin perder punto, assiessen a la ocasion por los cabellos que les ofrecia, y truxessen quien lleuasse al cabo aquel negocio. Hizose assi, y en menos de dos horas ya estaua Costança desposada con el conde, y los dineros y joyas en su possession, con todas las circunstancias y reualidaciones que fueron possible hazerse. No huuo musicas en el desposorio, sino llantos y gemidos, porque la vida del conde se yua acabando por momentos. Finalmente, otro dia despues del desposorio, recebidos todos los sacramentos, murio el conde en los braços de su esposa, la condessa Costan-

ça, la qual, cubriendose la cabeça con vn velo negro, hincada de rodillas, y leuantando los ojos al cielo, començo a dezir:

—Yo hago voto...

Pero, apenas dixo esta palabra, quando Auristela le dixo:

—¿Que voto quereys hazer, señora?

—De ser monja—respondio la condessa.

—Sedlo, y no le hagays—replicò Auristela—; que las obras de seruir a Dios no han de ser precipitadas, ni que parezcan que las mueuen acidentes, y este de la muerte de vuestro esposo, quiça os hara prometer lo que despues, o no podreys, o no querreys cumplir. Dexad en las manos de Dios y en las vuestras vuestra voluntad, que assi vuestra discrecion como la de vuestros padres y hermanos, os sabra aconsejar y encaminar en lo que mejor os estuuiere. Y dese agora orden de enterrar vuestro marido, y confiad en Dios, que, quien os hizo condessa tan sin pensarlo, os sabra y querra dar otro titulo que os honre y os engrandezca con mas duracion que el presente.

Rindiose a este parecer la condessa, y, dando traças al entierro del conde, llegò vn su hermano menor, a quien ya auian ydo las nueuas a Salamanca, donde estudiaua. Llorò la muerte de su hermano; pero enjugaronle presto las lagrimas el gusto (*) de la herencia del estado. Supo el hecho; abraçò a su cuñada; no contradixo a ninguna cosa; depositò a su hermano, para lleuarle despues a su lugar; partiose a la

corte, para pedir justicia contra los matadores; anduuo el pleyto; degollaron a los capitanes y castigaron muchos de los del pueblo; quedóse Costança con las arras y el titulo de condessa; apercibiose Periandro para seguir su viage, a quien no quisieron acompañar Antonio el padre, ni Ricla, su muger, cansados de tantas peregrinaciones, que no cansaron a Antonio el hijo ni a la nueua condessa, que no fue possible dexar la compañia de Auristela ni de Periandro.

A todo esto, nunca auia mostrado a su abuelo el lienço donde venia pintada su historia. Enseñósele vn dia Antonio, y dixo que faltaua alli de pintar los pasos por donde Auristela auia venido a la isla barbara, quando se vieron ella y Periandro en los trocados trages, ella en el de varon, y el en el de hembra: metamorfosis bien estraño; a lo que Auristela dixo que en pocas razones lo diria. Que fue que, quando la robaron los piratas de las riberas de Dinamarca, a ella, Cloelia y a las dos pescadoras, vinieron a vna isla despoblada a repartir la presa entre ellos, y, "no pudiendose hazer el repartimiento con ygualdad, vno de los mas principales se contentò con que por su parte le diessen mi persona, y aun añadio dadiuas para ygualar la demasia. Entrè en su poder sola, sin tener quien en mi desuentura me acompañasse: que de las miserias suele ser aliuio la compañia. Este me vistio en habitos de varon, temeroso que en los de muger no me solicitasse el viento; muchos dias anduue con el peregrinando por diuersas partes,

y siruiendole en todo aquello que a mi honestidad no ofendia; finalmente, vn dia llegamos a la isla barbara, donde de improuiso fuymos presos de los barbaros, y el quedò muerto en la refriega de mi prision, y yo fuy trayda a la cueua de los prisioneros, donde hallé a mi amada Cloelia, que por otros no menos desuenturados pasos alli auia sido trayda, la qual me conto la condicion de los barbaros, la vana superstición que guardauan, y el assunto ridiculo y falso de su profecia; dixome assimismo que tenia barruntos de que mi hermano Periandro auia estado en aquella sima, a quien no auia podido hablar, por la priessa que los barbaros se dauan a sacarle para ponerle en el sacrificio„; y que auia querido acompañarle para certificarse de la verdad, pues se hallaua en habitos de hombre; y que assi, rompiendo por las persuasiones de Cloelia, que se lo estoruauan, salio con su intento, y se entregò de toda su voluntad para ser sacrificada de los barbaros, persuadiendose ser bien de vna vez acabar la vida, que no de tantas gustar la muerte, con traerla a peligro de perderla por momentos; y que no tenia mas que dezir, pues sabian lo que desde aquel punto le auia sucedido. Bien quisiera el anciano Villaseñor que todo esto se añadiera al lienço; pero todos fueron de parecer que, no solamente [no] se añadiesse, sino que aun lo pintado se borrasse, porque tan grandes y tan no vistas cosas, no eran para andar en lienços deuiles, sino en laminas de bronce escritas, y en

las memorias de las gentes grauadas. Con todo esso, quiso Villaseñor quedarse con el lienço, siquiera por ver los bien sacados retratos de sus nietos y la sin ygual hermosura y gallardia de Auristela y Periandro. Algunos dias se passaron poniendo en orden su partida para Roma, desseosos de ver cumplidos los votos de su promessa; quedóse Antonio el padre, y no quiso quedarse Antonio el hijo, ni menos la nueua condessa, que, como queda dicho, la aficion que a Auristela tenia, la lleuara, no solamente a Roma, sino al otro mundo, si para alla se pudiera hazer viage en compañía. Llegóse el dia de la partida, donde huuo tiernas lagrimas, y apretados abraços, y dolientes suspiros, especialmente de Ricla, que, en ver partir a sus hijos, se le partia el alma; echóles su bendicion su abuelo a todos, que la bendicion de los ancianos parece que tiene prerrogatiua de mejorar los sucessos; lleuaron consigo a vno de los criados de casa, para que los siruiesse en el camino, y, puestos en el, dexaron soledades en su casa y padres, y en compañia, entre alegre y triste, siguieron su viage.

CAPITVLO DECIMO

DEL TERCERO LIBRO

Las peregrinaciones largas, siempre traen consigo diuersos acontecimientos; y como la diuersidad se compone de cosas diferentes, es forçoso que los casos lo sean. Bien nos lo muestra esta historia, cuyos acontecimientos nos cortan su hilo, poniendonos en duda dónde serà bien anudarle; porque no todas las cosas que suceden son buenas para contadas, y podrian passar sin serlo y sin quedar menoscabada la historia: acciones ay que, por grandes, deuen de callarse, y otras que, por baxas, no deuen dezirse, puesto que es excelencia de la historia que, qualquiera cosa que en ella se escriuia, puede passar al sabor de la verdad que trae consigo; lo que no tiene la fabula, a quien conuiene guissar sus acciones con tanta puntualidad y gusto, y con tanta verissimilitud, que, ha despecho y pesar de la mentira, que haze dissonancia en el entendimiento, forme vna verdadera armonia.

Aprouechandome, pues, desta verdad, digo que el hermoso esquadron de los peregrinos, prosiguiendo su viage, llegò a vn lugar, no muy pequeño ni muy grande, de cuyo nombre no me acuerdo, y en mitad de la plaça del, por quien

forçosamente auian de passar, vieron mucha gente junta, todos atentos mirando y escuchando a dos mancebos que, en trage de recien rescatados de cautiuos, estauan declarando las figuras de vn pintado lienço que tenian tendido en el suelo; parecia que se auian descargado de dos pesadas cadenas que tenian junto a si, insignias y relatoras de su pesada (*) desuentura; y vno dellos, que deuia de ser de hasta ventiquatro años, con voz clara y en todo estremo esperta lengua, crugiendo de quando en quando vn corbacho (*) o, por mejor dezir, açote que en la mano tenia, le sacudia de manera que penetraua los oydos y ponia los estallidos en el cielo, bien assi como haze el cochero, que, castigando o amenazando sus cauallos, haze resonar su latigo por los ayres.

Entre los que la larga plática escuchauan, estauan los dos alcaldes del pueblo, ambos ancianos, pero no tanto el vno como el otro. Por donde començo su arenga el libre cautiuo, fue diziendo:

—Esta, señores, que aqui veys pintada, es la ciudad de Argel, gomia y tarasca de todas las riberas del mar Mediterraneo, puerto vniuersal de cosarios, y amparo y refugio de ladrones, que, deste pequeñuelo puerto que aqui va pintado, salen con sus vageles a inquietar el mundo, pues se atreuen a passar el plus vltra de las colunas de Hercules, y a acometer y robar las apartadas islas, que, por estar rodeadas del inmenso mar Oceano, pensauan estar seguras,

a lo menos de los baxeles turquescos. Este baxel que aqui veys reduzido a pequeño, porque lo pide assi la pintura, es vna galeota de ventidos bancos, cuyo dueño y capitan es el turco que en la crugia va en pie, con vn braço en la mano, que cortò a aquel christiano que alli veys, para que le sirua de rebenque y açote a los demas christianos que van amarrados a sus bancos, temeroso no le alcancen estas quatro galeras que aqui veys, que le van entrando y dando caça. Aquel cautiuo primero del primer banco, cuyo rostro le disfigura la sangre que se le ha pegado de los golpes del braço muerto, soy yo, que seruia de espalder en esta galeota; y el otro que està junto a mi, es este mi compañero, no tan sangriento, porque fue menos apaleado (*). Escuchad, señores, y estad atentos; quiça la aprehension deste lastimero cuento os lleuará a los oydos las amenazadoras y vituperosas vozes que ha dado este perro de Dragut (*), que assi se llamaua el arraez de la galeota, cossario tan famoso como cruel, y tan cruel como Falaris o Busiris, tiranos de Sicilia; a lo menos, a mi me suena agora el *rospeni,* el *manahora* y el *denimaniyoc,* que, con corage endiablado, va diziendo, que todas estas son palabras y razones turquescas, encaminadas a la deshonra y vituperio de los cautiuos christianos: llamanlos de iudios, hombres de poco valor, de fee negra y de pensamientos viles, y, para mayor horror y espanto, con los braços muertos açotan los cuerpos viuos.

Parece ser que vno de los dos alcaldes auia estado cautiuo en Argel mucho tiempo, el qual, con baxa voz, dixo a su compañero:

—Este cautiuo, hasta agora, parece que va diziendo verdad, y que en lo general no es cautiuo falso; pero yo le examinarè en lo particular, y veremos cómo da la cuerda; porque quiero que sepays que yo yua dentro desta galeota, y no me acuerdo de auerle conocido por espalder della, si no fue a vn Alonso Moclin, natural de Velez-Malaga.

Y, voluiendose al cautiuo, le dixo:

—Dezidme, amigo, cúyas eran las galeras que os dauan caça, y si conseguistes por ellas la libertad desseada.

—Las galeras—respondio el cautiuo—eran de don Sancho de Leyua (*); la libertad no la conseguimos, porque no nos alcançaron; tuuimosla despues, porque nos alçamos con vna galeota que desde Sargel yua a Argel cargada de trigo; venimos a Oran con ella, y desde alli a Malaga, de donde mi compañero y yo nos pusimos en camino de Italia, con intencion de seruir a Su Magestad, que Dios guarde, en el exercicio de la guerra.

—Dezidme, amigos—replicò el alcalde—: ¿cautiuastes juntos? ¿Lleuaron os a Argel del primer boleo, o a otra parte de Berberia?

—No cautiuamos juntos—respondio el otro cautiuo—, porque yo cautiué junto a Alicante, en vn nauio de lanas que passaua a Genoua; mi compañero, en los Percheles de Malaga,

adonde era pescador. Conocimonos en Tetuan, dentro de vna mazmorra; hemos sido amigos, y corrido vna misma fortuna mucho tiempo; y, para diez o doze quartos que apenas nos han ofrecido de limosna sobre el lienço, mucho nos aprieta el señor alcalde.

—No mucho, señor galan—replicò el alcalde—, que aun no estan dadas todas las vueltas de la mancuerda; escucheme, y digame: ¿quántas puertas tiene Argel, y quántas fuentes, y quántos poços de agua dulce?

—¡La pregunta es boba!—respondio el primer cautiuo—; tantas puertas tiene, como tiene casas, y tantas fuentes, que yo no las se, y tantos poços, que no los he visto, y los trabajos que yo en el he passado, me han quitado la memoria de mi mismo; y si el señor alcalde quiere yr contra la caridad christiana, recogeremos los quartos y alçaremos la tienda, y a Dios aho, que tan buen pan hazen aqui como en Francia.

Entonces el alcalde llamò a vn hombre de los que estauan en el corro, que al parecer seruia de pregonero en el lugar, y tal vez de verdugo quando se ofrecia, y dixole:

—Gil Berrueco, yd a la plaza, y traedme aqui luego los primeros dos asnos que toparedes: que, por vida del rey nuestro señor, que han de passear las calles en ellos estos dos señores cautiuos, que con tanta libertad quieren vsurpar la limosna de los verdaderos pobres, contandonos mentiras y embelecos, estando sanos como vna mançana, y con mas fuerças para tomar

vna azada en la mano, que no vn corbacho para dar estallidos en seco. Yo he estado en Argel cinco años esclauo, y se que no me days señas del en ninguna cosa de quantas aueys dicho.

—¡Cuerpo del mundo!—respondio el cautiuo—. ¿Es possible que ha de querer el señor alcalde que seamos ricos de memoria, siendo tan pobres de dineros, y que, por vna niñeria que no importa tres ardites, quiera quitar la honra a dos tan insignes estudiantes como nosotros, y juntamente quitar a Su Magestad dos valientes soldados, que yuamos a essas Italias y a essos Flandes a romper, a destroçar, a herir y a matar los enemigos de la santa fe catolica que toparamos? Porque, si va a dezir verdad, que en fin es hija de Dios, quiero que sepa el señor alcalde que nosotros no somos cautiuos, sino estudiantes de Salamanca, y, en la mitad y en lo mejor de nuestros estudios, nos vino gana de ver mundo y de saber a que sabía la vida de la guerra, como sabiamos el gusto de la vida de la paz. Para facilitar y poner en obra este desseo, acertaron a passar por alli vnos cautiuos, que tambien lo deuian de ser falsos como nosotros agora; les compramos este lienço, y nos informamos de algunas cosas de las de Argel, que nos parecio ser vastantes y necessarias para acreditar nuestro embeleco; vendimos nuestros libros y nuestras alajas a menosprecio, y, cargados con esta mercaderia, hemos llegado hasta aqui; pensamos passar adelante, si es que el señor alcalde no manda otra cosa.

—Lo que pienso hazer es—replicò el alcalde—daros cada cien açotes, y, en lugar de la pica que vays a arrast[r]ar en Flandes, poneros vn remo en las manos que le cimbreys en el agua en las galeras, con quien quiça hareys mas seruicio a Su Magestad que con la pica.

—¿Querrase—replicò el moço hablador—mostrar agora el señor alcalde ser vn legislador de Atenas, y que la riguridad de su oficio llegue a los oydos de los señores del Consejo, donde, acreditandole con ellos, le tengan por seuero y justiciero, y le cometan negocios de importancia, donde muestre su seueridad y su justicia? Pues sepa el señor alcalde que *summum ius, summa iniuria.*

—Mirad cómo hablays, hermano—replicò el segundo alcalde—,que aqui no ay justicia con luxuria: que todos los alcaldes deste lugar han sido, son y seran limpios y castos como el pelo de la massa; y hablad menos, que os será sano.

Voluio en esto el pregonero, y dixo:

—Señor alcalde, yo no he topado en la plaça asnos ningunos, sino a los dos regidores Berrueco y Crespo, que andan en ella passeandose.

—Por asnos os embié yo, majadero, que no por regidores; pero volued y traeldos aca, por si o por no, que quiero que se hallen presentes al pronunciar desta sentencia, que ha de ser, sin embargo, y no ha de quedar por falta de asnos: que, gracias sean dadas al cielo, hartos ay en este lugar.

—No le tendra vuessa merced, señor alcalde,

en el cielo—replicò el moço—si passa adelante con essa reguridad. Por quien Dios es, que vuessa merced considere que no hemos robado tanto, que podemos dar a censo ni fundar ningun mayorazgo; apenas grangeamos el misero sustento con nuestra industria, que no dexa de ser trabajosa, como lo es la de los oficiales y jornaleros. Mis padres no nos enseñaron oficio alguno, y assi, nos es forçoso que remitamos a la industria lo que auiamos de remitir a las manos, si tuuieramos oficio. Castiguense los que cohechan, los escaladores de casas, los salteadores de caminos, los testigos falsos por dineros, los mal entretenidos en la republica, los ociosos y valdios en ella, que no siruen de otra cosa que de acrecentar el numero de los perdidos, y dexen a los miseros que van su camino derecho a seruir a Su Magestad con la fuerça de sus braços y con la agudeza de sus ingenios, porque no ay mejores soldados que los que se trasplantan de la tierra de los estudios en los campos de la guerra; ninguno salio de estudiante para soldado, que no lo fuesse por estremo, porque quando se auienen y se juntan las fuerças con el ingenio, y el ingenio con las fuerças, hazen vn compuesto milagroso, con quien Marte se alegra, la paz se sustenta, y la republica se engrandeze.

Admirado estaua Periandro y todos los mas de los circunstantes, assi de las razones del moço, como de la velocidad con que hablaua, el qual, prosiguiendo, dixo:

—Espulguenos el señor alcalde, mirenos y

remirenos, y haga escrutinio de las costuras de nuestros vestidos, y si en todo nuestro poder hallare seys reales, no sólo nos mande dar ciento, sino seys cuentos de açotes. Veamos, pues, si la adquisicion de tan pequeña cantidad de interes, merece ser castigada con afrentas, y martirizada con galeras; y assi, otra vez digo que el señor alcalde se remire en esto, no se arroje y precipite apassionadamente a hazer lo que, despues de hecho, quiça le causará pesadumbre. Los juezes discretos castigan, pero no toman vengança de los delitos; los prudentes y los piadosos, mezclan la equi(e)dad con la justicia, y, entre el rigor y la clemencia, dan luz de su buen entendimiento.

—Por Dios—dixo el segundo alcalde—, que este mancebo ha hablado bien, aunque ha hablado mucho, y que, no solamente no tengo de consentir que los açoten, sino que los tengo de lleuar a mi casa y ayudarles para su camino, con condicion que le lleuen derecho, sin andar surcando la tierra de vna en otras partes, porque, si assi lo hiziessen, mas parecerian viciosos que necessitados.

Ya el primer alcalde, manso y piadoso, blando y compassiuo, dixo:

—No quiero que vayan a vuestra casa, sino a la mia, donde les quiero dar vna licion de las cosas de Argel, tal, que de aqui adelante ninguno les coga en mal latin en quanto a su fingida historia.

Los cautiuos se lo agradecieron, los circuns-

tantes alabaron su honrada determinacion, y los peregrinos recibieron contento del buen despacho del negocio. Voluiose el primer alcalde a Periandro, y dixo:

—¿Vosotros, señores peregrinos, traeys algun lienço que enseñarnos, traeys otra historia que hazernos creer por verdadera, aunque la aya compuesto la misma mentira?

No respondio nada Periandro, porque vio que Antonio sacaua del seno las patentes, licencias y despachos que lleuauan para seguir su viage; el qual los puso en manos del alcalde, diziendole:

—Por estos papeles podra ver vuessa merced quien somos y adonde vamos, los quales no era menester presentallos, porque, ni pedimos limosna, ni tenemos necessidad de pedilla; y assi, como a caminantes libres, nos podian dexar passar libremente.

Tomò el alcalde los papeles, y, porque no sabía leer, se los dio a su compañero, que tampoco lo sabia, y assi, pararon en manos del escriuano, que, passando los ojos por ellos breuemente, se los voluio a Antonio, diziendo:

—Aqui, señores alcaldes, tanto valor ay en la bondad destos peregrinos, como ay grandeza en su hermosura. Si aqui quisieren hazer noche, mi casa les seruira de meson, y mi voluntad, de alcaçar donde se recojan.

Voluiole las gracias Periandro; quedaronse alli aquella noche por ser algo tarde, donde fueron agasajados en casa del escriuano con amor, con abundancia y con limpieça.

CAPITVLO ONZE

DEL TERCER LIBRO

Llegóse el dia, y con el los agradecimientos del hospedage, y, puestos en camino, al salir del lugar, toparon con los cautiuos falsos, que dixeron que yuan industriados del alcalde, de modo que de alli adelante no los podian coger en mentira, a cerca de las cosas de Argel, que "tal vez—dixo el vno, digo, el que hablaua mas que el otro—tal vez—dixo—se hurta con autoridad y aprouacion de la justicia; quiero dezir, que alguna vez los malos ministros della se hazen a vna con los delinquentes, para que todos coman„. Llegaron todos juntos donde vn camino se diuidia en dos; los cautiuos tomaron el de Cartagena, y los peregrinos el de Valencia; (los quales), otro dia, al salir de la aurora, que por los balcones del oriente se assomaua, barriendo el cielo de las estrellas y adereçando el camino por donde el sol auia de hazer su acostumbrada carrera, Bartolome, que assi creo se llamaua el guiador del vagaje, viendo salir el sol tan alegre y regozijado, bordando las nubes de los cielos con diuersas colores, de manera que no se podia ofrecer otra cosa mas alegre y mas hermosa a la vista, (y), con rustica discrecion, dixo:

—Verdad deuio de dezir el predicador que predicaua los dias passados en nuestro pueblo, quando dixo que los cielos y la tierra anunciauan y declarauan las grandezas del Señor. Par diez, que, si yo no conociera a Dios por lo que me han enseñado mis padres y los sacerdotes y ancianos de mi lugar, le viniera a rastrear y conocer viendo la inmensa grandeza destos cielos, que me dizen que son muchos, o, a lo menos, que llegan a onze, y por la grandeza deste sol que nos alumbra, que, con no parecer mayor que vna rodela, es muchas vezes mayor que toda la tierra, y mas, que, con ser tan grande, afirman que es tan ligero, que camina en ventiquatro horas mas de trecientas mil leguas. La verdad que sea, yo no creo nada desto; pero dizenlo tantos hombres de bien, que, aunque hago fuerça al entendimiento, lo creo. Pero de lo que mas me admiro, es que debaxo de nosotros ay otras gentes, a quien llaman antipodas, sobre cuyas cabeças, los que andamos aca arriba, traemos puestos los pies, cosa que me parece impossible: que, para tan gran carga como la nuestra, fuera menester que tuuieran ellos las cabeças de bronce.

Riose Periandro de la rustica astrologia del moço, y dixole:

—Buscar querria razones acomodadas, ¡o Bartolome!, para darte a entender el error en que estàs y la verdadera postura del mundo, para lo qual era menester tomar muy de atras sus principios; pero, acomodandome con tu in-

genio, abrè de coartar el mio y dezirte sola vna cosa, y es que quiero que entiendas por verdad infalible que la tierrra es centro del cielo; llamo centro, vn punto indiuissible a quien todas las lineas de su circunferencia van a parar; tampoco me parece que has de entender esto; y assi, dexando estos terminos, quiero que te contentes con saber que toda la tierra tiene por alto el cielo, y en qualquier parte della donde los hombres esten, han de estar cubiertos con el cielo; assi que, como a nosotros el cielo que ves nos cubre, assimismo cubre a los antipodas que dizen, sin estoruo alguno, y como naturalmente lo ordenò la Naturaleza, mayordoma del verdadero Dios, criador del cielo y de la tierra (*).

No se descontentò el moço de oyr las razones de Periandro, que tambien dieron gusto a Auristela, a la condessa y a su hermano. Con estas y otras cosas, yua enseñando y entreteniendo el camino Periandro, quando a sus espaldas llegò vn carro, acompañado de seys arcabuzeros a pie, y, vno que venia a cauallo, con vna escopeta pendiente del arçon delantero, llegandose a Periandro, dixo:

—Si, por ventura, señores peregrinos, lleuays en este repuesto alguna conserua de regalo, que yo creo que si deueys de lleuar, porque vuestra gallarda presencia mas de caualleros ricos que de pobres peregrinos os señala; si la lleuays, dadmela para socorrer con ella a vn desmayado muchacho que va en aquel carro, condenado a galeras por dos años, con otros doze

soldados que, por auerse hallado en la muerte de vn conde los dias passados, van condenados al remo, y sus capitanes, por mas culpados, creo que estan sentenciados ha degollar en la corte.

No pudo tener a esta razon las lagrimas la hermosa Costança, porque en ella se le representò la muerte de su breue esposo; pero, pudiendo mas su christiandad que el desseo de su vengança, acudio al bagaje y sacò vna caxa de conserua, y, acudiendo al carro, preguntò:

—¿Quien es aqui el desmayado?

A lo que respondio vno de los soldados:

—Alli va echado en aquel rincon, vntado el rostro con el sebo del timon del carro, porque no quiere que parezca hermosa la muerte quando el se muera, que será bien presto, segun està pertinaz en no querer comer bocado.

A estas razones, alçò el rostro el vntado moço, y, alçandose de la frente vn roto sombrero que toda se la cubria, se mostro feo y suzio a los ojos de Constança, y, alargando la mano para tomar la caxa, la tomò, diziendo:

—¡Dios os lo pague, señora!

Voluio a encaxar el sombrero, y voluio a su melancolia y a arrinconarse en el rincon donde esperaua la muerte. Otras algunas razones passaron los peregrinos con las guardas del carro, que se acabaron con apartarse por diferentes caminos. De alli a algunos dias, llegò nuestro hermoso esquadron a vn lugar de moriscos, que estaua puesto como vna legua de la marina, en

el reyno de Valencia. Hallaron en el, no meson en que aluergarse, sino todas las casas del lugar con agradable hospicio los combidauan; viendo lo qual, Antonio dixo:

—Yo no se quien dize mal desta gente, que todos me parecen vnos santos.

—Con palmas—dixo Periandro—recibieron al Señor en Ierusalen los mismos que de alli a pocos dias le pusieron en vna cruz. Agora bien: a Dios y a la ventura, como dezirse suele, acetemos el combite que nos haze este buen viejo, que con su casa nos combida.

Y era assi verdad, que vn anciano morisco, casi por fuerça, assiendolos por las esclauinas, los metio en casa, y dio muestras de agasajarlos, no morisca, sino christianamente. Salio a seruirlos vna hija suya, vestida en trage morisco, y en el tan hermosa, que las mas gallardas christianas tuuieran a ventura el parecerla: que en las gracias que naturaleza reparte, tambien suele fauorecer a las barbaras de Citia, como a las ciudadanas de Toledo. Esta, pues, hermosa y mora, en lengua aljamiada, assiendo a Costança y a Auristela de las manos, se encerro con ellas en vna sala baxa, y, estando solas, sin soltarles las manos, recatadamente mirò a todas partes, temerosa de ser escuchada, y, despues que huuo assegurado el miedo que mostraua, las dixo:

—¡Ay, señoras, y cómo aueis venido como mansas y simples ouejas al matadero! ¿Veys este viejo, que con verguença digo que es mi

padre, veysle tan agasajador vuestro? Pues sabed que no pretende otra cosa sino ser vuestro verdugo. Esta noche se han de lleuar en peso, si assi se puede dezir, diez y seys vaxeles de cossarios berberiscos, a toda la gente de este lugar, con todas sus haziendas, sin dexar en el cosa que les mueua a voluer a buscarla. Piensan estos desuenturados que en Berberia està el gusto de sus cuerpos y la saluacion de sus almas, sin aduertir que, de muchos pueblos que alla se han passado casi enteros, ninguno ay que de otras nueuas sino de arrepentimiento, el qual les viene juntamente con las quexas de su daño. Los moros de Berberia pregonan glorias de aquella tierra, al sabor de las quales corren los moriscos de esta, y dan en los lazos de su desuentura. Si quereys estoruar la vuestra y conseruar la libertad en que vuestros padres os engendraron, salid luego de esta casa, y acogedos a la iglesia, que en ella hallareys quien os ampare, que es el cura, que sólo el y el escriuano son en este lugar christianos viejos. Hallareis tambien alli al xadraque Xarife, que es vn tio mio, moro sólo en el nombre, y en las obras christiano. Contaldes lo que passa, y dezid que os lo dixo Rafala, que con esto sereys creydos y amparados; y no lo echeys en burla, si no quereys que las veras os desengañen a vuestra costa: que no ay mayor engaño que venir el desengaño tarde.

El susto, las acciones con que Rafala esto dezia, se assento en las almas de Auristela y de

Constança, de manera que fue creyda, y no le respondieron otra cosa que fuesse mas que agradecimientos. Llamaron luego a Periandro y a Antonio, y, contandoles lo que passaua, sin tomar ocasion aparente, se salieron de la casa con todo lo que tenian. Bartolome, que quisiera mas descansar que mudar de posada, pesòle de la mudança; pero, en efeto, obedecio a sus señores. Llegaron a la iglesia, donde fueron bien recebidos del cura y del xadraque, a quien contaron lo que Rafala les auia dicho. El cura dixo:

—Muchos dias ha, señores, que nos dan sobresalto con la venida de essos vaxeles de Berberia; y aunque es costumbre suya hazer estas entradas, la tardança de esta me tenia ya algo descuydado. Entrad, hijos, que buena torre tenemos, y buenas y ferradas puertas la iglesia, que, si no es muy de proposito, no pueden ser derribadas ni abrassadas.

—¡Ay—dixo a esta sazon el xadraque—, si han de ver mis ojos, antes que se cierren, libre esta tierra destas espinas y malezas que la oprimen! ¡Ay, quándo llegarà el tiempo que tiene profetizado vn abuelo mio, famoso en el astrologia, donde se verá España de todas partes entera y maciza en la religion christiana, que ella sola es el rincon del mundo donde està recogida y venerada la verdadera verdad de Christo! Morisco soy, señores, y oxala que negarlo pudiera; pero no por esto dexo de ser christiano: que las diuinas gracias las da Dios

a quien el es seruido, el qual tiene por costumbre, como vosotros mejor sabeys, de hazer salir su sol sobre los buenos y los malos, y llouer sobre los justos y los injustos. Digo, pues, que este mi abuelo dexò dicho que, cerca de estos tiempos, reynaria en España vn rey de la casa de Austria, en cuyo ánimo cabria la dificultosa resolucion de desterrar los moriscos de ella, bien assi como el que arroja de su seno la serpiente que le està royendo las entrañas, o bien assi como quien aparta la neguilla del trigo, o escarda o arranca la mala yerua de los sembrados. Ven ya, ¡o venturoso moço y rey prudente!, y pon en execucion el gallardo decreto de este destierro, sin que se te oponga el temor que ha de quedar esta tierra desierta y sin gente, y el de que no será bien la que en efeto està en ella bautizada; que, aunque estos sean temores de consideracion, el efeto de tan grande obra los hara vanos, mostrando la esperiencia, dentro de poco tiempo, que, con los nueuos christianos viejos que esta tierra se poblare, se voluera a fertilizar y a poner en mucho mejor punto que agora tiene. Tendran sus señores, si no tantos y tan humildes vassallos, seran los que tuuieren catolicos, con cuyo amparo estaran estos caminos seguros, y la paz podra lleuar en las manos las riquezas, sin que los salteadores se las lleuen.

Esto dicho, cerraron bien las puertas, fortalezieronlas con los bancos de los assientos, subieronse a la torre, alçaron vna escalera leuadiça,

lleuòse el cura consigo el santissimo Sacramento en su relicario, proueyeronse de piedras, armaron dos escopetas, dexò el bagage mondo y desnudo a la puerta de la iglesia Bartolome el moço, y encerrose con sus amos; y todos, con ojo alerta y manos listas, y con animos determinados, estuuieron esperando el assalto, de quien auisados estauan por la hija del morisco. Passò la media noche, que la midio por las estrellas el cura; tendia los ojos por todo el mar que desde alli se parecia, y no auia nube que con la luz de la luna se pareciesse, que no pensasse sino que fuessen los vaxeles turquescos; y, aguijando a las campanas, començo a repicallas tan a priessa y tan rezio, que todos aquellos valles y todas aquellas riberas retumbauan, a cuyo son los atajadores de aquellas marinas se juntaron y las corrieron todas; pero no aprouechò su diligencia para que los vaxeles no llegassen a la ribera y echassen la gente en tierra. La del lugar, que los esperaua, cargados con sus mas ricas (*) y mejores alhajas, adonde fueron recebidos de los turcos con grande, grande grita y algaçara, al son de muchas dulçaynas y diuersos instrumentos, que, puesto que eran belicos, eran regozijados, pegaron fuego al lugar, y assimismo a las puertas de la iglesia, no para esperar a entrarla, sino por hazer el mal que pudiessen; dexaron a Bartolome a pie, porque le dejarretaron el bagage; derribaron vna cruz de piedra que estaua a la salida del pueblo, llamando a grandes vozes el nombre de

Mahoma; se entregaron a los turcos, ladrones pacificos y deshonestos publicos. Desde la lengua del agua, como dizen, començaron a sentir la pobreza que les amenazaua su mudança, y la deshonra en que ponian a sus mugeres y a sus hijos. Muchas vezes, y quiça algunas no en vano, dispararon Antonio y Periandro las escopetas; muchas piedras arrojò Bartolome, y todas a la parte donde auia dexado el bagage, y muchas flechas el xadraque; pero muchas mas lagrimas echaron Auristela y Constança, pidiendo a Dios, que presente tenian, que de tan manifiesto peligro los librasse, y ansimismo que no ofendiesse el fuego a su templo, el qual no ardio, no por milagro, sino porque las puertas eran de hierro, y porque fue poco el fuego que se les aplicò. Poco faltaua para llegar el dia, quando los vaxeles, cargados con la pressa, se hizieron al mar, alçando regozijados lilies, y tocando infinitos atabales y dulçaynas, y en esto vieron venir dos personas corriendo hazia la iglesia, la vna de la parte de la marina, y la otra de la de la tierra, que, llegando cerca, conocio el xadraque que la vna era su sobrina Rafala, que, con vna cruz de caña en las manos, venia diziendo a vozes:

—¡Christiana, christiana y libre, y libre por la gracia y misericordia de Dios!

La otra conocieron ser el escriuano, que acaso aquella noche estaua fuera del lugar, y, al son del arma de las campanas, venía a ver el sucesso, que llorò, no por la pérdida de sus hijos y

de su muger, que alli no los tenia, sino por la de su casa, que hallò robada y abrassada. Dexaron entrar el dia, y que los vaxeles se alargassen, y que los atajadores tuuiessen lugar de assegurar la costa, y entonces baxaron de la torre, y abrieron la iglesia, donde entrò Rafala, bañado con alegres lagrimas el rostro, y acrecentando con su sobresalto su hermosura, hizo oracion a las imagenes, y luego se abraçò con su tio, besando primero las manos al cura. El escriuano, ni adorò, ni besò las manos a nadie, porque le tenia ocupada el alma el sentimiento de la pérdida de su hazienda. Passò el sobresalto, voluieron los espiritus de los retraidos a su lugar, y el xadraque, cobrando aliento nueuo, voluiendo a pensar en la profecia de su abuelo, casi como lleno de celestial espiritu, dixo:

—¡Ea, mancebo generoso; ea, rey inuencible; atropella, rompe, desbarata todo genero de inconuenientes, y dexanos a España tersa, limpia y desembaraçada desta mi mala casta, que tanto la assombra y menoscaba! ¡Ea, consejero tan prudente como illustre, nueuo Atlante del peso de esta monarquia; ayuda y facilita con tus consejos a esta necessaria transmigracion; llenense estos mares de tus galeras, cargadas del inutil peso de la generacion agarena; vayan arrojadas a las contrarias riberas las çarças, las malezas y las otras yeruas que estoruan el crecimiento de la fertilidad y abundancia christiana! Que si los pocos hebreos que passaron a Egipto

multiplicaron tanto, que en su salida se contaron mas de seyscientas mil familias, ¿que se podra temer de estos, que son mas y viuen mas holgadamente? No los esquilman las religiones, no los entresacan las Indias, no los quintan las guerras; todos se casan, todos, o los mas, engendran, de do se sigue y se infiere que su multiplicacion y aumento ha de ser innumerable. ¡Ea, pues, vueluo a dezir; vayan, vayan, señor, y dexa la taça de tu reyno resplandeciente como el sol y hermosa como el cielo! (*).

Dos dias estuuieron en aquel lugar los peregrinos, voluiendo a enterarse en lo que les faltaua, y Bartolome se acomodó de bagaje, los peregrinos agradecieron al cura su buen acogimiento y alabaron los buenos pensamientos del xadraque, y, abraçando a Rafala, se despidieron de todos y siguieron su camino.

CAPITVLO DOZE

DEL TERCERO LIBRO

En el qual se fueron entreteniendo en contar el passado peligro, el buen ánimo del xadraque, la valentia del cura, el zelo de Rafala, de la qual se les oluidò de saber cómo se auia escapado de poder de los turcos que assaltaron la tierra; aunque bien consideraron que, con el alboroto, ella se auria escondido en parte que tuuiesse lugar despues de voluer a cumplir su desseo, que era de viuir y morir christiana. Cerca de Valencia llegaron, en la qual no quisieron entrar, por escusar las ocasiones del detenerse; pero no faltò quien les dixo la grandeza de su sitio, la excelencia de sus moradores, la amenidad de sus contornos, y, finalmente, todo aquello que la haze hermosa y rica sobre todas las ciudades, no sólo de España, sino de toda Europa; y principalmente les alabaron la hermosura de las mugeres, y su estremada limpieça y graciosa lengua, con quien sola la portuguessa puede competir en ser dulce y agradable. Determinaron de alargar sus jornadas, aunque fuesse a costa de su cansancio, por llegar a Barcelona, adonde tenian noticia auian de tocar vnas galeras en quien pensauan enuarcarse, sin tocar en Francia, hasta Genoua. Y, al

salir de Villa-Real, hermosa y amenissima villa, de traues, dentre vna espessura de arboles, les salio al encuentro vna zagala o pastora valenciana, vestida a lo del campo, limpia como el sol, y hermosa como el y como la luna, la qual, en su graciosa lengua, sin hablarles alguna palabra primero, y sin hazerles ceremonia de comedimiento alguno, dixo:

—Señores, ¿pedirlos he, o darlos he?

A lo que respondio Periandro:

—Hermosa zagala, si son zelos, ni los pidas ni los des, porque si los pides, menoscabas tu estimacion, y si los das, tu credito; y si es que el que te ama tiene entendimiento, conociendo tu valor, te estimará y querra bien, y si no le tiene, ¿para que quieres que te quiera?

—Bien has dicho—respondio la villana.

Y diziendo a Dios, voluio las espaldas y se entrò en la espessura de los arboles, dexandolos admirados con su pregunta, con su presteza y con su hermosura.

Otras algunas cosas les sucedieron en el camino de Barcelona, no de tanta importancia que merezcan escritura, si no fue el ver desde lexos las santissimas montañas de Monserrate, que adoraron con deuocion christiana, sin querer subir a ellas, por no detenerse. Llegaron a Barcelona a tiempo quando llegauan a su playa quatro galeras españolas que, disparando y haziendo salua a la ciudad con gruessa artilleria, arrojaron quatro esquifes al agua, el vno de ellos adornado con ricas alcatifas de Leuante y

cogines de carmesi, en el qual venia, como despues parecio, vna hermosa muger de poca edad, ricamente vestida, con otra señora anciana y dos donzellas hermosas y honestamente adereçadas. Salio infinita gente de la ciudad, como es costumbre, ansi a ver las galeras, como a la gente que de ellas desenuarcaua, y la curiosidad de nuestros peregrinos llegò tan cerca de los esquifes, que casi pudieran dar la mano a la dama que de ellos desenuarcaua, la qual, poniendo los ojos en todos, especialmente en Constança, despues de auer desenuarcado, dixo:

—Llegaos aca, hermosa peregrina, que os quiero lleuar conmigo a la ciudad, donde pienso pagaros vna deuda que os deuo, de quien vos creo que teneis poca noticia; vengan assimismo vuestras camaradas, porque no ha de auer cosa que obligue a dexar tan buena compañia.

—La vuestra, a lo que se vee—respondio Constança—, es de tanta importancia, que careceria de entendimiento quien no la acetasse. Vamos donde quisieredes, que mis camaradas me seguiran, que no estan acostumbrados a dexarme.

Assio la señora de la mano a Constança, y, acompañada de muchos caualleros que salieron de la ciudad a recebirla, y de otra gente principal de las galeras, se encaminaron a la ciudad, en cuyo espacio de camino Constança no quitaua los ojos de ella, sin poder reduzir a la memoria auerla visto en tiempo alguno. Aposentaronla en vna casa principal, a ella y a las que

con ella desenuarcaron, y no fue possible que dexasse yr a los peregrinos a otra parte; con los quales, assi como tuuo comodidad para ello, passò esta plática:

—Sacaros quiero, señores, de la admiracion en que, sin duda, os deue tener el ver que con particular cuydado procuro seruiros, y assi, os digo que a mi me llaman Ambrosia Agustina, cuyo nacimiento fue en vna ciudad de Aragon, y cuyo hermano es don Bernardo Agustin, quatraluo de estas galeras que estan en la playa. Contarino de Arbolanchez, cauallero del hábito de Alcantara, en ausencia de mi hermano, y a hurto del recato de mis parientes, se enamorò de mi; y yo, lleuada de mi estrella, o, por mejor dezir, de mi facil condicion, viendo que no perdia nada en ello, con titulo de esposa, le hize señor de mi persona y de mis pensamientos; y el mismo dia que le di la mano, recibio el de la de Su Magestad vna carta, en que le mandaua viniesse luego al punto a conduzir vn tercio que baxaua de Lombardia a Genoua, de infanteria española, a la isla de Malta, sobre la qual se pensaua baxaua el turco. Obedecio Contarino con tanta puntualidad lo que se le mandaua, que no quiso coger los frutos del matrimonio con sobresalto, y, sin tener cuenta con mis lagrimas, el recebir la carta y el partirse todo fue vno. Pareciome que el cielo se auia caido sobre mi, y que entre el y la tierra me auian apretado el coraçon y cogido el alma. Pocos dias passaron quando, añadiendo yo imaginaciones a imagi-

naciones y desseos a desseos, vine a poner en efeto vno cuyo cumplimiento, assi como me quitò la honra por entonces, pudiera tambien quitarme la vida. Ausentéme de mi casa sin sabiduria de ninguno de ella, y, en habitos de hombre, que fueron los que tomè de vn pagezillo, assente por criado de vn atambor de vna compañia que estaua en vn lugar pienso que ocho leguas del mio. En pocos dias toquè la caxa tambien como mi amo; aprendi a ser chocarrero, como lo son los que vsan tal oficio; juntose otra compañia con la nuestra, y ambas a dos se encaminaron a Cartagena, a enuarcarse en estas quatro galeras de mi hermano, en las quales fue mi dissinio passar a Italia a buscar a mi esposo, de cuya noble condicion esperè que no afearia mi atreuimiento ni culparia mi desseo, el qual me tenia tan ciega, que no reparè en el peligro a que me ponia de ser conocida, si me enuarcaua en las galeras de mi hermano. Mas como los pechos enamorados no ay inconuenientes que no atropellen, ni dificultades por quien no rompan, ni temores que se le opongan, toda escabrosidad hize llana, venciendo miedos y esperando aun en la misma desesperacion; pero como los sucessos de las cosas hazen mudar los primeros intentos en ellas, el mio, mas mal pensado que fundado, me puso en el término que agora oyreis. Los soldados de las compañias de aquellos capitanes que os he dicho, trauaron vna cruel pendencia con la gente de vn pueblo de la Mancha sobre los alojamientos,

de la qual salio herido de muerte vn cauallero que dezian ser conde de no se que estado. Vino vn pesquisidor de la corte, prendio los capitanes, descarrearonse los soldados, y, con todo esso, prendio a algunos, y entre ellos a mi, desdichada, que ninguna culpa tenia; condenòlos a galeras por dos años, al remo; y a mi tambien, como por añadidura, me tocò la misma suerte. En vano me lamentè de mi desuentura, viendo quan en vano se auian fabricado mis dissinios. Quisiera darme la muerte; pero el temor de yr a otra peor vida, me embotò el cuchillo en la mano, y me quitò la soga del cuello; lo que hize fue enlodarme el rostro, afeandole quanto pude, y encerrème en vn carro, donde nos metieron, con intencion de llorar tanto y de comer tan poco, que las lagrimas y la hambre hiziessen lo que la soga y el hierro no auian hecho. Llegamos a Cartagena, donde aun no auian llegado las galeras; pusieronnos en la casa del rey bien guardados, y alli estuuimos, no esperando, sino temiendo nuestra desgracia. No se, señores, si os acordareis de vn carro que topasteis junto a vna venta, en el qual esta hermosa peregrina —señalando a Constança—socorrio con vna caxa de conserua a vn desmayado delinquente.

—Si acuerdo—respondio Constança.

—Pues sabed que yo era—dixo la señora Ambrosia—el que socorristeis. Por entre las esteras del carro os miré a todos, y me admirè de todos, porque vuestra gallarda disposicion no puede dexar de admirar, si se mira. En efeto: las

galeras llegaron con la presa de vn vergantin de moros que las dos auian tomado en el camino; el mismo dia aherrojaron en ellas a los soldados, desnudandolos del trage que traian, y vistiendoles el de remeros; transformacion triste y dolorosa, pero lleuadera: que la pena que no acaba la vida, la costumbre de padecerla la haze facil. Llegaron a mi para desnudarme; hizo el comitre que me lauassen el rostro, porque yo no tenia aliento para leuantar los braços; miròme el barbero que limpia la chusma, y dixo: "Pocas nauajas gastarè yo con esta barba; no se yo para que nos embian àca a este muchacho de alfeñique, como si fuessen nuestras galeras de melcocha, y sus remeros de alcorça. Y ¿que culpas cometiste tu, rapaz, que mereciessen esta pena? Sin duda alguna, creo que el raudal y corriente de otros agenos delitos te han conduzido a este término.„ Y, encaminando su plática al comitre, le dixo: "En verdad, patron, que me parece que sería bien dexar a que siruiesse este muchacho en la popa a nuestro general con vna manilla al pie, porque no vale para el remo dos ardites.„ Estas pláticas, y la consideracion de mi sucesso, que parece que entonces se estremò en apretarme el alma, me apreto el coraçon de manera que me desmayé y quedé como muerta. Dizen que volui en mi a cabo de quatro horas, en el qual tiempo se me hizieron muchos remedios para que voluiesse; y lo que mas sintiera yo, si tuuiera sentido (*), fue que deuieron de enterarse que yo no era varon,

sino hembra. Volui de mi parasismo, y, lo primero con quien topò la vista, fue con los rostros de mi hermano y de mi esposo, que entre sus braços me tenian. No se yo cómo en aquel punto la sombra de la muerte no cubrio mis ojos; no se yo cómo la lengua no se me pegò al paladar; sólo se que no supe lo que me dixe, aunque senti que mi hermano dixo: "¿Que trage es este, hermana mia?„ Y mi esposo dixo: "¿Que mudança es esta, mitad de mi alma, que, si tu bondad no estuuiera tan de parte de tu honra, yo hiziera luego que trocaras este trage con el de la mortaja?„ "¿Vuestra esposa es esta?—dixo mi hermano a mi esposo—. Tan nueuo me parece este sucesso, como me parece el de verla a ella en este trage; verdad es que, si esto es verdad, bastante recompensa sería a la pena que me causa el ver assi a mi hermana.„ A este punto, auiendo yo recobrado parte de mis perdidos espiritus, me acuerdo que dixe: "Hermano mio, yo soy Ambrosia Agustina, tu hermana, y soy ansimismo la esposa del señor Contarino de Arbolanchez. El amor y tu ausencia, ¡o hermano!, me le dieron por marido, el qual, sin gozarme, me dexò; yo, atreuida, arrojada, y mal considerada, en este trage que me veis le vine a buscar.„

„Y con esto les conte toda la historia que de mi aueis oido, y mi suerte, que por puntos se yua a mas andar mejorando, hizo que me diessen credito y me tuuiessen lástima. Contaronme cómo a mi esposo le auian cautiuado mo-

ros con vna de dos chalupas donde se auia enuarcado para yr a Genoua, y que el cobrar la libertad auia sido el dia antes, al anochecer, sin que le diesse lugar el tiempo de auerse visto con mi hermano, sino al punto que me hallò desmayada: sucesso cuya nouedad le podia quitar el credito, pero todo es assi como lo he dicho. En estas galeras passaua esta señora que viene conmigo y con estas sus dos nietas a Italia, donde su hijo, en Sicilia, tiene el patrimonio real a su cargo; vistieronme estos que traygo, que son sus vestidos, y mi marido y mi hermano, alegres y contentos, nos han sacado oy a tierra para espaciarnos y para que los muchos amigos que tienen en esta ciudad se alegren con ellos. Si vosotros, señores, vays a Roma, yo hare que mi hermano os ponga en el mas cercano puerto de ella. La caxa de conserua os la pagaré con lleuaros en la mia hasta adonde mejor os esté; y, quando yo no passara a Italia, en fee de mi ruego os lleuarà mi hermano. Esta es, amigos mios, mi historia; si se os hiziere dura de creer, no me marauillaria, puesto que la verdad bien puede enfermar, pero no morir del todo; y pues que comunmente se dize que el creer es cortesia, en la vuestra, que deue de ser mucha, deposito mi credito.

Aqui dio fin la hermosa Agustina a su razonamiento, y aqui començo la admiracion de los oyentes a subirse de punto; aqui començaron a desmenuzarse las circunstancias del caso, y tambien los abraços de Constança y Auristela

que a la bella Ambrosia dieron, la qual, por ser assi voluntad de su marido, huuo de voluerse a su tierra, porque, por hermosa que sea, es embaraçosa la compañia de la muger en la guerra. Aquella noche se alterò el mar de modo que fue forçoso alargarse las galeras de la playa, que en aquella parte es de contino mal segura. Los cortesses catalanes, gente, enojada, terrible, y pacifica, suaue; gente que con facilidad da la vida por la honra, y por defenderlas entrambas se adelantan a si mismos, que es como adelantarse a todas las naciones del mundo, visitaron y regalaron todo lo possible a la señora Ambrosia Agustina, a quien dieron las gracias, despues que voluieron, su hermano y su esposo. Auristela, escarmentada con tantas esperiencias como auia hecho de las borrascas del mar, no quiso enuarcarse en las galeras, sino yrse por Francia, pues estaua pacifica. Ambrosia se voluio a Aragon, las galeras siguieron su viage, y los peregrinos el suyo, entrandose por Perpiñan en Francia.

CAPITVLO TREZE

DEL TERCERO LIBRO

Por la parte de Perpiñan quiso tocar la primera de Francia nuestra esquadra, a quien dio que hablar el sucesso de Ambrosia muchos dias, en la qual fueron disculpa sus pocos años de sus muchos yerros, y juntamente hallò en el amor que a su esposo tenia, perdon de su atreuimiento. En fin, ella se voluio, como queda dicho, a su patria; las galeras siguieron su viage, y el suyo nuestros peregrinos, los quales, llegando a Perpiñan, pararon en vn meson, a cuya gran puerta estaua puesta vna mesa, y alrededor de ella mucha gente, mirando jugar a dos hombres a los dados, sin que otro alguno jugasse. Parecioles a los peregrinos ser nouedad que mirassen tantos, y jugassen tan pocos. Preguntò Periandro la causa, y fuele respondido que, de los que jugauan, el perdidoso perdia la libertad, y se hazía prenda del rey para vogar el remo seys meses; y el que ganaua, ganaua veynte ducados que los ministros del rey auian dado al perdidoso para que prouasse en el juego su ventura. Vno de los dos que jugaua la prouo, y no le supo bien, porque la perdio, y al momento le pusieron en vna cadena; y, al que la ganò, le quitaron otra que, para seguridad de

que no huyria, si perdia, le tenian puesta: ¡miserable juego y miserable suerte, donde no son yguales la pérdida y la ganancia!

Estando en esto, vieron llegar al meson gran golpe de gente, entre la qual venía vn hombre en cuerpo, de gentil parecer, rodeado de cinco o seys criaturas de edad de quatro a siete años; venía junto a el vna muger, amargamente llorando, con vn lienço de dineros en la mano, la qual, con lastimada voz, venía diziendo:

—Tomad, señores, vuestros dineros, y voluedme a mi marido, pues no el vicio, sino la necessidad le hizo tomar este dinero; el no se ha jugado, sino vendido, porque quiere, a costa de su trabajo, sustentarme a mi y a sus hijos: ¡amargo sustento y amarga comida para mi y para ellos!

—Callad, señora—dixo el hombre—, y gastad esse dinero, que yo le desquitarè con la fuerça de mis braços, que todauia se amañarán antes a domeñar vn remo que vn açadon; no quise ponerme en auentura de perderlos, jugandolos, por no perder, juntamente con mi libertad, vuestro sustento.

Casi no dexaua oir el llanto de los muchachos esta dolorida plática que entre marido y muger passaua. Los ministros que le traian, les dixeron que enjugassen las lagrimas, que, si lloraran quantas cabian en el mar, no serian bastantes a darle la libertad que auia perdido. Preualecian en su llanto los muchachos, diziendo a su padre:

—Señor, no nos dexe, porque nos moriremos todos si se va.

El nueuo y estraño caso enternecio las entrañas de nuestros peregrinos, especialmente las de la tesorera Constança, y todos se mouieron a rogar a los ministros de aquel cargo fuessen contentos de tomar su dinero, haziendo cuenta que aquel hombre no auia sido en el mundo, y que les conmouiesse a no dexar viuda a vna muger, ni huerfanos a tantos niños. En fin, tanto supieron dezir y tanto quisieron rogar, que el dinero voluio a poder de sus dueños, y la muger cobrò su marido, y los niños a su padre. La hermosa Constança, rica despues de condessa, mas christiana que barbara, con parecer de su hermano Antonio, dio a los pobres perdidos, con que se cobraron, cincuenta escudos de oro, y assi se voluieron tan contentos como libres, agradeciendo al cielo y a los peregrinos la tan no vista como no esperada limosna.

Otro dia pisaron la tierra de Francia, y, passando por Lenguadoc, entraron en la Prouença, donde en otro meson hallaron tres damas francessas de tan estremada hermosura, que, a no ser Auristela en el mundo, pudieran aspirar a la palma de la belleza; parecian señoras de grande estado, segun el aparato con que se seruian, las quales, viendo los peregrinos, assi les admirò la gallardia de Periandro y de Antonio, como la sin ygual belleza de Auristela y de Costança. Llegaronlas a si, y hablaronlas con alegre rostro y cortés comedimiento; preguntaronlas quien

eran en lengua castellana, porque conocieron ser españolas las peregrinas, y, en Francia, ni varon ni muger dexa de aprender la lengua castellana (*). En tanto que las señoras esperauan la respuesta de Auristela, a quien se encaminauan sus preguntas, se desuio Periandro a hablar con vn criado que le parecio ser de las illustres francessas; preguntóle quien eran y adonde yuan, y el le respondio diziendo:

—El duque de Nemurs, que es vno de los que llaman de la sangre en este reyno, es vn cauallero bizarro y muy discreto, pero muy amigo de su gusto; es rezien heredado, y ha prosupuesto de no casarse por agena voluntad, sino por la suya, aunque se le ofrezca aumento de estado y de hazienda, y aunque vaya contra el mandamiento de su rey; porque dize que los reyes bien pueden dar la muger a quien quisieren de sus vassallos, pero no el gusto de recebilla. Con esta fantasia, locura o discrecion, o como mejor deue llamarse, ha embiado a algunos criados suyos a diuersas partes de Francia a buscar alguna muger que, despues de ser principal, sea hermosa, para casarse con ella, sin que reparen en hazienda, porque el se contenta con que la dote sea su calidad y su hermosura. Supo la de estas tres señoras, y embiòme a mi, que le siruo, para que las viesse y las hiziesse retratar de vn famoso pintor que embiò conmigo. Todas tres son libres, y todas de poca edad, como aueis visto; la mayor, que se llama Deleasir, es discreta en estremo, pero pobre; la me-

diana, que Belarminia se llama, es bizarra y de gran donayre, y rica medianamente; la mas pequeña, cuyo nombre es Feliz Flora, haze gran ventaja a las dos en ser rica. Ellas tambien han sabido el desseo del duque, y querrian, segun a mi se me ha trasluzido, ser cada vna la venturosa de alcançarle por esposo; y, con ocasion de yr a Roma a ganar el jubileo de este año, que es como el centesimo que se vsaua, han salido de su tierra, y quieren passar por Paris y verse con el duque, fiadas en el quiça que trae consigo la buena esperança. Pero despues, señores peregrinos, que aqui entrastes, he determinado de lleuar vn presente a mi amo que borre del pensamiento todas y qualesquier esperanças que estas señoras en el suyo huuieren fabricado; porque le pienso lleuar el retrato de esta vuestra peregrina, vnica y general señora de la humana belleza; y si ella fuesse tan principal como es hermosa, los criados de mi amo no tendrian mas que hazer, ni el duque mas que dessear. Dezidme, por vida vuestra, señor, si es casada esta peregrina, cómo se llama, y que padres la engendraron.

A lo que, temblando, respondio Periandro:

—Su nombre es Auristela; su viage, a Roma; sus padres, nunca ella los ha dicho; y de que sea libre os asseguro, porque lo se sin duda alguna; pero ay otra cosa en ello: que es tan libre y tan señora de su voluntad, que no la rendira a ningun principe de la tierra, porque dize que la tiene rendida al que lo es del cielo. Y para

enteraros en que sepais ser verdad todo lo que os he dicho, sabed que yo soy su hermano, y el que sabe lo escondido de sus pensamientos; assi que no os seruira de nada el retratalla, sino de alborotar el ánimo de vuestro señor, si a caso quisiesse atropellar por el inconueniente de la baxeza de mis padres.

—Con todo esso—respondio el otro—, tengo de lleuar su retrato, siquiera por curiosidad, y porque se dilate por Francia este nueuo milagro de hermosura.

Con esto se despidieron, y Periandro quiso partirse luego de aquel lugar, por no darsele al pintor para retratar a Auristela. Bartolome voluio luego a adereçar el bagage y a no estar bien con Periandro, por la priessa que daua a la partida. El criado del duque, viendo que Periandro queria partirse luego, se llegò a el y le dixo:

—Bien quisiera, señor, rogaros que os detuuierades vn poco en este lugar, siquiera hasta la noche, porque mi pintor, con comodidad y de espacio, pudiera sacar el retrato del rostro de vuestra hermana; pero bien os podeis yr a la paz de Dios, porque el pintor me ha dicho que, de sola vna vez que la ha visto, la tiene tan aprehendida en la imaginacion, que la pintarà a sus solas tan bien como si siempre la estuuiera mirando.

Maldixo Periandro entre si la rara habilidad del pintor; pero no dexò por esto de partirse, despidiendose luego de las tres gallardas fran-

cessas, que abraçaron a Auristela y a Constança estrechamente, y les ofrecieron de lleuarlas hasta Roma en su compañia, si dello gustauan. Auristela se lo agradecio con las mas corteses palabras que supo, diziendoles que su voluntad obedecia a la de su hermano Periandro, y que assi, no podian detenerse ella ni Cons[tan]ça, pues Antonio, hermano de Constança, y el suyo, se yuan. Y con esto se partieron, y de alli a seys dias llegaron a vn lugar de la Prouença, donde les sucedio lo que se dira en el siguiente capitulo.

CAPITVLO CATORZE

DEL TERCERO LIBRO

La historia, la poesia y la pintura simbolizan entre si, y se parecen tanto, que, quando escriues historia, pintas, y quando pintas, compones. No siempre va en vn mismo peso la historia, ni la pintura pinta cosas grandes y magnificas, ni la poesia conuersa siempre por los cielos. Baxezas admite la historia; la pintura, hieruas y retamas en sus quadros; y la poesia, tal vez se realça cantando cosas humildes. Esta verdad nos la muestra bien Bartolome, bagagero del esquadron peregrino; el tal, tal vez habla y es escuchado en nuestra historia. Este, reuoluiendo en su imaginacion el cuento del que vendio su libertad por sustentar a sus hijos, vna vez dixo, hablando con Periandro:

—Grande deue de ser, señor, la fuerça que obliga a los padres a sustentar a sus hijos; si no, digalo aquel hombre que no quiso jugarse por no perderse, sino empeñarse por sustentar a su pobre familia. La libertad, segun yo he oydo dezir, no deue de ser vendida por ningun dinero; y este la vendio por tan poco, que lo lleuaua la muger en la mano. Acuerdome tambien de auer oido dezir a mis mayores que, lleuando a ahorcar a vn hombre anciano, y ayudandole los

sacerdotes a bien morir, les dixo: "Vuessas mercedes se sossieguen, y dexenme morir de espacio, que, aunque es terrible este paso en que me veo, muchas vezes me he visto en otros mas terribles.„ Preguntaronle quales eran. Respondioles que el amanecer Dios, y el rodealle seis hijos pequeños pidiendole pan, y no teniendolo para darselo; "la qual necessidad me puso la gançua en la mano, y fieltros en los pies, con que facilitè mis hurtos, no viciosos, sino necessitados„. Estas razones llegaron a los oidos del señor que le auia sentenciado al suplicio, que fueron parte para voluer la justicia en misericordia, y la culpa en gracia.

A lo que respondio Periandro:

—El hazer el padre por su hijo, es hazer por si mismo; porque mi hijo es otro yo, en el qual se dilata y se continua el ser del padre; y assi como es cosa natural y forçosa el hazer cada vno por si mismo, assi lo es el hazer por sus hijos. Lo que no es tan natural ni tan forçoso hazer los hijos por los padres; porque el amor que el padre tiene a su hijo deciende, y el decender es caminar sin trabajo; y el amor del hijo con el padre aciende y sube, que es caminar cuesta arriba, de donde ha nacido aquel refran: "Vn padre para cien hijos, antes que cien hijos para vn padre.„

Con estas pláticas y otras entretenian el camino por Francia, la qual es tan poblada, tan llana y apazible, que a cada paso se hallan casas de plazer, adonde los señores de ellas estan

casi todo el año, sin que se les de algo por estar en las villas ni en las ciudades. A vna de estas llegaron nuestros viandantes, que estaua vn poco desuiada del camino real. Era la hora de mediodia; herian los rayos del sol derechamente a la tierra; entraua el calor, y la sombra de vna gran torre de la casa les combidò que alli esperassen a passar la siesta, que con calor riguroso amenazaua. El solícito Bartolome desembaraçò el bagage, y, tendiendo vn tapete en el suelo, se sentaron todos a la redonda, y de los manjares, de quien tenia cuydado de hazer Bartolome su repuesto, satisfazieron la hambre, que ya començaua a fatigarles. Pero, apenas auian alçado las manos para lleuarlo a la boca, quando, alçando Bartolome los ojos, dixo a grandes vozes:

—¡Apartaos, señores, que no se quien baxa bolando del cielo, y no será bien que os coja debaxo!

Alçaron todos la vista, y vieron baxar por el ayre vna figura, que, antes que distinguiessen lo que era, ya estaua en el suelo, junto casi a los pies de Periandro, la qual figura era de vna muger hermosissima que, auiendo sido arrojada desde lo alto de la torre, siruiendole de campana y de alas sus mismos vestidos, la puso de pies y en el suelo sin daño alguno; cosa possible, sin ser milagro. Dexòla el sucesso atonita y espantada, como lo quedaron los que bolar la auian visto; oyeron en la torre gritos, que los daua otra muger que, abraçada con vn hom-

bre, que parecia que pugnauan por derribarse el vno al otro:

—¡Socorro, socorro!—dezia la muger—. ¡Socorro, señores, que este loco quiere despeñarme de aqui abaxo!

La muger voladora, vuelta algun tanto en si, dixo:

—Si ay alguno que se atreua a subir por aquella puerta—señalandoles vna que al pie de la torre estaua—, librarà de peligro mortal a mis hijos y a otras gentes flacas que alli arriba estan.

Periandro, impelido de la generosidad de su ánimo, se entrò por la puerta, y a poco rato le vieron en la cumbre de la torre abraçado con el hombre, que mostraua ser loco, del qual, quitandole vn cuchillo de las manos, procuraua defenderse; pero la suerte, que queria concluyr con la tragedia de su vida, ordenò que entrambos a dos viniessen al suelo, cayendo al pie de la torre: el loco, passado el pecho con el cuchillo que Periandro en la mano traia; y Periandro, vertiendo por los ojos, narizes y boca cantidad de sangre: que, como no tuuo vestidos anchos que le suste[n]tassen, hizo el golpe su efeto, y dexòle casi sin vida. Auristela, que ansi le vio, creyendo indubitablemente que estaua muerto, se arrojò sobre el, y, sin respeto alguno, puesta la boca con la suya, esperaua a recoger en si alguna reliquia, si del alma le huuiesse quedado; pero, aunque le huuiera quedado, no pudiera recebilla, porque los traspillados dien-

tes le negaran la entrada. Constança, dando lugar a la passion, no le pudo dar a mouer el paso para yr a socorrerla, y quedóse en el mismo sitio donde la hallò el golpe, pegada los pies al suelo, como si fueran de rayzes, o como si ella fuera estatua de duro marmol formada. Antonio, su hermano, acudio a apartar los semiuiuos, y a diuidir los que ya pensaua ser cadaueres. Sólo Bartolome fue el que mostro con los ojos el graue dolor que en el alma sentia, llorando amargamente.

Estando todos en la amarga afliccion que he dicho, sin que hasta entonces ninguna lengua huuiesse publicado su sentimiento, vieron que hazia ellos venía vn gran tropel de gente, la qual, desde el camino real, auia visto el buelo de los caidos, y venian a ver el sucesso; y era el tropel que venía las hermosas damas francessas Deleasir, Belarminia y Feliz Flora. Luego como llegaron, conocieron a Auristela y a Periandro, como a aquellos que, por su singular belleza, quedauan impressos en la imaginacion del que vna vez los miraua. Apenas la compassion les auia hecho apear, para socorrer, si fuesse possible, la desuentura que mirauan, quando fueron assaltados de seys o ocho hombres armados, que por las espaldas les acometieron. Este assalto puso en las manos de Antonio su arco y sus flechas, que siempre las tenia a punto, o ya para ofender, o ya para defenderse. Vno de los armados, con descortes mouimiento, assio a Feliz Flora del braço y la puso en el arçon de-

lantero de su silla, y dixo, voluiendose a los demas compañeros:

—Esto es hecho; esta me basta; demos la buelta.

Antonio, que nunca se pagò de descortesias, pospuesto todo temor, puso vna flecha en el arco, tendio quanto pudo el braço yzquierdo, y con la derecha estirò la cuerda hasta que llegò al diestro oido, de modo que las dos puntas y estremos del arco casi se juntaron, y, tomando por blanco el robador de Feliz Flora, disparò tan derechamente la flecha, que, sin tocar a Feliz Flora sino en vna parte del velo con que se cubria la cabeça, passò al salteador el pecho de parte a parte. Acudio a su vengança vno de sus compañeros, y, sin dar lugar a que otra vez Antonio el arco armasse, le dio vna herida en la cabeça, tal, que dio con el en el suelo mas muerto que viuo; visto lo qual de Constança, dexò de ser estatua y corrio a socorrer a su hermano: que el parentesco calienta la sangre que suele elarse en la mayor amistad, y lo vno y lo otro son indicios y señales de demasiado amor. Ya en esto auian salido de la casa gente armada, y los criados de las tres damas, apercebidos de piedras, digo, los que no tenian armas, se pusieron en defensa de su señora. Los salteadores, que vieron muerto a su capitan, y que, segun los defensores acudian, podian ganar poco en aquella empressa, especialmente considerando ser locura auenturar las vidas por quien ya no podia premiarlas, voluieron las espaldas, y dexaron el campo solo.

Hasta aqui, de esta batalla, pocos golpes de espada hemos oido, pocos instrumentos belicos han sonado; el sentimiento que por los muertos suelen hazer los viuos, no ha salido a romper los ayres; las lenguas, en amargo silencio tienen depositadas sus quexas; sólo algunos ayes entre roncos gemidos andan embueltos, especialmente en los pechos de las lastimadas Auristela y Constança, cada qual abraçada con su hermano, sin poder aprouecharse de las quexas con que se aliuian los lastimados coraçones. Pero, en fin, el cielo, que tenia determinado de no dexarlas morir tan a priessa y tan sin quexarse, les despegò las lenguas, que al paladar pegadas tenian, y la de Auristela prorumpio en razones semejantes:

—No se yo, desdichada, cómo busco aliento en vn muerto, o cómo, ya que le tuuiesse, puedo sentirle, si estoy tan sin el, que, ni se si hablo, ni si respiro. ¡Ay, hermano, y que caida ha sido esta, que assi ha derribado mis esperanças, como que la grandeza de vuestro linage no se huuiera opuesto a vuestra desuentura! Mas ¿cómo podia ella ser grande, si vos no lo fuerades? En los montes mas leuantados caen los rayos, y adonde hallan mas resistencia, hazen mas daño. Monte erades vos; pero monte humilde, que, con las sombras de vuestra industria y de vuestra discrecion, os encubriades a los ojos de las gentes. Ventura yuades a buscar en la mia; pero la muerte ha atajado el paso, encaminando el mio a la sepultura. ¡Quan cierta

la tendra la reyna, vuestra madre, quando a sus oidos llegue vuestra no pensada muerte! ¡Ay de mi, otra vez sola, y en tierra agena, bien assi como verde yedra a quien ha faltado su verdadero arrimo!

Estas palabras de reyna, de montes y grandezas, tenian atentos los oidos de los circunstantes que les escuchauan, y aumentóles la admiracion las que tambien dezia Constança, que en sus faldas tenia a su mal herido hermano, apretandole la herida y tomandole la sangre la compasiua Feliz Flora, que, con vn lienço suyo, blandamente se la esprimia, obligada de auerla el herido librado de su deshonra:

—¡Ay, digo—dezia—, amparo mio! ¿De que ha seruido auerme leuantado la fortuna a titulo de señora, si me auia de derribar al de desdichada? Volued, hermano, en vos, si quereis que yo vuelua en mi, o si no, hazed, ¡o piadosos cielos!, que vna misma suerte nos cierre los ojos y vna misma sepultura nos cubra los cuerpos: que el bien que sin pensar me auia venido, no podia traer otro descuento que la presteza de acabarse.

Con esto se quedò desmayada, y Auristela ni mas ni menos, de modo que tan muertas parecian ellas, y aun mas que los heridos. La dama que cayo de la torre, causa principal de la caida de Periandro, mandò a sus criados, que ya auian venido muchos de la casa, que le lleuassen al lecho del conde Domicio, su señor; mandò tambien lleuar a Domicio, su marido, para dar or-

den en sepultalle. Bartolome tomò en braços a su señor Antonio; a Constança se las dio Feliz Flora; y a Auristela, Belarminia y Deleasir; y, en esquadron doloroso, y con amargos pasos, se encaminaron a la casi real casa.

CAPITVLO QVINZE

DEL TERCERO LIBRO

Poco aprouechauan las discretas razones que las tres damas francessas dauan a las dos lastimadas Constança y Auristela, porque, en las rezientes desuenturas, no hallan lugar consolatorias persuasiones; el dolor y el desastre que de repente sucede, no de improuiso admite consolacion alguna, por discreta que sea; la postema duele mientras no se ablanda, y el ablandarse requiere tiempo, hasta que llegue el de abrirse; y assi, mientras se llora, mientras se gime, mientras se tiene delante quien mueua al sentimiento a quexas y a suspiros, no es discrecion demasiada acudir al remedio con agudas medicinas. Llore, pues, algun tanto mas Auristela, gima algun espacio mas Constança, y cierren entrambas los oidos a toda consolacion, en tanto que la hermosa Claricia nos cuenta la causa de la locura de Domicio, su esposo, que fue, segun ella dixo a las damas francessas, que, antes que Domicio con ella se desposasse, andaua enamorado de vna parienta suya, la qual tuuo casi indubitables esperanças de casarse con el. Saliole en blanco la suerte, para que ella—dixo Claricia—la tuuiesse siempre negra; "porque, dissimulando Lorena—que assi se llamaua la parien-

ta de Domicio—el enojo que auia recebido del casamiento de mi esposo, dio en regalarle con muchos y diuersos presentes, puesto que mas bizarros y de buen parecer que costosos, entre los quales le embiò vna vez, bien assi como embiò la falsa Deyanira la camisa a Hercules, digo que le embiò vnas camisas, ricas por el lienço, y por la labor vistosas. Apenas se puso vna, quando perdio los sentidos y estuuo dos dias como muerto, puesto que luego se la quitaron, imaginando que vna esclaua de Lorena, que estaua en opinion de maga, la auria hechizado. Boluio a la vida mi esposo; pero con sentidos tan turbados y tan trocados, que ninguna accion hazía que no fuesse de loco; y no de loco manso, sino de cruel, furioso y desatinado; tanto, que era necessario tenerle en cadenas.„ Y que aquel dia, estando ella en aquella torre, se auia soltado el loco de las prisiones, y, viniendo a la torre, la auia echado por las ventanas abaxo, a quien el cielo socorrio con la anchura de sus vestidos, o, por mejor dezir, con la acostumbrada misericordia de Dios, que mira por los inocentes. Dixo cómo aquel peregrino auia subido a la torre a librar a vna donzella a quien el loco queria derribar al suelo, tras la qual tambien despeñara a otros dos pequeños hijos que en la torre estauan; pero el sucesso fue tan contrario, que el conde y el peregrino se estrellaron en la dura tierra: el conde, herido de vna mortal herida; y el peregrino, con vn cuchillo en la mano, que, al parecer, se le auia

quitado a Domicio, cuya herida era tal, que no fuera menester seruir de añadidura para quitarle la vida, pues bastaua la caida. En esto, Periandro estaua sin sentido en el lecho, adonde acudieron maestros a curarle y a concertarle los deslocados huessos; dieronle beuidas apropiadas al caso, hallaronle pulsos y algun tanto de conocimiento de las personas que alrededor de si tenia, especialmente de Auristela, a quien, con voz desmayada, que apenas podia entenderse, dixo:

—Hermana, yo muero en la fe catolica christiana, y en la de quererte bien.

Y no hablò ni pudo hablar mas palabra por entonces. Tomaron la sangre a Antonio, y, tentandole los cirujanos la herida, pidieron albricias a su hermana de que era mas grande que mortal, y de que presto tendria salud, con ayuda del cielo. Dioselas Feliz Flora, adelantandose a Constança, que se las yua a dar, y aun se las dio, y los cirujanos las tomaron de entrambas, por no ser nada escrupulosos. Vn mes o poco mas estuuieron los enfermos curandose, sin querer dexarlos las señoras francessas: tanta fue la amistad que trauaron y el gusto que sintieron de la discreta conuersacion de Auristela y de Constança, y de los dos sus hermanos, especialmente Feliz Flora, que no acertaua a quitarse de la cabecera de Antonio, amandole con vn tan comedido amor, que no se estendia a mas que a ser beneuolencia, y a ser como agradecimiento del bien que del auia recebido quando su saeta

la librò de las manos de Rubertino, que, segun Feliz Flora contaua, era vn cauallero señor de vn castillo que cerca de otro suyo ella tenia, el qual Rubertino, lleuado, no de perfecto, sino de vicioso amor, auia dado en seguirla y perseguirla, y en rogarla le diesse la mano de esposa; pero que ella, por mil esperiencias, y por la fama, que pocas vezes miente, auia conocido ser Rubertino de aspera y cruel condicion, y de mudable y antojadiza voluntad, [y] no auia querido condecender con su demanda, y que imaginaua que, acossado de sus desdenes, auria salido al camino a roballa y a hazer de ella por fuerça lo que la voluntad no auia podido; pero que la flecha de Antonio auia cortado todos sus crueles y mal fabricados dissinios, y esto le mouia a mostrarse agradecida.

Todo esto que Feliz Flora dixo, passò assi, sin faltar punto; y quando se llegó el de la sanidad de los enfermos, y sus fuerças començaron a dar muestras della, voluieron a renouarse sus desseos, a lo menos los de voluer a su camino, y assi lo pusieron por obra, acomodandose de todas las cosas necessarias, sin que, como està dicho, quisiessen las señoras francessas dexar a los peregrinos, a quien ya tratauan con admiracion y con respeto, porque las razones del llanto de Auristela les auian hecho concebir en sus animos que deuian de ser grandes señores: que tal vez la magestad suele cubrirse de buriel, y la grandeza vestirse de humildad. En efeto: con perplexos pensamientos los mirauan; el pobre

acompañamiento suyo les hazía tener en estima de condicion mediana; el brio de sus personas y la belleza de sus rostros, leuantaua su calidad al cielo; y assi, entre el si y el no, andaua dudosa. Ordenaron las damas francessas que fuessen todos a cauallo, porque la caida de Periandro no consentia que se fiasse de sus pies. Feliz Flora, agradecida al golpe de Antonio el barbaro, no sabía quitarle de su lado, y, tratando del atreuimiento de Rubertino, a quien dexauan muerto y enterrado, y de la estraña historia del conde Domicio, a quien las joyas de su prima, juntamente con quitarle el juyzio, le auian quitado la vida, y del buelo milagroso de su muger, mas para ser admirado que creydo, llegaron a vn rio que se vadeaua con algun trabajo. Periandro fue de parecer que se buscasse la puente; pero todos los demas no vinieron en el, y, bien assi como quando al repressado rebaño de mansas ouejas, puestas en lugar estrecho, haze camino la vna, a quien las demas al momento siguen, Belarminia se arrojò al agua, a quien todos siguieron, sin quitarse del lado de Auristela Periandro, ni del de Feliz Flora Antonio, lleuando tambien junto a si a su hermana Constança. Ordenò, pues, la suerte, que no fuesse buena la de Feliz Flora, porque la corriente del agua le desuanecio la cabeça, de modo que, sin poder tenerse, dio consigo en mitad de la corriente, tras quien se abalançò con no creyda presteza el cortès Antonio, y sobre sus ombros, como a otra nueua Europa, la puso en la seca arena de

la contraria ribera. Ella, viendo el presto beneficio, le dixo:

—Muy cortés eres, español.

A quien Antonio respondio:

—Si mis cortesias no nacieran de tus peligros, estimaralas en algo; pero, como nacen de ellos, antes me descontentan que alegran.

Passò, en fin, el, como he dicho otras vezes, hermoso esquadron, y llegaron al anochecer a vna caseria que, junto con serlo, era meson, en el qual se alojaron a toda su voluntad; y lo que en el les sucedio, nueuo estilo y nueuo capitulo pide.

CAPITVLO DIEZ Y SEYS

DEL TERCERO LIBRO

Cosas y casos suceden en el mundo, que, si la imaginacion, antes de suceder, pudiera hazer que assi sucedieran, no acertara a traçarlos; y assi, muchos, por la raridad con que acontecen, passan plaça de apocrifos, y no son tenidos por tan verdaderos como lo son; y assi, es menester que les ayuden juramentos, o, a lo menos, el buen credito de quien los cuenta; aunque yo digo que mejor sería no contarlos, segun lo aconsejan aquellos antiguos versos castellanos que dizen:

Las cosas de admiracion,
no las digas ni las cuentes:
que no saben todas gentes
cómo son.

La primera persona con quien encontrò Constança, fue con vna moça de gentil parecer, de hasta veynte y dos años, vestida a la española, limpia y asseadamente, la qual, llegandose a Constança, le dixo en lengua castellana:

—¡Bendito sea Dios, que veo gente, si no de mi tierra, a lo menos, de mi nacion: España! ¡Bendito sea Dios, digo otra vez, que oyre dezir

vuessa merced, y no señoria, hasta los moços de cozina!

—Dessa manera—respondio Constança—, ¿vos, señora, española deueis de ser?

—¡Y cómo si lo soy!—respondio ella—. Y aun de la mejor tierra de Castilla.

—¿De qual?—replicò Constança.

—De Talauera de la Reyna—respondio ella.

Apenas huuo dicho esto, quando a Constança le vinieron barruntos que deuia de ser la esposa de Ortel Banedre el polaco, que por adultera quedaua presa en Madrid, cuyo marido, persuadido de Periand[r]o, la auia dexado presa y ydose a su tierra, y en vn instante fabricò en su imaginacion vn monton de cosas que, puestas (*) en efeto, le sucedieron casi como las auia pensado. Tomòla por la mano, y fuesse donde estaua Auristela, y, apartandola a parte con Periandro, les dixo:

—Señores, vosotros estays dudosos de que si la ciencia que yo tengo de adeuinar es falsa o verdadera, la qual ciencia no se acredita con dezir las cosas que estan por venir, porque sólo Dios las sabe, y si algun humano las acierta, es a caso, o por algunas premissas a quien la esperiencia de otras semejantes tiene acreditadas (*). Si yo os dixesse cosas passadas, que no huuiessen llegado ni pudiessen llegar a mi noticia, ¿que diriades? ¿Quereislo ver? Esta buena hija que tenemos delante, es de Talauera de la Reyna, que se casò con vn estrangero polaco, que se llamaua, si mal no me acuerdo, Ortel

Banedre, a quien ella ofendio con alguna desenuoltura con vn moço de meson que viuia frontero de su casa, la qual, lleuada de sus ligeros pensamientos, y en los braços de sus pocos años, se salio de casa de sus padres con el referido moço, y fue presa en Madrid con el adultero, donde deue de auer passado muchos trabajos, assi en la prision como en el auer llegado hasta aqui, que quiero que ella nos los (*) cuente, porque, aunque yo los adiuine, ella nos los contarà con mas puntualidad y con mas gracia.

—¡Ay, cielos santos!—dixo la moça—. Y ¿quien es esta señora que me ha leido mis pensamientos? ¿Quien es esta adiuina que ansi sabe la (*) desuergonçada historia de mi vida? Yo, señora, soy essa adultera, soy essa presa, y soy la condenada a destierro de diez años, porque no tuue parte que me siguiesse, y soy la que aqui estoy en poder de vn soldado español que va a Italia, comiendo el pan con dolor, y passando la vida, que por momentos me haze dessear la muerte. Mi amigo el primero murio en la carcel; este, que no se en que número ponga, me socorrio en ella, de donde me sacò, y, como he dicho, me lleua por essos mundos, con gusto suyo y con pesar mio: que no soy tan tonta que no conozca el peligro en que traygo el alma en este vagamundo estado. Por quien Dios es, señores, pues soys españoles, pues soys christianos, y pues soys principales, segun lo da a entender vuestra presencia, que me saqueis del poder

deste español, que será como sacarme de las garras de los leones.

Admirados quedaron Periandro y Auristela de la discrecion sagaz de Constança, y, concediendo con ella, la reforçaron y acreditaron, y aun se mouieron a fauorecer con todas sus fuerças a la perdida moça, la qual dixo que el español soldado no yua siempre con ella, sino vna jornada adelante o atras, por deslumbrar a la justicia.

—Todo esso està muy bien—dixo Periandro—, y aqui daremos traça en vuestro remedio: que, la que ha sabido adiuinar vuestra vida passada, tambien sabra acomodaros en la venidera. Sed vos buena, que, sin el cimiento de la bondad, no se puede cargar ninguna cosa que lo parezca; no os desuieis por agora de nosotros, que vuestra edad y vuestro rostro son los mayores contrarios que podeis tener en las tierras estrañas.

Llorò la moça, enterneciose Constança, y Auristela mostro los mismos sentimientos, con que obligò a Periandro a que el remedio de la moça buscasse. En esto estauan, quando llegò Bartolome, y dixo:

—Señores, acudid a ver la mas estraña vision que aureis visto en vuestra vida.

Dixo esto tan asustado y tan como espantado, que, pensando yr a ver alguna marauilla estraña, le siguieron, y, en vn apartamiento algo desuiado de aquel donde estauan alojados los peregrinos y damas, vieron, por entre vnas este-

ras, vn aposento todo cubierto de luto, cuya lobrega escuridad no les dexò ver particularmente lo que en el auia; y estandole assi mirando, llegò vn hombre anciano, todo assimismo cubierto de luto, el qual les dixo:

—Señores, de aqui a dos horas, que aura entrado vna de la noche, si gustais de ver a la señora Ruperta sin que ella os vea, yo hare que la veays, cuya vista os dara ocasion de que os admireis, assi de su condicion, como de su hermosura.

—Señor—respondio Periandro—, este nuestro criado que aqui està, nos combidò a que viniessemos a ver vna marauilla, y hasta aora no hemos visto otra que la de este aposento cubierto de luto, que no es marauilla ninguna.

—Si volueis a la hora que digo—respondio el enlutado—, tendreis de que marauillaros; porque aureis de saber que en este aposento se aloja la señora Ruperta, muger que fue, apenas haze vn año, del conde Lamberto de Escocia, cuyo matrimonio a el le costo la vida, y a ella verse en terminos de perderla cada paso, a causa que Claudino Rubicon, cauallero de los principales de Escocia, a quien las riquezas y el linage hizieron soberuio, y la condicion algo enamorada, quiso bien a mi señora, siendo donzella, de la qual, si no fue aborrecido (*), a lo menos, fue desdeñado, como lo mostro el casarse con el conde mi señor. Esta presta resolucion de mi señora la bautizò Rubicon en deshonra y menosprecio suyo, como si la hermosa Ruperta

no huuiera tenido padres que se lo mandaran y obligaciones precisas que le obligaran a ello, junto con ser mas acertado ajustarse las edades entre los que se casan: que, si puede ser, siempre los años del esposo con el numero de diez han de lleuar ventaja a los de la muger, o con algunos mas, porque la vejez los alcance en vn mismo tiempo. Era Rubicon varon viudo, y que tenia hijo de casi veynte y vn años, gentil hombre en estremo, y de mejores condiciones que el padre; tanto, que si el se huuiera opuesto a la catedra de mi señora, oy viuiera mi señor el conde, y mi señora estuuiera mas alegre. Sucedio, pues, que, yendo mi señora Ruperta a holgarse con su esposo a vna villa suya, a caso y sin pensar, en vn despoblado, encontramos a Rubicon, con muchos criados suyos que le acompañauan. Vio a mi señora, y su vista desperto el agrauio que, a su parecer, se le auia hecho, y fue de suerte que en lugar del amor nacio la ira, y de la ira, el desseo de hazer pesar a mi señora; y como las vengançás de los que bien se han querido sobrepujan a las ofensas hechas, Rubicon, despechado, impaciente y atreuido, desembaynando la espada, corrio al conde, mi señor, que estaua inocente deste caso, sin que tuuiesse lugar de preuenirse del daño que no temia, y, embaynandosela en el pecho, dixo: "Tu me pagarás lo que no me deues; y si esta es crueldad, mayor la vsò tu esposa para conmigo, pues no vna vez sola, sino cien mil, me quitan la vida sus desdenes.„ A todo esto me hallè yo

presente; ohi las palabras, y vi con mis ojos y tentè con las manos la herida; escuchè los llantos de mi señora, que penetraron los cielos; voluimos ha dar sepultura al conde, y, al enterrarle, por orden de mi señora, se le cortò la cabeça, que en pocos dias, con cosas que se le aplicaron, quedò descarnada, y en solamente los huessos; mandóla mi señora poner en vna caxa de plata, sobre la qual puestas sus manos, hizo este juramento. Pero oluidaseme por dezir cómo el cruel Rubicon, o ya por menosprecio, o ya por mas crueldad, o quiça con la turbacion descuydado, se dexò la espada embaynada en el pecho de mi señor, cuya sangre avn hasta agora muestra estar casi reciente en ella. Digo, pues, que dixo estas palabras: "Yo, la desdichada Ruperta, a quien han dado los cielos solo nombre de hermosa, hago juramento al cielo, puestas las manos sobre estas dolorosas reliquias, de vengar la muerte de mi esposo con mi poder y con mi industria, si bien auenturasse en ello vna y mil vezes esta miserable vida que tengo, sin que me espanten trabajos, sin que me falten ruegos hechos a quien pueda fauorecerme; y, en tanto que no llegare a efeto este mi justo, si no christiano desseo, juro que mi vestido será negro, mis aposentos lobregos, mis manteles tristes, y mi compañia la misma soledad. A la mesa estaran presentes estas reliquias, que me atormenten el alma; esta cabeça, que me diga, sin lengua, que vengue su agrauio; esta espada, cuya no enjuta sangre me parece

que veo, a la que alterando la mia, no me dexe sossegar hasta vengarme.„ Esto dicho, parece que templò sus continuas lagrimas y dio algun vado a sus dolientes suspiros. Hase puesto en camino de Roma para pedir en Italia a sus principes fauor y ayuda contra el matador de su esposo, que aun todavia la amenaza, quiça temeroso: que suele ofender vn mosquito mas de lo que puede fauorecer vn aguila. Esto, señores, vereys, como he dicho, de aqui a dos horas, y si no os dexare admirados, o yo no aure sabido contarlo, o vosotros tendreys el coraçon de marmol.

Aqui dio fin a su plática el enlutado escudero, y los peregrinos, sin ver a Ruperta (*), desde luego se començaron a admirar del caso.

CAPITVLO DIEZ Y SIETE

DEL TERCER LIBRO

La ira, segun se dize, es vna reuolucion de la sangre que està cerca del coraçon, la qual se altera en el pecho con la vista del objeto que agrauia, y tal vez con la memoria; tiene por vltimo fin y paradero suyo la vengança, que, como la tome el agrauiado, sin razon o con ella, sossiega. Esto nos lo dara a entender la hermosa Ruperta, agrauiada y ayrada, y con tanto desseo de vengarse de su contrario, que, aunque sabía que era ya muerto, dilataua su colera por todos sus decendientes, sin querer dexar, si pudiera, viuo ninguno dellos: que la colera de la muger no tiene límite.

Llegóse la hora de que la fueron a ver los peregrinos, sin que ella los viesse, y vieronla hermosa en todo estremo, con blanquissimas tocas, que desde la cabeça casi le llegauan a los pies, sentada delante de vna mesa, sobre la qual tenia la cabeça de su esposo en la caxa de plata, la espada con que le auian quitado la vida, y vna camissa que ella se imaginaua que aun no estaua enjuta de la sangre de su esposo. Todas estas insignias dolorosas despertaron su ira, la qual no tenia necessidad que nadie la despertasse, porque nunca dormia; leuantóse en

pie, y, puesta la mano derecha sobre la cabeça del marido, començo a hazer y a reualidar el voto y juramento que dixo el enlutado escudero. Llouian lagrimas de sus ojos, vastantes a bañar las reliquias de su passion; arrancaua suspiros del pecho, que condensauan el ayre cerca y lexos; añadia al ordinario juramento razones que le agrauauan, y tal vez parecia que arrojaua por los ojos, no lagrimas, sino fuego, y por la boca, no suspiros, sino humo: tan sujeta la tenia su passion y el desseo de vengarse. ¿Veysla llorar, veysla suspirar, veysla no estar en si, veysla blandir la espada matadora, veysla bessar la camissa ensangrentada, y que rompe las palabras con solloços? Pues esperad no mas de hasta la mañana, y vereys cosas que os den sujeto para hablar en ellas mil siglos, si tantos tuuiessedes de vida. En mitad de la fuga de su dolor estaua Ruperta, y casi en los vmbrales de su gusto, porque, mientras se amenaza, descansa el amenazador, quando se llegò a ella vno de sus criados, como si se llegara (a) vna sombra negra, segun venia cargado de luto, y, en mal pronunciadas palabras, le dixo:

—Señora, Croriano el galan, el hijo de tu enemigo, se acaba de apear agora con algunos criados; mira si quieres encubrirte, o si quieres que te conozca, o lo que seria bien que hagas, pues tienes lugar para pensarlo.

—Que no me conozca—respondio Ruperta—; y auissad a todos mis criados que por descuydo no me nombren, ni por cuydado me descubran.

Y esto diziendo, recogio sus prendas y mandò cerrar el aposento y que ninguno entrasse ha hablalla. Voluieronse los peregrinos al suyo, quedò ella sola y pensatiua, y no se cómo se supo que auia hablado a solas estas o otras semejantes (*) razones:

—Aduierte, ¡o Ruperta!, que los piadosos cielos te han traydo a las manos, como simple victima al sacrificio, al alma de tu enemigo: que los hijos, y mas los vnicos, pedaços del alma son de los padres. ¡Ea, Ruperta! Oluidate de que eres muger, y, si no quieres oluidarte desto, mira que eres muger, y agrauiada. La sangre de tu marido te está dando vozes, y en aquella cabeça sin lengua te està diziendo: "¡Vengança, dulce esposa mia, que me mataron sin culpa!„ Si que no espantò la braueza de Olofernes a la humildad de Iudic; verdad es que la causa suya fue muy diferente de la mia: ella castigò a vn enemigo de Dios, y yo quiero castigar a vn enemigo que no se si lo es mio; a ella le puso el hierro en las manos el amor de su patria, y a mi me le pone el de mi esposo. Pero ¿para que hago yo tan disparatadas comparaciones? ¿Que tengo que hazer mas sino cerrar los ojos y embaynar el azero en el pecho deste moço, que tanto será mi vengança mayor, quanto fuere menor su culpa? Alcance yo renombre de vengadora, y venga lo que viniere. Los desseos que se quieren cumplir, no reparan en inconuenientes, aunque sean mortales; cumpla yo el mio, y tenga la salida por mi misma muerte.

Esto dicho, dio traça y orden en cómo aquella noche se encerrasse en la estancia de Croriano, donde le dio facil entrada vn criado suyo, traydor por dadiuas, aunque el no penso sino que hazia vn gran seruicio a su amo lleuandole al lecho vna tan hermosa muger como Ruperta, la qual, puesta en parte donde no pudo ser vista ni sentida, ofreciendo su suerte al disponer del cielo, sepultada en marauilloso silencio, estuuo esperando la hora de su contento, que le tenia puesto en la de la muerte de Croriano. Lleuò para ser instrumento del cruel sacrificio vn agudo cuchillo, que, por ser arma mañera y no embaraçosa, le parecio ser mas a proposito; lleuò assimismo vna lanterna bien cerrada, en la qual ardia vna vela de cera; recogio los espiritus de manera que apenas ossaua embiar la respiracion al ayre. ¿Que no haze vna muger enojada? ¿Que montes de dificultades no atropella en sus dissignios? ¿Que inormes crueldades no le parecen blandas y pacificas? No mas, porque lo que en este caso se podia dezir es tanto, que será mejor dexarlo en su punto, pues no se han de hallar palabras con que encarecerlo. Llegóse, en fin, la hora; acostose Croriano; durmiose, con el cansancio del camino, y entregóse, sin pensamiento de su muerte, al de su reposo. Con atentos oydos estaua escuchando Ruperta si daua alguna señal Croriano de que durmiesse, y asseguraronla que dormia, assi el tiempo que auia passado desde que se acosto hasta entonces, como algunos dilatados alientos que no los

dan sino los dormidos; viendo lo qual, sin santiguarse ni inuocar ninguna deidad que la ayudasse, abrio la lanterna, con que quedò claro el aposento, y mirò donde pondria los pies para que, sin tropeçar, la lleuassen al lecho.

La bella matadora, dulce enojada, verdugo agradable: executa tu ira, satisfaze tu enojo, borra y quita del mundo tu agrauio, que delante tienes en quien puedes hazerlo; pero mira, ¡o hermosa Ruperta!, si quieres, que no mires a esse hermoso Cupido que vas ha descubrir, que se deshara en vn punto toda la maquina de tus pensamientos. Llegò, en fin, y, temblandole la mano, descubrio el rostro de Croriano, que profundamente dormia, y hallò en el la propiedad del escudo de Medusa, que la conuirtio en marmol; hallò tanta hermosura, que fue vastante ha hazerle caer el cuchillo de la mano, y a que diesse lugar la consideracion del inorme caso que cometer queria; vio que la belleza de Croriano, como haze el sol a la niebla, ahuyentaua las sombras de la muerte que darle queria, y en vn instante no le escogio para victima del cruel sacrificio, sino para holocausto santo de su gusto.

—¡Ay—dixo entre si—, generoso mancebo, y quan mejor eres tu para ser mi esposo que para ser objeto de mi vengança! ¿Que culpa tienes tu de la que cometio tu padre, y que pena se ha de dar a quien no tiene culpa? Gozate, gozate, jouen illustre, y quedese en mi pecho mi vengança y mi crueldad encerrada, que, quan-

do se sepa, mejor nombre me dara el ser piadosa que vengatiua.

Esto diziendo, ya turbada y arrepentida, se le cayo la lanterna de las manos sobre el pecho de Croriano, que desperto con el ardor de la vela (*). Hallóse a escuras; quiso Ruperta salirse de la estancia, y no acerto; por donde dio vozes Croriano, tomò su espada y saltò del lecho, y, andando por el aposento, topò con Ruperta, que, toda temblando, le dixo:

—No me mates, ¡o Croriano!, puesto que soy vna muger que no ha vna hora que quise y pude matarte, y agora me veo en terminos de rogarte que no me quites la vida.

En esto, entraron sus criados, al rumor, con luzes, y vio Croriano y conocio a la bellissima viuda, como quien vee a la resplandeciente luna de nubes blancas rodeada.

—¿Que es esto, señora Ruperta?—le dixo—. ¿Son los pasos de la vengança los que hasta aqui os han traydo, o quereys que os pague yo los desafueros que mi padre os hizo? Que este cuchillo que aqui veo, ¿que otra señal es sino de que aueys venido a ser verdugo de mi vida? Mi padre es ya muerto, y los muertos no pueden dar satisfacion de los agrauios que dexan hechos. Los viuos si que pueden recompensarlos; y assi, yo, que represento agora la persona de mi padre, quiero recompensaros la ofensa que el os hizo lo mejor que pudiere y supiere. Pero dexadme primero honestamente tocaros, que quiero ver si soys fantasma que aqui ha venido,

o a matarme, o a engañarme, o a mejorar mi suerte.

—Empeorese la mia—respondio Ruperta—, si es que halla modo el cielo cómo empeorarla, si entré este dia passado en este meson con alguna memoria tuya. Veniste tu a el; no te vi quando entraste; ohi tu nombre, el qual desperto mi colera y me mouio a la vengança; concerte con vn criado tuyo que me encerrasse esta noche en este aposento; hizele que callasse, sellandole la boca con algunas dadiuas; entré en el, apercebime deste cuchillo, y acrecente el desseo de quitarte la vida; senti que dormias, sali de donde estaua, y, a la luz de vna lanterna que conmigo traia, te descubri, y vi tu rostro, que me mouio a respeto y a reuerencia, de manera que los filos del cuchillo se embotaron, el desseo de mi vengança se deshizo, cayoseme la vela de las manos, despertote su fuego, diste vozes, quedè yo confusa, de donde ha sucedido lo que has visto. Yo no quiero mas venganças ni mas memorias de agrauios; viue en paz, que yo quiero ser la primera que haga mercedes por ofensas, si ya lo son el perdonarte la culpa que no tienes.

—Señora—respondio Croriano—, mi padre quiso casarse contigo; tu no quisiste; el, despechado, matò a tu esposo; muriose, lleuando al otro mundo esta ofensa; yo he quedado, como parte tan suya, para hazer bien por su alma; si quieres que te entregue la mia, recibeme por tu esposo, si ya, como he dicho, no eres fantasma

que me engañas: que las grandes venturas que vienen de improuiso, siempre traen consigo alguna sospecha.

—Dame essos braços—respondio Ruperta—, y veràs, señor, cómo este mi cuerpo no es fantastico, y que el alma que en el te entrego es senzilla, pura y verdadera.

Testigos fueron destos abraços, y de las manos que por esposos se dieron, los criados de Croriano, que auian entrado con las luzes. Triunfò aquella noche la blanda paz desta dura guerra; voluiose el campo de la batalla en talamo de desposorio; nacio la paz de la ira; de la muerte, la vida; y del disgusto, el contento. Amanecio el dia, y hallò a los recien desposados cada vno en los braços del otro; leuantaronse los peregrinos con desseo de saber que auria hecho la lastimada Ruperta con la venida del hijo de su enemigo, de cuya historia estauan ya bien informados; salio el rumor del nueuo desposorio, y, haziendo de los cortesanos, entraron a dar los parabienes a los nouios, y, al entrar en el aposento, vieron salir del de Ruperta el anciano escudero que su historia les auia contado, cargado con la caxa donde yua la calabera de su primero esposo, y con la camissa y espada que tantas vezes auia renouado las lagrimas de Ruperta, y dixo que lo lleuaua adonde no renouassen otra vez en las glorias presentes passadas desuenturas; murmurò de la facilidad de Ruperta y, en general, de todas las mugeres, y el menor vituperio que dellas dixo, fue llamarlas

antojadizas. Leuantaronse los nouios antes que entrassen los peregrinos; regozijaronse los criados, assi de Ruperta como de Croriano, y voluiose aquel meson en alcaçar real, digno de tan altos desposorios. En fin, Periandro y Auristela, Constança y Antonio, su hermano, hablaron a los desposados y se dieron parte de sus vidas; a lo menos, la que conuenia que se diesse.

CAPITVLO DIEZ Y OCHO

DEL TERCER LIBRO

En esto estauan, quando entrò por la puerta del meson vn hombre, cuya larga y blanca barba mas de ochenta años le daua de edad; venia vestido ni como peregrino ni como religioso, puesto que lo vno y lo otro parecia; traia la cabeça descubierta, rasa y calua en el medio, y por los lados, luengas y blanquissimas canas le pendian; sustentaua el agouiado cuerpo sobre vn retorcido cayado, que de vaculo le seruia. En efeto: todo el y todas las partes representauan vn venerable anciano, digno de todo respeto, al qual apenas huuo visto la dueña del meson, quando, hincandose ante el de rodillas, le dixo:

—Contarè yo este dia, padre Soldino, entre los venturosos de mi vida, pues he merecido verte en mi casa: que nunca vienes a ella sino para bien mio.

Y voluiendose a los circunstantes, prosiguio diziendo:

—Este monton de nieue, y esta estatua de marmol blanco que se mueue, que aqui veys, señores, es la del famoso Soldino, cuya fama, no sólo en Francia, sino en todas partes de la tierra se estiende.

—No me alabeys, buena señora—respondio el anciano—, que tal vez la buena fama se engendra de la mala mentira; no la entrada, sino la salida haze a los hombres venturosos; la virtud que tiene por remate el vicio, no es virtud, sino vicio. Pero, con todo esto, quiero acreditarme con vos en la opinion que de mi teneys. Mirad oy por vuestra casa, porque, destas bodas y destos regozijos que en ella se preparan, se ha de engendrar vn fuego que casi toda la consuma.

A lo que dixo Croriano, hablando con Ruperta, su esposa:

—Este, sin duda, deue de ser magico o adiuino, pues predize lo por venir.

Entreoyo esta razon el anciano, y respondio:

—No soy mago ni adiuino, sino iudiciario, cuya ciencia, si bien se sabe, casi enseña a adiuinar. Creedme, señores, por esta vez siquiera, y dexad esta estancia, y vamos a la mia, que en vna cercana selua que [ay] aqui, os dara, si no tan capaz, mas seguro aloxamiento.

Apenas huuo dicho esto, quando entrò Bartolome, criado de Antonio, y dixo a vozes:

—Señores, las cozinas se abrasan, porque, en la infinita leña que junto a ellas estaua, se ha encendido tal fuego, que muestra no poder apagarle todas las aguas del mar.

Tras esta voz acudieron las de otros criados, y començaron a acreditarlas los estallidos del fuego. La verdad tan manifiesta acreditò las palabras de Soldino; y, assiendo en braços Perian-

dro a Auristela, sin querer yr primero a aueriguar si el fuego se podia atajar o no, dixo a Soldino:

—Señor, guianos a tu estancia, que el peligro desta ya está manifiesto.

Lo mismo hizo Antonio con su hermana Constança y con Feliz Flora, la dama francessa, a quien siguieron Deleasir y Belarminia, y la moça arrepentida de Talauera se assio del cinto de Bartolome, y el del cabestro de su bagaje, y todos juntos, con los desposados y con la huespeda, que conocia bien las adiuinanças de Soldino, le siguieron, aunque con tardo paso los guiaua. La demas gente del meson, que no auian estado presentes a las razones de Soldino, quedaron ocupados en matar el fuego; pero presto su furor les dio a entender que trabajauan en vano, ardiendo la casa todo aquel dia; que, ha cogerles el fuego de noche, fuera milagro escapar alguno que contara su furia. Llegaron, en fin, a la selua, donde hallaron vna ermita no muy grande, dentro de la qual vieron vna puerta que parecia serlo de vna cueua escura. Antes de entrar en la ermita, dixo Soldino a todos los que le auian seguido:

—Estos arboles, con su apacible sombra, os seruiran de dorados techos, y la yerua deste amenissimo prado, si no de muy blandas, a lo menos, de muy blancas camas. Yo lleuarè conmigo a mi cueua a estos señores, porque les conuiene, y no porque los mejore en la estancia.

Y luego llamò a Periandro, a Auristela, a

Constança, a las tres damas francessas, a Ruperta, a Antonio y a Croriano, y, dexando otra mucha gente fuera, se encerro con estos en la cueua, cerrando tras si la puerta de la ermita y la de la cueua. Viendose, pues, Bartolome y la de Talauera no ser de los escogidos ni llamados de Soldino, o ya de despecho, o ya lleuados de su ligera condicion, se concertaron los dos, viendo ser tan para en vno, de dexar Bartolome a sus amos, y la moça a sus arrepentimientos; y assi, aliuiaron el bagaje de dos habitos de peregrinos, y la moça a cauallo, y el galan a pie, dieron cantonada, ella a sus compassiuas señoras, y el a sus honrados dueños, lleuando en la intencion de yr tambien a Roma, como yuan todos. Otra vez se ha dicho que todas las acciones no verissimeles ni prouables se han de contar en las historias, porque si no se les da credito, pierden de su valor; pero al historiador no le conuiene mas de dezir la verdad, parezcalo o no lo parezca. Con esta maxima, pues, el que escriuio esta historia, dize que Soldino, con todo aquel esquadron de damas y caualleros, baxò por las gradas de la escura cueua, y, a menos de ochenta gradas, se descubrio el cielo luziente y claro, y se vieron vnos amenos y tendidos prados que entretenian la vista y alegrauan las almas; y, haziendo Soldino rueda de los que con el auian baxado, les dijo:

—Señores, esto no es encantamento, y esta cueua por donde aqui hemos venido, no sirue sino de atajo para llegar desde alla arriba a este

valle que veys, que vna legua de aqui tiene mas facil, mas llana y mas apacible entrada. Yo leuantè aquella ermita, y con mis braços y con mi continuo trabajo cabè la cueua, y hize mio este valle, cuyas aguas y cuyos frutos con prodigalidad me sustentan. Aqui, huyendo de la guerra, hallè la paz; la hambre que en esse mundo de alla arriba, si assi se puede dezir, tenia, hallò aqui a la hartura; aqui, en lugar de los principes y monarcas que mandan el mundo, a quien yo seruia, he hallado a estos arboles mudos, que, aunque altos y pomposos, son humildes; aqui no suena en mis oydos el desden de los emperadores, el enfado de sus ministros; aqui no veo dama que me desdeñe, ni criado que mal me sirua; aqui soy yo señor de mi mismo, aqui tengo mi alma en mi palma, y aqui por via recta encamino mis pensamientos y mis desseos al cielo; aqui he dado fin al estudio de las matematicas, he contemplado el curso de las estrellas y el mouimiento del sol y de la luna; aqui he hallado causas para alegrarme y causas para entristezerme, que aun estan por venir, que seran tan ciertas, segun yo pienso, que corren parejas con la misma verdad. Agora, agora, como presente, veo quitar la cabeça a vn valiente pirata (*), vn valeroso mancebo de la casa de Austria nacido. ¡O, si le viessedes como yo le veo, arrastrando estandartes por el agua, bañando con menosprecio sus medias lunas, pelando sus luengas colas de cauallos, abrasando baxeles, despedaçando cuerpos, y quitando vidas! Pero, ¡ay de

mi!, que me haze entristezer otro (*) coronado jouen, tendido en la seca arena, de mil moras lanças atrauesado, el vno nieto y el otro hijo del rayo espantoso de la guerra, jamas como se deue alabado, Carlos V, a quien yo serui muchos años, y siruiera hasta que la vida se me acabara, si no lo estoruara el querer mudar la milicia mortal en la diuina. Aqui estoy, donde sin libros, con sola la esperiencia que he adquirido con el tiempo de mi soledad, te digo, ¡o Croriano!, y en saber yo tu nombre sin auerte visto jamas me acreditè contigo, que gozarás de tu Ruperta largos años; y a ti, Periandro, te asseguro buen sucesso de tu peregrinacion: tu hermana Auristela no lo serà presto, y no porque ha de perder la vida con breuedad; a ti, ¡o Constança!, subiras de condessa a duquessa, y tu hermano Antonio, al grado que su valor merece; estas señoras francessas, aunque no consigan los desseos que agora tienen, conseguiran otros que las honren y contenten. El auer pronosticado el fuego, el saber vuestros nombres sin aueros visto jamas, las muertes que he dicho que he visto antes que vengan, os podran mouer, si quereys, a creerme; y mas quando halleys ser verdad que vuestro moço Bartolome, con el bagaje y con la moça castellana, se ha ydo y os ha dexado a pie: no le sigays, porque no le alcançareys; la moça es mas del suelo que del cielo, y quiere seguir su inclinacion, ha despecho y pesar de vuestros consejos. Español soy, que me obliga a ser cortès y a ser verdadero; con la cor-

tesia os ofrezco quanto estos prados me ofrecen, y con la verdad, a la esperiencia de todo quanto os he dicho. Si os marauillare de ver a vn español en esta agena tierra, aduertid que ay sitios y lugares en el mundo saludables mas que otros, y este en que estamos lo es para mi mas que ninguno. Las alquerias, caserias y lugares que ay por estos contornos, las habitan gentes catolicas y santas. Quando conuiene, recibo los sacramentos, y busco lo que no pueden ofrecer los campos para passar la humana vida. Esta es la que tengo, de la qual pienso salir a la siempre duradera. Y por agora no mas, sino vamonos arriba; daremos sustento a los cuerpos, como aqui abaxo le hemos dado a las almas.

CAPITVLO DIEZ Y NVEVE

DEL TERCERO LIBRO

Adereçóse la pobre mas que limpia comida, aunque fue muy limpia cosa, no muy nueua para los quatro peregrinos, que se acordaron entonces de la isla barbara y de la de las Ermitas, donde quedò Rutilio, y adonde ellos comieron de los ya sazonados, y ya no, frutos de los arboles; tambien se les vino a la memoria la profecia falsa de los isleños, y las muchas de Mauricio, con las moriscas del xadraque, y, vltimamente, las del español Soldino. Pareciales que andauan rodeados de adiuinanças, y metidos hasta el alma en la iudiciaria astrologia, que, a no ser acreditada con la esperiencia, con dificultad le dieran credito.

Acabóse la breue comida; salio Soldino, con todos los que con el estauan, al camino para despedirse dellos, y en el echaron menos a la moça castellana y a Bartolome el del bagaje, cuya falta no dio poca pesadumbre a los quatro, porque les faltaua el dinero y la reposteria. Mostro congoxarse Antonio, y quiso adelantarse a buscarle, porque bien se imaginò que la moça le lleuaua, o el lleuaua a la moça, o, por mejor dezir, el vno se lleuaua al otro; pero Soldino le dixo que no tuuiesse pena, ni se mouiesse a

buscarlos, porque otro dia volueria su criado arrepentido del hurto, y entregaria quanto auia lleuado. Creyeron, y assi no curò Antonio de buscarle; y mas, que Feliz Flora ofrecio a Antonio de prestarle quanto huuiesse menester para su gusto y el de sus compañeros desde alli a Roma, a cuya liberal oferta se mostro Antonio agradecido lo possible, y aun se ofrecio de darle prenda que cupiesse en el puño, y en el valor passasse de cincuenta mil ducados; y esto fue pensando de darle vna de las dos perlas de Auristela, que, con la cruz de diamantes, guardadas siempre consigo las traia. No se atreuio Feliz Flora a creer la cantidad del valor de la prenda; pero atreuiose a voluer ha hazer el ofrecimiento hecho. Estando en esto, vieron venir por el camino, y passar por delante dellos, hasta ocho personas a cauallo, entre las quales yua vna muger sentada en vn rico sillon, y sobre vna mula, vestida de camino, toda de verde, hasta el sombrero, que con ricas y varias plumas açotaua el ayre, con vn antifaz, assimismo verde, cubierto el rostro. Passaron por delante dellos, y con baxar las cabeças, sin hablar palabra alguna, los saludaron, y passaron de largo; los del camino tampoco hablaron palabra, y al mismo modo les saludaron. Quedauase atras vno de los de la compañia, y, llegandose a ellos, pidio por cortesia vn poco de agua; dieronsela, y preguntaronle que gente era la que yua alli delante, y que dama la de lo verde, a lo que el caminante respondio:

—El que alli delante va, es el señor Alexandro Castrucho, gentilhombre capuano, y vno de los ricos varones, no sólo de Capua, sino de todo el reyno de Napoles; la dama es su sobrina, la señora Ysabela Castrucho, que nacio en España, donde dexa enterrado a su padre, por cuya muerte su tio la lleua a casar a Capua, y, a lo que yo creo, no muy contenta.

—Esso será—respondio el escudero enlutado de Ruperta—, no porque va a casarse, sino porque el camino es largo: que yo para mi tengo, que no ay muger que no dessee enterarse con la mitad que le falta, que es la del marido.

—No se essas filosofias—respondio el caminante—; sólo se que va triste, y la causa ella se la sabe; y a Dios quedad, que es mucha la ventaja que mis dueños me lleuan.

Y, picando apriessa, se les fue de la vista, y ellos, despidiendose de Soldino, le abraçaron y le dexaron. Oluidauase de dezir cómo Soldino auia aconsejado a las damas francessas que siguiessen el camino derecho de Roma, sin torcerle para entrar en Paris, porque assi les conuenia. Este consejo fue para ellas como si se le dixera vn oraculo, y assi, con parecer de los peregrinos, determinaron de salir de Francia por el Delfinado, y, atrauessando el Piamonte y el estado de Milan, ver a Florencia, y luego a Roma. Tanteado, pues, este camino, con proposito de alargar algun tanto mas las jornadas que hasta alli, caminaron; y otro dia, al romper del alua, vieron venir hazia ellos al tenido por la-

dron, Bartolome el bagajero, detras de su bagaje, y el vestido como peregrino. Todos gritaron quando le conocieron, y los mas le preguntaron que huyda auia sido la suya, que trage aquel, y que buelta aquella. A lo que el, hincado de rodillas delante de Constança, casi llorando, respondio a todos:

—Mi huyda no se cómo fue; mi trage ya veys que es de peregrino; mi buelta es a restituyr lo que quiça, y aun sin quiça, en vuestras imaginaciones me tenia confirmado por ladron: aqui, señora Constança, viene el bagaje, con todo aquello que en el estaua, excepto dos vestidos de peregrinos, que el vno es este que yo traygo, y el otro queda haziendo romera a la ramera de Talauera, que doy yo al diablo al amor y al bellaco que me lo enseñò; y es lo peor que le conozco y determino ser soldado debaxo de su bandera, porque no siento fuerças que se opongan a las que haze el gusto con los que poco saben. Echeme vuessa merced su bendicion, y dexeme voluer, que me espera Luysa, y aduierta que vueluo sin blanca, fiado en el donayre de mi moça mas que en la ligereza de mis manos, que nunca fueron ladronas, ni lo seran, si Dios me guarda el juyzio, si viuiesse mil siglos.

Muchas razones le dixo Periandro para estoruarle su mal proposito; muchas le dixo Auristela, y muchas mas Constança y Antonio; pero todo fue, como dizen, dar vozes al viento y predicar en desierto. Limpióse Bartolome sus lagrimas, dexò su bagaje, voluio las espaldas, y

partio en vn buelo, dexando a todos admirados de su amor y de su simpleça. Antonio, viendole partir tan de carrera, puso vna flecha en su arco, que jamas la disparò en vano, con intencion de atrauessarle de parte a parte y sacarle del pecho el amor y la locura; mas Feliz Flora, que pocas vezes se le apartaua del lado, le trauò del arco, diziendole:

—Dexale, Antonio, que harta mala ventura lleua en yr a poder y a sujetarse al yugo de vna muger loca.

—Bien dizes, señora—respondio Antonio—; y pues tu le das la vida, ¿quien ha de ser poderoso a quitarsela?

Finalmente, muchos dias caminaron sin sucederles cosa digna de ser contada; entraron en Milan; admiróles la grandeza de la ciudad, su infinita riqueza, sus oros, que alli, no solamente ay oro, sino oros; sus belicas herrerias, que no parece sino que alli ha passado las suyas Bulcano; la abundancia infinita de sus frutos, la grandeza de sus templos y, finalmente, la agudeza del ingenio de sus moradores; oyeron dezir a vn huesped suyo que lo mas que auia que ver en aquella ciudad era la Academia de los Entronados (*), que estaua adornada de eminentissimos academicos, cuyos sutiles entendimientos dauan que hazer a la fama a todas horas y por todas las partes del mundo; dixo tambien que aquel dia era de academia, y que se auia de disputar en ella si podia auer amor sin zelos.

—Si puede—dixo Periandro—; y, para pro-

uar esta verdad, no es menester gastar mucho tiempo.

—Yo—replicò Auristela—no se que es amor, aunque se lo que es querer bien.

A lo que dixo Belarminia:

—No entiendo esse modo de hablar, ni la diferencia que ay entre amor y querer bien.

—Esta—replicò Auristela—: querer bien puede ser sin causa vehemente que os mueua la voluntad, como se puede querer a vna criada que os sirue o a vna estatua o pintura que bien os parece o que mucho os agrada; y estas no dan zelos, ni los pueden dar; pero aquello que dizen que se llama amor, que es vna vehemente passion del ánimo, como dizen, ya que no de zelos, puede dar temores que lleguen a quitar la vida, del qual temor a mi me parece que no puede estar libre el amor en ninguna manera.

—Mucho has dicho, señora—respondio Periandro—; porque no ay ningun amante que estè en possession de la cosa amada, que no tema el perderla; no ay ventura tan firme, que tal vez no de bayuenes; no ay clauo tan fuerte, que pueda detener la rueda de la fortuna; y si el desseo que nos lleua a acabar presto nuestro camino no lo estoruara, quiça mostrara yo oy en la Academia que puede auer amor sin zelos, pero no sin temores.

Cessò esta plática; estuuieron quatro dias en Milan, en los quales començaron a ver sus grandezas, porque acabarlas de ver no dieran tiempo quatro años; partieronse de alli, y llegaron a

Luca, ciudad pequeña, pero hermosa y libre (*), que, debaxo de las alas del Imperio y de España, se descuella, y mira essenta a las ciudades de los principes que la dessean; alli, mejor que en otra parte ninguna, son bien vistos y recebidos los españoles, y es la causa que en ella no mandan ellos, sino ruegan, y como en ella no hazen estancia de mas de vn dia, no dan lugar a mostrar su condicion, tenida por arrogante. Aqui acontecio a nuestros passageros vna de las mas estrañas auenturas que se han contado en todo el discurso deste libro.

CAPITVLO VEINTE

DEL TERCERO LIBRO

Las posadas de Luca son capazes para aloxar vna compañia de soldados, en vna de las quales se aloxò nuestro esquadron, siendo guiado de las guardas de las puertas de la ciudad, que se los entregaron al huesped por cuenta, porque a la mañana, o quando se partiessen, la auia de dar dellos. Al entrar, vio la señora Ruperta que salia vn medico, que tal le parecio en el trage, diziendo a la huespeda de la casa, que tambien le parecio no podia ser otra:

—Yo, señora, no me acabo de desengañar si esta donzella está loca o endemoniada, y, por no errar, digo que está endemoniada y loca; y, con todo esso, tengo esperança de su salud, si es que su tio no se da priessa a partirse.

—¡Ay, Iesus!—dixo Ruperta—. ¿Y en casa de endemoniados y locos nos apeamos? En verdad, en verdad, que si se toma mi parecer, no hemos de poner los pies dentro.

A lo que dixo la huespeda:

—Sin escrupulo puede vuessa señoria—que este es el merced de Italia—apearse, porque de cien leguas se podia venir a ver lo que està en esta posada.

Apearonse todos, y Auristela y Constança,

que auian oydo las razones de la huespeda, le preguntaron que auia en aquella posada, que tanto encarecia el verla.

—Venganse conmigo—respondio la huespeda—, y veran lo que veran, y diran lo que yo digo.

Guiò, y siguieronla, donde vieron echada en vn lecho dorado a vna hermosissima muchacha, de edad, al parecer, de diez y seys o diez y siete años; tenia los braços aspados y atados con vnas vendas a los balaustres de la cabecera del lecho, como que le querian estoruar el mouerlos a ninguna parte; dos mugeres, que deuian de seruirla de enfermeras, andauan buscandole las piernas, para atarselas tambien, a lo que la enferma dixo:

—Vasta que se me aten los braços; que todo lo demas, las ataduras de mi honestidad lo tiene ligado.

Y, boluiendose a las peregrinas, con leuantada voz, dixo:

—¡Figuras del cielo, angeles de carne! Sin duda, creo que venis a darme salud, porque de tan hermosa presencia y de tan christiana visita no se puede esperar otra cosa. Por lo que deueys a ser quien soys, que soys mucho, que mandeys que me desaten; que, con quatro o cinco bocados que me de en el braço, quedarè harta y no me hare mas mal, porque no estoy tan loca como parezco, ni el que me atormenta es tan cruel que dexarà que me muerda.

—¡Pobre de ti, sobrina—dixo vn anciano que

auia entrado en el aposento—, y qual te tiene esse que dizes que no ha de dexar que te muerdas! Encomiendate a Dios, Ysabela, y procura comer, no de tus hermosas carnes, sino de lo que te diere este tu tio, que bien te quiere. Lo que cria el ayre, lo que mantiene el agua, lo que sustenta la tierra te trahere: que tu mucha hazienda y mi voluntad mucha te lo ofrece todo.

La doliente moça respondio:

—Dexenme sola con estos angeles: quiça mi enemigo el demonio huyra de mi, por no estar con ellos.

Y, señalando con la cabeça que se quedassen con ella Auristela, Constança, Ruperta y Feliz Flora, dixo que los demas se saliessen, como se hizo con voluntad y aun con ruegos de su anciano y lastimado tio, del qual supieron ser aquella la gentil dama de lo verde que, al salir de la cueua del sabio español, auian visto passar por el camino, que el criado que se quedò atras les dixo se llamaua Ysabela Castrucha, y que se yua a casar al reyno de Napoles.

Apenas se vio sola la enferma, quando, mirando a todas partes, dixo que mirassen si auia otra persona en el aposento que aumentasse el numero de los que ella dixo que se quedassen. Mirólo Ruperta y escudriñólo todo, y asegurò no auer otra persona que ellos. Con esta seguridad, sentose Ysabela como pudo en el lecho, y, dando muestras de que queria hablar de proposito, rompio la voz con vn tan grande suspiro, que parecio que con el se le arrancaua el alma;

el fin del qual fue tenderse otra vez en el lecho, y quedar desmayada, con señales tan de muerte, que obligò a los circunstantes a dar vozes pidiendo vn poco de agua para bañar el rostro de Ysabela, que a mas andar se yua al otro mundo. Entrò el misero tio, lleuando vna cruz en la vna mano, y en la otra vn hisopo bañado en agua bendita; entraron assimismo con el dos sacerdotes, que, creyendo ser el demonio quien la fatigaua, pocas vezes se apartauan della; entrò assimismo la huespeda con el agua; roziaronle el rostro, y voluio en si, diziendo:

—Escusadas son por agora estas preuenciones; yo saldre presto; pero no ha de ser quando vosotros quisieredes, sino quando a mi me parezca, que será quando viniere a esta ciudad Andrea Marulo, hijo de Iuan Bautista Marulo, cauallero desta ciudad, el qual Andrea agora está estudiando en Salamanca, bien descuydado destos sucessos.

Todas estas razones acabaron de confirmar en los oyentes la opinion que tenian de estar Ysabela endemoniada, porque no podian pensar cómo pudiesse saber ella Iuan Bautista Marulo quien fuesse, y su hijo Andrea; y no faltò quien fuesse luego a dezir al ya nombrado Iuan Bautista Marulo lo que la bella endemoniada del y de su hijo auia dicho. Tornò a pedir que la dexassen sola con los que antes auia escogido; dixeronle los sacerdotes los Euangelios, y hazieron su gusto, lleuandole todos de la señal que auia dicho (*) que daria quando el demonio

la dexasse libre, que indubitablemente la juzgaron por endemoniada. Feliz Flora hizo de nueuo la pesquisa de la estancia, y, cerrando la puerta della, dixo a la enferma:

—Solos estamos; mira, señora, lo que quieres.

—Lo que quiero es—respondio Ysabela—que me quiten estas ligaduras, que, aunque son blandas, me fatigan, porque me impiden.

Hizieronlo assi con mucha diligencia, y, sentandose Ysabela en el lecho, assio de la vna mano a Auristela, y de la otra a Ruperta, y hizo que Constança y Feliz Flora se sentassen junto a ella en el mismo lecho; y assi, apiñadas en vn hermoso monton, con voz baxa y lagrimas en los ojos, dixo:

—Yo, señoras, soy la infelize Ysabela Castrucha, cuyos padres me dieron nobleza, la fortuna, hazienda, y los cielos, algun tanto de hermosura; nacieron mis padres en Capua, pero engendraronme en España, donde naci, y me crie en casa deste mi tio que aqui està, que en la corte del emperador la tenia. ¡Valame Dios, y para que tomo yo tan de atras la corriente de mis desuenturas! Estando, pues, yo en casa deste mi tio, ya huerfana de mis padres, que a el me dexaron encomendada y por tutor mio, llegò a la corte vn moço a quien yo vi en vna yglesia, y le miré tan de proposito—y no os parezca esto, señoras, desemboltura, que no parecera si considerаredes que soy muger—, digo que le mirè en la yglesia de tal modo, que en casa no podia estar sin mirarle, porque quedò su pre-

sencia tan impressa en mi alma, que no la podia apartar de mi memoria. Finalmente, no me faltaron medios para entender quien el era, y la calidad de su persona, y que hazía en la corte, o donde yua; y lo que saqué en limpio fue que se llamaua Andrea Marulo, hijo de Iuan Bautista Marulo, cauallero desta ciudad, mas noble que rico, y que yua a estudiar a Salamanca. En seys dias que alli estuuo, tuue orden de escriuirle quien yo era, y la mucha hazienda que tenia, y que de mi hermosura se podia certificar viendome en la yglesia; escriuile assimismo que entendia que este mi tio me queria casar con vn primo mio, porque la hazienda se quedasse en casa, hombre no de mi gusto ni de mi condicion, como es verdad; dixele assimismo que la ocasion en mi le ofrecia sus cabellos, que los tomasse, y que no diesse lugar en no hazello al arrepentimiento, y que no tomasse de mi facilidad ocasion para no estimarme. Respondio, despues de auerme visto no se quantas vezes en la yglesia, que por mi persona sola, sin los adornos de la nobleza y de la riqueza, me hiziera señora del mundo, si pudiera, y que me suplicaua durasse firme algun tiempo en mi amorosa intencion, a lo menos hasta que el dexasse en Salamanca a vn amigo suyo que con el desta ciudad auia partido a seguir el estudio. Respondile que si haria, porque en mi no era el amor importuno ni indiscreto, que presto nace y presto se muere. Dexóme entonces por honrado, pues no quiso faltar a su amigo, y con la-

grimas, como enamorado, que yo se las vi verter, passando por mi calle el dia que se partio sin dexarme, y yo me fuy con el sin partirme. Otro dia—¡quien podra creer esto!; ¡que de rodeos tienen las desgracias para alcançar mas presto a los desdichados!—, digo que otro dia concerto mi tio que voluiessemos a Italia, y sin poderme escusar, ni valerme el fingirme enferma, porque el pulso y la color me hazian sana, mi tio no quiso creer que de enferma, sino de mal contenta del casamiento, buscaua traças para no partirme.

„En este tiempo le tuue para escriuir a Andrea de lo que me auia sucedido, y que era forçoso el partirme; pero que yo procuraria passar por esta ciudad, donde pensaua fingirme endemoniada, y dar lugar con esta traça a que el le tuuiesse de dexar a Salamanca, y venir a Luca, adonde, a pesar de mi tio y aun de todo el mundo, sería mi esposo; assi que en su diligencia estaua mi ventura, y aun la suya, si queria mostrarse agradecido. Si las cartas llegaron a sus manos, que si deuieron de llegar, porque los portes las hazen ciertas, antes de tres dias ha de estar aqui. Yo, por mi parte, he hecho lo que he podido; vna legion de demonios tengo en el cuerpo, que lo mismo es tener vna onça de amor en el alma, quando la esperança desde lexos la anda haziendo cocos. Esta es, señoras mias, mi historia; esta mi locura; esta mi enfermedad; mis amorosos pensamientos son los demonios que me atormentan; passo hambre, por-

que espero hartura; pero, con todo esso, la desconfiança me persigue, porque, como dizen en Castilla, a los desdichados se les suelen helar las migas entre la boca y la mano. Hazed, señores, de modo que acrediteys mi mentira y fortalezcays mis discursos, haziendo con mi tio que, puesto que yo no sane, no me ponga en camino por algunos dias; quiça permitira el cielo que llegue el de mi contento con la venida de Andrea.

No aura para que preguntar si se admiraron o no los oyentes de la historia de Ysabela, pues la historia misma se trae consigo la admiracion, para ponerla en las almas de los que la escuchan. Ruperta, Auristela, Constança y Feliz Flora, le ofrecieron de fortalezer sus dissignios, y de no partirse de aquel lugar hasta ver el fin dellos, pues, a buena razon, no podia tardar mucho.

CAPITVLO VENTIVNO

DEL TERCERO LIBRO

Priessa se daua la hermosa Ysabela Castrucha a reualidar su demonio, y priessa se dauan las quatro, ya sus amigas, a fortalezer su enfermedad, afirmando, con todas las razones que podian, de que verdaderamente era el demonio el que hablaua en su cuerpo; porque se vea quien es el amor, pues haze parecer endemoniados a los amantes. Estando en esto, que sería casi al anochecer, voluio el medico a hazer la segunda visita, y acaso truxo con el a Iuan Bautista Marulo, padre de Andrea el enamorado, y, al entrar del aposento de la enferma, dixo:

—Vea vuessa merced, señor Iuan Bautista Marulo, la lástima desta donzella, y si merece que en su cuerpo de angel se ande espaciando el demonio; pero vna esperança nos consuela, y es que nos ha dicho que presto saldra de aqui, y dara por señal de su salida la venida del señor Andrea, vuestro hijo, que por instantes aguarda.

—Assi me lo han dicho—respondio el señor Iuan Bautista—, y holgariame yo que cosas mias fuessen paraninfos de tan buenas nueuas.

—Gracias a Dios y a mi diligencia—dixo Ysabela—; que, si no fuera por mi, el se estuuiera

agora quedo en Salamanca, haziendo lo que Dios se sabe. Creame el señor Iuan Bautista, que está presente, que tiene vn hijo mas hermoso que santo, y menos estudiante que galan: que mal ayan las galas y las atildaduras de los mancebos, que tanto daño hazen en la republica, y mal ayan juntamente las espuelas que no son de rodaxa, y los azicates que no son puntiagudos, y las mulas de alquiler que no se auentajan a las postas.

Con estas fue ensartando otras razones equiuocas, conuiene a saber, de dos sentidos, que de vna manera las entendian sus secretarias, y de otra los demas circunstantes: ellas las interpretauan verdaderamente, y los demas, como desconcertados disparates.

—¿Donde vistes vos, señora—dixo Marulo—, a mi hijo Andrea? ¿Fue en Madrid, o en Salamanca?

—No fue sino en Illescas—dixo Ysabela—, cogiendo guindas la mañana de San Iuan, al tiempo que alboreaua; mas, si va a dezir verdad, que es milagro que yo la diga, siempre le veo, y siempre le tengo en el alma.

—Aun bien—replicò Marulo—que estè mi hijo cogiendo guindas, y no espulgandose, que es mas propio de los estudiantes.

—Los estudiantes que son caualleros—respondio Ysabela, de pura fantasia—, pocas vezes se espulgan, pero muchas se rascan: que estos animalejos que se vsan en el mundo tan de ordinario, son tan atreuidos, que assi se en-

tran por las calças de los principes, como por las fraçadas de los hospitales.

—Todo lo sabes, malino—dixo el medico—; bien parece que eres viejo—y esto encaminando su razon al demonio que pensaua que tenia Ysabela en el cuerpo.

Estando en esto, que no parece sino que el mismo Satanas lo ordenaua, entrò el tio de Ysabela, con muestras de grandissima alegria, diziendo:

—¡Albricias, sobrina mia; albricias, hija de mi alma, que ya ha llegado el señor Andrea Marulo, hijo del señor Iuan Bautista, que está presente! ¡Ea, dulce esperança mia, cumplenos la que nos has dado de que has de quedar libre en viendole! ¡Ea, demonio maldito, *vade retro, exi foras,* sin que lleues pensamiento de voluer a esta estancia, por mas barrida y escombrada que la veas!

—Venga, venga—replicò Ysabela—esse putatiuo Ganimedes, esse contrahecho Adonis, y deme la mano de esposo, libre, sano y sin cautela; que yo le he estado aqui aguardando mas firme que roca puesta a las ondas del mar, que la tocan, mas no la mueuen.

Entrò de camino Andrea Marulo, a quien ya en casa de su padre le auian dicho la enfermedad de la estrangera Ysabela, y de cómo le esperaua para darle por señal de la salida del demonio. El moço, que era discreto y estaua preuenido, por las cartas que Ysabela le embiò a Salamanca, de lo que auia de hazer si la alcan-

çaua en Luca, sin quitarse las espuelas, acudio a la posada de Ysabela, y entrò por su estancia como atontado y loco, diziendo:

—¡Afuera, afuera, afuera; aparta, aparta, aparta; que entra el valeroso Andrea, quadrillero mayor de todo el infierno, si es que no vasta de vna esquadra! (*).

Con este alboroto y vozes, casi quedaron admirados los mismos que sabian la verdad del caso; tanto, que dixo el medico y aun su mismo padre:

—Tan demonio es este, como el que tiene Ysabela.

Y su tio dixo:

—Esperauamos a este mancebo para nuestro bien, y creo que ha venido para nuestro mal.

—Sossiegate, hijo, sossiegate—dixo su padre—; que parece que estas loco.

—¿No lo ha de estar—dixo Ysabela—, si me vee a mi? ¿No soy yo, por ventura, el centro donde reposan sus pensamientos? ¿No soy yo el blanco donde assestan sus desseos?

—Si, por cierto—dixo Andrea—; si que vos soys señora de mi voluntad, descanso de mi trabajo y vida de mi muerte. Dadme la mano de ser mi esposa, señora mia, y sacadme, de la esclauitud en que me veo, a la libertad de verme debaxo de vuestro yugo; dadme la mano, digo otra vez, bien mio, y alçadme de la humildad de ser Andrea Marulo a la alteza de ser esposo de Ysabela Castrucho; vayan de aqui fuera los demonios que quisieren estoruar tan sabroso

nudo, y no procuren los hombres apartar lo que Dios junta.

—Tu dizes bien, señor Andrea—replicò Ysabela—; y, sin que aqui interuengan traças, maquinas ni embelecos, dame essa mano de esposo, y recibeme por tuya.

Tendio la mano Andrea, y en aquel instante alçò la voz Auristela, y dixo:

—Bien se la puede dar, que para en vno son.

Pasmado y atonito, tendio tambien la mano su tio de Ysabela, y trauò de la de Andrea, y dixo:

—¿Que es esto, señores? ¿Vsase en este pueblo que se case vn diablo con otro?

—Que no—dixo el medico—; que esto deue de ser burlando, para que el diablo se vaya, porque no es possible que este caso que va sucediendo pueda ser preuenido por entendimiento humano.

—Con todo esso—dixo el tio de Ysabela—, quiero saber de la boca de entrambos que lugar le daremos a este casamiento: el de la verdad, o el de la burla.

—El de la verdad—respondio Ysabela—; porque ni Andrea Marulo está loco, ni yo endemoniada. Yo le quiero y escojo por mi esposo, si es que el me quiere y me escoje por su esposa.

—No loco ni endemoniado, sino con mi juizio entero, tal qual Dios ha sido seruido de darme.

Y, diziendo esto, tomò la mano de Ysabela, y ella le dio la suya, y, con dos sies, quedaron indubitablemente casados.

—¿Que es esto?—dixo Castrucho—. ¿Otra vez? ¡Aqui de Dios! ¿Cómo, y es possible que assi se deshonren (*) las canas deste viejo?

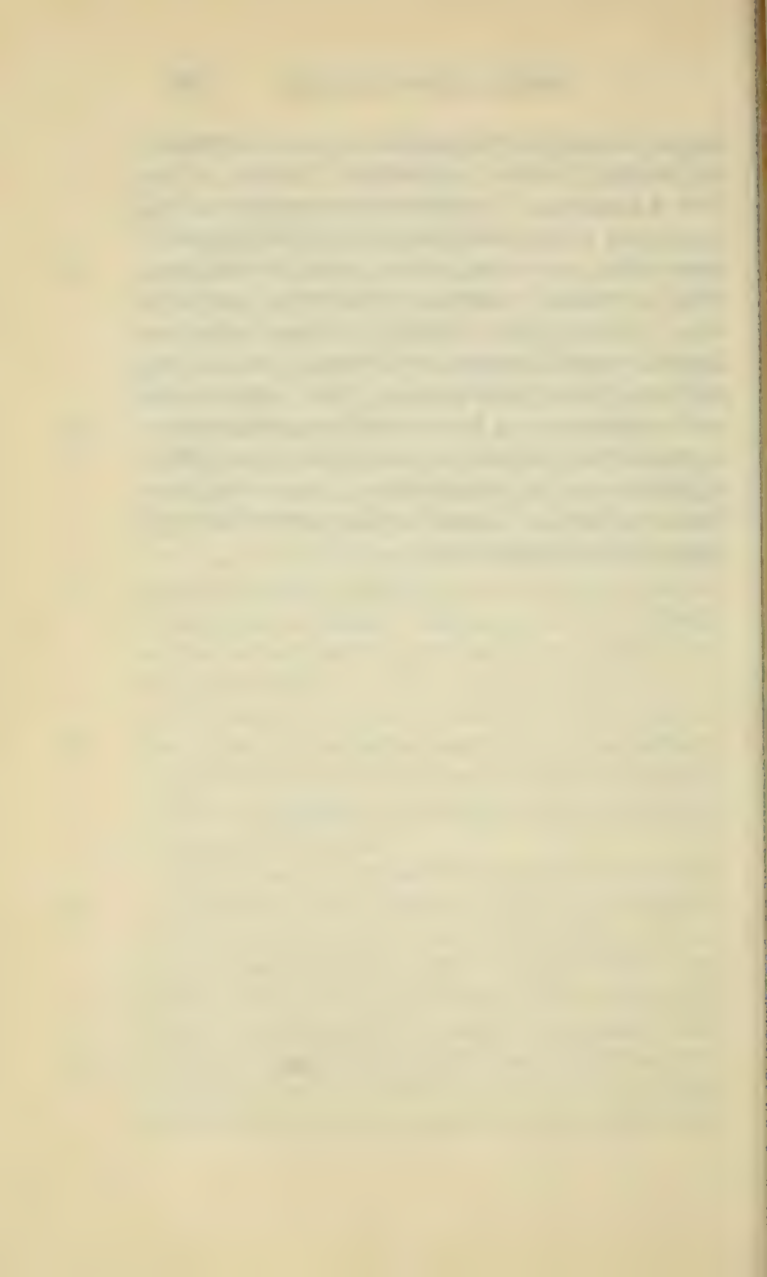
—No las puede deshonrar—dixo el padre de Andrea—ninguna cosa mia. Yo soy noble, y, si no demasiadamente rico, no tan pobre que aya menester a nadie. No entro ni salgo en este negocio; sin mi sabiduria se han casado los muchachos: que, en los pechos enamorados, la discrecion se adelanta a los años, y si las mas vezes los moços en sus acciones disparan, muchas aciertan; y quando aciertan, aunque sea acaso, exceden con muchas ventajas a las mas consideradas. Pero mirese, con todo esso, si lo que aqui ha passado puede passar adelante, porque si se puede deshazer, las riquezas de Ysabela no han de ser parte para que yo procure la mejora de mi hijo.

Dos sacerdotes que se hallaron presentes, dixeron que era válido el matrimonio, presupuesto que, si con parecer de locos le auian començado, con parecer de verdaderamente cuerdos le auian confirmado.

—Y de nueuo le confirmamos—dixo Andrea.

Y lo mismo dixo Ysabela. Oyendo lo qual su tio, se le cayeron las alas del coraçon, y la cabeça sobre el pecho, y, dando vn profundo suspiro, buelto los ojos en blanco, dio muestras de auerle sobreuenido vn mortal parasismo. Lleuaronle sus criados al lecho, leuantóse del suyo Ysabela, lleuóla Andrea a casa de su padre, como a su esposa, y, de alli a dos dias, entraron

por la puerta de vna yglesia vn niño, hermano de Andrea Marulo, a bautizar; Ysabela y Andrea a casarse, y a enterrar el cuerpo de su tio, porque se vean quan estraños son los sucessos desta vida: vnos a vn mismo punto se bautizan, otros se casan, y otros se entierran. Con todo esso, se puso luto Ysabela, porque esta que llaman muerte, mezcla los talamos con las sepulturas, y las galas con los lutos. Quatro dias mas estuuieron en Luca nuestros peregrinos y la esquadra de nuestros passageros, que fueron regalados de los desposados y del noble Iuan Bautista Marulo. Y aqui dio fin nuestro autor al tercero libro desta historia.



LIBRO QVARTO DE LOS TRABAJOS DE PERSILES Y SIGISMUNDA

HISTORIA SETENTRIONAL

CAPITVLO PRIMERO

DEL QUARTO LIBRO

Disputóse entre nuestra peregrina esquadra, no vna, sino muchas vezes, si el casamiento de Ysabela Castrucha, con tantas maquinas fabricado, podia ser valedero, a lo que Periandro muchas vezes dixo que si; quanto mas, que no les tocaua a ellos la aueriguacion de aquel caso. Pero lo que a el le auia descontentado, era la

junta del bautismo, casamiento y la sepultura, y la ygnorancia del medico, que no atinò con la traça de Ysabela ni con el peligro de su tio. Vnas vezes tratauan en esto, y otras en referir los peligros que por ellos auian passado. Andauan Croriano y Ruperta, su esposa, atentissimos inquiriendo quien fuessen Periandro y Auristela, Antonio y Constança, lo que no hazian por saber quien fuessen las tres damas francessas, que, desde el punto que las vieron, fueron dellos conocidas. Con esto, a mas que medianas jornadas llegaron a Aquapendente, lugar cercano a Roma, a la entrada de la qual villa, adelantandose vn poco Periandro y Auristela de los demas, sin temor que nadie los escuchasse ni oyesse, Periandro hablò a Auristela desta manera:

—Bien sabes, ¡o señora!, que las causas que nos mouieron a salir de nuestra patria y a dexar nuestro regalo, fueron tan justas como necessarias. Ya los ayres de Roma nos dan en el rostro; ya las esperanças que nos sustentan nos bullen en las almas; ya, ya hago cuenta que me veo en la dulce possession esperada. Mira, señora, que será bien que des vna buelta a tus pensamientos, y, escudriñando tu voluntad, mires si estàs en la entereza primera, o si lo estarás despues de auer cumplido tu voto, de lo que yo no dudo, porque tu real sangre no se engendrò entre promessas mentirosas ni entre dobladas traças. De mi te se dezir, ¡o hermosa Sigismunda!, que, este Periandro que aqui ves,

es el Persiles que en la casa del rey, mi padre, viste; aquel, digo, que te dio palabra de ser tu esposo en los alcaçares de su padre, y te la cumplirà en los desiertos de Libia, si alli la contraria fortuna nos lleuasse.

Yuale mirando Auristela atentissimamente, marauillada de que Periandro dudasse de su fe, y assi le dixo:

—Sola vna voluntad, ¡o Persiles!, he tenido en toda mi vida, y essa aura dos años que te la entreguè, no forçada, sino de mi libre aluedrio; la qual tan entera y firme está agora, como el primer dia que te hize señor della; la qual, si es possible que se aumente, se ha aumentado y crecido entre los muchos trabajos que hemos passado. De que tu estes firme en la tuya, me mostraré tan agradecida, que, en cumpliendo mi voto, hare que se bueluan en possession tus esperanças. Pero dime: ¿que haremos despues que vna misma coyunda nos ate y vn mismo yugo oprima nuestros cuellos? Lexos nos hallamos de nuestras tierras, no conocidos de nadie en las agenas, sin arrimo que sustente la yedra de nuestras incomodidades. No digo esto porque me falte el ánimo de sufrir todas las del mundo como estè contigo, sino digolo porque qualquiera necessidad tuya me ha de quitar la vida. Hasta aqui, o poco menos de hasta aqui, padecia mi alma en si sola; pero de aqui adelante padecere en ella y en la tuya, aunque he dicho mal en partir estas dos almas, pues no son mas que vna.

—Mira, señora—respondio Periandro—: como no es possible que ninguno fabrique su fortuna, puesto que dizen que cada vno es el artifice della, desde el principio hasta el cabo, assi, yo no puedo responderte agora lo que haremos despues que la buena suerte nos ajunte. Rompase agora el inconueniente de nuestra diuission, que, despues de juntos, campos ay en la tierra que nos sustenten, y choças que nos recojan, y afos (*) que nos encubran: que ha gozarse dos almas que son vna, como tu has dicho, no ay contentos con que ygualarse, ni dorados techos que mejor nos alberguen. No nos faltarà medio para que mi madre, la reyna, sepa donde estamos, ni a ella le faltará industria para socorrernos; y en tanto, essa cruz de diamantes que tienes, y essas dos perlas inestimables, començarán a darnos ayudas. Sino que temo que, al deshazernos dellas, se ha de deshazer nuestra maquina; porque ¿cómo se ha de creer que prendas de tanto valor se encubran debaxo de vna esclauina?

Y, por venir dandoles alcance la demas compañia, cessò su plática, que fue la primera que auian hablado en cosas de su gusto; porque la mucha honestidad de Auristela, jamas dio ocasion a Periandro a que en secreto la hablasse, y, con este artificio y seguridad notable, passaron la plaça de hermanos entre todos quantos hasta alli los auian conocido; solamente en el desalmado y ya muerto Clodio passò la malicia tan adelante, que llegò a sospechar la verdad.

Aquella noche llegaron vna jornada antes de Roma, y en vn meson, adonde siempre les solia acontecer marauillas, les acontecio esta, si es que assi puede llamarse. Estando todos sentados a vna mesa, la qual la solicitud del huesped y la diligencia de sus criados tenian abundantemente proueyda, de vn aposento del meson salio vn gallardo peregrino, con vnas escriuanias sobre el braço yzquierdo y vn cartapacio en la mano, y, auiendo hecho a todos la deuida cortesia, en lengua castellana dixo:

—Este trage de peregrino que visto, el qual trae consigo la obligacion de que pida limosna el que lo trae, me obliga a que os la pida, y tan auentajada y tan nueua, que, sin darme joya alguna ni prendas que lo valgan, me aueis de hazer rico. Yo, señores, soy vn hombre curioso: sobre la mitad de mi alma predomina Marte, y sobre la otra mitad, Mercurio y Apolo; algunos años me he dado al exercicio de la guerra, y algunos otros, y los mas maduros, en el de las letras; en los de la guerra he alcançado algun buen nombre, y por los de las letras he sido algun tanto estimado; algunos libros he impresso, de los ignorantes no(n) condenados por malos, ni de los discretos han dexado de ser tenidos por buenos; y como la necessidad, segun se dize, es maestra de auiuar los ingenios, este mio, que tiene vn no se que de fantastico e inuentiuo, ha dado en vna imaginacion algo peregrina y nueua, y es que a costa agena quiero sacar vn libro a luz, cuyo trabajo sea, como he dicho,

ageno, y el prouecho, mio. El libro se ha de llamar *Flor de aforismos peregrinos,* conuiene a saber, sentencias sacadas de la misma verdad, en esta forma: quando, en el camino o en otra parte, topo alguna persona cuya esperiencia muestre ser de ingenio y de prendas, le pido me escriua en este cartapacio algun dicho agudo, si es que le sabe, o alguna sentencia que lo parezca, y de esta manera tengo ajuntados mas de trecientos aforismos, todos dignos de saberse y de imprimirse, y no en nombre mio, sino de su mismo autor, que lo firmò de su nombre despues de auerlo dicho. Esta es la limosna que pido, y la que estimarè sobre todo el oro del mundo.

—Dadnos, señor español—respondio Periandro—, alguna muestra de lo que pedis, por quien nos guiemos; que, en lo demas, sereys seruido como nuestros ingenios lo alcançaren.

—Esta mañana—respondio el español—llegaron aqui, y passaron de largo, vn peregrino y vna peregrina españoles, a los quales, por ser españoles, declaré mi desseo, y ella me dixo que pusiesse de mi mano—porque no sabía escriuir—esta razon:

Mas quiero ser mala con esperança de ser buena, que buena con proposito de ser mala.

„Y dixome que firmasse: La peregrina de Talauera. Tampoco sabía escriuir el peregrino, y me dixo que escriuiesse:

No ay carga mas pesada que la muger liuiana.

„Y firmé por el: Bartolome el Manchego. Deste modo son los aforismos que pido; y los que espero desta gallarda compañia seran tales, que realcen a los demas, y les siruan de adorno y de esmalte.

—El caso està entendido—respondio Croriano—; y por mi—tomando la pluma al peregrino y el cartapacio—, quiero començar a salir desta obligacion, y escriuo:

Mas hermoso parece el soldado muerto en la batalla, que sano en la huyda.

Y firmò: Croriano. Luego tomò la pluma Periandro, y escriuio:

Dichoso es el soldado que, quando està peleando, sabe que le està mirando su principe.

Y firmò. Sucediole el barbaro Antonio, y escriuio:

La honra que se alcança por la guerra, como se graua en laminas de bronze y con puntas de azero, es mas firme que las demas honras.

Y firmóse: Antonio el barbaro. Y como alli no

auia mas hombres, rogo el peregrino que tambien aquellas damas escriuiessen, y fue la primera que escriuio Ruperta, y dixo:

La hermosura que se acompaña con la honestidad, es hermosura; y la que no, no es mas de vn buen parecer.

Y firmò. Segundòla Auristela, y, tomando la pluma, dixo:

La mejor dote que puede lleuar la muger principal, es la honestidad, porque la hermosura y la riqueza el tiempo la gasta, o la fortuna la deshaze.

Y firmò. A quien siguio Constança, escriuiendo:

No por el suyo, sino por el parecer ageno, ha de escoger la muger el marido.

Y firmò. Feliz Flora escriuio tambien, y dixo:

A mucho obligan las leyes de la obediencia forçosa; pero a mucho mas las fuerças del gusto.

Y firmò. Y siguiendo Belarminia, dixo:

La muger ha de ser como el armiño, dexandose antes prender que enlodarse.

Y firmò. La vltima que escriuio fue la hermosa Deleasir, y dixo:

Sobre todas las acciones de esta vida tiene imperio la buena o la mala suerte; pero mas sobre los casamientos.

Esto fue lo que escriuieron nuestras damas y nuestros peregrinos, de lo que el español quedò agradecido y contento, y preguntandole Periandro si sabía algun aforismo de memoria de los que tenia alli escritos, le dixesse, a lo que respondio que sólo vno diria, que le auia dado gran gusto por la firma del que lo auia escrito, que dezia:

No dessees, y serás el mas rico hombre del mundo.

Y la firma dezia: "Diego de Ratos, corcouado, zapatero de viejo en Tordesillas, lugar en Castilla la Vieja, junto a Valladolid„ (*).

—¡Por Dios—dixo Antonio—, que la firma está larga y tendida, y que el aforismo es el mas breue y compendioso que puede imaginarse! Porque está claro que lo que se dessea es lo que falta, y el que no dessea, no tiene falta de nada, y assi, será el mas rico del mundo.

Algunos otros aforismos dixo el español, que hizieron sabrosa la conuersacion y la cena. Sentose el peregrino con ellos, y, en el discurso de la cena, dixo:

—No dare el priuilegio de este mi libro a ningun librero en Madrid, si me da por el dos mil ducados; que alli no ay ninguno que no quiera los priuilegios de balde, o, a lo menos, por tan poco precio, que no le luzga al autor del libro. Verdad es que tal vez suelen comprar vn priuilegio, y imprimir vn libro con quien piensan enriquezer, y pierden en el el trabajo y la hazienda; pero el de estos aforismos, escrito se lleua en la frente la bondad y la ganancia.

CAPITVLO SEGVNDO

DEL QUARTO LIBRO

Bien podia intitular el libro del peregrino español: *Historia peregrina sacada de diuersos autores,* y dixera verdad, segun auian sido y yuan siendo los que la componian; y no les dio poco que reyr la firma de Diego de Ratos, el zapatero de viejo, y aun tambien les dio que pensar el dicho de Bartolome el manchego, que dixo que no auia carga mas pesada que la muger liuiana: señal que le deuia de pesar ya la que lleuaua en la moça de Talauera.

En esto fueron hablando otro dia que dexaron al español, moderno y nueuo autor de nueuos y esquisitos libros, y aquel mismo dia vieron a Roma, alegrandoles las almas, de cuya alegria redundaua salud en los cuerpos. Alboroçaronse los coraçones de Periandro y de Auristela, viendose tan cerca del fin de su desseo; los de Croriano y Ruperta, y los de las tres damas francessas, ansimismo, por el buen sucesso que prometia el fin próspero de su viage, entrando a la parte de este gusto los de Constança y Antonio. Heriales el sol por zenit, a cuya causa, puesto que está mas apartado de la tierra que en ninguna otra sazon del dia, hiere con mas calor y vehemencia; y, auiendoles combidado vna cer-

cana selua que a su mano derecha se descubria, determinaron de passar en ella el rigor de la siesta que les amenazaua, y aun quiça la noche, pues les quedaua lugar demasiado para entrar el dia siguiente en Roma.

Hizieronlo assi, y, mientras mas entrauan por la selua adelante, la amenidad del sitio, las fuentes que de entre las hieruas salian, los arroyos que por ella cruzauan, les yuan confirmando en su mismo proposito. Tanto auian entrado en ella, quanto, voluiendo los ojos, vieron que estauan ya encubiertos a los que por el real camino passauan; y haziendoles la variedad de los sitios variar en la imaginacion qual escogerian, segun eran todos buenos y apazibles, alçò a caso los ojos Auristela, y vio pendiente de la rama de vn verde sauze vn retrato, del grandor de vna quartilla de papel, pintado en vna tabla no mas, del rostro de vna hermosissima muger; y, reparando vn poco en el, conocio claramente ser su rostro el del retrato, y, admirada y suspensa, se le enseñò a Periandro. A este mismo instante dixo Croriano que todas aquellas hieruas manauan sangre, y mostro los pies, en caliente sangre teñidos. El retrato, que luego descolgo Periandro, y la sangre que mostraua Croriano, los tuuo confusos a todos y en desseo de buscar assi el dueño del retrato como el de la sangre. No podia pensar Auristela quien, donde o quando pudiesse auer sido sacado su rostro, ni se acordaua Periandro que el criado del duque de Nemurs le auia dicho que, el pintor que sacaua los de las

tres francessas damas, sacaria tambien el de Auristela, con no mas de auerla visto; que, si de esto el se acordara, con facilidad diera en la cuenta de lo que no alcançaua. El rastro que siguieron de la sangre, lleuò a Croriano y a Antonio, que le seguian, hasta ponerlos entre vnos espesos arboles que alli cerca estauan, donde vieron, al pie de vno, vn gallardo peregrino sentado en el suelo, puestas las manos casi sobre el coraçon, y todo lleno de sangre; vista que le[s] turbò en gran manera, y mas quando, llegandose a el Croriano, le alçò el rostro, que sobre los pechos tenia derribado y lleno de sangre, y, limpiandosele con vn lienço, conocio, sin duda alguna, ser el herido el duque de Nemurs; que no bastò el diferente trage en que le hallaua para dexar de conocerle: tanta era la amistad que con el tenia. El duque herido, o, a lo menos, el que parecia ser el duque, sin abrir los ojos, que con la sangre los tenia cerrados, con mal pronunciadas palabras, dixo:

—Bien huuieras hecho, ¡o quienquiera que seas, enemigo mortal de mi descanso!, si huuieras alçado vn poco mas la mano, y dadome en mitad del coraçon; que alli si que hallaras el retrato mas viuo y mas verdadero que el que me hiziste quitar del pecho y colgar en el arbol, porque no me siruiesse de reliquias y de escudo en nuestra batalla.

Hallóse Constança en este hallazgo, y como naturalmente era de condicion tierna y compasiua, acudio a mirarle la herida y a tomarle la

sangre, antes que a tener cuenta con las lastimosas palabras que dezia. Casi otro tanto le sucedio a Periandro y a Auristela, porque la misma sangre les hizo passar adelante a buscar el origen de donde procedia, y hallaron entre vnos verdes y crecidos juncos tendido otro peregrino, cubierto casi todo de sangre, excepto el rostro, que descubierto y limpio tenia; y assi, sin tener necessidad de limpiarsele ni de hazer diligencias para conocerle, conocieron ser el principe Arnaldo, que mas desmayado que muerto estaua. La primera señal que dio de vida, fue prouarse a leuantar, diziendo:

—No le lleuaràs, traidor, porque el retrato es mio, por ser el de mi alma; tu le has robado, y, sin auerte yo ofendido en cosa, me quieres quitar la vida.

Temblando estaua Auristela con la no pensada vista de Arnaldo; y, aunque las obligaciones que le tenia la impelian a que a el se llegasse, no osaua, por la presencia de Periandro, el qual, tan obligado como cortés, assio de las manos del principe, y con voz no muy alta, por no descubrir lo que quiça el principe querria que se callasse, le dixo:

—Volued en vos, señor Arnaldo, y vereis que estais en poder de vuestros mayores amigos, y que no os tiene tan desamparado el cielo, que no os podais prometer mejora de vuestra suerte. Abrid los ojos, digo, y vereis a vuestro amigo Periandro y a vuestra obligada Auristela, tan desseosos de seruiros como siempre.

Contadnos vuestra desgracia y todos vuestros sucessos, y prometeos de nosotros todo quanto nuestra industria y fuerças alcançaren. Dezidnos si estais herido, y quien os hirio, y en que parte, para que luego se procure vuestro remedio.

Abrio en esto los ojos Arnaldo, y, conociendo a los dos que delante tenia, como pudo, que fue con mucho trabajo, se arrojò a los pies de Auristela, puesto que abraçado tambien a los de Periandro, que hasta en aquel punto guardò el decoro a la honestidad de Auristela, en la qual puestos los ojos, dixo:

—No es pos[si]ble que no seas tu, señora, la verdadera Auristela, y no imagen suya, porque no tendria ningun espiritu licencia ni ánimo para ocultarse debaxo de apariencia tan hermosa. Auristela eres, sin duda, y yo, tambien sin ella, soy aquel Arnaldo que siempre ha desseado seruirte; en tu busca vengo, porque, si no es parando en ti, que eres mi centro, no tendra sossiego el alma mia.

En el tiempo que esto passaua, ya auian dicho a Croriano y a los demas el hallazgo del otro peregrino, y que daua tambien señales de estar mal herido; oyendo lo qual Constança, auiendo tomado ya la sangre al duque, acudio a ver lo que auia menester el segundo herido; y, quando conocio ser Arnaldo, quedó atonita y confusa, y supliendo su discrecion, su sobresalto, sin entrar en otras razones, le dixo le descubriesse sus heridas, a lo que Arnaldo respondio con seña-

larle con la mano derecha el braço yzquierdo, señal de que alli tenia la herida. Desnudóle luego Constança, y hallòsele por la parte superior atrauessado de parte a parte; tomòle luego la sangre, que aun corria, y dixo a Periandro cómo el otro herido que alli estaua era el duque de Nemurs, y que conuenia lleuarlos al pueblo mas cercano, donde fuessen curados, porque el mayor peligro que tenian era la falta de la sangre. Al oyr Arnaldo el nombre del duque, se estremecio todo, y dio lugar a que los frios zelos se entrassen hasta el alma por las calientes venas, casi vazias de sangre, y assi dixo, sin mirar lo que dezia:

—Alguna diferencia ay de vn duque a vn rey; pero en el estado del vno ni del otro, ni aun en el de todos los monarcas del mundo, cabe el merecer a Auristela.

Y añadio y dixo:

—No me lleuen adonde lleuaren al duque, que la presencia de los agrauiadores no ayuda nada a las enfermedades de los agrauiados.

Dos criados traia consigo Arnaldo, y otros dos el duque, los quales, por orden de sus señores, los auian dexado alli solos, y ellos se auian adelantado a vn lugar alli cercano para tenerles adereçado alojamiento cada vno de por si, porque aun no se conocian.

—Miren tambien—dixo Arnaldo—si, en vn arbol de estos que estan aqui a la redonda, està pendiente vn retrato de Auristela, sobre quien ha sido la batalla que entre mi y el duque he-

mos passado. Quitese, deseme, porque me cuesta mucha sangre, y de derecho es mio.

Casi esto mismo estaua diziendo el duque a Ruperta y a Croriano, y a los demas que con el estauan; pero a todos satisfizo Periandro, diziendo que el le tenia en su poder como en depósito, y que le volueria en mejor coyuntura a cuyo fuesse.

—¿Es possible—dixo Arnaldo—que se puede poner en duda la verdad de que el retrato sea mio? ¿No sabe ya el cielo que, desde el punto que vi el original, le trasladé en mi alma? Pero tengale mi hermano Periandro, que en su poder no tendran entrada los zelos, las iras y las soberuias de sus pretensores; y lleuenme de aqui, que me desmayo.

Luego acomodaron en que pudiessen yr los dos heridos, cuya vertida sangre, mas que la profundidad de las heridas, les yua poco a poco quitando la vida; y assi, los lleuaron al lugar donde sus criados les tenian el mejor alojamiento que pudieron, y hasta entonces no auia conocido el duque ser el principe Arnaldo su contrario.

CAPITVLO TERCERO

DEL QUARTO LIBRO

Inuidiosas y corridas estauan las tres damas francessas de ver que en la opinion del duque estaua estimado el retrato de Auristela mucho mas que ninguno de los suyos, que el criado que embiò a retratarlas, como se ha dicho, les dixo que consigo los traia, entre otras joyas de mucha estima, pero que en el de Auristela idolatraua: razones y desengaño que las lastimò las almas: que nunca las hermosas reciben gusto, sino mortal pesadumbre, de que otras hermosuras ygualen a las suyas, ni aun que se les compare; porque la verdad, que comunmente se dize, de que toda comparacion es odiosa, en la de las bellezas viene a ser odiosissima, sin que amistades, parentescos, calidades y grandezas se opongan al rigor desta maldita inuidia, que assi puede llamarse la que encendia las comparadas hermosuras.

Dixo ansimismo que viniendo el duque, su señor, desde Paris buscando a la peregrina Auristela, enamorado de su retrato, aquella mañana se auia sentado al pie de vn arbol con el retrato en las manos; assi hablaua con el muerto, como con el original viuo, y que, estando assi, auia llegado el otro peregrino tan paso por las espal-

das, que pudo bien oyr lo que el duque con el retrato hablaua, "sin que yo y otro compañero mio lo pudiessemos estoruar, porque estauamos algo desuiados. En fin, corrimos a aduertir al duque que le escuchauan; voluio el duque la cabeça, y vio al peregrino, el qual, sin hablar palabra, lo primero que hizo fue arremeter al retrato y quitarsele de las manos al duque, que, como le cogio de sobresalto, no tuuo lugar de defenderle como el quisiera; y lo que le dixo fue, a lo menos lo que yo pude entender: "Salteador de celestiales prendas, no profanes con tus sacrilegas manos la que en ellas tienes. Dexa essa tabla, donde està pintada la hermosura del cielo, ansi porque no la mereces, como por ser ella mia.„ "Esso no—respondio el otro peregrino—; y si desta verdad no puedo darte testigos, remitire su falta a los filos de mi estoque, que en este bordon traygo oculto. Yo si que soy el verdadero possessor desta incomparable belleza, pues en tierras bien remotas de la que aora estamos la comprè con mis tesoros y la adorè con mi alma, y he seruido a su original con mi solicitud y con mis trabajos.„ El duque, entonces, voluiendose a los otros, nos mandò con imperiosas razones los dexassemos solos, y que viniessemos a este lugar, donde le esperassemos, sin tener osadia de voluer solamente el rostro a mirarles. Lo mismo mandò el otro peregrino a los dos que con el llegaron, que, segun parece, tambien son sus criados. Con todo esto, hurtè algun tanto la obediencia a su mandamiento, y la curio-

sidad me hizo voluer los ojos, y vi que el otro peregrino colgaua el retrato de vn arbol, no porque puntualmente lo viesse, sino porque lo conjeturè, viendo que luego, desenuaynando del bordon que tenia vn estoque, o, a lo menos, vna arma que lo parecia, acometio a mi señor, el qual le salio a recebir con otro estoque que yo se que en el bordon traia. Los criados de entrambos quisimos voluer a despartir la contienda; pero yo fuy de contrario parecer, diziendoles que, pues era ygual, y entre dos solos, sin temor ni sospecha de ser ayudados de nadie, que los dexassemos y siguiessemos nuestro camino, pues en obedecerles no errauamos, y en el voluer, quiça si. Aora sea lo que fuere, pues no se si el buen consejo o la cobardia nos empereçò los pies y nos atò las manos, o si la lumbre de los estoques, hasta entonces aun no sangrientos, nos cego los ojos, que no acertauamos a ver el camino que auia desde alli al lugar de la pendencia, sino el que auia al de este adonde aora estamos. Llegamos aqui, hizimos el alojamiento con prissa, y, con mas animoso discurso, voluiamos a ver lo que auia hecho la suerte de nuestros dueños; hallamoslos qual aueis visto, donde, si vuestra llegada no los socorriera, bien sin prouecho auia sido la nuestra.„

Esto dixo el criado, y esto escucharon las damas, y esto sintieron de manera como si fueran amantes verdaderas del duque, y, al mismo instante, se deshizo en la imaginacion de cada vna la quimera y maquina, si alguna auia hecho

o leuantado, de casarse con el duque: que ninguna cosa quita o borra el amor mas presto de la memoria, que el desden en los principios de su nacimiento: que el desden en los principios del amor, tiene la misma fuerça que tiene la hambre en la vida humana: a la hambre y al sueño se rinde la valentia, y al desden, los mas gustosos desseos. Verdad es que esto suele ser en los principios; que, despues que el amor ha tomado larga y entera possession del alma, los desdenes y desengaños le siruen de espuelas para que con mas ligereza corra a poner en efeto sus pensamientos.

Curaronse los heridos, y, dentro de ocho dias, estuuieron para ponerse en camino y llegar a Roma, de donde auian venido cirujanos a verlos. En este tiempo, supo el duque cómo su contrario era principe heredero del reyno de Dinamarca, y supo ansimismo la intencion que tenia de escogerla por esposa. Esta verdad calificò en el sus pensamientos, que eran los mismos que los de Arnaldo. Pareciole que, la que era estimada para reyna, lo podia ser para duquessa; pero entre estos pensamientos, entre estos discursos y imaginaciones, se mezclauan los zelos, de manera que le amargauan el gusto y le turbauan el sossiego. En fin se llegò el dia de su partida, y el duque y Arnaldo, cada vno por su parte, entrò en Roma sin darse a conocer a nadie, y los demas peregrinos de nuestra compañia, llegando a la vista della, desde vn alto montezillo la descubrieron, y, hincados de rodillas,

como a cosa sacra, la adoraron, quando de entre ellos salio vna voz de vn peregrino que no conocieron, que, con lagrimas en los ojos, començo a dezir desta manera:

—¡O grande, o poderosa, o sacrosanta
alma ciudad de Roma! A ti me inclino,
deuoto, humilde y nueuo peregrino,
a quien admira ver belleza tanta.

Tu vista, que a tu fama se adelanta,
al ingenio suspende, aunque diuino,
de aquel que a verte y adorarte vino
con tierno afecto y con desnuda planta.

La tierra de tu suelo, que contemplo
con la sangre de martires mezclada,
es la reliquia vniuersal del suelo.

No ay parte en ti que no sirua de exemplo
de santidad, assi como traçada
de la ciudad de Dios al gran modelo.

Qvando acabò de dezir este soneto, el peregrino se voluio a los circunstantes, diziendo:

—Aura pocos años que llegò a esta santa ciudad vn poeta español, enemigo mortal de si mismo y deshonra de su nacion, el qual hizo y compuso vn soneto en vituperio desta insigne ciudad y de sus illustres habitadores (*); pero la culpa de su lengua pagara su garganta, si le cogieran. Yo, no como poeta, sino como christiano, casi como en descuento de su cargo, he compuesto el que aueis oydo.

Rogole Periandro que le repitiesse; hizolo

assi, alabaronsele mucho, baxaron del recuesto, passaron por los prados de Madama, entraron en Roma por la puerta del Populo (*), besando primero vna y muchas vezes los vmbrales y margenes de la entrada de la ciudad santa, antes de la qual llegaron dos iudios a vno de los criados de Croriano, y le preguntaron si toda aquella esquadra de gente tenia estancia conocida y preparada donde alojarse; si no, que ellos se la darian tal, que pudiessen en ella alojarse principes. "Porque aueys de saber, señor—dixeron—, que nosotros somos iudios; yo me llamo Zabulon, y mi compañero, Abiud; tenemos por oficio adornar casas de todo lo necessario, segun y como es la calidad del que quiere habitarlas, y alli llega su adorno, donde llega el precio que se quiere pagar por ellas.„

A lo que el criado respondio:

—Otro compañero mio desde ayer està en Roma, con intencion que tenga preparado el alojamiento conforme a la calidad de mi amo y de todos aquellos que aqui vienen.

—Que me maten—dixo Abiud—, si no es este el frances que ayer se contentò con la casa de nuestro compañero Manasses, que la tiene adereçada como casa real.

—Vamos, pues, adelante—dixo el criado de Croriano—, que mi compañero deue de estar por aqui esperando a ser nuestra guia; y quando la casa que tuuiere no fuere tal, (o) nos encomendaremos a la que nos diere el señor Zabulon.

Con esto passaron adelante, y, a la entrada de

la ciudad, vieron los iudios a Manasses, su compañero, y con el al criado de Croriano, por donde vinieron en conocimiento que la posada que los iudios auian pintado era la rica de Manasses, y assi, alegres y contentos, guiaron a nuestros peregrinos, que estaua junto al arco de Portugal (*). Apenas entraron las francessas damas en la ciudad, quando se lleuaron tras si los ojos de casi todo el pueblo, que, por ser dia de estacion, estaua llena aquella calle de Nuestra Señora del Populo de infinita gente; pero la admiracion, que començo a entrar poco a poco en los que a las damas francessas mirauan, se acabò de entrar mucho a mucho en los coraçones de los que vieron a la sin par Auristela y a la gallarda Constança, que a su lado yua, bien assi como van por yguales pararelos dos luzientes estrellas por el cielo. Tales yuan, que dixo vn romano que, a lo que se cree, deuia de ser poeta:

—Yo apostaré que la diosa Venus, como en los tiempos passados, vuelue a esta ciudad a ver las reliquias de su querido Eneas. Por Dios, que haze mal el señor gouernador de no mandar que se cubra el rostro desta mouible imagen. ¿Quiere, por ventura, que los discretos se admiren, que los tiernos se deshagan, y que los necios idolatren?

Con estas alabanças, tan hiperboles como no necessarias, passa adelante el gallardo esquadron; llegò al alojamiento de Manasses, bastante para alojar a vn poderoso principe y a vn mediano exército.

CAPITVLO QVARTO

DEL QUARTO LIBRO

Estendiose aquel mismo dia la llegada de las damas francessas por toda la ciudad, con el gallardo esquadron de los peregrinos; especialmente se diuulgò la desygual hermosura de Auristela, encareciendola, si no como ella era, a lo menos, quanto podian las lenguas de los mas discretos ingenios. Al momento se coronò la casa de los nuestros de mucha gente, que los lleuaua la curiosidad y el desseo de ver tanta belleza junta, segun se auia publicado. Llegò esto a tanto estremo, que desde la calle pedian a vozes se assomassen a las ventanas las damas y las peregrinas, que, reposando, no querian dexar verse. Especialmente clamauan por Auristela; pero no fue possible que se dexasse ver ninguna dellas. Entre la demas gente que llegò a la puerta, llegaron Arnaldo y el duque, con sus habitos de peregrinos, y, apenas se huuo visto el vno al otro, quando a entrambos les temblaron las piernas y les palpitaron los pechos. Conociolos Periandro desde la ventana, dixoselo a Croriano, y los dos juntos baxaron a la calle, para estoruar en quanto pudiessen la desgracia que podian temer de dos tan zelosos amantes. Periandro se passò con Arnaldo, y Cro-

riano con el duque, y, lo que Arnaldo dixo a Periandro, fue:

—Vno de los cargos mayores que Auristela me tiene, es el sufrimiento que tengo, consintiendo que este cauallero frances, que dizen ser el duque de Nemurs, estè como en possession del retrato de Auristela, que, puesto que està en tu poder, parece que es con voluntad suya, pues yo no le tengo en el mio. Mira, amigo Periandro: esta enfermedad que los amantes llaman zelos, que la llamaran mejor desesperacion rabiosa, entran a la parte con ella la inuidia y el menosprecio, y quando vna vez se apodera del alma enamorada, no ay consideracion que la sossiegue ni remedio que la valga; y aunque son pequeñas las causas que la engendran, los efetos que haze son tan grandes, que, por lo menos, quitan el seso, y por lo mas menos, la vida: que mejor es al amante zeloso el morir desesperado, que viuir con zelos; y, el que fuere amante verdadero, no ha de tener atreuimiento para pedir zelos a la cosa amada; y puesto que llegue a tanta perfecion que no los pida, no puede dexarlos de pedir a si mismo, digo, a su misma ventura, de la qual es impossible viuir seguro, porque las cosas de mucho precio y valor, tienen en continuo temor al que las possee o al que las ama de perderlas, y esta es vna passion que no se aparta del alma enamorada, como accidente inseparable. Aconsejote, ¡o amigo Periandro!, si es que puede dar consejo quien no le tiene para si, que consideres que

soy rey, y que quiero bien, y que por mil esperiencias estas satisfecho y enterado de que cumplire con las obras quanto con palabras he prometido de recebir a la sin par Auristela, tu hermana, sin otra dote que la grande que ella tiene en su virtud y hermosura, y que no quiero aueriguar la nobleza de su linage, pues està claro que no auia de negar naturaleza los bienes de la fortuna a quien tantos dio de si misma. Nunca en humildes sugetos, o pocas vezes, haze su assiento virtudes grandes, y la belleza del cuerpo muchas vezes es indicio de la belleza del alma; y, para reduzirme a vn término, sólo te digo lo que otras vezes te he dicho: que adoro Auristela, ora sea de linage del cielo, ora de los infimos de la tierra; y pues ya està en Roma, adonde ella ha librado mis esperanças, se tu, ¡o hermano mio!, parte para que me las cumpla, que desde aqui parto mi corona y mi reyno contigo, y no permitas que yo muera escarnido deste duque ni menospreciado de la que adoro.

A todas estas razones, ofrecimientos y promessas, respondio Periandro diziendo:

—Si mi hermana tuuiera culpa en las causas que este duque ha dado a tu enojo, si no la castigara, a lo menos, la riñera: que para ella fuera vn gran castigo; pero como se que no la tiene, no tengo que responderte. En esto de auer librado tus esperanças en su venida a esta ciudad, como no se a do llegan las que te ha dado, no se que responderte. De los ofrecimientos que me hazes y me has hecho, estoy tan

agradecido, como me obliga el ser tu el que los hazes, y yo a quien se hazen; porque, con humildad seha dicho, ¡o valeroso Arnaldo!, quiça esta pobre muceta de peregrino sirue de nube, que, por pequeña que sea, suele quitar los rayos al sol. Y por aora sossiegate, que ayer llegamos a Roma, y no es possible que en tan breue espacio se ayan fabricado discursos, dado traças yleuantado quimeras que reduzgan nuestras acciones a los felices fines que desseamos. Huye en quanto te fuere possible de encontrarte con el duque, porque vn amante desdeñado y flaco de esperanças, suele tomar ocasion del despecho para fabricarlas, aunque sea en daño de lo que bien quiere.

Arnaldo le prometio que assi lo haria, y le ofrecio prendas y dineros para sustentar la autoridad y el gasto, ansi el suyo como el de las damas francessas. Diferente fue la plática que tuuo Croriano con el duque, pues toda se resoluio en que auia de cobrar el retrato de Auristela, o auia de confessar Arnaldo no tener parte en el; pidio tambien a Croriano fuesse intercessor con Auristela le recibiesse por esposo, pues su estado no era inferior al de Arnaldo, ni en la sangre le hazía ventaja ninguna de las mas illustres de Europa; en fin, el se mostro algo arrogante y algo zeloso, como quien tan enamorado estaua. Croriano se lo ofrecio ansimismo, y quedò darle la respuesta que dixesse Auristela al proponerle la ventura que se le ofrecia de recebirle por esposo.

CAPITVLO QVINTO

DEL QUARTO LIBRO

Desta manera los dos contrarios zelosos y amantes, cuyas esperanças tenian fundadas en el ayre, se despidieron, el vno de Periandro y el otro de Croriano, quedando ante todas cosas de reprimir sus impetus y dissimular sus agrauios, a lo menos hasta tanto que Auristela se declarasse, de la qual cada vno esperaua que auia de ser en su fauor, pues al ofrecimiento de vn reyno y al de vn estado tan rico como el del duque, bien se podia pensar que auia de titubear qualquier firmeza, y mudarse el proposito de escoger otra vida, por ser muy natural el amarse las grandezas y apetecerse la mejoria de los estados; especialmente suele ser este desseo mas viuo en las mugeres. De todo esto estaua bien descuydada Auristela, pues todos sus pensamientos por entonces no se estendian a mas que de enterarse en las verdades que a la saluacion de su alma conuenian: que, por auer nacido en partes tan remotas, y en tierras adonde la verdadera fe catolica no està en el punto tan perfecto como se requiere, tenia necessidad de acrissolarla en su verdadera oficina. Al apartarse Periandro de Arnaldo, llegò a el vn hombre español, y le dixo:

—Segun traygo las señas, si es que vuessa merced es español, para vuessa merced viene esta carta.

Pusole vna en las manos, cerrada, cuyo sobre escrito dezia: “Al illustre señor Antonio de Villaseñor, por otro nombre llamado el barbaro.„ Preguntòle Periandro que quien le auia dado aquella carta. Respondiole el portador que vn español que estaua preso en la carcel que llaman Torre de Nona (*), y, por lo menos, condenado a ahorcar por homicida, el y otra su amiga, muger hermosa, llamada la Talauerana. Conocio Periandro los nombres, y casi adiuinò sus culpas, y respondio:

—Esta carta no es para mi, sino para este peregrino que hazia aca viene.

Y fue, porque en aquel instante llegò Antonio, a quien Periandro dio la carta, y, apartandose los dos a vna parte, la abrio, y vio que assi dezia:

“Quien en mal anda, en mal para; de dos pies, aunque el vno estè sano, si el otro està cojo, tal vez coxea: que las malas compañias no pueden enseñar buenas costumbres. La que yo trauè con la Talauerana, que no deuiera, me tiene a mi y a ella sentenciados de remate para la horca. El hombre que la sacò de España, la hallò aqui, en Roma, en mi compañia; recibio pesadumbre dello; assentole la mano en mi presencia, y yo, que no soy amigo de burlas ni de recebir agrauios, sino de quitarlos, volui por la

moça, y a puros palos maté a su agrauiador. Estando en la fuga de esta pendencia, llegò otro peregrino, que por el mismo estilo començo a tomarme la medida de las espaldas; dize la moça que conocio que el que me apaleaua era vn su marido, de nacion polaco, con quien se auia casado en Talauera; y, temiendose que, en acabando conmigo, auia de començar por ella, porque le tenia agrauiado, no hizo mas de echar mano a vn cuchillo, de dos que traia consigo siempre en la vayna, y, llegandose a el bonitamente, se le clauò por los riñones, haziendole tales heridas, que no tuuieran necessidad de maestro. En efeto: el amigo a palos, y el marido a puñaladas, en vn instante concluyeron la carrera mortal de su vida. Prendieronnos al mismo punto, y traxeronnos a esta carcel, donde quedamos muy contra nuestra voluntad; tomaronnos la confession; confessamos nuestro delito, porque no le podiamos negar, y con esto ahorramos el tormento que aqui llaman tortura. Sustanciose el processo, dandose mas prissa a ello de la que quisieramos; ya está concluso, y nosotros sentenciados a destierro, sino que es desta vida para la otra. Digo, señor, que estamos sentenciados a ahorcar, de lo que está tan pesarosa la Talauerana, que no lo puede lleuar en paciencia, la qual besa a vuessa merced las manos, y a mi señora Constança, y del señor Periandro, y a mi señora Auristela, y dize que ella se holgara de estar libre para yr a besarselas a vuessas mercedes a sus casas. Dize tam-

bien que, si la sin par Auristela pone aldas en cinta, y quiere tomar a su cargo nuestra libertad, que le será facil, porque ¿que pedira su grande hermosura que no lo alcance, aunque la pida a la dureza misma? Y añade mas, y es que, si vuessas mercedes no pudieren alcançar el perdon, a lo menos, procuren alcançar el lugar de la muerte, y que, como ha de ser en Roma, sea en España; porque está informada la moça que aqui no lleuan los ahorcados con la autoridad conueniente, porque van a pie, y apenas los vee nadie; y assi, apenas ay quien les reze vna auemaria, especialmente si son españoles los que ahorcan; y ella querria, si fuesse possible, morir en su tierra y entre los suyos, donde no faltaria algun pariente que de compassion le cerrasse los ojos. Yo tambien digo lo mismo, porque soy amigo de acomodarme a la razon, porque estoy tan mohino en esta carcel, que, a trueco de escusar la pesadumbre que me dan las chinches en ella, tomaria por buen partido que me sacassen a ahorcar mañana. Y aduierto a vuessa merced, señor mio, que los juezes desta tierra no desdizen nada de los de España: todos son cortesses y amigos de dar y recebir cosas justas, y que, quando no ay parte que solicite la justicia, no dexan de llegarse a la misericordia, la qual, si reyna en todos los valerosos pechos de vuessas mercedes, que si deue de reynar, sugeto ay en nosotros en que se muestre, pues estamos en tierra agena, presos en la carcel, comidos de chinches y de otros animales inmundos, que son

muchos por pequeños, y enfa(n)dan como si fuessen grandes. Y, sobre todo, nos tienen ya en cueros y en la quinta essencia de la necessidad solicitadores, procuradores y escriuanos, de quien Dios nuestro señor nos libre por su infinita bondad. Amén.

„Aguardando la respuesta quedamos, con tanto desseo de recebirla buena, como le tienen los zigoñinos en la torre, esperando el sustento de sus madres.„

Y firmaua: "El desdichado Bartolome Manchego.„

En estremo dio la carta gusto a los dos que la auian leydo, y en estremo les fatigò su aflicion, y luego, diziendole al que la auia lleuado dixesse al preso que se consolasse y tuuiesse esperança de su remedio, porque Auristela y todos ellos, con todo aquello que dadiuas y promessas pudiessen, le procurarian, y al punto fabricaron las diligencias que auian de hazerse. La primera fue que Croriano hablasse al embaxador de Francia, que era su pariente y amigo, para que no se executasse la pena tan presto, y diesse lugar el tiempo a que le tuuiessen los ruegos y las solicitudes; determinò tambien Antonio de escriuir otra carta, en respuesta de la suya, a Bartolome, con que de nueuo se renouasse el gusto que les auia dado la suya; pero, comunicando este pensamiento con Auristela y con su hermana Constança, fueron las dos de parecer que no se la escriuiesse, porque

a los afligidos no se ha de añadir aflicion, y podria ser que tomassen las burlas por veras, y se afligiessen con ellas. Lo que hizieron, dexar todo el cargo de aquella negociacion sobre los ombros y diligencia de Croriano, y en las de Ruperta, su esposa, que se lo rogo ahincadamente, y en seys dias ya estauan en la calle Bartolome y la Talauerana: que, adonde interuiene el fauor y las dadiuas, se allanan los riscos y se deshazen las dificultades.

En este tiempo, le tuuo Auristela de informarse de todo aquello que a ella le parecia que le faltaua por saber de la fe catolica; a lo menos, de aquello que en su patria escuramente se platicaua. Hallò con quien comunicar su desseo por medio de los penitenciarios, con quien hizo su confession entera, verdadera y llana, y quedò enseñada y satisfecha de todo lo que quiso, porque los tales penitenciarios, en la mejor forma que pudieron, le declararon todos los principales y mas conuenientes misterios de nuestra fe. Començaron desde la inuidia y soberuia de Lucifer, y de su caida con la tercera parte de las estrellas, que cayeron con el en los abismos (*); caida que dexò vacas y vazias las sillas del cielo, que las perdieron los angeles malos por su necia culpa. Declararonle el medio que Dios tuuo para llenar estos assientos, criando al hombre, cuya alma es capaz de la gloria que los angeles malos perdieron. Discurrieron por la verdad de la creacion del hombre y del mundo, y por el misterio sagrado y amoroso de la Encar-

nacion, y, con razones sobre la razon misma, bosquexaron el profundissimo misterio de la santissima Trinidad. Contaron cómo conuino que la segunda persona de las tres, que es la del Hijo, se hiziesse hombre, para que, como hombre, Dios pagasse por el hombre, y Dios pudiesse pagar como Dios, cuya vnion hipostatica sólo podia ser bastante para dexar a Dios satisfecho de la culpa infinita cometida, que Dios infinitamente se auia de satisfazer, y el hombre, finito por si, no podia, y Dios, en si solo, era incapaz de padecer; pero, juntos los dos, llegò el caudal a ser infinito, y assi lo fue la paga. Mostraronle la muerte de Christo, los trabajos de su vida, desde que se mostro en el pesebre hasta que se puso en la Cruz. Exageraronle la fuerça y eficacia de los Sacramentos, y señalaron con el dedo la segunda tabla de nuestro naufragio, que es la penitencia, sin la qual no ay abrir la senda del cielo, que suele cerrar el pecado. Mostraronle assimismo a Iesu Christo, Dios viuo, sentado a la diestra del Padre, estando tan viuo y entero como en el cielo, sacramentado en la tierra, cuya santissima presencia no la puede diuidir ni apartar ausencia alguna, porque vno de los mayores atributos de Dios, que todos son yguales, es el estar en todo lugar, por potencia, por essencia y por presencia. Asseguraronle infaliblemente la venida deste Señor a juzgar el mundo sobre las nubes del cielo, y assimismo la estabilidad y firmeza de su Iglesia, contra quien pueden poco las puertas o,

por mejor dezir, las fuerças del infierno. Trataron del poder del sumo Pontifice, visorrey de Dios en la tierra y llauero del cielo. Finalmente, no les quedò por dezir cosa que vieron que conuenia para darse a entender, y para que Auristela y Periandro los entendiessen. Estas liciones ansi alegraron sus almas, que las sacò de si mismas y se las lleuò a que passeassen los cielos, porque sólo en ellos pusieron sus pensamientos.

CAPITVLO SEXTO

DEL QUARTO LIBRO

Con otros ojos se miraron de alli adelante Auristela y Periandro; a lo menos, con otros ojos miraua Periandro a Auristela, pareciendole que ya ella auia cumplido el voto que la traxo a Roma, y que podia, libre y desembaraçadamente, recebirle por esposo. Pero si medio gentil amaua Auristela la honestidad, despues de cathequizada la adoraua, no porque viesse yua contra ella en casarse, sino por no dar indicios de pensamientos blandos, sin que precediessen antes, o fuerças, o ruegos. Tambien estaua mirando si por alguna parte le descubria el cielo alguna luz que le mostrasse lo que auia de hazer despues de casada, porque pensar voluer a su tierra, lo tenia por temeridad y por disparate, a causa que el hermano de Periandro, que la tenia destinada para ser su esposa, quiça, viendo burladas sus esperanças, tomaria en ella y en su hermano Periandro vengança de su agrauio. Estos pensamientos y temores, la traian algo flaca y algo pensatiua.

Las damas francessas visitaron los templos y anduuieron las estaciones con pompa y magestad, porque Croriano, como se ha dicho, era pariente del embaxador de Francia, y no les

faltò cosa que para mostrar illustre decoro fuesse necessaria, lleuando siempre consigo Auristela y a Constança, y ninguna vez salian de casa, que no las seguia casi la mitad del pueblo de Roma. Y sucedio que, passando vn dia por vna calle que se llama Bancos (*), vieron en vna pared bella vn retrato entero de pies a cabeça de vna muger que tenia vna corona en la cabeça, aunque partida por medio la corona, y a los pies vn mundo, sobre el qual estaua puesta, y apenas la huuieran visto, quando conocieron ser el rostro de Auristela, tan al viuo dibujado, que no les puso en duda de conocerla. Preguntò Auristela, admirada, cúyo era aquel retrato, y si se vendia a caso. Respondiole el dueño—que, segun despues se supo, era vn famoso pintor—que el vendia aquel retrato, pero no sabía de quien fuesse; sólo sabía que otro pintor, su amigo, se le auia hecho copiar en Francia, el qual le auia dicho ser de vna donzella estrangera que en habitos de peregrina passaua a Roma.

—¿Que significa—respondio Auristela—auerla pintado con corona en la cabeça, y los pies sobre aquella esfera, y mas, estando la corona partida?

—Esso, señora—dixo el dueño—, son fantasias de pintores, o caprichos, como los llaman; quiça quieren dezir que esta donzella merece lleuar la corona de hermosura, que ella va hollando en aquel mundo; pero yo quiero dezir que dize que vos, señora, soys su original, y que

mereceys corona entera, y no mundo pintado, sino real y verdadero.

—¿Que pedis por el retrato?—preguntò Constança.

A lo que respondio el dueño:

—Dos peregrinos estan aqui, que el vno dellos me ha ofrecido mil escudos de oro, y el otro dize que no le dexará por ningun dinero. Yo no he concluydo la venta, por parecerme que se estan burlando, porque la essorbitancia del ofrecimiento me haze estar en duda.

—Pues no lo esteis—replicò Constança—, que essos dos peregrinos, si son los que yo imagino, bien pueden doblar el precio y pagaros a toda vuestra satisfacion.

Las damas francessas, Ruperta, Croriano y Periandro, quedaron atonitos de ver la verdadera imagen del rostro de Auristela en el del retrato. Cayo la gente que el retrato miraua en que parecia al de Auristela, y poco a poco començo a salir vna voz, que todos y cada vno de por si afirmaua:

—Este retrato que se vende, es el mismo de esta peregrina que va en este coche; ¿para que queremos ver al traslado, sino al original?

Y assi, començaron a rodear el coche, que los cauallos no podian yr adelante ni voluer atras, por lo qual dixo Periandro:

—Auristela, hermana, cubrase el rostro con algun velo, porque tanta luz ciega, y no nos dexa ver por donde caminamos.

Hizolo assi Auristela, y passaron adelante;

pero no por esto dexò de seguirlos mucha gente, que esperauan a que se quitasse el velo para verla como desseaua. Apenas se huuo quitado de alli el coche, quando se llegò al dueño del retrato Arnaldo, en sus habitos de peregrino, y dixo:

—Yo soy el que os ofreci los mil escudos por este retrato: si le quereys dar, traedle, y venidos conmigo, que yo os los dare luego de oro en oro.

A lo que otro peregrino, que era el duque de Nemurs, dixo:

—No repareys, hermano, en precio, sino venios conmigo, y proponed en vuestra imaginacion el que quisieredes, que yo os le dare luego de contado.

—Señores—respondio el pintor—, concertaos los dos en qual le ha de lleuar, que yo no me desconcertaré en el precio, puesto que pienso que antes me aueys de pagar con el desseo que con la obra.

A estas pláticas estaua atenta mucha gente, esperando en que auia de parar aquella compra; porque ver ofrecer millaradas de ducados a dos, al parecer, pobres peregrinos, pareciales cosa de burla. En esto dixo el dueño:

—El que le quisiere, deme señal, y guie, que yo ya le descuelgo para lleuarsele.

Oyendo lo qual, Arnaldo puso la mano en el seno, y sacò vna cadena de oro, con vna joya de diamantes que de ella pendia, y dixo:

—Tomad esta cadena, que, con esta joya,

vale mas de dos mil escudos, y traedme el retrato.

—Esta vale diez mil—dixo el duque, dandole vna de diamantes al dueño del retrato—, y traedmele a mi casa.

—¡Santo Dios!—dixo vno de los circunstantes—. ¿Que retrato puede ser este, que hombres estos, y que joyas estas? Cosa de encantamento parece aquesta; por esso os auiso, hermano pintor, que deys vn toque a la cadena, y hagays esperiencia de la fineza de las piedras, antes que deys vuestra hazienda, que podria ser que la cadena y las joyas fuessen falsas; porque el encarecimiento que de su valor han hecho, bien se puede sospechar.

Enojaronse los principes; pero, por no echar mas en la calle sus pensamientos, consintieron en que el dueño del retrato se enterasse en la verdad del valor de las joyas. Andaua rebuelta toda la gente de Bancos, vnos admirando el retrato, otros preguntando quien fuessen los peregrinos, otros mirando las joyas, y todos atentos, esperando en quien auia de quedar con el retrato, porque les parecia que estauan de parecer los dos peregrinos de no dexarle por ningun precio; dierale el dueño por mucho menos de lo que le ofrecian, si se le dexaran vender libremente. Passò en esto por Bancos el gouernador de Roma, oyo el murmurio de la gente, preguntò la causa, vio el retrato, y vio las joyas; y, pareciendole ser prendas de mas que de ordinarios peregrinos, esperando descubrir algun secreto,

las hizo depositar, y lleuar el retrato a su casa, y prender a los peregrinos.

Quedòse el pintor confuso, viendo menoscabadas sus esperanças, y su hazienda en poder de la justicia, donde jamas entrò alguna que, si saliesse, fuesse con aquel lustre con que auia entrado. Acudio el pintor a buscar a Periandro y a contarle todo el sucesso de la venta, y del temor que tenia no se quedasse el gouernador con el retrato, el qual, de vn pintor que le auia retratado en Portugal de su original, le auia el comprado en Francia, cosa que le parecio a Periandro possible, por auer sacado otros muchos en el tiempo que Auristela estuuo en Lisboa. Con todo esso, le ofrecio por el cien escudos, con que quedasse a su riesgo el cobrar. Contentóse el pintor, y aunque fue tan grande la baxa de ciento a mil, le tuuo por bien vendido y mejor pagado.

Aquella tarde, juntandose con otros españoles peregrinos, fue a andar las siete iglesias, entre los quales peregrinos acerto a encontrarse con el poeta que dixo el soneto al descubrirse Roma; conocieronse, y abraçaronse, y preguntaronse de sus vidas y sucessos. El poeta peregrino le dixo que, el dia antes, le auia sucedido vna cosa digna de contarse por admirable, y fue que, auiendo tenido noticia de que vn monseñor clerigo de la Camara, curioso y rico, tenia vn museo el mas extraordinario que auia en el mundo, porque no tenia figuras de personas que efectiuamente huuiessen sido ni entonces lo fuessen,

sino vnas tablas preparadas para pintarse en ellas los personages illustres que estauan por venir, especialmente los que auian de ser en los venideros siglos poetas famosos, entre las quales tablas auia visto dos, que en el principio de ellas estaua escrito en la vna "Torquato Tasso„, y mas abaxo vn poco dezia *Ierusalen libertada;* en la otra estaua escrito "Zarate„, y mas abaxo, *Cruz y Constantino.* "Preguntéle al que me las enseñaua que significauan aquellos nombres. Respondiome que se esperaua que presto se auia de descubrir en la tierra la luz de vn poeta, que se auia de llamar Torquato Tasso, el qual auia de cantar Ierusalen recuperada con el mas heroyco y agradable plectro que hasta entonces ningun poeta huuiesse cantado; y que casi luego le auia de suceder vn español llamado Francisco Lopez Duarte (*), cuya voz auia de llenar las quatro partes de la tierra, y cuya armonia auia de suspender los coraçones de las gentes, contando la inuencion de la Cruz de Christo, con las guerras del emperador Constantino; poema verdaderamente heroyco y religioso, y digno del nombre de poema.„

A lo que replicó Periandro:

—Duro se me haze de creer que de tan atras se tome el cargo de adereçar las tablas donde se ayan de pintar los que estan por venir, que, en efeto, en esta ciudad, cabeça del mundo, estan otras marauillas de mayor admiracion. ¿Y aura otras tablas adereçadas para mas poetas venideros?—preguntò Periandro.

—Si—respondio el peregrino—; pero no quise detenerme a leer los titulos, contentandome con los dos primeros; pero assi, a bulto, miré tantos, que me doy a entender que la edad, quando estos vengan, que, segun me dixo el que me guiaua, no puede tardar, ha de ser grandissima la cosecha de todo genero de poetas. Encaminelo Dios como el fuere mas seruido.

—Por lo menos—respondio Periandro—, el año que es abundante de poesia, suele serlo de hambre; porque damele poeta, y dartele he pobre, si ya la naturaleza no se adelanta a hazer milagros; y siguese la consequencia: ay muchos poetas, luego ay muchos pobres; ay muchos pobres, luego caro es el año.

En esto yuan hablando el peregrino y Periandro, quando llegò a ellos Zabulon el iudio, y dixo a Periandro que aquella tarde le queria lleuar a ver a Hipolita la Ferraressa, que era vna de las mas hermosas mugeres de Roma y aun de toda Italia. Respondiole Periandro que yria de muy buena gana, lo qual no le respondiera si, como le informò de la hermosura, le informara de la calidad de su persona; porque la alteza de la honestidad de Periandro, no se abalançaua ni abatia a cosas baxas, por hermosas que fuessen: que en esto la naturaleza auia hecho yguales y formado en vna misma turquessa a el y a Auristela, de la qual se recatò para yr a ver a Hipolita, a quien el iudio le lleuò mas por engaño que por voluntad: que tal vez la curiosidad haze tropeçar y caer de ojos al mas honesto recato.

CAPITVLO SEPTIMO

DEL QUARTO LIBRO

Con la buena criança, con los ricos ornamentos de la persona, y con los adereços y pompa de la casa, se cubren muchas faltas; porque no es possible que la buena criança ofenda, ni el rico ornato enfade, ni el adereço de la casa no contente. Todo esto tenia Hipolita, dama cortessana, que en riquezas podia competir con la antigua Flora, y en cortesia, con la misma buena criança. No era possible que fuesse estimada en poco de quien la conocia, porque con la hermosura encantaua, con la riqueza se hazía estimar, y con la cortesia, si assi se puede dezir, se hazía adorar. Quando el amor se viste de estas tres calidades, rompe los coraçones de bronze, abre las bolsas de hierro, y rinde las voluntades de marmol; y mas si a estas tres cosas se les añade el engaño y la lisonja, atributos conuenientes para las que quieren mostrar a la luz del mundo sus donayres. ¿Ay, por ventura, entendimiento tan agudo en el mundo, que, estando mirando vna de estas hermosas que pinto, dexando a vna parte las de su belleza, se ponga a discurrir las de su humilde trato? La hermosura, en parte ciega, y en parte alumbra: tras la que ciega, corre el gusto; tras la que alumbra, el pensar en

la enmienda. Ninguna de estas cosas considerò Periandro al entrar en casa de Hipolita; pero como tal vez sobre descuydados cimientos suele leuantar amor sus maquinas, esta sin pensamiento alguno se fabricò, no sobre la voluntad de Periandro, sino en la de Hipolita: que, con estas damas que suelen llamar del vicio, no es menester trabajar mucho para dar con ellas, donde se arrepientan sin arrepentirse.

Ya auia visto Hipolita a Periandro en la calle, y ya le auia hecho mouimientos en el alma su bizarria, su gentileza, y, sobre todo, el pensar que era español, de cuya condicion se prometia dadiuas impossibles y concertados gustos; y estos pensamientos los auia comunicado con Zabulon, y rogadole se lo traxesse a casa, la qual tenia tan adereçada, tan limpia y tan compuesta, que mas parecia que esperaua ser talamo de bodas, que acogimiento de peregrinos. Tenia la señora Hipolita—que con este nombre la llamauan en Roma, como si lo fuera—vn amigo llamado Pirro Calabres, hombre acuchillador, impaciente, facinoroso, cuya hazienda libraua en los filos de su espada, en la agilidad de sus manos, y en los engaños de Hipolita, que muchas vezes con ellos alcançaua lo que queria, sin rendirse a nadie; pero en lo que mas Pirro aumentaua su vida, era en la diligencia de sus pies, que lo estimaua en mas que las manos, y de lo que el mas se preciaua, era de traer siempre assombrada a Hipolita en qualquiera condicion que se le mostrasse, ora fuesse amorosa, ora fuesse as-

pera: que nunca les falta a estas palomas duendas milanos que las persigan ni paxaros que las despedacen: ¡miserable trato de esta mundana y simple gente! Digo, pues, que este cauallero, que no tenia de serlo mas que el nombre, se hallò en casa de Hipolita al tiempo que entraron en ella el iudio y Periandro. Apartóle a parte Hipolita, y dixole:

—Vete con Dios, amigo, y lleuate esta cadena de oro de camino que este peregrino me embiò con Zabulon esta mañana.

—Mira lo que hazes, Hipolita—respondio Pirro—, que, a lo que se me trasluze, este peregrino es español; y soltar el de su mano, sin auer tocado la tuya, esta cadena, que deue de valer cien escudos, gran cosa me parece, y mil temores me sobresaltan.

—Lleuate tu, ¡o Pirro!, la cadena, y dexame a mi el cargo de sustentarla y de no voluerla, a pesar de todas sus españolerias.

Tomò la cadena, que le dio Hipolita, Pirro, que para el efeto la auia hecho comprar aquella mañana, y, sellandole la boca con ella, mas que de paso le hizo salir de casa. Luego, Hipolita, libre y desembaraçada de su corma, suelta de sus grillos, se llegò a Periandro, y, sin desenfado y con donayre, lo primero que hizo fue echarle los braços al cuello, diziendole:

—En verdad, que tengo de ver si son tan valientes los españoles como tienen la fama.

Quando Periandro vio aquella desemboltura, creyo que toda la casa se le auia caido a cues-

tas; y, poniendole la mano delante el pecho a Hipolita, la detuuo y la apartò de si, y le dixo:

—Estos habitos que visto, señora Hipolita, no permiten ser profanados, o, a lo menos, yo no lo permitire en ninguna manera; y los peregrinos, aunque sean españoles, no estan obligados a ser valientes quando no les importa; pero mirad vos, señora, en que quereis que muestre mi valor, sin que a los dos perjudique, y sereis obedecida, sin replicaros en nada.

—Pareceme—respondio Hipolita—, señor peregrino, que ansi lo soys en el alma como en el cuerpo; pero, pues, segun dezis que hareys lo que os dixere, como a ninguno de los dos perjudique, entraos conmigo en esta quadra, que os quiero enseñar vna lonja y vn camarin mio.

A lo que respondio Periandro:

—Aunque soy español, soy algun tanto medroso, y mas os temo a vos sola, que a vn exercito de enemigos. Hazed que nos haga otro la guia, y lleuadme do quisieredes.

Llamò Hipolita a dos donzellas suyas y a Zabulon el iudio, que a todo se hallò presente, y mandólas que guiassen a la lonja. Abrieron la sala, y, a lo que despues Periandro dixo, estaua la mas bien aderezada que pudiesse tener algun principe rico y curioso en el mundo. Parrasio, Polignoto, Apeles, Ceuxis y Timantes, tenian alli lo perfecto de sus pinzeles, comprado con los tesoros de Hipolyta, acompañados de los del deuoto Rafael de Vrbino, y de los del diuino Micael Angelo: riquezas donde las de vn gran

principe deuen y pueden mostrarse. Los edificios reales, los alcaçares soberuios, los templos magnificos y las pinturas valientes, son propias y verdaderas señales de la magnanimidad y riqueza de los principes, prendas, en efeto, contra quien el tiempo apresura sus alas y apresta su carrera, como a emulas suyas, que, a su despecho, estan mostrando la magnificencia de los passados siglos. ¡O Hipolyta, sólo buena por esto! Si entre tantos retratos que tienes, tuuieras vno de tu buen trato, y dexaras en el suyo a Periandro, que, assombrado, atonito y confuso, andaua mirando en que auia de parar la abundancia que en la lonja veia en vna limpissima mesa, que de cabo a cabo la tomaua la musica que de diuersos generos de paxaros en riquissimas jaulas estauan, haziendo vna confusa, pero agradable armonia. En fin, a el le parecio que todo quanto auia oydo dezir de los huertos Esperide(l)os, de los de la maga Falerina, de los pensiles famosos, ni de todos los otros que por fama fuessen conocidos en el mundo, no llegauan al adorno de aquella sala y de aquella lonja. Pero como el andaua con el coraçon sobresaltado, que bien aya su honestidad, que se le aprensaua entre dos tablas, no se le mostrauan las cosas como ellas eran; antes, cansado de ver cosas de tanto deleyte, y enfadado de ver que todas ellas se encaminauan contra su gusto, dando de mano a la cortesia, prouo a salirse de la lonja, y se saliera si Hipolyta no se lo estoruara, de manera que le fue forçoso mostrar con

las manos asperas palabras algo descortesses. Trauò de la esclauina de Periandro, y, abriendole el jubon, le descubrio la cruz de diamantes, que de tantos peligros hasta alli auia escapado, y assi deslumbrò la vista a Hipolyta, como el entendimiento, la qual, viendo que se le yua, ha despecho de su blanda fuerça, dio en vn pensamiento que, si le supiera reualidar y apoyar algun tanto mejor, no le fuera bien dello a Periandro; el qual, dexando la esclauina en poder de la nueua egypcia, sin sombrero, sin bordon, sin ceñidor ni esclauina, se puso en la calle: que el vencimiento de tales batallas, consiste mas en el huyr que en el esperar. Pusose ella assimismo a la ventana, y a grandes vozes començo a apellidar la gente de la calle, diziendo:

—¡Tenganme a esse ladron, que, entrando en mi casa como humano, me ha robado vna prenda diuina que vale vna ciudad!

Acertaron a estar en la calle dos de la guarda del Pontifice, que dizen pueden prender en fragante, y como la voz era de ladron, facilitaron su dudosa potestad y prendieron a Periandro; echaronle mano al pecho, y, quitandole la cruz, le santiguaron con poca decencia: paga que da la justicia a los nueuos delinquentes, aunque no se les aberigue el delito. Viendose, pues, Periandro puesto en cruz, sin su cruz, dixo a los tudescos en su misma lengua que el no era ladron, sino persona principal, y que aquella cruz era suya, y que viessen que su riqueza no la podia hazer de Hipolyta, y que les roga-

ua le lleuassen ante el gouernador, que el esperaua con breuedad aueriguar la verdad de aquel caso. Ofrecioles dineros, y con esto, y con auelles hablado en su lengua, con que se reconcilian los animos que no se conocen, los tudescos no hizieron caso de Hipolyta, y assi, lleuaron a Periandro delante del gouernador, viendo lo qual Hipolyta, se quitò de la ventana, y, casi arañandose el rostro, dixo a sus criadas:

—¡Ay, hermanas, y que necia he andado! A quien pensaua regalar, he lastimado; a quien pensaua seruir, he ofendido; preso va por ladron el que lo ha sido de mi alma; mirad que caricias, mirad que halagos son hazer prender al libre y disfamar al honrado.

Y luego les conto cómo lleuauan preso al peregrino dos de la guarda del Papa. Mandò assimismo que la aderezassen luego el coche, que queria yr en su seguimiento y disculpalle, porque no podia sufrir su coraçon verse herir en las mismas niñas de sus ojos, y que antes queria parecer testimoñera que cruel: que de la crueldad no tendria disculpa, y del testimonio si, echando la culpa al amor, que por mil disparates descubre y manifiesta sus desseos, y haze mal a quien bien quiere. Cuando ella llegò en casa del gouernador, le hallò con la cruz en las manos, examinando a Periandro [sobre] el caso, el qual, como vio a Hipolyta, dixo al gouernador:

—Esta señora que aqui viene, ha dicho que essa cruz que vuessa merced tiene, yo se la he

robado, y yo dire que es verdad, quando ella dixere de que es la cruz, que valor tiene, y quantos diamantes la componen; porque si no es que se lo dizen los angeles o alguno otro espiritu que lo sepa, ella no lo puede saber, porque no la ha visto sino en mi pecho, y vna vez sola.

—¿Que dize la señora Hipolyta a esto?—dixo el gouernador.

Y esto cubriendo la cruz, porque no tomasse las señas della. La qual respondio:

—Con dezir que estoy enamorada, ciega y loca, quedará este peregrino disculpado, y yo esperando la pena que el señor gouernador quisiere darme por mi amoroso delito.

Y le conto punto por punto lo que con Periandro le auia passado, de lo que se admirò el gouernador, antes del atreuimiento que del amor de Hipolyta: que de semejantes sujetos son propios los lasciuos disparates. Afeóle el caso, pidio a Periandro la perdonasse, diole por libre, y voluiole la cruz, sin que en aquella causa se escriuiesse letra alguna, que no fue ventura poca. Quisiera saber el gouernador quien eran los peregrinos que auian dado las joyas en prendas del retrato de Auristela, y assimismo quien era el, y quien Auristela. A lo que respondio Periandro:

—El retrato es de Auristela, mi hermana; los peregrinos pueden tener joyas mucho mas ricas; esta cruz es mia; y quando me de el tiempo lugar, y la necessidad me fuerce, dire quien soy:

que el dezirlo agora no está en mi voluntad, sino en la de mi hermana. El retrato que vuessa merced tiene, ya se le tengo comprado al pintor por precio conuenible, sin que en la compra ayan interuenido pujas, que se fundan mas en rancor y en fantasia que en razon.

El gouernador dixo que el se queria quedar con el por el tanto, por añadir con el a Roma cosa que auentajasse a las de los mas excelentes pintores que la hazian famosa.

—Yo se le doy a vuessa merced—respondio Periandro—, por parecerme que, en darle tal dueño, le doy la honra possible.

Agradecioselo el gouernador, y aquel dia dio por libres a Arnaldo y a el duque, y les voluio sus joyas, y el se quedò con el retrato, porque estaua puesto en razon que se auia de quedar con algo.

CAPITVLO OCTAVO

DEL QUARTO LIBRO

Mas confusa que arrepentida voluio Hipolyta a su casa; pensatiua, ademas, y ademas enamorada: que, aunque es verdad que en los principios de los amores los desdenes suelen ser parte para acabarlos, los que vsò con ella Periandro, le auiuaron mas los dess[e]os. Pareciale a ella que no auia de ser tan de bronce vn peregrino, que no se ablandasse con los regalos que pensaua hazerle; pero, hablando consigo, se dixo a si misma:

—Si este peregrino fuera pobre, no truxera consigo cruz tan rica, cuyos muchos y ricos diamantes siruen de claro sobrescrito de su riqueza: de modo que la fuerça desta roca no se ha de tomar por hambre; otros ardides y mañas son menester para rendirla. ¿No sería possible que este moço tuuiesse en otra parte ocupada el alma? ¿No sería possible que esta Auristela no fuesse su hermana? ¿No sería possible que las finezas de los desdenes que vsa conmigo, los quisiesse assentar y poner en cargo a Auristela? ¡Valame Dios, que me parece que en este punto he hallado el de mi remedio! ¡Alto! ¡Muera Auristela; descubrasse este encantamento; a lo menos, veamos el sentimiento que este montaraz

coraçon haze; pongamos siquiera en plática este dissignio; enferme Auristela; quitemos su sol delante de los ojos de Periandro; veamos si, faltando la hermosura, causa primera de adonde el amor nace, falta tambien el mismo amor: que podria ser que, dando yo lo que a este le quitare quitandole a Auristela, viniesse a reduzirse a tener mas blandos pensamientos; por lo menos, prouarlo tengo, ateniendome a lo que se dize que no daña el tentar las cosas que descubren algun rastro de prouecho!

Con estos pensamientos, algo consolada, llegò a su casa, donde hallò a Zabulon, con quien comunicò todo su dissignio, confiada en que tenia vna muger de la mayor fama de echizera que auia en Roma, pidiendole, auiendo antes precedido dadiuas y promessas, hiziesse con ella, no que mudasse la voluntad de Periandro, pues sabía que esto era impossible, sino que enfermasse la salud de Auristela, y, con limitado término, si fuesse menester, le quitasse la vida. Esto dixo Zabulon ser cosa facil al poder y, sabiduria de su muger. Recibio no se quanto por primera paga, y prometio que desde otro dia començaria la quiebra de la salud de Auristela. No solamente Hipolyta satisfizo a Zabulon, sino amenazóle assimismo; y a vn iudio, dadiuas o amenazas le hazen prometer, y aun hazer impossibles.

Periandro conto a Croriano, Ruperta, a Auristela y a las tres damas francessas, a Antonio y a Constança, su prision, los amores de

Hipolyta, y la dadiua que auia hecho del retrato de Auristela al gouernador. No le contentò nada a Auristela los amores de la cortessana, porque ya auia oydo dezir que era vna de las mas hermosas mugeres de Roma, de las mas libres, de las mas ricas y mas discretas, y las musarañas de los zelos, aunque no sea mas de vna, y sea mas pequeña que vn mosquito, el miedo la representa en el pensamiento de vn amante mayor que el monte Olimpo; y quando la honestidad ata la lengua, de modo que no puede quexarse, da tormento al alma con las ligaduras del silencio, de modo que a cada passo anda buscando salidas para dexar la vida del cuerpo. Segun otra vez se ha dicho, ninguno otro remedio tienen los zelos que oyr disculpas; y quando estas no se admiten, no ay que hazer caso de la vida, la qual perdiera Auristela mil vezes, antes que formar vna quexa de la fee de Periandro.

Aquella noche fue la primera vez que Bartolome y la Talauerana fueron a visitar a sus señores, no libres, aunque ya lo estauan de la carcel, sino atados con mas duros grillos, que eran los del matrimonio, pues se auian casado: que la muerte del polaco puso en libertad a Luysa, y a el le truxo su destino a venir peregrino a Roma. Antes de llegar a su patria, hallò en Roma a quien no traia intencion de buscar, acordandosele de los consejos que en España le auia dado Periandro; pero no pudo estoruar su destino, aunque no le fabricò por su voluntad. Aquella noche, assimismo, visitò Arnaldo a todas aque-

llas señoras, y dio cuenta de algunas cosas que en el voluer a buscarles, despues que apaciguò la guerra de su patria, le auian sucedido. Conto cómo llegò a la isla de las Ermitas, donde no auia hallado a Rutilio, sino a otro ermitaño en su lugar, que le dixo que Rutilio estaua en Roma; dixo assimismo que auia tocado en la isla de los pescadores, y hallado en ella, libres, sanas y contentas, a las desposadas y a los demas que con Periandro, segun ellos dixeron, se auian embarcado; conto cómo supo de oydas que Policarpa era muerta, y Sinforosa no auia querido casarse; dixo cómo se tornaua a poblar la isla barbara, confirmandose sus moradores en la creencia de su falsa profecia; aduirtio cómo Mauricio y Ladislao, su yerno, con su hija Transila, auian dexado su patria, y passadose a viuir mas pacificamente a Inglaterra; dixo tambien cómo auia estado con Leopoldio, rey de los danaos (*), despues de acabada la guerra, el qual se auia casado por dar sucession a su reyno, y que auia perdonado a los dos traydores que lleuaua presos quando Periandro y sus pescadores le encontraron, de quien mostro estar muy agradecido, por el buen término y cortesia que con el tuuieron; y, entre los nombres que le era forçoso nombrar en su discurso, tal vez tocaua con el de los padres de Periandro, y tal con los de Auristela, con que les sobresaltaua los coraçones y les traia a la memoria assi grandezas como desgracias. Dixo que en Portugal, especialmente en Lisboa, eran en suma estimacion tenidos sus

retratos; conto assimismo la fama que dexauan en Francia, en todo aquel camino, la hermosura de Constança y de aquellas señoras damas francessas; dixo cómo Croriano auia grangeado opinion de generoso y de discreto en auer escogido a la sin par Ruperta por esposa; dixo assimismo cómo en Luca se hablaua mucho en la sagazidad de Ysabela Castrucho, y en los breues amores de Andrea Marulo, a quien con el demonio fingido truxo el cielo a viuir vida de angeles; conto cómo se tenia por milagro la cayda de Periandro, y cómo dexaua en el camino a vn mancebo, peregrino poeta, que no quiso adelantarse con el, por venirse despacio, componiendo vna comedia de los sucessos de Periandro y Auristela, que los sabía de memoria por vn lienço que auia visto en Portugal, donde se auian pintado, y que traia intencion firmissima de casarse con Auristela, si ella quisiesse.

Agradeciole Auristela su buen proposito, y aun desde alli le ofrecio darle para vn vestido, si acaso llegasse roto: que vn desseo de vn buen poeta, toda buena paga merece.

Dixo tambien que auia estado en casa de la señora Constança y Antonio, y que sus padres y abuelos estauan buenos, y sólo fatigados de la pena que tenian de no saber de la salud de sus hijos, desseando voluiesse la señora Constança a ser esposa del conde, su cuñado, que queria seguir la discreta eleccion de su hermano, o ya por no dar los veynte mil ducados, o

ya por el merecimiento de Constança, que era lo mas cierto, de que no poco se alegraron todos, especialmente Periandro y Auristela, que como a sus hermanos los querian.

Desta plática de Arnaldo (*) se engendraron en los pechos de los oyentes nueuas sospechas de que Periandro y Auristela deuian de ser grandes personages, porque, de tratar de casamientos de condes y de millaradas de ducados, no podian nacer sino sospechas illustres y grandes. Conto tambien cómo auia encontrado en Francia a Renato, al cauallero frances vencido en la batalla contra derecho, y libre y vitorioso por la conciencia de su enemigo. En efeto: pocas cosas quedaron, de las muchas que en el galan progresso desta historia se han contado, en quien el se huuiesse hallado, pues, que alli no las voluiesse a traer a la memoria, trayendo tambien la que tenia de quedarse con el retrato de Auristela, que tenia Periandro contra la voluntad del duque y contra la suya, puesto que dixo que, por no dar enojo a Periandro, dissimularia su agrauio.

—Ya le huuiera yo deshecho—respondio Periandro—, voluiendo, señor Arnaldo, el retrato, si entendiera fuera vuestro. La ventura y su diligencia se le dieron al duque; vos se le quitastes por fuerça; y assi, no teneys de que quexaros. Los amantes estan obligados a no juzgar sus causas por la medida de sus desseos, que tal vez no los han de satisfazer, por acomodarse con la razon, que otra cosa les manda. Pero yo hare

de manera que, no quedando vos, señor Arnaldo, contento, el duque quede satisfecho, y serà con que mi hermana Auristela se quede con el retrato, pues es mas suyo que de otro alguno.

Satisfizole a Arnaldo el parecer de Periandro, y ni mas ni menos a Auristela. Con esto cessò la plática, y, otro dia por la mañana, començaron a obrar en Auristela los echizos, los venenos, los encantos, y las malicias de la Iulia, muger de Zabulon.

CAPITVLO NONO

DEL QUARTO LIBRO

No se atreuio la enfermedad a acometer rostro a rostro a la belleza de Auristela, temerosa no espantasse tanto la hermosura la fealdad suya; y assi, la acometio por las espaldas, dandole en ellas vnos calosfrios, al amanecer, que no la dexaron leuantar aquel dia; luego, luego se le quitò la gana de comer, y començo la vieza de sus ojos a amortiguarse, y el desmayo, que con el tiempo suele llegar a los enfermos, sembro en vn punto por todos los sentidos de Constança, haziendo el mismo efeto en los de Periandro, que luego se alborotaron y temieron todos los males possibles, especialmente lo que temen los poco venturosos. No auia dos horas que estaua enferma, y ya se le parecian cardenas las encarnadas rosas de sus mexillas, verde el carmin de sus labios, y topacios las perlas de sus dientes; hasta los cabellos le parecio que auian mudado color; estrecharonse las manos, y casi mudado el assiento y encaje natural de su rostro. Y no por esto le parecia menos hermosa, porque no la miraua en el lecho que yazia, sino en el alma, donde la tenia retratada. Llegauan a sus oydos, a lo menos, llegaron de alli a dos dias, sus palabras, entre debiles acentos forma-

das, y pronunciadas con turbada lengua. Assustaronse las señoras francessas, y el cuydado de atender a la salud de Auristela fue de tal modo, que tuuieron necessidad de tenerle de si mismas. Llamaronse medicos, escogieronse los mejores, a lo menos, los de mejor fama: que la buena opinion califica la acertada medicina, y assi suele auer medicos venturosos, como soldados bien afortunados; la buena suerte y la buena dicha, que todo es vno, tambien puede llegar a la puerta del miserable en vn saco de sayal, como en vn escaparate de plata. Pero ni en plata ni en lana, no llegaua ninguna a las puertas de Auristela, de lo que discretamente se desesperauan los dos hermanos Antonio y Constança. Esto era al reues en el duque, que, como el amor que tenia en el pecho se auia engendrado de la hermosura de Auristela, assi como la tal hermosura yua faltando en ella, yua en el faltando el amor, el qual muchas rayzes ha de auer echado en el alma, para tener fuerças de llegar hasta el margen de la sepultura con la cosa amada. Feyssima es la muerte, y, quien mas a ella se llega, es la dolencia; y amar las cosas feas, parece cosa sobrenatural y digna de tenerse por milagro.

Auristela, en fin, yua enflaqueziendo por momentos, y quitando las esperanças de su salud a quantos la conocian; sólo Periandro era el solo, sólo el firme, sólo el enamorado, sólo aquel que con intrepido pecho se oponia a la contraria fortuna y a la misma muerte, que en la de Auristela le amenazaua. Quinze dias es-

però el duque de Nemurs a ver si Auristela mejoraua, y en todos ellos no huuo ninguno que a los medicos no consultasse de la salud de Auristela, y ninguno se la asseguró, porque no sabian la causa precisa de su dolencia; viendo lo qual el duque, y [que] las damas francessas no hazian del caso alguno, viendo tambien que el angel de luz de Auristela se auia vuelto el de tinieblas, fingiendo algunas causas que, si no del todo, en parte le disculpauan, vn dia, llegandose a Auristela en el lecho donde enferma estaua, delante de Periandro, le dixo:

—Pues la ventura me ha sido tan contraria, hermosa señora, que no me ha dexado conseguir el dess[e]o que tenia de recebirte por mi legitima esposa, antes que la desesperacion me trayga a terminos de perder el alma, como me ha traydo en los de perder la vida, quiero por otro camino prouar mi ventura, porque se cierto que no tengo de tener ninguna buena aunque la procure; y assi, sucediendome el mal que no procuro, vendre a perderme y a morir desdichado, y no desesperado. Mi madre me llama; tieneme preuenida esposa; obedecerla quiero, y entretener el tiempo del camino tanto, que halle la muerte lugar de acometerme, pues ha de hallar en mi alma las memorias de tu hermosura y de tu enfermedad, y quiera Dios que no diga las de tu muerte.

Dieron sus ojos muestra de algunas lagrimas. No pudo responderle Auristela, o no quiso, por no errar en la respuesta delante de Periandro;

lo mas que hizo, fue poner la mano debaxo de su almohada, y sacar su retrato y voluersele al duque, el qual le bessò las manos por tan gran merced; pero, alargando la suya Periandro, se le tomò, y le dixo:

—Si dello no disgustas, ¡o gran señor!, por lo que bien quieres, te suplico me le prestes, porque yo pueda cumplir vna palabra que tengo dada, que, sin ser en perjuyzio tuyo, será grandemente en el mio si no lo cumplo.

Voluiosele el duque, con grandes ofrecimientos de poner por el la hazienda, la vida y la honra, y mas, si mas pudiesse, y desde alli se diuidio de los dos hermanos, con pensamiento de no verlos mas en Roma. Discreto amante, y el primero, quiça, que aya sabido aprouecharse de las guedexas que la ocasion le ofrecia. Todas estas cosas pudieran despertar a Arnaldo para que considerara quan menoscabadas estauan sus esperanças, y quan a pique de acabar con toda la maquina de sus peregrinaciones, pues, como se ha dicho, la muerte casi auia pissado las ropas a Auristela, y estuuo muy determinado de acompañar al conde, si no en su camino, a lo menos, en su proposito, voluiendose a Dinamarca; mas el amor, y su generoso pecho, no dieron lugar a que dexasse a Periandro sin consuelo, y a su hermana Auristela en los postreros límites de la vida, a quien visitò, y de nueuo hizo ofrecimientos, con determinacion de aguardar a que el tiempo mejorasse los sucessos, a pesar de todas las sospechas que le sobreuenian.

CAPITVLO DIEZ

DEL QUARTO LIBRO

Contentissima estaua Hipolyta de ver que las artes de la cruel Iulia tan en daño de la salud de Auristela se mostrauan, porque en ocho dias la pusieron tan otra de lo que ser solia, que ya no la conocian sino por el organo de la voz: cosa que tenia suspensos a los medicos, y admirados a quantos la conocian. Las señoras francessas atendian a su salud con tanto cuydado, como si fueran sus queridas hermanas, especialmente Feliz Flora, que con particular aficion la queria. Llegò a tanto el mal de Auristela, que, no conteniendose en los terminos de su juridicion, passò a la de sus vezinos, y como ninguno lo era tanto como Periandro, el primero con quien encontro fue con el, no porque el veneno y maleficios de la peruersa iudia obrassen en el derechamente, y con particular assistencia, como en Auristela, para quien estauan hechos, sino porque la pena que el sentia de la enfermedad de Auristela era tanta, que causaua en el el mismo efeto que en Auristela, y assi se yua enflaqueziendo, que començaron todos a dudar de la vida suya, como de la de Auristela. Viendo lo qual Hipolyta, y que ella misma se mataua con los filos de su espada, adiuinando

con el dedo de donde procedia el mal de Periandro, procurò darle remedio, dandosele a Auristela, la qual, ya flaca, ya descolorida, parecia que estaua llamando su vida a las aldauas de las puertas de la muerte; y creyendo, sin duda, que por momentos la abririan, quiso abrir y preparar la salida a su alma por la carrera de los Sacramentos, bien como ya instruyda en la verdad catolica; y assi, haziendo las diligencias necessarias, con la mayor deuocion que pudo, dio muestras de sus buenos pensamientos, acreditò la integridad de sus costumbres, dio señales de auer aprendido bien lo que en Roma la auian enseñado, y, resignandose en las manos de Dios, sossego su espiritu y puso en oluido reynos, regalos y grandezas.

Hipolyta, pues, auiendo visto, como está ya dicho, que, muriendose Auristela, moria tambien Periandro, acudio a la iudia a pedirle que templasse el rigor de los echizos que consumian a Auristela, o los quitasse del todo: que no queria ella ser inuentora de quitar con vn golpe solo tres vidas, pues, muriendo Auristela, moria Periandro, y muriendo Periandro, ella tambien quedaria sin vida. Hizolo assi la iudia, como si estuuiera en su mano la salud o la enfermedad agena, o como si no dependieran todos los males que llaman de pena de la voluntad de Dios, como no dependen los males de culpa; pero Dios, obligandole, si assi se puede dezir, por nuestros mismos pecados, para castigo dellos, permite que pueda quitar la sa-

lud agena esta que llaman echizeria, con que lo hazen las echizeras; sin duda ha el permitido, vsando mezclas y venenos que con tiempo limitado quitan la vida a la persona que quiere, sin que tenga remedio de escusar este peligro, porque le ygnora, y no se sabe de donde procede la causa de tan mortal efeto; assi que, para guarecer destos males, la gran misericordia de Dios ha de ser la maestra, la que ha de aplicar la medicina. Començo, pues, Auristela a dexar de empeorar, que fue señal de su mejoria; començo el sol de su belleza a dar señales y vislumbres de que voluia a amanecer en el cielo de su rostro; voluieron a despuntar las rosas en sus mexillas y la alegria en sus ojos; ajuntaronse las sombras de su melancolia; voluio a enterarse el organo suaue de su voz; afinóse el carmin de sus labios; conuirtio con el marfil la blancura de sus dientes, que voluieron a ser perlas, como antes lo eran; en fin, en poco espacio de tiempo voluio a ser toda hermosa, toda bellissima, toda agradable y toda contenta, y estos mismos efetos redundaron en Periandro y en las damas francessas, y en los demas, Croriano y Ruperta, Antonio y su hermana Constança, cuya alegria o tristeza caminaua al paso de la de Auristela, la qual, dando gracias al cielo por la merced y regalos (*) que le yua haziendo, assi en la enfermedad como en la salud, vn dia llamò a Periandro, y, estando solos por cuydado y de industria, desta manera le dixo:

—Hermano mio, pues ha querido el cielo que

con este nombre tan dulce y tan honesto ha dos años que te he nombrado, sin dar licencia al gusto o al descuydo para que de otra suerte te llamasse que tan honesta y tan agradable no fuesse, querria que esta felicidad passasse adelante, y que solos los terminos de la vida la pusiessen término: que tanto es vna ventura buena, quanto es duradera, y tanto es duradera, quanto es honesta. Nuestras almas, como tu bien sabes, y como aqui me han enseñado, siempre estan en continuo mouimiento, y no pueden parar sino en Dios, como en su centro. En esta vida los dess[e]os son infinitos, y vnos se encadenan de otros y se eslabonan, y van formando vna cadena que tal vez llega al cielo, y tal se sume en el infierno. Si te pareciere, hermano, que este lenguaje no es mio, y que va fuera de la enseñança que me han podido enseñar mis pocos años y mi remota criança, aduierte que en la tabla rasa de mi alma ha pintado la esperiencia y escrito mayores cosas; principalmente ha puesto que en sólo conocer y ver a Dios està la suma gloria, y todos los medios que para este fin se encaminan, son los buenos, son los santos, son los agradables, como son los de la caridad, de la honestidad y el de la virginidad. Yo, a lo menos, assi lo entiendo, y, juntamente con entenderlo assi, entiendo que el amor que me tienes es tan grande, que querras lo que yo quisiere. Heredera soy de vn reyno, y ya tu sabes la causa porque mi querida madre me embiò en casa de los reyes tus pa-

dres, por assegurarme de la grande guerra de que se temia; desta venida se causò el de venirme yo contigo, tan sugeta a tu voluntad, que no he salido della vn punto; tu has sido mi padre, tu mi hermano, tu mi sombra, tu mi amparo, y, finalmente, tu mi angel de guarda, y tu mi enseñador y mi maestro, pues me has traydo a esta ciudad, donde he llegado a ser christiana, como deuo. Querria agora, si fuesse possible, yrme al cielo sin rodeos, sin sobresaltos y sin cuidados, y esto no podra ser si tu no me dexas la parte que yo misma te he dado, que es la palabra y la voluntad de ser tu esposa. Dexame, señor, la palabra, que yo procurarè dexar la voluntad, aunque sea por fuerça: que, para alcançar tan gran bien como es el cielo, todo quanto ay en la tierra se ha de dexar, hasta los padres y los esposos. Yo no te quiero dexar por otro; por quien te dexo es por Dios, que te dara a si mismo, cuya recompensa infinitamente excede a que me dexes por el. Vna hermana tengo pequeña, pero tan hermosa como yo, si es que se puede llamar hermosa la mortal belleza. Con ella te podras casar, y alcançar el reyno que a mi me toca, y con esto, haziendo felizes mis desseos, no quedaràn defraudados del todo los tuyos. ¿Que inclinas la cabeça, hermano? ¿A que pones los ojos en el suelo? ¿Desagradante estas razones? ¿Parecente descaminados mis desseos? Dimelo, respondeme; por lo menos, sepa yo tu voluntad; quiça templarè la mia, y buscarè alguna salida a tu gusto, que en algo con el mio se conforme.

Con grandissimo silencio estuuo escuchando Periandro a Auristela, y en vn breue instante formò en su imaginacion millares de discursos, que todos venieron a parar en el peor que para el pudiera ser, porque imaginò que Auristela le aborrecia, porque aquel mudar de vida no era sino porque a el se le acabara la suya, pues bien deuia saber que, en dexando ella de ser su esposa, el no tenia para que viuir en el mundo; y fue y vino con esta imaginacion con tanto ahinco, que, sin responder palabra a Auristela, se leuantò de donde estaua sentado, y, con ocasion de salir a recebir a Feliz Flora y a la señora Constança, que entrauan en el aposento, se salio del, y dexò a Auristela, no se si diga arrepentida, pero se que quedò pensatiua y confusa.

CAPITVLO ONZE

DEL QUARTO LIBRO

Las aguas en estrecho vaso encerradas, mientras mas priessa se dan a salir, mas despacio se derraman, porque las primeras, impelidas de las segundas, se detienen, y vnas a otras se niegan el paso, hasta que haze camino la corriente y se desagua. Lo mismo acontece en las razones que concibe el entendimiento de vn lastimado amante, que, acudiendo tal vez todas juntas a la lengua, las vnas a las otras impiden, y no sabe el discurso con quales se de primero a entender su imaginacion; y assi, muchas vezes, callando, dize mas de lo que querria. Mostrose esto en la poca cortesia que hizo Periandro a los que entraron a ver a Auristela, el qual, lleno de discursos, preñado de conceptos, colmado de imaginaciones, desdeñado y desengañado, se salio del aposento de Auristela sin saber, ni querer, ni poder responder palabra alguna a las muchas que ella le auia dicho. Llegaron a ella Antonio y su hermana, y hallaronla como persona que acababa de despertar de vn pesado sueño, y que entre si estaua diziendo, con palabras distintas y claras:

—Mal hecho; pero ¿que importa? ¿No es mejor que mi hermano sepa mi intencion? ¿No es

mejor que yo dexe con tiempo los caminos torcidos y las dudosas sendas, y tienda el paso por los atajos llanos, que con distincion clara nos estan mostrando el felize paradero de nuestra jornada? Yo confiesso que la compañia de Periandro no me ha de estoruar de yr al cielo; pero tambien siento que yre mas presto sin ella; si que mas me deuo yo a mi que no a otro, y al interesse del cielo y de gloria se ha de posponer los del parentesco; quanto mas, que yo no tengo ninguno con Periandro.

—Aduierte—dixo a esta sazon Constança—, hermana Auristela, que vas descubriendo cosas que podrian ser parte que, desterrando nuestras sospechas, a ti te dexassen confusa. Si no es tu hermano Periandro, mucha es la conuersacion que con el tienes; y si lo es, no ay para que te escandalizes de su compañia.

Acabò a esta sazon de voluer en si Auristela, y, oyendo lo que Constança le dezia, quiso enmendar su descuydo; pero no acerto, pues, para soldar vna mentira, por muchas se atropellan, y siempre queda la verdad en duda, aunque mas viua la sospecha.

—No se, hermana—dixo Auristela—, lo que me he dicho, ni se si Periandro es mi hermano o si no; lo que te sabre dezir es que es mi alma, por lo menos: por el viuo, por el respiro, por el me mueuo y por el me sustento, conteniendome, con todo esto, en los terminos de la razon, sin dar lugar a ningun vario pensamiento ni a no guardar todo honesto decoro, bien assi como le

deue guardar vna muger principal a vn tan principal hermano.

—No te entiendo, señora Auristela—la dixo a esta sazon Antonio—, pues de tus razones tanto alcanço ser tu hermano Periandro, como si no lo fuesse. Dinos ya quien es, y quien eres, si es que puedes dezillo; que, agora sea tu hermano, o no lo sea, por lo menos, no podeys negar ser principales, y en nosotros, digo, en mi y en mi hermana Constança, no está tan en niñez la esperiencia, que nos admire ningun caso que nos contares: que, puesto que ayer salimos de la isla barbara, los trabajos que has visto que hemos passado, han sido nuestros maestros en muchas cosas, y, por pequeña muestra que se nos de, sacamos el hilo de los mas arduos negocios, especialmente en los que son de amores, que parece que los tales consigo mismo traen la declaracion; ¿que mucho que Periandro no sea tu hermano, y que mucho que tu seas su ligitima esposa, y que mucho, otra vez, que con honesto y casto decoro os ayais mostrado hasta aqui limpissimos al cielo y honestissimos a los ojos de los que os han visto? No todos los amores son precipitados ni atreuidos, ni todos los amantes han puesto la mira de su gusto en gozar a sus amadas sino con las potencias de su alma; y siendo esto assi, señora mia, otra vez te suplico nos digas quien eres, y quien es Periandro, el qual, segun le vi salir de aqui, el lleua vn bolcan en los ojos y vna mordaça en la lengua.

—¡Ay, desdichada—replicò Auristela—, y quan mejor me huuiera sido que me huuiera entregado al silencio eterno, pues, callando, escusara la mordaza que dizes que lleua en su lengua! Indiscretas somos las mugeres, mal sufridas y peor calladas. Mientras callé, en sossiego estuuo mi alma; hablè, y perdile; y para acabarle de perder, y para que juntamente se acabe la tragedia de mi vida, quiero que sepays vosotros, pues el cielo os hizo verdaderos hermanos, que no lo es mio Periandro, ni menos es mi esposo ni mi amante; a lo menos, de aquellos que, corriendo por la carrera de su gusto, procuran parar sobre la honra de sus amadas. Hijo de rey es; hija y heredera de vn reyno soy; por la sangre somos yguales; por el estado, alguna ventaja le hago; por la voluntad, ninguna; y, con todo esto, nuestras intenciones se responden, y nuestros desseos, con honestissimo efeto se estan mirando; sola la ventura es la que turba y confunde nuestras intenciones, y la que por fuerça haze que esperemos en ella. Y porque el nudo que lleua a la garganta Periandro me aprieta la mia, no os quiero dezir mas por agora, señores, sino suplicaros me ayudeys a buscalle, que pues el tuuo licencia para yrse sin la mia, no querra voluer sin ser buscado.

—Leuanta, pues—dixo Constança—, y vamos a buscalle, que los laços con que amor liga a los amantes, no los dexa alexar de lo que bien quieren. Ven, que presto le hallaremos, presto le verás, y mas presto llegarás a tu contento. Si

quieres tener vn poco los escrupulos que te rodean, dales de mano, y dala de esposa a Periandro: que, ygualandole contigo, pondras silencio a qualquiera murmuracion.

Leuantóse Auristela, y, en compañia de Feliz Flora, Constança y Antonio, salieron a buscar a Periandro; y como ya en la opinion de los tres era reyna, con otros ojos la mirauan, y con otro respeto la seruian. Periandro, en tanto que era buscado, procuraua alexarse de quien le buscaua; salio de Roma a pie, y solo, si ya no se tiene por compañia la soledad amarga, los suspiros tristes y los continuos solloços: que estos, y las varias imaginaciones, no le dexauan vn punto.

—¡Ay—yua diziendo entre si—, hermosissima Sigismunda, reyna por naturaleza, bellissima por priuilegio y por merced de la misma naturaleza, discreta sobre modo, y sobre manera agradable, y quan poco te costaua, ¡o señora!, el tenerme por hermano, pues mis tratos y pensamientos jamas desmintieran la verdad de serlo, aunque la misma malicia lo quisiera aueriguar, aunque en sus traças se desuelara! Si quieres que te lleuen al cielo sola y señera, sin que tus acciones dependan de otro que de Dios y de ti misma, sea en buen hora; pero quisiera que aduirtieras que no sin escrupulo de pecado puedes ponerte en el camino que desseas. Sin ser mi homicida, dexaras, ¡o señora!, a cargo del silencio y del engaño tus pensamientos, y no me los declararas a tiempo que auias

de arrancar con las rayzes de mi amor mi alma, la qual, por ser tan tuya, te dexo a toda tu voluntad, y de la mia me destierro. Quedate en paz, bien mio, y conoce que el mayor que te puedo hazer es dexarte.

Llegóse la noche en esto, y, apartandose vn poco del camino, que era el de Napoles, oyo el sonido de vn arroyo que por entre vnos arboles corria, a la margen del qual, arrojandose de golpe en el suelo, puso en silencio la lengua, pero no dio treguas a sus suspiros.

CAPITVLO DOZE

DEL QUARTO LIBRO

Donde se dize quien eran Periandro y Auristela.

Parece que el bien y el mal distan tan poco el vno del otro, que son como dos lineas concurrentes, que, aunque parten de apartados y diferentes principios, acaban en vn punto. Sollozando estaua Periandro, en compañia del manso arroyuelo y de la clara luz de la noche; hazianle los arboles compañia, y vn ayre blando y fresco le enjugaua las lagrimas; lleuauale la imaginacion Auristela, y la esperança de tener remedio de sus males el viento, quando llegò a sus oydos vna voz estrangera, que, escuchandola con atencion, vio que en lenguaje de su patria, sin poder distinguir si murmuraua o si cantaua, y la curiosidad le lleuò cerca, y, quando lo estuuo, oyo que eran dos personas las que, no cantauan ni murmurauan, sino que en plática corriente estauan razonando; pero lo que mas le admirò, fue que hablassen en lengua de Noruega, estando tan apartados della. Acomodóse detras de vn arbol, de tal forma, que el y el arbol hazian vna misma sombra; recogio el aliento, y la primera razon que llegò a sus oydos fue:

—No tienes, señor, para que persuadirme de que en dos mitades se parte el dia entero de Noruega, porque yo he estado en ella algun tiempo, donde me lleuaron mis desgracias, y se que la mitad del año se lleua la noche, y la otra mitad, el dia. El que sea esto assi, yo lo se; el porque sea assi, ignoro (*).

A lo que respondio:

—Si llegamos a Roma, con vna esfera te hare tocar con la mano la causa desse marauilloso efeto, tan natural en aquel clima, como lo es en este ser el dia y la noche de ventiquatro horas. Tambien te he dicho cómo en la vltima parte de Noruega, casi debaxo del Polo Artico, está la isla que se tiene por vltima en el mundo, a lo menos, por aquella parte, cuyo nombre es Tile, a quien Virgilio llamò Tule en aquellos versos que dizen, en el libro I Georg.:

... ac tua nautæ
numina sola colant: tibi seruiat vltima Thule (*).

Que Tule, en griego, es lo mismo que Tile en latin. Esta isla es tan grande, o poco menos, que Inglaterra, rica y abundante de todas las cosas necessarias para la vida humana (*). Mas adelante, debaxo del mismo norte, como trecientas leguas de Tile, está la isla llamada Frislanda, que aura quatrocientos años que se descubrio a los ojos de las gentes (*), tan grande, que tiene nombre de reyno, y no pequeño. De Tile es rey y señor Magsimino, hijo de la reyna Eustoquia,

cuyo padre no ha muchos meses que passò desta a mejor vida, el qual dexò dos hijos, que el vno es Magsimino que te he dicho, que es el heredero del reyno, y el otro, vn generoso moço llamado Persiles, rico de los bienes de la naturaleza sobre todo estremo, y querido de su madre sobre todo encarecimiento; y no se yo con qual poderte encarecer las virtudes deste Persiles, y assi, quedense en su punto, que no será bien que con mi corto ingenio las menoscabe: que, puesto que el amor que le tengo, por auer sido su ayo y criadole desde niño, me pudiera lleuar a dezir mucho, todavia será mejor callar, por no quedar corto.

Esto escuchaua Periandro, y luego cayo en la cuenta que el que le alabaua no podia ser otro que Serafido, vn ayo suyo, y que, assimismo, el que le escuchaua era Rutilio, segun la voz y las palabras que de quando en quando respondia. Si se admirò o no, a la buena consideracion lo dexo; y mas quando Serafido, que era el mismo que auia imaginado Periandro, oyo que dixo:

—Eusebia, reyna de Frislanda, tenia dos hijas de estremada hermosura, principalmente la mayor, llamada Sigismunda, que la menor llamauase Eusebia, como su madre, donde naturaleza cifrò toda la hermosura que por todas las partes de la tierra tiene repartida, a la qual, no se yo con que dissignio, tomando ocasion de que la querian hazer guerra ciertos enemigos suyos, la embiò a Tile, en poder de Eustoquia, para que seguramente, y sin los sobresaltos de la guerra,

en su casa se criasse, puesto que yo para mi tengo que no fue esta la ocasion principal de embialla, sino para que el principe Magsimino se enamorasse della y la recibiesse por su esposa: que de las estremadas bellezas se puede esperar que vueluan en cera los coraçones de marmol, y junten en vno los estremos que entre si estan mas apartados. A lo menos, si esta mi sospecha no es verdadera, no me la podra aueriguar la esperiencia, porque se que el principe Magsimino muere por Sigismunda, la qual, a la sazon que llegò a Tile, no estaua en la isla Magsimino, a quien su madre la reyna embiò el retrato de la donzella y la embaxada de su madre, y el respondio que la regalassen y la guardassen para su esposa; respuesta que siruio de flecha que atrauesso las entrañas de mi hijo Persiles, que este nombre le adquirio la criança que en el hize. Desde que la oyo, no supo oyr cosas de su gusto, perdio los brios de su juuentud, y, finalmente, encerro en el honesto silencio todas las acciones que le hazian memorable y bien querido de todos, y, sobre todo, vino a perder la salud y a entregarse en los braços de la desesperacion de ella. Visitaronle medicos; como no sabian la causa de su mal, no acertauan con su remedio: que, como no muestran los pulsos el dolor de las almas, es dificultoso y casi impossible entender la enfermedad que en ellas assiste. La madre, viendo morir a su hijo, sin saber quien le mataua, vna y muy muchas vezes le preguntò le descubriesse su dolencia,

pues no era possible sino que el supiesse la causa, pues sentia los efetos. Tanto pudieron estas persuassiones, tanto las solicitudes de la doliente madre, que, vencida la pertinacia o la firmeza de Persiles, le vino a dezir cómo el moria por Sigismunda, y que tenia determinado de dexarse morir antes que yr contra el decoro que a su hermano se le deuia; cuya declaracion resucitò en la reyna su muerta alegria, y dio esperanças a Persiles de remediarle, si bien se atropellasse el gusto de Magsimino, pues, por conseruar la vida, mayores respetos se han de posponer que el enojo de vn hermano. Finalmente, Eustoquia hablò a Sigismunda, encareciendole lo que se perdia en perder la vida Persiles, sujeto donde todas las gracias del mundo tenian su assiento, bien al reues del de Magsimino, a quien la aspereza de sus costumbres en algun modo le hazian aborrecible. Leuantóle en esto algo mas testimonios de los que deuiera, y subio de punto, con los hiperboles que pudo, las bondades de Persiles.

„Sigismunda, muchacha sola y persuadida, lo que respondio fue que ella no tenia voluntad alguna, ni tenia otra consejera que la aconsejasse sino a su misma honestidad; que, como esta se guardasse, dispusiessen a su voluntad della. Abraçóla la reyna, conto su respuesta a Persiles, y entre los dos concertaron que se ausentassen de la isla antes que su hermano viniesse, a quien darian por disculpa, quando no la hallasse, que auia hecho voto de venir a

Roma a enterarse en ella de la fe catolica, que en aquellas partes setentrionales andaua algo de quiebra, jurandole primero Persiles que en ninguna manera yria en dicho ni en hecho contra su honestidad. Y assi, colmandoles de joyas y de consejos, los despidio la reyna, la qual despues me conto todo lo que hasta aqui te he contado.

„Dos años, poco mas, tardò en venir el principe Magsimino a su reyno, que anduuo ocupado en la guerra que siempre tenia con sus enemigos; preguntò por Sigismunda, y el no hallarla, fue hallar su desassossiego; supo su viage, y al momento se partio en su busca, si bien confiado de la bondad de su hermano, temeroso pero de los rezelos, que por marauilla se apartan de los amantes. Como su madre supo su determinacion, me llamò a parte y me encargò la salud, la vida y la honra de su hijo, y me mandò me adelantasse a buscarle y a darle noticia de que su hermano le buscaua. Partiose el principe Magsimino en dos gruesissimas naues, y, entrando por el estrecho Herculeo, con diferentes tiempos y diuersas borrascas, llegò a la isla de Tinacria, y desde alli a la gran ciudad de Partenope, y agora queda no lexos de aqui, en vn lugar llamado Terrachina, vltimo de los de Napoles y primero de los de Roma; queda enfermo, porque le ha cogido esto que llaman mutacion, que le tiene a punto de muerte. Yo, desde Lisboa, donde me desembarqué, traygo noticia de Persiles y Sigismunda, porque no

pueden ser otros vna peregrina y vn peregrino de quien la fama viene pregonando tan grande estruendo de hermosura, que, si no son Persiles y Sigismunda, deuen de ser angeles humanados.

—Si, como los nombras—respondio el que escuchaua a Serafido— Persiles y Sigismunda, los nombraras Periandro y Auristela, pudiera darte nueua certissima dellos, porque ha muchos dias que los conozco, en cuya compañia he passado muchos trabajos.

Y luego le començo a contar los de la isla barbara, con otros algunos, en tanto que se venia el dia, y en tanto que Periandro, porque alli no le hallassen, los dexò solos y voluio a buscar a Auristela, para contar la venida de su hermano y tomar consejo de lo que deuian de hazer para huyr de su indignacion, teniendo a milagro auer sido informado en tan remoto lugar de aquel caso. Y assi, lleno de nueuos pensamientos, voluio a los ojos de su contrita Auristela, ya las esperanças casi perdidas de alcançar su desseo.

CAPITVLO TREZE

DEL QUARTO LIBRO

Entretienese el dolor y el sentimiento de las rezien dadas heridas, en la colera y en la sangre caliente, que, despues de fria, fatiga de manera que rinde la paciencia del que las sufre. Lo mismo acontece en las passiones del alma: que, en dando el tiempo lugar y espacio para considerar en ellas, fatigan hasta quitar la vida. Dixo su voluntad Auristela a Periandro, cumplio con su desseo, y, satisfecha de auerle declarado, esperaua su cumplimiento, confiada en la rendida voluntad de Periandro, el qual, como se ha dicho, librando la respuesta en su silencio, se salio de Roma y le sucedio lo que se ha contado. Conocio a Rutilio, el qual conto a su ayo Serafido toda la historia de la isla barbara, con las sospechas que tenia de que Auristela y Periandro fuessen Sigismunda y Persiles; dixole assimismo que, sin duda, los hallarian en Roma, a quien, desde que los conocio, venian encaminados, con la dissimulacion y cubierta de ser hermanos; preguntò muchissimas vezes a Serafido la condicion de las gentes de aquellas islas remotas de donde era rey Magsimino, y reyna la sin par Auristela; voluiole a repetir Serafido cómo la isla de Tile o Tule, que agora vulgar-

mente se llama Islanda, era la vltima de aquellos mares setentrionales, "puesto que vn poco mas adelante está otra isla, como te he dicho, llamada Frislanda, que descubrio Nicolas Temo, veneciano, el año de mil y trecientos y ochenta, tan grande como Sicilia, ignorada hasta entonces de los antiguos, de quien es reyna Eusebia, madre de Sigismunda, que yo busco. Ay otra isla, assimismo poderosa, y casi siempre llena de nieue, que se llama Groenlanda, a vna punta de la qual está fundado vn monasterio debaxo del titulo de santo Tomas, en el qual ay religiosos de quatro naciones: españoles, franceses, toscanos y latinos; enseñan sus lenguas a la gente principal de la isla, para que, en saliendo della, sean entendidos por do quiera que fueren. Está, como he dicho, la isla sepultada en nieue, y encima de vna montañuela está vna fuente, cosa marauillosa y digna de que se sepa, la qual derrama y vierte de si tanta abundancia de agua, y tan caliente, que llega al mar, y por muy gran espacio dentro del, no solamente le desnieua, pero le calienta, de modo que se recogen en aquella parte increyble infinidad de diuersos pescados, de cuya pesca se mantiene el monasterio y toda la isla, que de alli saca sus rentas y prouechos. Esta fuente engendra assimismo vnas piedras conglutinosas, de las quales se haze vn betun pegajoso, con el qual se fabrican las casas como si fuessen de duro marmol (*). Otras cosas te pudiera dezir —dixo Serafido a Rutilio— destas islas, que po-

nen en duda su credito, pero, en efeto, son verdaderas.„

Todo esto, que no oyo Periandro, lo conto despues Rutilio, que, ayudado de la noticia que dellas Periandro tenia, muchos las pusieron en el verdadero punto que merecian. Llegò en esto el dia, y hallóse Periandro junto a la yglesia y templo, magnifico y casi el mayor de la Europa, de san Pablo, y vio venir hazia si alguna gente, en monton, a cauallo y a pie, y llegando cerca, conocio que los que venian eran Auristela, Feliz Flora, Constança y Antonio, su hermano, y assimismo Hipolyta, que, auiendo sabido la ausencia de Periandro, no quiso dexar a que otra lleuasse las albricias de su hallazgo, y assi, siguio los pasos de Auristela, encaminados por la noticia que dellos dio la muger de Zabulon el iudio, bien como aquella que tenia amistad con quien no la tiene con nadie. Llegò en fin Periandro al hermoso esquadron, saludò a Auristela, notóle el semblante del rostro, y hallò mas mansa su riguridad y mas blandos sus ojos; conto luego publicamente lo que aquella noche le auia passado con Serafido, su ayo, y con Rutilio; dixo cómo su hermano, el principe Magsimino, quedaua en Terrachina enfermo de la mutacion, y con proposito de venirse a curar a Roma, y con autoridad disfraçada y nombre trocado, a buscarlos; pidio consejo a Auristela y a los demas de lo que haria, porque, de la condicion de su hermano el principe, no podia esperar ningun blando acogimiento. Pasmóse Auris-

tela con las no esperadas nueuas; desparecieronse en vn punto, assi las esperanças de guardar su integridad y buen proposito, como de alcançar por mas llano camino la compañia de su querido Periandro.

Todos los demas circunstantes discurrieron en su imaginacion que consejo darian a Periandro, y la primera que salio con el suyo, aunque no se le pidieron, fue la rica y enamorada Hipolyta, que le ofrecio de lleuarle a Napoles con su hermana Auristela, y gastar con ellos cien mil y mas ducados, que su hazienda valia. Oyo este ofrecimiento Pirro el Calabres, que alli estaua, que fue lo mismo que oyr la sentencia irremissible de su muerte: que en los rufianes no engendra zelos el desden, sino el interes; y como este se perdia con los cuydados de Hipolyta, por momentos yua tomando la desesperacion possession de su alma, en la qual yua atesorando odio mortal contra Periandro, cuya gentileza y gallardia, aunque era tan grande, como se ha dicho, a el le parecia mucho mayor, porque es propia condicion del zeloso parecerle magnificas y grandes las acciones de sus ribales.

Agradecio Periandro a Hipolyta, pero no admitio, su generoso ofrecimiento. Los demas no tuuieron lugar de aconsejarle nada, porque llegaron en aquel instante Rutilio y Serafido, y entrambos a dos, apenas huuieron visto a Periandro, quando corrieron a echarse a sus pies, porque la mudança del hábito no le pudo mudar la de su gentileza. Teniale abraçado Rutilio

por la cintura, y Serafido por el cuello; llorava Rutilio de plazer, y Serafido de alegria.

Todos los circunstantes estauan atentos mirando el estraño y gozoso recibimiento. Sólo en el coraçon de Pirro andaua la melancolia atenazeandole con tenazas, mas ardiendo que si fueran de fuego; y llegò a tanto estremo el dolor que sintio de ver engrandecido y honrado a Periandro, que, sin mirar lo que hazía, o quiça mirandolo muy bien, metio mano a su espada, y por entre los braços de Serafido se la metio a Periandro por el ombro derecho, con tal furia y fuerça, que le salio la punta por el yzquierdo, atrauessandole, poco menos que al soslayo, de parte a parte. La primera que vio el golpe, fue Hipolyta, y la primera que gritò fue su voz, diziendo:

—¡Ay, traydor, enemigo mortal mio, y cómo has quitado la vida a quien no merecia perderla para siempre!

Abrio los braços Serafido, soltole Rutilio, calientes ya en su derramada sangre, y cayo Periandro en los de Auristela, la qual, faltandole la voz a la garganta, el aliento a los suspiros, y las lagrimas a los ojos, se le cayo la cabeça sobre el pecho, y los braços a vna y a otra parte. Este golpe, mas mortal en la apariencia que en el efeto, suspendio los animos de los circunstantes, y les robò la color de los rostros, dibuxandoles la muerte en ellos, que ya, por la falta de la sangre, a mas andar se entraua por la vida de Periandro, cuya falta amenazaua a todos el

vltimo fin de sus dias; a lo menos, Auristela la tenia entre los dientes, y la queria escupir de los labios. Serafido y Antonio arremetieron a Pirro, y, a despecho de su fiereza y fuerças, le assieron, y, con gente que se llegò, le embiaron a la prision, y el gouernador, de alli a quatro dias, le mandò lleuar a la horca por incorregible y asassino, cuya muerte dio la vida a Hipolyta, que viuio desde alli adelante.

CAPITVLO CATORZE

DEL QUARTO LIBRO

Es tan poca la seguridad con que se gozan los humanos gozos, que nadie se puede prometer en ellos vn minimo punto de firmeza. Auristela, arrepentida de auer declarado su pensamiento a Periandro, voluio a buscarle alegre, por pensar que en su mano y en su arrepentimiento estaua el voluer a la parte que quisiesse la voluntad de Periandro, porque se imaginaua ser ella el clauo de la rueda de su fortuna y la esfera del mouimiento de sus desseos; y no estaua engañada, pues ya los traia Periandro en disposicion de no salir de los de Auristela. Pero ¡mirad los engaños de la variable fortuna!: Auristela, en tan pequeño instante como se ha visto, se vee otra de lo que antes era: pensaua reyr, y está llorando; pensaua viuir, y ya se muere; creia gozar de la vista de Periandro, y ofrecesele a los ojos la del principe Magsimino, su hermano, que, con muchos coches y grande acompañamiento, entraua en Roma por aquel camino de Terrachina, y, lleuandole la vista el esquadron de gente que rodeaua al herido Periandro, llegò su coche a verlo, y salio a recebirle Serafido, diziendole:

—¡O principe Magsimino, y que malas albri-

cias espero de las nueuas que pienso darte! Este herido que ves en los braços desta hermosa donzella, es tu hermano Persiles, y ella es la sin par Sigismunda, hallada de tu diligencia a tiempo tan aspero, y en sazon tan rigurosa, que te han quitado la ocasion de regalarlos, y te han puesto en la de lleuarlos a la sepultura.

—No yran solos—respondio Magsimino—, que yo les hare compañia, segun vengo.

Y, sacando la cabeça fuera del coche, conocio a su hermano, aunque tinto y lleno de la sangre de la herida; conocio assimismo a Sigismunda por entre la perdida color de su rostro, porque el sobresalto, que le turbò sus colores, no le afeó sus facciones: hermosa era Sigismunda antes de su desgracia; pero hermosissima estaua despues de auer caido en ella: que tal vez los accidentes del dolor suelen acrecentar la belleza. Dexóse caer del coche sobre los braços de Sigismunda, ya no Auristela, sino la reyna de Frislanda, y en su imaginacion tambien reyna de Thile: que estas mudanças tan estrañas caen debaxo del poder de aquella que comunmente es llamada fortuna, que no es otra cosa sino vn firme disponer del cielo. Auiase partido Magsimino con intencion de llegar a Roma a curarse con mejores medicos que los de Terrachina, los quales le pronosticaron que, antes que en Roma entrasse, le auia de saltear la muerte, en esto mas verdaderos y esperimentados que en saber curarle; verdad es que, el mal que causa la mutacion, pocos le saben curar. En efeto: frontero

del templo de san Pablo, en mitad de la campaña rasa, la fea muerte salio al encuentro al gallardo Persiles y le derribò en tierra, y enterro a Magsimino, el qual, viendose a punto de muerte, con la mano derecha assio la yzquierda de su hermano y se la llegò a los ojos, y con su yzquierda le assio de la derecha y se la juntò con la de Sigismunda, y, con voz turbada y aliento mortal y cansado, dixo:

—De vuestra honestidad, verdaderos hijos y hermanos mios, creo que entre vosotros está por saber esto. Aprieta, ¡o hermano!, estos parpados, y cierrame estos ojos en perpetuo sueño, y con essotra mano aprieta la de Sigismunda y sellala con el si que quiero que le des de esposo, y sean testigos de este casamiento la sangre que estàs derramando y los amigos que te rodean. El reyno de tus padres te queda; el de Sigismunda heredas; procura tener salud, y gozeslos años infinitos.

Estas palabras, tan tiernas, tan alegres, y tan tristes, auiuaron los espiritus de Persiles, y, obedeciendo al mandamiento de su hermano, apretandole la muerte, la mano le cerro los ojos, y con la lengua, entre triste y alegre, pronunciò el si, y le dio de ser su esposo (*) a Sigismunda. Hizo el sentimiento de la improuisa y dolorosa muerte en los presentes, y començaron a ocupar los suspiros el ayre, y a regar las lagrimas el suelo. Recogieron el cuerpo muerto de Magsimino y lleuaronle a san Pablo, y el medio viuo de Persiles, en el coche del muerto, le voluieron

a curar a Roma, donde no hallaron a Belarminia ni a Deleasir, que se auian ya ydo a Francia con el duque.

Mucho sintio Arnaldo el nueuo y estraño casamiento de Sigismunda; muchissimo le pesó de que se huuiessen mal logrado tantos años de seruicio, de buenas obras hechas, en orden a gozar pacifico de su sin ygual belleza; y, lo que mas le taraçaua el alma, eran las no creydas razones del maldiziente Clodio, de quien el, a su despecho, hazía tan manifiesta prueua. Confuso, atonito y espantado, estuuo por yrse, sin hablar palabra a Persiles y Sigismunda; mas, considerando ser reyes, y la disculpa que tenian, y que sola esta ventura estaua guardada para el, determinò yr a verles, y ansi lo hizo. Fue muy bien recebido, y, para que del todo no pudiesse estar quexoso, le ofrecieron a la infanta Eusebia para su esposa, hermana de Sigismunda, a quien el acetò de buena gana; y se fuera luego con ellos, si no fuera por pedir licencia a su padre: que, en los casamientos graues, y en todos, es justo se ajuste la voluntad de los hijos con la de los padres. Assistio a la cura de la herida de su cuñado en esperança, y, dexandole sano, se fue a ver a su padre, y preuenir fiestas para la entrada de su esposa. Feliz Flora determinò de casarse con Antonio el barbaro, por no atreuerse a viuir entre los parientes del que auia muerto Antonio. Croriano y Ruperta, acabada su romeria, se voluieron a Francia, lleuando bien que contar del sucesso de la fingida Auristela.

Bartolome el Manchego y la castellana Luysa, se fueron a Napoles, donde se dize que acabaron mal, porque no viuieron bien. Persiles depositò a su hermano en san Pablo, recogio a todos sus criados, voluio a visitar los templos de Roma, acariciò a Constança, a quien Sigismunda dio la cruz de diamantes, y la acompañò hasta dexarla casada con el conde su cuñado; y, auiendo besado los pies al Pontifice, sossegò su espiritu y cumplio su voto, y viuio en compañia de su esposo Persiles hasta que bisnietos le alargaron los dias, pues los vio en su larga y feliz posteridad.

FIN DE LOS TRABAJOS DE PERSILES Y SIGISMUNDA

EN MADRID

Por Iuan de la Cuesta.

Año M. DC. XVII.

NOTAS

9-17. No hemos hallado ningún *Sangian* en los mapas. Como los peregrinos están ya "en el parage de la famosa Lisboa„, en la ría del Tajo, han de pasar por el fuerte o castillo de *San Julián,* una de las defensas de la boca del río, antes de llegar a Belem. A ese castillo aludiría quizá Cervantes. Fué edificado por Felipe II, y en época reciente se añadieron un fuerte moderno y el faro principal de la entrada.

13-8. En esto de los epitafios burlescos, los castellanos de los siglos XVI y XVII dieron continua broma a sus vecinos. En las *Sales españolas, o agudezas del ingenio nacional,* de A. Paz y Melia (I; Madrid, 1890; páginas 393 y siguientes), hay toda una serie de epitafios de ese género. Uno de ellos dice así: "Aqui fica a melhor cosa de Castela, o Sennor Bispo, natural de Merida, D. Gonzalo Afonso. Não quiso ser castesao, per não cair en disgraça de noso Senhor Jesucristo.„

13-22. Todavía subsiste en España esta costumbre. No es raro ver quienes recorren aldeas y ciudades, llevando pintadas en lienzos horripilantes escenas de los más *sensacionales* crímenes, y explicándolos en las plazas para excitar la curiosidad y vender luego pliegos de cordel, generalmente en verso, donde consta el relato.

14-9. Flaqueó aquí la memoria de Cervantes: no fueron dos los marineros pescados, sino uno solo, como puede verse en el capítulo XV del segundo libro.

19-21. A esto alude también uno de los interlocutores de los *Diálogos de las comedias,* escritos a principios del siglo XVII, y que se conservan en el Archivo general de Simancas (Patronato Real, legajo 15): "sin ser muy viejo—dice—, he visto tantos caballeros y señores perdidos por estas mujercillas comediantas: uno que se va con una; otro que lleva a otra a sus lugares; uno que les da las galas y trata como a reina; otro que la pone casa y estrado, y gasta con ella, aunque lo quite de su mujer e hijos, y él ande tratándose infamemente... No hay compañía destas que no lleve consigo, cebados de la desenvoltura, muchos destos grandes peces o cuervos, que se van tras la carne muerta.„ Véase también, sobre los amoríos de las farsantas, la Segunda parte del *Guzmán de Alfarache,* por Mateo Luján de Sayavedra; III, capítulos VIII y siguientes.

21-11. Nada sabemos de Juan de Herrera de Gamboa, ni de su fábula de *Céfalo y Pocris.* Con este título cita La Barrera una obra dramática de D. Manuel Vidal y Salvador (m. 1698) y una comedia de Calderón (en la Parte novena de las suyas, publicada en 1691). Decíase *Pocris,* en vez de *Procris,* como es de ver en los títulos de las dos obras citadas. En cuanto a *maganto,* significa, según Covarrubias, "el que està flaco y desluzido„.

22-4. El texto: "vn vnas„.

30-12. Frase que trae a la memoria aquellos versos del romance viejo de la infanta y el hijo del rey de Francia:

"Tiempo es, el caballero,—tiempo es de andar de aquí,
que ni puedo andar en pie,—ni al emperador servir,
que me crece la barriga—y se me acorta el vestir.„

35-27. Alusión al famoso libro *De Casibus,* del Boccaccio, quizá la primera obra de éste popularizada en España. Los ocho libros primeros fueron traducidos por el canciller Pero López de Ayala; versión completada más tarde por Alonso García, y publicada en Sevilla, en 1495, con el título de *Cayda de principes.* Consúltense los estudios de A. Farinelli, *Note sulla fortuna del Boccaccio in Ispagna nell' Età Media,* en el *Archiv für das Studium der neueren Sprachen,* tomos CXIV, pág. 397; CXV, pág. 368; CXVI, pág. 67; CXVII, pág. 114.

36-32. El texto: "competir„.

37-11. El texto: "â la al„.

37-25. Aquí el texto trae interrogación final, que nos parece ociosa.

49-13. Bartolomé de Villalba y Estaña, en *El pelegrino curioso y grandezas de España* (edición de la Sociedad de Bibliófilos Españoles; Madrid, 1886; I, 239 y siguientes), describe extensamente el monasterio de Nuestra Señora de Guadalupe, acerca del cual se conservan historias manuscritas, de los siglos XV y XVI, en las Bibliotecas del Escorial y Nacional, siendo además bien conocida la *Historia universal de la primitiva y milagrosa imagen de Nuestra Señora de Guadalupe,* de Fr. Francisco de San Josef (Madrid, 1743). Villalba cuenta que la famosa imagen databa de los tiempos del Papa San Gregorio (siglo VI), que la tenía en

grandísima veneración; que el Papa se la envió a San Leandro, arzobispo de Sevilla; que, durante la invasión musulmana, algunos clérigos y devotos sevillanos la enterraron en unas montañas, junto al sepulcro de San Fulgencio, en las sierras de Guadalupe; que así estuvo la imagen, bajo tierra, hasta los tiempos de Alonso XI (siglo XIV), el que ganó a Algeciras; y que se descubrió con motivo de haberse hallado muerta una vaca por causa de haberse echado sobre la imagen. Añade que el cabo del altar "es muy rica pieza, el qual es enterramiento de reyes..., el qual está adornado de cinquenta y quatro lamparas de plata lindissimas, que una que hacía entonces (en 1577) el Rey, nuestro señor, de dos mil ducados de plata, no sé si será la mejor. La reja es rica y sumptuosa; hay alrededor de la iglesia novecientas cadenas y grillos que cativos han dexado alli, sin muchos miliares que quitan para las oficinas, las cuales son de casa Real... Y si yo me detuviese en contaros los que por intercesion desta santisima imagen han resucitado, cativos librados de Berbería, hombres sacados de grandes peligros, ciegos que han visto, coxos que han andado, leprosos que han curado, mudos que han hablado, doy os mi fe que en mas de dos manos de papel no cupiesen.„ Vide también al P. Sigüenza, *Segunda parte de la Historia de la Orden de San Gerónimo;* Madrid, 1600; I, 17.

50-21. El texto: "la„.

50-31. El texto: "hermana„.

54-17. El texto: "Tuuuiesse„.

58-19. Contando el citado Bartolomé de Villalba y Estaña, "donzel vecino de Xérica„, en *El pelegrino cu-*

rioso y grandezas de España (edición de la Sociedad de Bibliófilos Españoles; Madrid, 1886; I, 218), su estancia en Talavera de la Reina, añade: "Fue a visitar a Nuestra Señora del Prado, que, para hermita, puede competir con las mejores de España, porque, demás de ser grande y clara, está en delicado puesto. Tiene esta ermita un tributo de cada Iglesia de Talavera, que es cosa graciosa, al cual llaman *mondas*. La derivacion del vocablo no pudo el Pelegrino investigar. Son hechas de cera, grandes como faraones [faroles] sin suelo, o como mangas de cruzes; son de muchas colores, que extrañamente parecen bien, y el dia que se dan es muy regocijado en Talavera, con grandes fiestas de a caballo, y toros, y otros ejercicios. Tienen la capilla y ermita sesenta pasos de largo y cuarenta de ancho.„ De la descripción y origen de las fiestas de las Mondas trataron, en los siglos XVII y XVIII, respectivamente, Fr. Antonio de Ayala y Fr. Francisco de la Madre de Dios, en sendos libros que cita Muñoz y Romero *(Diccionario bibliográfico-histórico de los antiguos reinos, provincias, ciudades, etc., de España;* Madrid, 1858; pág. 253). Pero ninguno da tantos y tan curiosos pormenores como Fr. Andrés de Torrejón, en su libro *La antiguedad, fvndacion y nobleza de la noble villa de Talavera* (manuscrito C-119, de letra de la primera mitad del siglo XVII, en la Real Academia de la Historia, fols. 135 y siguientes), el cual escribe:

"Pues entre los muchos templos que ubo en España, adonde estos falsos dioses eran honrrados, y adonde les hacian sus ofrendas y sacrifiçios, fue vno en esta villa de Talauera, en el qual, segun es la tradiçion conseruada entre los moradores della, y la he visto en algunos memoriales antiguos, estauan las estatuas del dios Jupiter y de la diosa Minerua, retratados al natural, a los quales... al prinçipio de la primauera... hacian vn muj çelebre sacrifiçio, en el qual quemauan veinte y dos toros, y para esto trajan muchas carretadas y cargas de leña, cubiertas de rramos y flores de diuersas yeruas olorosas; y mientras que durauan estas fiestas, que eran

quinçe dias, ardian en el templo de Jupiter y Minerua muchas lamparas, y quando auian dado fin a su famosa solenidad, les repartian los saçerdotes las çeniças de los toros que auian sacrificado... De la villa de Mejorada, que esta vna legua desta villa, a la parte del norte, trayan, en memoria de la diosa Palas, cuyo templo estaua en aquel pueblo, vna pala de madera, muj adornada y compuesta de joyas y los demas traxes de vna muger galana, y ha pocos años que murieron algunos viejos que la vieron traer.„

Pasando luego a los tiempos del cristianismo, y refiriéndose a ciertas ordenanzas de principios del siglo XVI, describe las fiestas el P. Torrejón:

"El dia de la Anunçiaçion de Nuestra Señora, por la tarde, se tañe vna campana grande en la yglesia mayor, a cuya señal se juntan alli los hermanos de vna cofradia que ay de Nuestra Señora del Prado, y eligen de entre si vna persona que llaman hermano mayor, el qual ha de lleuar el pendon de la hermita aquel año, siempre que en las fiestas se a de sacar. Al prinçipio de la quaresma señalan los caualleros del ayuntamiento vno dellos, y el dean y canonigos otro canonigo, para que se encarguen de comprar los toros que se an de correr en las fiestas que se siguen despues de la Pascua. El segundo dia de rresurreçion, acabadas las bisperas, salen el dean y canonigos a mula, y el corregidor y los caualleros en sus caballos muj bien enjaeçados, y van todos juntos a la parte adonde estan aparejadas muchas carretadas y cargas de leña que se an trajdo por personas de la villa, que comunmente es junto a la yglesia de sant Saluador, adonde estan el pendon de la hermita y los de las otras perrochias, y, tomando el hermano mayor el pendon de la hermita, y comiença a ir en processìon solo, y los otros caualleros lleuan los pendones de las yglesias, y van de dos en dos con muy buena orden, lleuando delante las chirimias, tronpetas y atabales, que tañen a veçes, y al fin van el dean y canonigos y el corregidor, acompañados de otros caualleros y gente prinçipal, y despues van las carretadas

de leña vna tras otra, y vltimamente las cargas, y con este orden van en proçession a la hermita de Nuestra Señora del Prado, y, en llegando, se apean, y entran a haçer oraçion, y ofreçen la leña, y la descargan en vn corral que esta allj, para que se calienten los pobres el inuierno... El terçero dia de Pascua, por la mañana, vienen las aldeas en proçession a traer sus çirios, en lugar de los dioses que trayan antiguamente, y, a la tarde, lleuan los caualleros la leña que traen de las aldeas con la mesma orden y autoridad que lleuaron la de la villa, y los labradores de la calle de Oliuares lleuan su çirio, como se a dicho. El jueues de la segunda semana despues de Pascua, traen muj de mañana, al prado que esta junto a la hermita, los toros que tienen de venta los señores de vacas para que se los compren, y, siendo ora convenjble, van el canonigo y el regidor, que an de comprarlos, a cauallo... Y algunos vaqueros, que estan a cauallo en yeguas, quiriendo mostrar su destreça y ligereça, llegan a picar a los toros de sus veçinos; y los otros, quiriendose pagar, haçen lo mesmo; y los toros, alborotados, corren a vna parte y a otra, que es vn entretenimiento muj rregocijado, al qual se halla infinita gente... Destos toros que compran, ençierran dos en chorral que esta junto a la hermita, y los corren alli a la tarde y los matan, y lo mesmo haçen de los demas, que ninguno dexan biuo... El viernes por la mañana, lo primero que se ofreçe de consideraçiones, que los de la villa de Çebolla, que esta quatro leguas de Talauera, haçia Toledo, madrugan tanto, que llegan a esta villa muj temprano, y, estando ya çerca, se ponen en proçession y lleuan en medio *vna monda de çera,* que traen a Nuestra Señora, y llegan a la yglesia mayor, y, haçiendo oraçion, ponen la monda en la capilla mayor, y quedan a guardarla seis o siete personas, y los demas van a las casas del Conde de Oropesa, y el mayordomo les da de almorçar muj bien... Acabados de correr y matar los toros, el cauallero que es torero, da orden como se lleuen al lugar que ay para esto junto a la hermita de Nuestra Señora, adonde los cuelgan y desue-

llan, y a esta hora comiençan los sacristanes de las perrochias a componer y adereçar las mondas que otro dia se han de lleuar a la hermita, y, en acabando de ponerlas en perfeçion, rrepican luego las campanas... Ya que se an corrido los toros, que duran hasta muj tarde, por ser muchos, los lleuan a la hermita con los demas, y, estando juntos, los bendiçe el capellan con bendiçion particular que ay para esto, y el cauallero a cuyo cargo estan los toros, y vn escriuano de ayuntamiento, los mandan haçer pieças, y que las pongan en vnos serones, y, con vnos pollinos que los lleuan, encomiendan a personas de confiança que los repartan a los veçinos por perrochias, y estos andan por las calles, y dan en cada casa vna pieça o dos, como ay la gente, y tanbien enbian a los monesterios de rreligiosos y rreligiosas...; y quando auja en las gentes mas sinçeridad y llaneza, y menos maliçia, era tan grande la fe que tenian con la carne destos toros, por ser dedicados a la madre de Dios, que, comida de algunos que tenian calenturas, se les quitauan... Auiendo bajlado vn rrato, toman quatro honbres las andas en que esta la monda, y la lleuan a la hermita, yendo delante el cura y los perrochianos, y detras las mugeres cantando algunos cantares y coplas deuotas de Nuestra Señora; y, llegando a la hermita, diçen vna *Salue* cantada, y el cura vna oraçion, y, rreçando vn poco, ofreçen la monda a la ymagen de la virgen sanctissima, y cuelgan de vna de las cuerdas que estan puestas para este efecto en el cuerpo de la yglesia, junto a la rreja de la capilla, la mitad a vna parte, y la otra mitad a la otra parte. Desta manera y con este rregoçijo lleuan las mondas de todas las perrochias... El domingo..., dando fin a este deuoto entretenimiento..., acabado el sermon y la missa, saca el cauallero que tiene a cargo la fiesta, de la sacristia de la hermita, mucha cantidad de paneçicos pequeños sellados con la ymagen de Nuestra Señora, con su Hijo en los braços, los quales estan benditos por el capellan de la hermita, y los rreparte a los caualleros y señoras que estan dentro de la capilla, y otros los van a dar y

rrepartir a la gente que esta en la yglesia.„ Añade que antiguamente eran niños los que salían a recibir la leña; y cita las viejas ordenanzas de la fiesta, donde se dice que *monda* "quiere deçir cosa limpia„.

59-32. A este juego se refiere el refrán: *En torcida argolla no entra la bola,* alusivo a que muchos negocios se malogran por los estorbos que ponen los contrarios. En aquel juego, "puesta en el suelo *(la argolla)* con una espiga que tiene, hay que hacer pasar por ella unas bolas de madera, valiéndose de palas cóncavas.„ (J. Cejador, *Tesoro de la lengua castellana,* letra *R;* Madrid, 1909; pág. 125.) Como juego infantil está citado el de la argolla, juntamente con el *marro,* en *El Passagero* de Suárez de Figueroa (edición R. Selden Rose; Madrid, 1914; pág. 467).

60-28. Sobre la fiesta que menciona aquí Cervantes, véase el *Panegírico historial de Nuestra Señora de la Cabeza de Sierra-Morena,* por Manuel Salcedo Olid (Madrid, 1677).

69-3. Aquí acaba la imitación cervantina de la sexta novela de la sexta década de los *Hecatommithi* (1565), de Giovanni Giraldi Cinthio. Los dos cuentos son casi idénticos hasta el fin; y la diferencia esencial consiste en que, en el relato italiano, la madre acepta al asesino por hijo, en lugar del muerto. Innecesario es advertir que Cervantes ha mejorado mucho el cuento, siendo aquí el estilo más digno, la narración más rápida, y el tono más noble. Sólo se ha traducido al castellano una parte de los *Hecatommithi,* en la *Primera parte de las cien novelas de Giovanni Giraldi,* por Luis Gaytán de Vozmediano, Toledo, 1590; contiene las diez novelas de la Introducción y las dos primeras décadas. Dado lo dramático de esta escena, en la cual la madre protege

al asesino de su hijo, sólo por guardar la palabra, se ha imitado frecuentemente en el teatro. En su hermosa comedia *Ganar amigos,* Alarcón presenta a Fadrique (I, escs. VI y siguientes), el cual protege a Fernando después de haber matado éste a un hermano de aquél. En *Mejor está que estaba,* de Calderón, Flora protege a Carlos, que entra en su cuarto huyendo después de haber matado al primo de aquélla (acto I); y en *Obligados y ofendidos,* de Francisco de Rojas (acto I, hacia el final), don Pedro acaba de matar a Arnesto, hermano del conde de Belflor, y se esconde en casa de éste; entra el alguacil mayor, y dice:

"Señor conde de Belflor,
en vuestra casa entró quien
a vuestro hermano dió muerte„;

pero el conde guarda la palabra de proteger a don Pedro. Hasta en nuestros días se han reproducido estas escenas. Víctor Hugo, en su *Hernani* (III, esc. VI), nos presenta a Carlos V pidiendo a Ruy Gómez su prisionero Hernani; pero Ruy Gómez se niega a cederlo, por no ser el traidor "qui vendit la tête de son hôte„. También puede haber una reminiscencia de la primera novela de la primera década del Cinthio en los amores de Feliciana de la Voz *(Persiles,* III, caps. II y siguientes): en el nacimiento de su hijo y en la protección que se le otorga escondiéndola en el árbol.

69-22. Felipe II fijó la corte en Madrid el año 1560. Felipe III volvió a Madrid en marzo de 1606, trasladándose la corte a esta villa desde Valladolid, adonde se había mudado en febrero de 1601. (Vide Cabrera de Córdoba, *Relaciones;* edición de Madrid, 1857; págs. 93 y 273.)

70-32. El texto: "les„.

71-8. Véase la página 208-9 de este tomo.

71-12. El refrán completo dice: "La mujer y la gallina, por andar se pierde aina.„ (Consúltense los *Refranes cogidos por Juan de Valdés,* pág. 501 del *Diálogo de la Lengua,* edición Boehmer, en *Romanische Studien;* Bonn, 1895.)

75-14. Alude Cervantes a una conocida fábula. Véase *La Vida y Fabulas del Esopo, a las quales se añadieron algunas muy graciosas de Auieno y de otros sabios fabuladores;* en la oficina Plantiniana, 1607 (Amberes); X, pág. 98, Del Hombre y de la Culebra: "La buena obra hecha al ingrato no solamente es perdida, mas siempre da mal por bien. En el tiempo del inuierno, como hiziesse grandes frios y eladas, vn buen Hombre, mouido de piedad, acogio en su casa vna Culebra, y la gouerno y mantuuo en todo aquel tiempo. Y, como vino el verano, començo de hincharse y emponçoñarse la Culebra, y mouerse contra el Hombre. El qual, viendo su ingratitud, le dixo que se fuesse en buena hora de su casa. Y la Culebra, en lugar de se enmendar, tornose contra el.—Quierenos mostrar este exemplo que los ingratos y malos mas se mueuen a enojar aquellos que les hazen bien, que no a remunerarles: y por la miel les dan venino, y por el fruto pena, y por la piedad engaño.„

76-6. En la *Crónica de los Cervantistas,* año de 1876, Adolfo de Castro da detalles de un suceso interesante acontecido en Sevilla en el año 1565, y que Cervantes pudo muy bien haber presenciado, recordándolo después en el episodio del polaco Ortel Banedre y de su adúltera esposa. Se trata de un tabernero cuya mujer le faltó con un mulato. Según las leyes que regían aún en Sevilla, los adúlteros fueron entregados al marido para que hiciese de ellos justicia. "Encima de un teatro

público, a la vista de infinitas gentes„, como dice Cervantes, el agraviado esposo sacó un cuchillo y se puso a dar infinitas cuchilladas a ambos delincuentes, hasta que murieron. Mostró una crueldad "la cual—dice el documento—no se acuerdan haberse visto ni oído en semejante caso„. A esta terrible costumbre aludiría Cervantes cuando aconseja Periandro al polaco que no limpie su honra con la sangre de sus enemigos "atados y rendidos„ públicamente. Véase también a Ramón León Máinez, *Cervantes y su época;* Jerez, 1901; pág. 328.

78-3. El texto: "Rajo„.

78-18. Verso 225 de la Egloga I de Garcilasso. Véase, acerca de éste, la página 293 del tomo II de nuestra edición de *La Galatea.*

84-2. No de las grullas, sino de los ánades, cuenta Plutarco esta conseja en sus *Morales.* Citamos el capítulo de la traducción latina: *Plutarchi commentarius, terrestriane an aquatilia animalia sint callidiora* (sección X). "[Anseres in Cilicia] quando Taurum traiiciunt animalia alioqui vocalia et obstrepera, tum metu aquilarum in os iustae magnitudinis lapide sumpto, taciturnitatem sibi imperant ut fallere in transitu eas possint.„ Luego sigue un cuento acerca de la astucia de las grullas, lo cual puede explicar el error de Cervantes. Plutarco repite la conseja en otro tratado de los *Morales,* titulado *De garrulitate* (sección XIV), hablando también de los ánades, "quos aiunt cum e Cilicia transvolant Taurum montem aquilarum plenum, singulos, recepto in os iustae magnitudinis lapide, quo tanquam freno, aut claustro, vocem compescant, ita noctu latentes tacite traiicere„. De la obra de Plutarco hubo una versión: *Morales de Plutarco, traduzidos de lengua griega en castellana,* por Diego Gracián, publicándose tres partes

en Alcalá en 1548, y otra edición, con la cuarta parte, en Salamanca, 1571. En el folio 264 recto de la cuarta parte principia el tratado "De la industria de los animales, y quales tienen mas sentido e instincto natural, los de la tierra, o los de la mar„. Huerta, en su traducción de la *Historia Natural* de Plinio (lib. X), Madrid, 1624, página 714, trae, entre otras *anotaciones,* la conseja de los ánsares de Cilicia.

87-12. No está muy acorde esta doctrina con la que el mismo Cervantes sustentó en el capitulo XXXII de la Segunda parte de *Don Quixote,* donde dijo: "La afrenta viene de parte de quien la puede hazer, y la haze y la sustenta; el agrauio puede venir de qualquier parte, sin que afrente... Está vno buelto de espaldas: llega otro, y dale de palos, y, en dandoselos, huye y no espera, y el otro le sigue y no alcança; este que recibio los palos, recibio agrauio, mas no afrenta, porque la afrenta ha de ser sustentada. Si el que le dio los palos, aunque se los dio a hurta cordel, pusiera mano a su espada y se estuuiera quedo haziendo rostro a su enemigo, quedara el apaleado agrauiado y afrentado juntamente.„ Según esto, Antonio había ofendido, con agravio y afrenta, a su enemigo (compárese el tomo I, pág. 34); pero, según la nueva doctrina, el último sólo quedó agraviado, porque las palabras "fueron con la espada desnuda„ (de donde se infiere que, si en vez de espadas, hubieran tenido palos, habría habido afrenta).

90-3. En vez de *tío,* debe leerse *hermano;* se trata de las dos doncellas "hermanas de Antonio„.

90-10. El texto: "de„.

90-12. Tal vez alude Cervantes en este suceso a un

episodio parecido de la obra maestra de Calderón, *El alcalde de Zalamea*. En ella figura también una revuelta que ciertos soldados, alojados en un pueblo, habían tenido con los del lugar. De lo histórico de este episodio trata extensamente Max Krenkel en *Klassische Bühnendichtungen der Spanier*, tomo III, *Calderón: Der Richter von Zalamea nebst dem gleichnamigen Stücke des Lope de Vega;* Leipzig, 1887.

96-29. Este es uno de tantos ejemplos del estilo de Cervantes, donde no concuerda el verbo con el sujeto. En el presente caso, el plural del complemento acusativo influye en la forma del verbo. (Véase a Weigert, *Untersuchungen*, etc., op. cit., pág. 18, § *g*.)

101-8. Así el texto; pero tal vez deba leerse: "pasada„.

101-12. El texto: "carbacho„.

102-16. Cosas análogas refieren otros escritores de aquel tiempo acerca de la inhumanidad de los musulmanes. El P. Fr. Manuel de Rivera escribe (Biblioteca Nacional de Madrid, manuscrito H-72, pág. 30): "Asan Raez arrancó las orejas a un esclavo que tenía, de nación siciliano, no por otra causa que porque se cansó de bogar. A un cautivo llamado Rodulfo Calabrés le cortó un brazo Asan Moraburo, porque, con la continua fatiga de bogar a boga arrancada por espacio de veinticuatro horas, cayó sobre el remo amortecido; y, no contento con esta crueldad, con el brazo cortado del cristiano azotaba a los demás que bogaban, hasta salir del peligro en que estaban, por darles caza las galeras de Sicilia. Eso de cortar narices y manos a los pobres cautivos, sucede muchísimas veces. Un turco había en años

pasados, rico y poderoso, señor de un *baño,* donde tenía por trofeo clavadas más de trescientas orejas de los infelices cautivos que habian bogado en sus fragatas y galeras.„ (Consúltese *Cautiverio y trabajos de Diego Galán, natural de Consuegra y vecino de Toledo, 1589 a 1600;* edición de la Sociedad de Bibliófilos Españoles; Madrid, 1913.)

Respecto de los fingidos cautivos que recorrian los lugares pidiendo limosna, puede verse una pintura de ellos en la *Representacion de la parábola de San Mateo,* de Sebastián de Horozco, escrita en 1548, e inserta en su *Cancionero* (Sevilla, 1874; pág. 151).

102-20. Este episodio de los apicarados estudiantes hace recordar dos romances sobre el famoso Dragut, ambos del *Romancero general:*

> "A la vista de Tarifa
> poco más de media legua,
> el maestre de Dragut,
> corsario de mar y tierra,
> descubrió de los cristianos
> y de Malta cinco velas,
> por do forzado le fue
> decir en voz que le oyeran:
> —¡Al arma, al arma, al arma!;
> ¡cierra, cierra, cierra!„, etc.;

y

> "Apriesa pasa el estrecho,
> porque le van dando caza
> a Dragut *cuatro galeras*
> de los cruzados de Malta„, etc.

De él dice Zapata en su *Miscelánea,* pág. 186 *(Memorial histórico español,* tomo XI): "Barbarroja Choradino, rey de Argel y de Túnez, y Dragut, fueron grandísimos amigos ambos: que fué dél Dragut su soldado y su hechura y su criado, que con su ayuda y favor vino

a ser rey de Tripol y de Africa, y cresçer en tanto poder casi como el suyo, por tierra y por mar...; murió sobre Malta, herido de un arcabuzazo por las sienes.„

103-17. Véase la nota sobre Alonso Martínez de Leyva en *La Galatea*, II, pág. 297.

112-15. Algo de esta "rústica astrología„, muy semejante a lo que menciona Cervantes, se encuentra en los *Dialogos del illustre Cauallero Pero Mexia* (tenemos a la vista la edición de Sevilla, 1580), *Colloquio del sol*, folio 90 recto: "Sabed lo primero que en el mundo no ay otro alto sino el cielo: y que lo baxo es la tierra, y lo mas baxo el centro della. Sabed mas, que esto es assi por todas partes en redondo, y que el cielo en respecto de la tierra es como la caxcara de vn hueuo en respecto de la yema, que assi cerca a toda la tierra...; por esto dicho creereys que los que moran en la haz de la tierra, que dezimos Antipodas, estan como estamos nosotros natural y propriamente, y que si la otra parte de la tierra no fuera como en esta, y las cosas pesadas pudieran yr hazia los cielos, que Magallanes y sus naues no pararan hasta alla. Pero ya esta dicho que lo alto es el cielo de todas partes, y el centro de la tierra lo baxo, para el qual naturalmente van las cosas graues y pesadas de todas partes del mundo. De manera que si quisiessemos ymaginar, o Dios fuesse seruido de hazer, vn agujero o vn barreno que atrauessasse toda la tierra desde este punto donde estamos hasta el otro opuesto y contrario a este de la otra parte de la tierra, que passasse por el centro della...„

118-22. El texto: "ricos„.

121-11. El decreto de expulsión de los moriscos de

España se dió en setiembre de 1609. Florencio Janer *(Condicion social de los moriscos de España;* Madrid, 1857; pág. 93) calcula en unos 900.000 los que hubieron de salir de la Península, llevando "tras sí los gérmenes todos de cultura y labranza„, aunque la medida se dictó "en pro de la religion, de la paz interior, y de la seguridad del Estado„. Consúltese también el excelente libro de Henry Charles Lea, *The Moriscos of Spain, Their Conversion and Expulsion,* Philadelphia, 1901, cap. X, con documentos nuevos e interesantísimos. Ya en el *Coloquio de los perros,* Cervantes había manifestado su odio a los moriscos y su contento por el decreto de expulsión.

128-31. El reclamo: "sentidos„.

135-4. Cosa análoga escribe Pierre de Bourdeille, señor de Brantôme, en sus *Vies des dames galantes* (disc. II, art. II): "Le françois... se plaist grandement avec sa dame françoise, ou avec l'italienne ou espagnole, car coustumièrement las pluspart des françois aujourd'huy, au moins ceux qui ont un peu veu, sçavent parler ou entendent ce langage.„ Julián de Medrano, en la dedicatoria de *La silva curiosa* (Paris, 1583) a la reina Margarita de Navarra, dice que ésta "se huelga mucho con la lectura de la lengua castellana„. Y el doctor Carlos García, en *La oposicion y conivncion de los dos grandes lvminares de la tierra* (Paris, 1617), cuenta: "El más alto príncipe desta nación *(francesa)*, el día que quiere hacer ostentación de su grandeza al mundo, se honra y autoriza con todo lo que viene de España: si saca un hermoso caballo, ha de ser de España; si ciñe una buena espada, ha de ser española; si ha de salir perfumado, será con guantes y pastillas de España; si viste honradamente, el paño ha de ser de España; si bebe buen vino, ha de venir de España; y, finalmente, tiene por afrenta sacar en público, jugar ni llevar con-

sigo otra moneda que pistolas de España.„ (Cap. IX.) Consúltese también a Morel-Fatio, *Études sur l'Espagne,* I; Paris, 1888; págs. 36 y siguientes. Ticknor cita además a Domenichi, *Razonamiento de Empresas Militares* (traducción de Ulloa), León de Francia, 1561, que afirma del castellano que "es lengua muy comun a todas naciones„. (Nota 58 al capítulo V de la segunda época de su *Historia de la literatura española.)*

155-15. El texto: "puestos„.

155-27. El texto: "acreditados„.

156-10. El texto: "las„.

156-16. El texto: "le„.

158-28. El texto: "oborrecido„.

161-15. El texto: "Reperta„.

164-6. El texto: "somejantes„.

167-6. Reminiscencia del episodio del Amor y Psique, referido por Apuleyo en su *Asno de oro,* obra traducida al castellano por el arcediano Diego López de Cortegana (Sevilla, 1513).

175-27. ¿Aludiría Cervantes a la muerte de Alí Pasha, jefe de la armada de los turcos en Lepanto, a quien, se-

gún cierta tradición, se le cortó la cabeza, presentándola al victorioso D. Juan de Austria (7 de octubre de 1571)?

176-1. El texto: "otra„. El coronado joven, nieto de Carlos V, es D. Sebastián (1554-1578), rey de Portugal, hijo del príncipe Juan de Portugal y de Juana, hija de Carlos V. Su muerte, en la terrible batalla de Alcazarquivir, fué de suma importancia para la historia de España.

182-26. O de los "Atronados„, que esto es lo que en castellano significa *Intronati*. Hubo en Sena una famosa Academia de este nombre, a quien se debe la comedia *delli Ingannati*, imitada por Lope de Rueda en su *Comedia de los engañados*, según han demostrado Klein y Stiefel. Poseemos ejemplar de los *Ingannati*, impreso, sin indicación de lugar, pero probablemente en Venecia, el año 1538.

184-1. El emperador Carlos IV (siglo XIV) concedió la libertad a la ciudad de Lucca, la cual llevó siempre en su bandera la palabra *libertas* hasta la Revolución francesa; a pesar de ello, Lucca ha tenido una historia muy azarosa y poco independiente.

188-32. El texto: "dado„.

196-7. Recuerda aquí Cervantes, como en otras partes, el romance citado por Pérez de Hita en sus *Guerras civiles de Granada*, I, cap. VI:

> "Afuera, afuera, afuera;
> aparta, aparta, aparta,
> que entra el valeroso Muza
> cuadrillero de unas cañas„, etc.

Ya lo habia recordado en el *Quixote*, II, cap. XII, en los versos:

"No hay amigo para amigo,
las cañas se vuelven lanzas„, etc.

Y en el capitulo LXI habló de "ruido de cascabeles, trapa, trapa, aparta, aparta, de corredores„. Bowle cita asimismo los versos del *Viage del Parnaso:*

"Oyóse en esto el son de una corneta,
y un "trapa, trapa, aparta, afuera, afuera,
„que viene un gallardísimo poeta„, etc.

(Cap. IV.)

198-3. El texto: "desonhren„.

204-10. Este raro vocablo ha sido sustituído en algunas ediciones por el de "hatos„. El Diccionario de la Real Academia Española da al sustantivo anticuado *afo* la significación de "hoyo„. Pedro Pineda, en su *A New Dictionary, Spanish and English and English and Spanish* (London, 1740), traduce *afo* por "a Den, a Cave„ (antro, caverna), que es el sentido que realmente tiene en el pasaje del *Persiles,* donde éste recuerda, sin duda, la cueva de Antonio en la isla bárbara.

209-18. Si se observa que el apócrifo *Quixote* tordesillesco habia salido a luz en 1614, y que, en la Segunda parte del auténtico (1615), Cervantes se mostró quejoso de la conducta de su continuador, no será aventurado suponer que esta mención del *zapatero de viejo, corcovado, natural de Tordesillas,* envuelve alguna alusión al incógnito Avellaneda.

222-25. Ignoramos quién fuese el autor del soneto

aludido por Cervantes. Quizá no se imprimió la composición, corriendo en copias manuscritas. Quevedo tiene el siguiente soneto contra Roma (edición Rivadeneyra, III, pág. 27, núm. 99), inspirado en Juvenal:

"El sacrílego Verres ha venido
con las naves cargadas de trofeos,
de paz culpada y con tesoros reos,
y triunfo de lo mismo que ha perdido.
¡Oh Roma! ¿Por qué culpa han merecido
grandes principios estos fines feos?
Gastas provincias en hartar deseos
y en ver a tu ladrón enriquecido.
Después que la romana, santa y pura
pobreza pereció, se han coronado
tus delitos, tu afrenta y tu locura.
De tu virtud tus vicios han vengado
a los que sujetó tu fuerza dura,
y aclaman por victoria tu pecado.„

223-3. Los peregrinos entraron en Roma por la antigua *via Flaminia,* pasando "por los prados de Madama„, la magnífica *villa Madama,* con sus jardines, villa que se llamaba así por haber pertenecido a madama Margarita de Austria (1522-1586), hija natural de Carlos V, gobernadora de los Países Bajos, mujer en primeras nupcias de Alejandro de Médicis, y después de Octavio Farnesio, duque de Parma. La *villa,* que aun es una de las joyas del Renacimiento, fué edificada por Julio Romano, según dibujos hechos por Rafael para el cardenal Julio de Médicis. En el soto que antes rodeaba la villa se representó por vez primera el *Pastor Fido* de Guarini. El "recuesto„ mencionado por Cervantes sería el antiguo *clivus Cinnae,* llamado después *monte Mario,* en cuya falda están *los prados de Madama.* Entran luego en Roma por la *porta del Popolo,* antiguamente *porta Flaminia.* Inmediatamente a la izquierda, después de entrar por dicha *porta,* se encuentra la fa-

mosa iglesia de *Santa Maria del Popolo,* mencionada en la página 224-10.

224-6. *L'arco di Portogallo,* nombre popular del arco de Marco Aurelio, mandado derribar por el papa Alejandro VII en 1662 para ensanchar el Corso.

230-10. La cárcel, *Tor di Nona,* era un edificio bastante antiguo, y se encontraba en la ribera izquierda del Tiber, inmediatamente a la derecha del puente de *San Angelo,* mirando hacia el castillo del mismo nombre. La calle donde estaba se llama hoy *via di Tor di Nona.* Hacia fines del siglo XIV, la torre de Nona pertenecía a una hermandad "Sancta Sanctorum„, y poco después se hizo cárcel, siendo durante mucho tiempo la prisión principal de Roma. Fué derribada en 1690.

234-23. A esto alude también Luis Vélez de Guevara en *El Diablo Coivelo* (Madrid, 1641; edición Bonilla; Madrid, 1910; pág. 63), donde dice el infernal camarada del estudiante: "nuestra caida fue tan apriesa, que no nos dexò reparar en nada, y a fee que si Luzifer no se huuiera traido tras de si la tercera parte de las estrellas, *como repiten tantas vezes en los autos del Corpus,* aun huuiera mas en que hazeros mas garatusas la Astrologia.„ La tradición procede de la historia del dragón bermejo del *Apocalipsis* (XII, 4). Fray Francisco Ximénez *(La natura angelica,* edición de 1527; I, capítulo XVI) se funda en este texto de San Juan para probar que el número de ángeles no es infinito.

238-6. Hubo en tiempos de Cervantes un centro en Roma, frecuentado por la gente comercial, y donde banqueros y cambistas, por su mayor parte genoveses y florentinos, tenían sus oficinas. De este centro, la calle

más importante era la *via dei Banchi,* que hoy es, en parte, la *via Banchi vecchi;* está muy cerca del Tíber, cuya dirección sigue, y forma la continuación de la *via del Banco di S. Spirito*, la cual desemboca en el puente de San Angelo. De todos estos detalles de Roma trata Alfred von Reumont, *Geschichte der Stadt Rom,* tres tomos; Berlin, 1868 (con índice minucioso).

243-18. *Duarte* dice aqui el texto; pero evidentemente debe leerse "de Zárate", pues se refiere al antes mencionado.

Francisco López de Zárate, natural de Logroño, murió, según Nicolás Antonio, en 5 de marzo de 1658, de más de setenta años de edad. Fué soldado, y entró luego al servicio de D. Rodrigo Calderón. Escribió: *Epitalamio en las bodas de los Serenissimos D. Felipe y D.ª Isabel* (1615); *Varias poesias* (1619); una octava en loor de la *Redvction de las letras, y arte para enseñar a ablar los mvdos,* de Juan Pablo Bonet (Madrid, 1620); versos para la *Ivsta Poetica y Alabanzas jvstas que hizo la insigne villa de Madrid al bienauenturado San Isidro,* recopiladas por Lope (Madrid, 1620); soneto en loor de *Sossia persegvida,* de Juan Bautista de Sossa (Madrid, 1621); versos incluídos en la *Relacion de las fiestas qve ha hecho el Colegio imperial de la Compañia de Iesus de Madrid en la canonizacion de San Ignacio de Loyola y S. Francisco Xauier,* de Monforte y Herrera (Madrid, 1622); otros en la *Relacion de las fiestas que la insigne villa de Madrid hizo en la canoniçacion de... San Isidro,* de Lope (Madrid, 1622); otros en loor del *Desengaño de Amor en rimas,* de Pedro Soto de Rojas (Madrid, 1623); otros alabando el *Orfeo* de Pérez de Montalván (Madrid, 1624); décima en loor del *Amor con vista,* de Juan Enríquez de Zúñiga (Madrid, 1625); *Obras varias* (Alcalá, 1651; segunda edición de las *Varias poesías,* con la tragedia de *Hércules Furente y Oeta); Poema heroico de la invencion de la Crvz por el emperador Constantino Magno* (dedicado

al Rey; Madrid, 1648; pero el Privilegio primero fué dado en 1629) (1); versos incluídos en la *Pyra religiosa,* etc., de José González de Varela (Madrid, 1642); otros en la *Relacion de la Memoria funeral... a la muerte de la catolica D.ª Isabel de Borbon,* por J. E. Jiménez de Enciso (Logroño, 1645); ídem en la *Pompa funeral. Honras y exequias en la muerte de... D.ª Isabel de Borbon* (Madrid, 1645); ídem en *El monte Vesuvio,* de Juan de Quiñones (Madrid, 1632); y versos laudatorios del *Aula de Dios,* de Miguel de Dicastillo (Zaragoza, 1637). Quintana, en su *Musa épica,* reprodujo fragmentos del poema sobre *La invencion de la Cruz,* desmesuradamente elogiado por Cervantes. Lope de Vega alabó también en varios lugares la belleza de los versos de Zárate, y Herrera Maldonado, en su *Sanazaro español* (Madrid, 1620), escribía:

"De Zárate la pluma milagrosa
a España el siglo de oro resucita.„

257-20. El texto: "daneos„.

259-5. El texto: "Auristela„.

267-28. El texto: "rogalos„.

278-7. Con arreglo al sistema de Tolomeo, se colocaba entonces el *clima* décimonono alrededor del Norte, donde es el día de seis meses, y la noche de otros seis, "porque anda el sol alrededor del orizonte tres meses de subida y otros tantos de descendida, hasta que se pone a doze de Setiembre, e nunca les sale has-

(1) Salvá (*Catálogo,* núm. 1.361) cree que esta fecha es errata, por 1619.

ta diez de Março„. (Alexio Venegas, *Primera parte de las diferencias de libros*, II, 42.)

278-20. *Georg.*, I, 29 y 30: "y los navegantes acaten sólo tu numen, y te reverencie la remota Tule.„ (Traducción Ochoa.)

278-24. En opinión de Vossio, la *Thule* de Pomponio Mela está bajo el grado 67 de latitud Norte. Cervantes, como otros varios, la identifica con Islandia. Huerta, en las Anotaciones a Plinio el Mayor, juzga que *Thule* "es una isleta entre las Orcades y Fare, puesta a setenta y siete grados; de suerte que está Islandia sesenta leguas de Tile, y quarenta de Fare, y más de ciento de las Orcades„. Para otros, *Thule* es Mainland, una de las islas Shetland.

278-28. La fabulosa isla de *Frislanda* figura en mapas anteriores a la publicación del viaje de los Zeni por Niccolò Zeno, el menor, en Venecia, 1558. Este agregó a su relato un mapa en gran parte ficticio, con fecha de 1380, el cual, a pesar de su carácter poco fidedigno, fué incluído en muchas geografías desde 1561, fecha en la cual salió unido por primera vez a un Tolomeo. Véase en el tomo I la reproducción de esta primera "tabula„ de las partes septentrionales, según la relación de Zeno, sacada de un Tolomeo italiano de Ruscelli, impreso en Venecia, 1561. Fuera de la rarísima edición de 1558, la historia del viaje de los Zeni fué impresa en la colección de Ramusio, *Navigationi et Viaggi*, segunda edición del segundo tomo; Venecia, 1574.

La parte del título de la primera edición que nos interesa, es como sigue: *Dello scoprimento dell' isole Frislanda, Eslanda, Engrouelanda, Estotilanda et Icaria, fatto sotto il polo artico da' due fratelli Zeni, M. Nicolò il Caualiere, et M. Antonio.* La narración fué creída fir-

memente y pareció inatacable durante siglos. Ultimamente, lo relativo al mapa y al relato ha sido estudiado con esmero: *The Annals of the Voyages of the Brothers Nicolò and Antonio Zeno in the North Atlantic about the End of the Fourteenth Century and the Claim founded there on to a Venetian Discovery of America.—A Criticism and an Indictment*, by Fred. W. Lucas; Londres, 1898. Lucas demuestra que Niccolò Zeno, el menor, resucitó el nombre de Frislanda, haciendo de la isla una combinación ficticia de Islanda y de las Feroe. Su objeto fué atribuir a los italianos la fama de ser los primeros descubridores del continente americano. Lucas ha descubierto casi todos los lugares que Zeno pone en Frislanda, en otras islas de mapas más antiguos, como el de Olao Magno de 1539.

Expondremos en resumen lo que hemos podido averiguar sobre Frislanda, añadiendo la noticia de algunos mapas no conocidos por Lucas. En el importante mapamundi catalán (1375) atribuído a Cresquez lo Juheu, y dibujado para Carlos V de Francia, y en otro de Andrea Bianco (1436), se ve una isla cuyo nombre se lee hoy difícilmente: unos eruditos leen Stilanda, y otros, Frilanda; resultando correcta esta última forma, serían aquéllas las más antiguas fechas en las que nuestra isla figuró en un mapa. En el siglo XV pueden notarse las formas Frilanda, Fislanda, Fixlanda, Frixlanda, y se supone que el nombre del país de Frisia influyese en el modo de escribirlas. Algunos mapas típicos del siglo XV han sido publicados en las siguientes revistas: "Società geografica italiana„, *Studj biografici e bibliografici, etc.*, II, *Mappamondi, carte nautiche, portolani, etc.*, per G. Uzielli e P. Amat di S. Filippo; ediz. sec., Roma, 1882, página 236, núm. 404, anon., sec. XV (fine): "Atlante di carte nautiche in 4 fogli, mss., etc. Redatte in lingua spagnuola o meglio catalana, etc. Ha le Isole britanniche e la Frixlanda senza nomi di porti, etc. Al norte la Scozia e la Frixlanda.„—*Zür Geschichte der Erdkunde in der letzten Hälfte des Mittelalters, etc.*, von H. Wuttke, en los tomos VI y VII del *Jahresbericht des Vereins*

zür Erdkunde zu Dresden; Dresden, 1870; pág. 60, número 2; cinco hojas *(tabulae nauticae),* dibujadas entre 1471 y 1483; al Norte de Irlanda se ve Islanda, y al Noroeste de Irlanda, Frixlanda, con nueve nombres de lugares. Véase Tafel VI, *a,* a la cual se refiere el número 2 de la página 60. Ya Colón conoció el nombre de Frislanda. Según Las Casas, *Historia de las Indias,* Madrid, 1875, I, pág. 48, Tile era Frislanda para él. Tile no está en el mapa últimamente citado, ni Groenlanda tampoco. Es de sumo interés el hecho de que, según parece, el primer gran mapamundi que contiene *Frislanda* sea el formado (1500) en el Puerto de Santa María por el conocido Juan de la Cosa, compañero de Colón en su primer viaje de descubrimiento. Dicho mapamundi se conserva en el Museo Naval de Madrid; fué encontrado en París en 1832, y adquirido por el Gobierno español en 4.020 francos. Consúltese el folleto *Maps, etc., selected to represent the development of map-making from the first to the seventeenth century,* by E. L. Stevenson (The Amer. Geographical Society); New York, 1913. Hacia 1500, y tal vez siguiendo la obra de La Cosa, se hizo otro mapa importante, conservado en la Biblioteca de Pesaro (Italia): éste trae *Frilanda* al Oeste de *Irlanda.* Niccolò Canerio de Genova, en su carta de navegar, hacia 1502, pone Frislanda al Norte, e Islanda al Noroeste de Escocia. Del mismo año 1502 es el mapa de Cantino, conservado en la Biblioteca Real Estense de Módena; en él se ve Frislanda también al Norte de Escocia. El famoso mapamundi de Waldseemüller (1507), recién descubierto, y de importancia por ser el primero que contiene el nombre de América, no trae *Frislanda;* pero sí figura ésta en la segunda edición, de 1516, copiada tal vez del mapa de Canerio. En la de 1507, sin embargo, se ve *Thile* al *Este* de las Orcades, e Islanda muy al Norte; la edición de 1516 omite *Thile,* quizá porque Canerio no la da tampoco. El primer mapamundi de Mercator (Gerard Kaufmann), 1538, sólo da Islandia y Groenlandia. La rarísima carta náutica de Olao Magno (Venezia, 1539), de la cual, entre otras, se sirvió Niccolò

Zeno para la composición de su mapa, trae Thule, con una inscripción que le asigna más de treinta mil habitantes. Un folleto agregado al mapa dice vagamente que, para algunos, Tyle es Islanda; pero, en su libro *de gentibus septentrionalibus* (1555), Olao afirma que Islanda no es sino la *ultima Thule* de los antiguos escritores.

Después de la publicación en 1558 del mapa de Zeno, la isla de Frislanda tiene una historia muy interesante. Entró íntegro y por primera vez, como queda dicho, en las geografías llamadas de Tolomeo, según la edición italiana de Ruscelli, Venetia, 1561, y el año siguiente salió en la latina de Moletius, también en Venecia. Con la *Nuova tavola settentrionale* (que reproducimos en el tomo I), va en el original una descripción de las costumbres del Norte, en gran parte fantástica, y es posible que influyera en las ideas de Cervantes. Los principales cartógrafos de la segunda mitad del siglo XVI, Mercator y Abraham Ortelio, también incluyeron en sus publicaciones la materia de Zeno: el primero en su mapamundi (Duisberg, 1569), y el segundo en su *Theatrum orbis terrarum* (dos mapas) (Amberes, 1570). Hondius, sirviéndose de los grabados de Mercator, imprimió el mapa de Zeno en 1595 y 1605; pero en su magnífico mapamundi de 1611 trae solamente Islandia y Groenlandia, lo cual indica que ya no creía el célebre cartógrafo en tal isla. El mapa de los Zeni reaparece durante todo el siglo XVI y gran parte del XVII, influyendo en el carácter de los mapamundis de las partes septentrionales; y el cuento del viaje de Niccolò y Antonio se tuvo por auténtico hasta nuestros días. Todavía en cierto globo terráqueo hecho en Roma en 1695 por Dominico de' Rossi, se lee *Frislant*.

El mejor mapa para explicar y elucidar el *Persiles* se encuentra en un Tolomeo latino (Venetiis, 1596): *Geographiae universae tum veteris tum novae absolutissimum opus duobus voluminibus distinctum, etc.*, folio 95 verso, pars secunda. En él se ve a *Groenlandt* muy al Norte, y al Este de ella el *mare congelatum;* al Sur de

Groenlandt están *Islant o Thule* y *Frisland;* al Sudeste de esta isla figuran *Hibernia* y *Anglia;* al Norte de Anglia, Scotia y Scetland (tal vez la isla *Scinta* de Cervantes; pero véase lo que decimos en la Introducción acerca de las nociones geográficas del *Persiles);* y luego, al Este, Norvegia, Dania y Gotland (la isla). El último Tolomeo que hemos tenido a la vista es uno italiano, Padua, 1621, que da aún *Frislanda* y *Thyle.*

Es muy posible que Niccolò Zeno, el menor, encontrase algunos papeles o cartas, como él dice, que tratasen de cierto viaje realizado por antepasados suyos en el Norte; pero ya está claramente comprobado, según hemos advertido, que debió de inventar la mayor parte del relato, sirviéndose para ello de varias fuentes, tales como las Historias de Indias, el libro de Bordone, *De tutte le isole del mondo,* el de Olao Magno, y otros varios autores. De las muchas cosas increíbles que cuenta Zeno del Norte, lo más interesante es la ficción del monasterio de Santo Tomás, indicado en el mapa que reproducimos. Como no se ha descubierto ningún documento ni dato que compruebe la relación, y todos los inteligentes están de acuerdo en rechazar la existencia del monasterio en tal sitio, la historia se diputa por invención del autor. La idea de fuentes termales en esas regiones pudo proceder de Olao Magno; pero lo demás es, sencillamente, absurdo. Pedro Ordóñez de Cevallos, en su *Viage del mundo,* Madrid, 1614, repite, entre otras consejas, la del monasterio de Santo Tomás, al folio 274 vuelto. El estilo del cuento de Zeno demuestra la influencia de la novela contemporánea de aventuras. Como muchos *héroes,* Niccolò Zeno, el mayor, fué llevado por las olas y por los vientos de una parte a otra, sin saber jamás dónde estaba. En todo ello se parece bastante a nuestro Persiles. Consúltense, además de las citadas, las dos espléndidas publicaciones de A. E. Nordenskiöld: *Facsimile-Atlas to the early History of Cartography with reproductions of the most important maps printed in the XV and XVI Centuries* (traducción de J. A. Ekelöf y C. R. Markham), Stockholm, 1889;

Periplus-an Essay on the early History of Charts and Sailing-directions (traducción de F. A. Bather), Stockholm, 1897.

285-31. En su anotación al capítulo XXXIV del libro VI de la *Historia Natural* de Plinio, dice Gerónimo de Huerta: "Dexando a mano izquierda la isla de Estotilant, se encuentra a Grotland *(Groenlandia),* que significa *tierra verde*... Descubriola Nicolo Ceno, año 1380; està llena de bosques; dura su mayor noche ocho meses, con grandes frios y sin vientos; pero no es tan escura que se dexe de trabajar, porque el sol no se alexa mucho de su orizonte. Tiene vn monasterio de Santo Tomas de los padres dominicos, cosa admirable, porque està junto a el vn monte que arroja fuego, y vna fuente de aguas que salen hiruiendo, de suerte que calientan el monasterio, y cuecen en ellas la comida de los frailes, sin otro fuego. Despues la misma agua se conuierte en vn betun que sirue de cal o de yeso para las fabricas de los edificios, los quales hazen de las piedras arrojadas de aquel bolcan. Iunto al monasterio està el puerto donde entran aquellas hiruientes aguas, con las quales se tiempla su frialdad, y assi acuden alli infinitos peces.„ Pero el descubrimiento de la Groenlandia se atribuye más bien al islandés Eric el Rojo (año 982). Hay en ella, en efecto, un volcán activo.

Claro es que el Nicolás *Temo* de Cervantes, y el *Ceno* de Huerta, es uno de los hermanos *Zeni,* antes citados. Véase la nota anterior.

292-26. El texto: "Esposa„.

APÉNDICE

ADICIONES A «LA GALATEA» [1]

Tomo I, página xxxj, línea 3: dice: Gregorio Silvestre; *añádase:* o Damasio de Frías, cantor de *Silvia.*

— I, 250-14. *Añádase:* En las mismas *Flores* consta otra imitación de la canción de Figueroa, en la poesía del mariscal de Alcalá que comienza:

"Como entre verde juncia„.

— I, 252-13. *Añádase:* Otras alusiones a Juan de espera en Dios pueden verse en la comedia de Lope *El cuerdo en su casa* (III, 3.ª) y en el *Lazarillo* de Luna (capítulo VII), el cual se refiere, como Correas, a las *cinco* blancas.

— I, 253-11. *Añádase:* También glosó el mismo romance el Dr. Villalobos, poeta del *Cancionero* de Nágera (edición Morel-Fatio, en *L'Espagne au XVIe et au XVIIe siècle,* pág. 551).

(1) Insertamos en este lugar algunas observaciones correspondientes a los dos tomos de *La Galatea* publicados anteriormente a los del *Persiles* en la presente serie de *Obras completas* de Cervantes. El mismo procedimiento seguiremos en los sucesivos, para dar cabida a todos aquellos datos de que hayamos tenido noticia después de la publicación de los tomos.

— II, 287-4. *Añádase:* Otro ejemplo de "Dalida„ por "Dalila„ puede leerse en las *Rimas* de Lope de Vega (Madrid, 1609; fol. 83 r., soneto 164).

— II, 288-10. *Añádase:* Góngora alude también al Sebeto (véase el tomo I, pág. 442, de los *Poetas líricos de los siglos XVI y XVII,* en la Biblioteca Rivadeneyra).

— II, 289-26. *Añádase:* El príncipe de Esquilache, don Francisco de Borja *(Las obras en verso...;* Amberes, 1654; página 230), cita asimismo la sentencia italiana.

— II, 295-6. *Añádase:* Una curiosa carta autógrafa e inédita del capitán Francisco de Aldana se halla en poder de nuestro docto amigo D. Francisco Belda.

— II, 296-19. *Añádase:* Ejemplos de estos enigmas o *cosicosas* trae Góngora en una de sus letrillas (vide el tomo I, pág. 504, de los *Poetas líricos,* etc., citados).

— II, 300-16. *Añádase:* En el canto VII de *La Austriada* de Juan Rufo (Madrid, 1589), el autor alaba a Alonso de Leiva.

— II, 308-11. *Añádase:* En cierta edición de Barcelona, 1595, del *Galateo español,* de la cual hay ejemplar en la Biblioteca de la Hispanic Society of America (New York), figura un soneto "del doctor Francisco de Campuçana„ *(sic).* En el mismo libro hay sonetos de Galvez de Montalvo y de Lope de Vega.

— II, 309-4. *Añádase:* Entre los documentos de la Inquisición de Toledo, hay uno de "el doctor Suárez de Sosa, médico. Sobre expurgación de ciertos libros que tenía.„ (Vide *Archivo Histórico Nacional. Catálogo de las causas contra la fe seguidas ante el Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición de Toledo;* Madrid, 1903; página 239.) El expediente (legajo 190, núm. 34) consta

de una sola hoja en folio, escrita por una cara. Es instancia autógrafa del Dr. Suárez de Sosa, y dice así:

"Muy Illustres Señores:

„El Doctor Suarez de Sosa, medico, digo: que yo tengo vn Arnaldo de Vila Noua, y vn Amato Lusitano, y vnas *Apotegmas* de Erasmo, expurgados conforme a como lo manda el Catalogo nueuamente impreso.

„A vs. mds. pido y suplico manden remitir estos libros a quien vea si estan bastantemente expurgados, etc.

El Doctor Suarez
de Sosa.

(Rúbrica.)„

En el ángulo superior izquierdo se lee, de distinta letra: "Presentada en 30 de Abrill de 1561 ante los Sres. Inquisidores don Juan y don Lope.„ Después del escrito del doctor figura, de distinta letra, este decreto: "Que los vea el Padre fray Pedro Caxcales, y, estando expurgados conforme al Expurgatorio, los subscriua.„

De todos los "Sosas„ mencionados en la página 308 del tomo II de nuestra edición de *La Galatea,* éste es el que ofrece más probabilidades de ser el aludido por Cervantes.

— II, 316-14. *Añádase:* En opinión de Pellicer, el *Daranio* de *La Galatea* es Diego Durán.

— II, 321-15. *Dice:* 1914. *Léase:* 1904.

— II, 325-34. *Añádase:* Bien pudiera acontecer que el "Baltasar de Toledo„ aludido por Cervantes fuese el escribano así llamado, padre de Juan de Quirós y Toledo, el autor de la comedia *La famosa toledana* (1591?). Baltasar de Toledo fué jurado de esta última ciudad en 1566, y lo era aún en diciembre de 1580.

— II, 335-16. *Añádase:* Acerca de los Gonzalos de

Saavedra, de Córdoba, véase el folleto de D. N. González Aurioles, *Cervantes en Córdoba. Estudio crítico-biográfico;* Madrid, 1914.

— II, 339-23. *Añádase:* En el *Viage del Mundo,* de Pedro Ordóñez de Ceuallos (Madrid, 1614; I, cap. XIII), se refiere el autor a un Gonzalo de Sotomayor que quizá sea el mismo personaje al cual alude Cervantes: "Parti—escribe aquél—a la jornada del Reyno de Portugal, y, llegado a Lisboa, me hallè hasta la entrada desta ciudad, como Alferez entretenido con don Gonçalo de Sotomayor, que era capitan de cauallos; el qual fuè el que ganò el morcillo en que se hallò el dia de la batalla el que dezia ser Rey de Portugal, don Antonio: el como le ganò y quitò el cauallo, no se alcançò a saber, mas que se presume lo dexò por huir en vna barca.„ Luego refiere el autor cómo la caballería española ganó un puente, peleando con la portuguesa.

— II, 352-23. *Añádase:* De García Romero se conserva un soneto en la Biblioteca Real (ms. 2-B-10, *Poesías varias,* tomo V, de letra de los siglos XVI y XVII).

— II, 354-17. *Añádase:* También hay otras poesías inéditas de Figueroa en el manuscrito 2-B-10 (*Poesías varias,* tomos IV y V) de la Biblioteca Real, y en otro de la Real Academia de la Historia.

ÍNDICE

Páginas.

LIBRO TERCERO

(1) En la página 112, línea 3.ª, del presente tomo, dice: «tierrra»; léase: «tierra».